
CIRCULO DEL CRIMEN
ASESINATO EN CANTON
ROBERT VAN GULIK
EDICIONES FORUM
195 Ptas.
Nº 95

ROBERT VAN GULIK

ASESINATO EN CANTON

(MURDER IN CANTON)



EDICIONES FORUM

REPARTO

JUEZ DI: Presidente de la Corte Metropolitana de China.

CHAO TAI: Coronel de la Guardia Imperial, ayudante del Juez Di.

TAO GAN: Secretario Jefe de la Corte, ayudante Juez Di.

HUENG KIEN: Gobernador de Cantón y de la Región Meridional.

PAO KUAN: Prefecto de Cantón.

LIU TAO-MING: Censor imperial.

DOCTOR SU: Consejero de Liu Tao-Ming.

ZUMURRUD: Danzarina árabe

MAN SUR: Jefe de la Comunidad árabe de Cantón.

YUA TAI-KAI: Comerciante acaudalado.

LIANG FU: Financiero experto en asuntos árabes.

LAN-LI: Muchacha ciega.

CAPITAN NEE: Piloto marino.

DUNYAZAD Y DANANIR: Hermanas gemelas, esclavas de Nee.

INTRODUCCIÓN

En el siglo VII de la era Cristiana, los dos poderes mundiales eran el vasto Imperio Chino Tang, en el Este, y el Reino Islámico de los califas árabes, en el Oeste, quienes habían conquistado todo el Oriente Medio, África del Norte y el sur de Europa. Un dato curioso se daba, sin embargo: aquellos dos gigantes culturales y militares apenas se conocían mutuamente; los puntos de contacto de sus esferas de influencia se limitaban a unos cuantos centros comerciales dispersos. En estos últimos coincidieron destacados navegantes chinos y árabes. Ahora bien, en sus respectivos países de origen, los relatos de las maravillas que vieron se tomaron por fantasías propias de marinos. Por tal causa, quise situar el escenario de esta novela del juez Di en un medio enteramente nuevo: la ciudad de Cantón, puerto que fue uno de los puntos focales de contacto entre los mundos chino y árabe.

Los acontecimientos relatados en esta novela son por completo ficticios, pero quedan en cierto modo ligados a un hecho histórico, en el sentido de que la temible emperatriz Wu intentaba realmente tomar las riendas del gobierno de aquella época. La verdad es que consiguió su propósito unos años más tarde, tras haberse convertido en la Emperatriz Viuda. Luego, tropezó directamente con el juez Di, y la acción de éste impidiendo que ella desposeyera de sus derechos al legítimo heredero fue el triunfo con que coronó su carrera política. Para tal fase de la vida del juez Di, hemos de remitir al lector a la novela histórica de Lin Yutang titulada Lady Wu, a True Story *(Londres, 1959; en tal obra, el nombre del juez Di se transcribe así: Di Jenjiay).*

La proclama falsa mencionada en el capítulo XIX de la presente novela la saqué de uno de los más antiguos relatos chinos del género. Dicho ardid fue utilizado por el Maquiavelo chino, el semilegendario hombre de estado Su Chin, en el siglo IV antes de Jesucristo, que así quiso vengarse de sus enemigos políticos, quienes *habían intentado asesinarlo, sin éxito. Hallándose en su lecho de muerte, Su Chin comunicó al rey que su cuerpo debía ser descuartizado en el mercado, anunciando a todos que había sido un traidor. Entonces, los enemigos de Su Chin hicieron acto de presencia, reclamando una recompensa por su anterior intento de asesinato, y fueron oportunamente ejecutados (véase* Tang-yin-pi-shih, Parallel Cases from under the Pear Tree, *Manual de Jurisprudencia y Detección del siglo XIII, por R. van Gulik, Leyden, 1956).*

El veneno utilizado por Zumurrud se describe en la obra histórica china Nan-chao-yeh-shih, *en el capítulo que trata de la tribu de montaña en el sudoeste de China (Ti-yang-kuei,* Histoire Particulière du Nan-tchao, *traducción al francés de Camille Sainson, París, 1904; véase*

página 172).

He de atraer la atención del lector sobre el hecho de que en la época del juez Di los chinos no usaban coleta. Tal costumbre les fue impuesta después del año 1644 de la Era Cristiana, cuando los manchúes conquistaron China. Los hombres se recogían los cabellos en una especie de cresta o penacho, tocándose con gorros dentro y fuera del hogar. No fumaban. El tabaco y el opio fueron introducidos en China largo tiempo después de la época del juez Di.

La acción de esta novela transcurre durante el verano del año 680 de la Era Cristiana, en la auténtica ciudad china de Cantón.

ROBERT VAN GULIK



Plantados en la esquina del edificio de la aduana, los dos hombres contemplaron en silencio la zona de los muelles, alargada y monótona. El mayor de ellos, delgado, de facciones angulares, se envolvía de pies a cabeza en un caftán de piel de cabra. El otro, un tipo bien plantado, fornido, de cuarenta y tantos años, vestía una túnica remendada y una chaqueta. Momentos después de haber llegado allí, la niebla, pegajosa y cálida, se transformó en una tibia llovizna que humedeció el desgastado terciopelo de sus negros gorros. El aire seguía siendo sofocante, ya que pese a ser la última hora de la tarde no soplaba aún la más tenue brisa, siempre refrescante.

Una docena de culíes, con sus torsos desnudos, se dedicaban a descargar el barco extranjero que permanecía atracado al muelle del río, frente a la puerta en arco de la aduana. Inclinados bajo el peso de gruesas balas, se deslizaban penosamente por la pasarela al ritmo de una lúgubre cancioncilla. Los cuatro guardias de la puerta del edificio se habían echado sus picudos cascos hacia atrás, para alivio de sus sudorosas frentes. Apoyados pesadamente en sus largas alabardas, seguían las incidencias del trabajo con ojos de expresión aburrida.

–¡Mira! Por ahí va el barco en que descendimos por el río esta mañana -dijo el hombre de más edad.

Señaló una oscura masa que salía de la neblina, más allá de los mástiles de la otra nave amarrada junto al buque extranjero. El negro junco de guerra estaba siendo remolcado a gran velocidad en dirección al estuario del río Perla. Su dotación hacía sonar los gongos de latón, a fin de advertir su presencia a las pequeñas embarcaciones tripuladas por los vendedores ambulantes del río.

–Si el tiempo es bueno, pronto estarán en Annam -comentó el tipo de anchas espaldas, con voz ronca-. Lo más probable es que se luche intensamente allí. Pero tú y yo hemos de continuar en esta triste ciudad, con orden de afirmar la situación. ¡Diablos! Otra gota que se me cuela cuello abajo. Como si no tuviera bastante ya con lo que estoy sudando a causa de este húmedo calor.

Quien así había hablado se levantó ahora el cuello de la chaqueta, ajustándoselo al propio, que era grueso, como el de un boxeador, moviéndose en todo momento con gran cuidado, a fin de seguir ocultando la cota de malla que usaba debajo de sus ropas visibles, en la que aparecía el distintivo dorado de coronel de la Guardia Imperial, una placa redonda formada por dos dragones entrelazados.

–¿Tú sabes qué es lo que ocurre, hermano Tao? – inquirió ahora el hombre.

El tipo delgado, muy serio, movió la cabeza, denegando. Tirándose de los tres largos pelos que brotaban de una verruga que tenía en el rostro, replicó, hablando lentamente:

–Nuestro jefe no me dijo nada, hermano Chao. La cosa debe de ser importante, sin embargo. De otro modo, él no habría abandonado la capital tan repentinamente, para trasladarse con nosotros aquí en seguida, viajando primero a caballo y embarcando luego en ese rápido junco de guerra. Aquí, en Cantón, debe de estar cociéndose algo gordo. Ya desde nuestra llegada aquí esta mañana, yo…

Un sonoro chapoteo interrumpió su discurso. Dos culíes habían dejado caer una bala en la sucia tira de agua delimitada por el muelle y el costado del barco. Una figura tocada con un turbante blanco saltó desde la cubierta, empezando a dar puntapiés a los culíes, hablándoles a gritos en una lengua extranjera. De pronto, los guardias de la aduana, hasta aquel momento como adormecidos, parecieron volver a la vida. Uno de ellos se adelantó, descargando sobre los hombros del maldiciente árabe su alabarda, por la parte plana, con toda rapidez.

–¡Deja en paz a nuestros hombres, hijo de perra! – gritó el guardia-. ¡Acuérdate de que estás en China!

El árabe asió por su empuñadura la daga que llevaba al cinto, en una roja faja. Una docena de hombres vestidos de blanco saltaron del buque, enarbolando largas y curvadas espadas. Los culíes abandonaron las balas que porteaban, desapareciendo de allí, y los cuatro guardias se dispusieron a hacer uso de sus alabardas contra los vociferantes marineros. De repente, unos pasos de férreas botas resonaron sobre los guijarros del pavimento. Veinte soldados salían por la puerta de la aduana. Con la facilidad que da una larga práctica, rodearon a los enojados árabes, conduciéndolos a punta de lanza hacia el borde del muelle. Un árabe alto y delgado de nariz ganchuda, inclinándose sobre la borda del buque, empezó a arengar a los marineros con voz estridente. Estos acabaron por envainar sus espadas, subiendo a bordo de nuevo. Los culíes reanudaron sus tareas, como si nada hubiera sucedido.

–¿Cuántos insolentes bastardos de esa clase habrá ahora en la ciudad? – preguntó el coronel.

–Bueno, hemos contado cuatro buques en el puerto, ¿no? Y hay

dos más en el estuario, que se marchan. Piensa en los árabes que se han establecido aquí ya y llegarás a los dos mil, me atrevería a decir. Y esa condenada hostería tuya se halla enclavada en el centro del barrio musulmán. Un sitio muy bueno para que cualquier noche le apuñalen a uno por la espalda. Mi hospedaje no es para presumir tampoco, pero como se encuentra frente a la puerta sur, los guardias quedan a una distancia prudente, donde podrían oírme, de llamarlos.

–¿Qué habitación ocupas?

–La de la esquina del segundo piso, desde donde puedo contemplar a placer toda la zona marítima. Bueno, creo que ya hemos estado aquí bastante tiempo, ¿no te parece? Esta llovizna cada vez es más desagradable. En marcha. Veamos lo que hay por allí.

El hombre señaló un extremo del muelle, donde una oscura figura estaba encendiendo la roja linterna de una taberna.

–Ciertamente, no me vendría nada mal tomar algo -musitó Chao Tai-. Jamás vi un sitio más desgraciado. Y, por añadidura, no conozco el lenguaje.

Mientras caminaban apresuradamente por los resbaladizos guijarros no advirtieron la presencia de un individuo barbudo, muy mal vestido, quien acababa de abandonar la protección que le deparara el muro de un almacén para seguirlos.

Al llegar a la punta del muelle, Chao Tai vio que el puente que cruzaba el foso de la puerta de Kuei-te se hallaba atestado de público. Aquellas personas, cubiertas con impermeables de paja, se movían presurosas, cada una atenta a sus cosas.

–Aquí nadie se toma un poco de tiempo para vagar ociosamente -gruñó.

–Por este motivo Cantón se ha convertido en la ciudad portuaria más rica del sur -señaló Tao Gan-. ¡Ya hemos llegado!

Echó a un lado la remendada puerta-cortina del local, y entraron en una bodega que parecía una oscura caverna. Les salió al encuentro un fuerte olor a ajo y a pescado en salazón. Las humeantes lámparas de aceite, que colgaban de unas vigas bajas, proyectaban una luz incierta sobre unas pocas decenas de clientes, que formaban grupos de cuatro o cinco personas en torno a unas mesas pequeñas y redondas. Todos hablaban afanosamente en voz baja. Nadie parecía prestar la menor atención a los dos recién llegados.

Cuando los dos hombres se hubieron acomodado a su vez junto a una mesa vacía, cerca de la ventana, el sujeto barbudo que había estado siguiéndoles penetró en el local. Se encaminó directamente a la parte posterior, hacia un desgastado mostrador de madera en el que el tabernero, valiéndose de unos recipientes de peltre, calentaba el vino, introduciendo las jarras en agua hirviendo.

Tao Gan pidió al camarero, en buen cantonés, que les sirviera dos jarras de las grandes. Mientras esperaban su regreso, Chao Tai apoyó sus codos en el grasiento tablero de la mesa, observando con el ceño fruncido a la clientela.

–¡Vaya una parroquia! – exclamó al cabo de un rato-. ¿Te has fijado en ese enano de allí? No acierto a comprender cómo pudo escapárseme ese feo individuo al entrar.

Tao Gan fijó la vista en el achaparrado hombrecillo que estaba sentado, solo, frente a una de las mesas situadas al lado de la puerta. Tenía una faz chata y morena, con una ancha nariz y un ceño muy fruncido. Menudo, sus hundidos ojos miraban a los demás desde debajo de unas alborotadas cejas. Sus largas y peludas manos ceñían su vaso, ahora vacío.

–Nuestro vecino de mesa es el único individuo aquí que ofrece una apariencia decente -susurró Tao Gan-. Tiene el aspecto de un boxeador profesional.

Apuntó con su barbilla al hombre de ancha espalda sentado a la mesa más próxima a ellos. Vestía una limpia túnica de color azul oscuro, muy ceñida, mediante un cinturón negro, a su cuerpo, en el que resaltaba el esbelto talle. Sus gruesos párpados daban a su bella y curtida faz una expresión adormecida. Tenía la mirada fija en el espacio, dando la impresión de haberse olvidado de cuanto le rodeaba.

El desaseado camarero colocó dos jarras de vino grandes ante ellos. Luego, se volvió al mostrador. Deliberadamente, ignoró al enano, quien le hacía señas mostrándole su vaso vacío.

Chao Tai tomó un sorbo de vino, haciendo un gesto de escepticismo.

–No está mal del todo -exclamó, agradablemente sorprendido. Vació su vaso y añadió-: ¡Es muy bueno, en efecto!

Se bebió el segundo vaso de un largo trago. Tao Gan siguió su

ejemplo, con una sonrisa feliz.

El hombre barbudo del mostrador no había dejado de observarles ni un momento. Contó los vasos que fueron vaciando. Al ver que los dos amigos iniciaban otra ronda, la sexta, comenzó a separarse del mostrador. Después, su mirada se detuvo en el enano, conteniéndose. El boxeador de la mesa cercana, que había estado observando por el rabillo del ojo unas veces al tipo barbudo y otras al enano, irguió el cuerpo ahora. Con gesto pensativo, se acarició su corta y bien cuidada barba, en forma de círculo.

Chao Tai dejó sobre la mesa su vaso. Su pesada mano agarró el huesudo hombro de su amigo, y dijo con una ancha sonrisa:

–No me gusta esta ciudad, no me gusta este condenado calor, y no me agrada esta apestosa taberna, pero a fe mía que el vino es bueno, aparte de que es bueno también esto de llevar un trabajo entre manos de nuevo. ¿Y tú qué dices, hermano Tao?

–También yo estoy harto de esta capital -replicó el otro-. ¡Eh! Ten cuidado. Se te ve el distintivo de tu grado.

Chao Tai juntó las solapas de su chaqueta. Pero el barbudo del mostrador había visto brevemente el dorado distintivo, y sus labios se distendieron en una sonrisa de satisfacción. Luego, su cara tomó la expresión de antes nuevamente al ver entrar en el local a un árabe tocado con un turbante azul, quien parecía tener un defecto en el ojo izquierdo. Este se unió al enano. El hombre de la barba se volvió hacia el mostrador, haciendo una seña al tabernero para que volviera a llenar su vaso.

–Bien sabe Dios que no estoy hecho para desempeñar el papel de un coronel de opereta -manifestó Chao Tai, al proceder a llenar otra vez su vaso y el de su amigo-. Y ten en cuenta que ya llevo cuatro años con ese rango. Tendrías que ver la cama en que se supuso que yo había de dormir: almohadas de seda, cubiertas de seda y cortinas de raso… Tuve la impresión de haberme convertido en una condenada prostituta. ¿Sabes lo que vengo haciendo cada noche? Saco el colchón de carrizos que escondo detrás de la cama, lo desenrollo sobre el suelo y me tiendo en él para procurarme una noche de completo descanso. Lo único molesto es que por las mañanas tengo que desordenar las ropas de mi cama un poco, a fin de guardar las apariencias ante mis asistentes, ¿comprendes?

Soltó una risotada. Tao Gan le secundó. Se hallaban a su gusto, sin darse cuenta de que sus risas sonaron muy fuertes. Las

conversaciones parecían haberse interrumpido momentáneamente a su alrededor. Los clientes del local miraban sombríamente hacia la puerta. El enano estaba hablando, enfadado, con el camarero, quien permanecía de brazos cruzados ante la mesa. El boxeador les observó por unos instantes, fijando después la mirada en el hombre que se encontraba junto al mostrador.

–Por lo que a mí respecta -manifestó Tao Gan, con una maliciosa sonrisa-, esta noche podré dormir tranquilamente en mi ático. Y no tendré que echar primeramente a esas jóvenes sirvientas que mi mayordomo mantiene constantemente a mi alrededor. ¡El muy bellaco espera venderme una de ellas como concubina cualquier día!

–¿Por qué no le dices a ese bribón que se deje de una vez de tonterías? ¡Eh, tú! Vamos con otra ronda.

–¡Es que me ahorro dinero, amigo mío! Esas mozuelas vienen a trabajar gratis, esperando hacerse el día menos pensado con este viejo y rico solterón, ¿comprendes? – Tao Gan vació su vaso, añadiendo después-: Por fortuna, hermano Chao, tú y yo no pertenecemos a la casta de los tipos casados. En esto nos diferenciamos de nuestro amigo y colega Ma Yung.

–¡No menciones para nada a ese tunante! – chilló Chao Tai-. ¡Pensar que después de haberse casado con dos hermanas gemelas hace cuatro años les ha hecho engendrar ya seis chicos y dos chicas! Esto es convertir en duro trabajo lo que debería ser recreo y placer de un caballero. Y ahora le da miedo pensar que puede regresar al hogar bebido. ¿Es que tú…?

Se interrumpió, fijándose atónito en lo que ocurría junto a la puerta. El feo enano y el árabe se habían puesto en pie. Con los rostros muy enrojecidos, enfadados, habían empezado a proferir maldiciones contra el camarero, quien intentaba lograr que se sentaran a gritos. Los otros clientes contemplaban la escena con gesto impasible. De repente, el árabe movió el brazo en busca de su daga. El enano, rápidamente, le sujetó por el brazo, llevándoselo afuera. El camarero asió la jarra del enano, arrojándola contra él. Se hizo pedazos sobre las piedras del pavimento. Un murmullo de aprobación se elevó del público.

–A la gente de aquí no les caen bien los árabes -señaló Chao Tai.

El hombre de la mesa vecina volvió la cabeza.

–No se trataba exactamente del árabe -manifestó en un buen

chino del norte-, pero, en fin, está usted en lo cierto, aquí no nos gustan los árabes. ¿A qué han venido? No beben nuestro vino, en fin de cuentas. Su religión no se lo permite.

–Esos bastardos negros se pierden las mejores cosas de la vida -dijo Chao Tai con una sonrisa-. ¡Participe usted en una de nuestras rondas! – una vez el desconocido hubo aproximado, sonriente, su silla a la mesa de los dos amigos, Chao Tai le preguntó-: ¿Es usted del norte?

–No. Yo nací y me crié aquí, en Cantón. Pero he viajado muchísimo, y un viajero se ve obligado a aprender idiomas. Soy piloto naval, ¿sabe? ¡Ah! Me llamo Nee. ¿Y qué es lo que les ha traído a ustedes aquí?

–Nosotros estamos de paso -explicó Tao Gan-. Somos empleados, perteneciendo al séquito de un funcionario que ahora viaja por la provincia.

El piloto estudió a Chao Tai detenidamente.

–Yo me hubiera inclinado a pensar que era usted un soldado.

–Siempre hice algo de boxeo y esgrima, a manera de pasatiempo -declaró Chao Tai, con naturalidad-. ¿Le interesan a usted también esas actividades?

–La esgrima, principalmente. Sobre todo, practicada con espadas árabes. Tuve que aprender a valerme de ella, ya que frecuenté mucho en otro tiempo el Golfo Pérsico. Hay muchísimos piratas por aquellas aguas, ¿sabe?

–Me sorprende su forma de manejar esas hojas curvadas -señaló Chao Tai.

–Se asombraría de poder ver hasta dónde llegan con ellas -afirmó el capitán Nee.

Muy pronto, él y Chao Tai iniciaron una animada conversación sobre el tema de los distintos estilos de esgrima. Tao Gan les escuchaba con aire ausente, concentrándose en la tarea de mantener sus vasos llenos. Pero al oír al capitán pronunciar unos cuantos términos técnicos en árabe, levantó la vista, inquiriendo:

–¿Es que conoce usted esa lengua?

–Lo bastante como para poder hacerme entender. Y también

aprendí el persa. Todo esto entraba en mi trabajo cotidiano -dirigiéndose a Chao Tai, el marino añadió-: Me gustaría enseñarle mi colección de espadas extranjeras. ¿Qué tal si se vienen a casa a echar un trago? Vivo en la zona este de la ciudad.

–Esta noche estamos ocupados -replicó Chao Tai-. ¿No sería posible lo mismo mañana por la mañana?

El otro echó un vistazo al hombre del mostrador.

–De acuerdo -dijo-. ¿Dónde se hospeda usted?

–En la Hostería de los Cinco Inmortales, cerca de la mezquita musulmana.

El capitán fue a decir algo, mas cambió de opinión. Sorbió su vino, inquiriendo con naturalidad:

–¿También su amigo se hospeda allí? – y como Chao Tai moviera la cabeza denegando, el marino se encogió de hombros, añadiendo-: Bueno, yo les juzgo muy capaces de cuidar de sí mismos. Le enviaré una litera para que le recoja, digamos que una hora después del desayuno, aproximadamente.

Tao Gan pagó la cuenta, y los dos se despidieron de su nuevo amigo. El firmamento se había despejado; la brisa del río, agradablemente fresca, acarició sus ardientes rostros. El muelle era ahora un animado escenario. Los vendedores ambulantes habían montados sus puestos de noche a lo largo de la zona, iluminándolos con hileras de polícromos farolillos. Brillaban en el río los puntos luminosos de las antorchas de las pequeñas embarcaciones, amarradas proa contra proa. La brisa les hacía percibir el olor de la leña quemada. En los muelles todos estaban preparando ya el arroz de la cena.

–¿Por qué no alquilamos una litera? – dijo Tao Gan-. Estamos lejos del palacio del gobernador.

Chao Tai no respondió. Había estado observando a cuantos se deslizaban junto a ellos con un gesto de preocupación. De pronto, preguntó:

–¿No tienes tú la sensación de que alguien no nos pierde un momento de vista?

Rápidamente, Tao Gan miró a un lado, por encima de su hombro.

–Pues no -contestó-. Pero he de admitir que tus corazonadas resultan ciertas, a menudo. Bueno, ya que nuestro juez nos dijo que volviéramos a las seis, todavía disponemos de una hora, más o menos. Demos un paseo, yendo cada uno por su lado. Así podremos comprobar mejor si alguien se dedica a espiarnos. Y al mismo tiempo comprobaré qué tal recuerdo la disposición general de las calles de esta población.

–De acuerdo. Yo pasaré junto a mi hostería, para cambiar de dirección y atravesar luego el barrio musulmán. Si me desplazo en el sentido nordeste, tarde o temprano llegaré a la calle grande que conduce al norte, ¿no es así?

–Si te portas bien y no surgen problemas a tu paso, ¿eh? Echa un vistazo a la Torre de la Clepsidra, en la calle principal, que constituye algo famoso. La hora exacta queda indicada por unos flotadores en una serie de vasijas de latón con agua, puestas una sobre otra, como los peldaños de una escalera. El agua va cayendo lentamente desde los recipientes superiores a los inferiores. ¡Todo un dispositivo de gran ingenio!

–¿Pero es que tú crees que yo necesito de tales inventos para saber la hora del día en que vivo? – inquirió Chao Tai, con un bufido-. Yo sólo tengo que guiarme por el sol y mi sed. Y por las noches y en días lluviosos mi sed es lo único que me orienta. Nos veremos más tarde, en el palacio.

2

Chao Tai dobló la esquina,cruzó el puente sobre el foso y entró en la ciudad por la Puerta de Kuei-te.

Mientras se abría paso por entre la espesa multitud de la noche, miraba de vez en cuando por encima de uno y otro hombro. Pero, al parecer, no le seguía nadie. Pasó por delante de la alta puerta, lacada en rojo, del Templo de los Cinco Inmortales, penetrando en la primera calle que encontró a su izquierda, llegando así a su hostería, que debía su nombre al templo. Era un desvencijado edificio de dos pisos. Por encima de su tejado vio la parte superior del minarete perteneciente a la mezquita musulmana, que se elevaba a más de quince brazas sobre el nivel de la calle.

Después de dar las buenas noches cordialmente al sombrío encargado del establecimiento, que se había derrumbado sobre una silla de bambú en el pequeño vestíbulo, Chao Tai subió directamente a su habitación, en el segundo piso y por la parte posterior. Hacía un calor sofocante allí, ya que la única ventana del cuarto había permanecido cerrada durante toda la jornada. Tras haberla alquilado, Chao Tai no había hecho otra cosa que dejar en ella sus bultos de viajero sobre el desnudo lecho de tablas. Profiriendo una maldición, abrió los postigos. Luego, contempló el minarete, que ahora podía ver en su totalidad.

–Esos extranjeros no son capaces siquiera de construirse una auténtica pagoda -musitó, sonriendo-. Ahí no hay pisos, ni tejados curvados, ¡nada! Toda la construcción recta, como un trozo de caña de azúcar.

Con una cancioncilla en los labios, prometió a ponerse una camisa limpia, enfundándose de nuevo en su cota de malla. Después envolvió su casco, sus guantes metálicos y sus altas botas de militar en un trozo de paño azul. A continuación, bajó las escaleras.

En la calle seguía haciendo mucho calor todavía; la brisa del río no se adentraba tanto en la ciudad. Chao Tai lamentó no poder quitarse la chaqueta por causa de la cota de malla. Tras echar una mirada a los transeúntes más cercanos a él, enfiló la calleja situada junto a la hostería.

Las estrechas vías públicas aparecían iluminadas por las lámparas de los puestos de venta nocturnos, pero se veía poca gente por los alrededores. Observó la presencia de varios árabes, muy

conspicuos por sus blancos turbantes y su rápido, apresurado paso. Una vez hubo dejado a su espalda la mezquita, las calles presentaban un aspecto de algo extranjero. Las casas, de enyesadas paredes, carecían de ventanas en la planta baja; las únicas luces provenían de las situadas en la inmediata planta, que se filtraban por intrincadas celosías. Aquí y allí, un pasadizo arqueado cruzaba las calles, poniendo en comunicación las segundas plantas de los edificios con las partes opuestas. Chao Tai se encontraba tan animado a consecuencia del vino ingerido que ya no se acordó de comprobar si era seguido.

Cuando estaba avanzando por una desierta calle, de repente se vio abordado por un chino barbudo que comenzó a caminar a su lado al tiempo que le preguntaba, sin más:

–¿Es usted un soldado llamado Kao, o Chao, o algo por el estilo?

Chao Tai se detuvo. A la incierta luz del lugar, escrutó la fría faz del desconocido, adornada por unas largas patillas y grisácea barba, fijándose también en su andrajosa túnica de color marrón, el usado gorro y las botas, cubiertas de fango. Aquel tipo tenía, pese a su desastroso aspecto, un aire especial de persona relevante, y había hablado con el inconfundible acento de los habitantes de la capital. Contestó, cautelosamente:

–Chao es mi nombre.

–¡Ah, claro! ¡El coronel Chao! Dígame: ¿está su jefe, el excelentísimo señor Di, aquí, en Cantón, también?

–Y si estuviera aquí, ¿qué? – preguntó Chao, agresivo.

–Vamos, vamos, no sea usted rudo, amigo mío -saltó el otro-. Tengo que verle urgentemente. Lléveme ante él.

Chao Tai frunció el ceño. Aquel tipo no parecía ser un granuja. Y si se equivocaba, ¡tanto peor para él! Respondió:

–Precisamente iba a reunirme con mi jefe. Lo que puede usted hacer, por tanto, es acompañarme.

El desconocido miró ahora rápidamente hacia las sombras de los alrededores, a uno y otro lado, a su espalda.

–Usted camine delante -dijo, escueto-. Yo le seguiré. Es mejor que no nos vean juntos.

–Como quiera -manifestó Chao, echando a andar.

Tenía que desplazarse con cuidado ahora, ya que había muchos y profundos hoyos entre las losas de piedras y las únicas luces provenían de las ocasionales ventanas halladas al paso. Luego, no hubo ni éstas, y el único sonido perceptible fue el rumor de las pisadas del desconocido, avanzando tras él.

Habiendo doblado una esquina más, Chao Tai se encontró de improviso en una calle sumida en una absoluta oscuridad. Levantó la vista para comprobar si podía distinguir el minarete, con el fin de orientarse. Pero las altas casas que tenía a derecha e izquierda parecían ir a buscarse en el cielo, permitiéndole distinguir tan sólo un trozo pequeño del estrellado firmamento. Esperó a que el otro le hubiera alcanzado, diciéndole seguidamente, por encima de su hombro:

–Aquí no acierto a ver nada. Sería mejor que volviéramos sobre nuestros pasos para buscar una litera. Hay todavía un buen trecho por recorrer a lo largo de la calle principal.

–Pregunte a la gente de esa casa de la esquina -aconsejó su acompañante.

Su voz había sonado ronca.

Chao Tai aguzó la vista, distinguiendo ahora un poco de claridad entre las sombras. «La voz de este viejo no es muy firme, pero de vista anda bien, ciertamente», musitó, avanzando en dirección a aquel punto. Al otro lado de la esquina, vio que la claridad provenía de una lámpara de aceite barata colocada en un nicho practicado en un blanco muro muy sólido, que quedaba a su izquierda. Un poco más allá vio una puerta con adornos de cobre. Sobre su cabeza había un pasadizo más que ponía en comunicación la segunda planta de la casa con la opuesta. Se aproximó a la puerta. Al golpear con fuerza en la mirilla, oyó los pasos de su acompañante a su espalda, deteniéndose. Chao Tai le gritó:

–¡No contesta nadie todavía, pero yo haré que respondan estos bastardos!

Siguió llamando vigorosamente durante un rato. Después, aplicó su oído a la puerta. No percibió nada. Propinó a la puerta varias patadas. Seguidamente, golpeó la mirilla hasta hacerse daño en los nudillos.

–¡Adelante! – chilló, irritado, mirando a su acompañante-. Echaremos la puerta abajo a patadas. Tiene que haber alguien en la casa, pues de lo contrario estaría apagada la lámpara.

Nadie respondió a sus palabras.

Chao Tai giró en redondo. Se encontraba solo en la calle.

–¿Dónde ha podido ese maldito…? – comenzó a preguntarse, perplejo.

Se interrumpió bruscamente porque acababa de descubrir sobre las losas de piedra del pavimento, bajo el pasadizo, el gorro del desconocido. Lanzando un juramento, Chao Tai dejó el bulto que llevaba en la mano en el suelo, alargó un brazo y sacó la lámpara del nicho. Al avanzar para contemplar más de cerca el gorro, sintió de pronto que uno de sus hombros entraba en contacto con algo. Dio la vuelta. No había nadie a su espalda. Pero inmediatamente divisó un par de botas cubiertas de cieno que oscilaban cerca de su cabeza. Profiriendo otra maldición, levantó la vista, elevando al mismo tiempo la lámpara. Su acompañante colgaba del cuello por el otro lado del pasadizo; la cabeza del hombre permanecía inclinada, y tenía los brazos rígidos y pegados al cuerpo. Una fina cuerda corría por el antepecho de la ventana del paso aéreo.

Chao Tai se volvió hacia la puerta que quedaba debajo del mismo, propinándole una violenta patada. Aquélla saltó disparada hacia dentro, estrellándose contra la pared. Rápidamente, Chao subió por unos peldaños estrechos, de piedra, empinados, que le condujeron al oscuro y bajo pasadizo que cruzaba la calle. Levantando cuanto pudo su lámpara, divisó a un hombre ataviado con una túnica árabe, tendido de bruces frente a la ventana. Estaba inmóvil, y empuñaba una corta lanza provista de una larga punta, afilada como una aguja, con su mano derecha. Una mirada a su hinchada faz y a su prominente lengua le bastó para advertir que estaba muerto… Había sido estrangulado. Uno de sus saltones ojos era defectuoso.

Chao Tai se secó el sudor que cubría su frente.

–Justamente, el espectáculo que convenía ofrecer a un hombre que hace poco se sentía feliz bebiendo -musitó-. Desde luego, no hay nada como esto para disipar los vapores del alcohol. Se trata del sujeto que vi en la taberna. Pero, ¿dónde está el feo enano?

Chao iluminó la porción opuesta del pasadizo. Descendió por

una oscura escalera, pero a su alrededor reinaba un silencio sepulcral. Seguidamente, dejando la lámpara en el suelo, se encaminó hacia el árabe muerto, empezando a tirar de la fina cuerda que había sido amarrada a un gancho de hierro emplazado bajo el antepecho de la ventana. Lentamente, fue izando el cadáver del hombre de la barba. Su rostro, horriblemente distorsionado, apareció por fin en la ventana; de entre sus distendidos labios se escapaba un hilo de sangre.



Chiao Tai pierde un compañero.

Chao Tai subió del todo el cuerpo todavía caliente del hombre, colocándolo a continuación en el suelo, junto al del árabe. El nudo de la cuerda se había hundido profundamente en el descarnado cuello, que parecía haberse quebrado. Chao bajó corriendo los peldaños del otro extremo del pasadizo. A media docena de pasos de allí localizó una puerta baja. Chao la aporreó con sus puños. Al no haber respuesta, se arrojó sobre ella de lado. Las viejas tablas, carcomidas, cedieron, y se precipitó, entonces, violentamente en el interior de una habitación casi a oscuras, entre un estruendo terrible de ollas y platos, arrastrando todavía algunos trozos de madera.

Se puso de pie en un abrir y cerrar de ojos. Una vieja bruja árabe, encogida en el centro de la habitación, levantó la vista hacia él; su boca, desprovista de dientes, se había abierto, expresando un gran temor sin pronunciar una sola palabra. La luz de una lámpara de aceite brillaba sobre una joven árabe sentada en un rincón, la cual en aquel momento daba el pecho a un niño. Profiriendo un agudo grito de terror, la mujer se cubrió el desnudo seno con parte de su andrajosa túnica. Chao Tai se disponía a hablarles cuando la puerta situada frente a él se abrió de pronto, dando paso a unos flacos árabes que empuñaban curvadas dagas. Se detuvieron de pronto al separar Chao Tai una de sus solapas de la otra para revelar su dorado distintivo.

Los árabes vacilaban. Luego, un tercero, mucho más joven, se presentó para echarlos a un lado y enfrentarse con Chao Tai. Le preguntó, en un chino no muy firme:

–¿Qué es lo que se propone usted, señor oficial, forzando su camino para adentrarse en la zona de alojamiento de las mujeres?

–Ahí fuera, en el pasadizo, fueron asesinados dos hombres -gritó Chao Tai-. ¡Hablad! ¿Quién los mató?

El árabe joven echó un vistazo a la destrozada puerta. Luego, contestó, sombrío:

–A nosotros no nos interesa lo que pueda ocurrir allí…

–El pasadizo comunica con tu casa, hijo de perra -gruñó Chao, más irritado aún-. Hay en él ahora dos hombres muertos. ¡Habla si no quieres que te detenga y que seáis sometidos a un interrogatorio y torturados!

–Si usted tuviera a bien, señor, echar una mirada a la puerta que derribó hace unos momentos advertiría que no había sido abierta

desde hace años -manifestó el árabe joven, despreciativamente.

Chao Tai volvió la cabeza. Los trozos de madera con que se había enredado eran los restos de un alto armario. No tuvo más que fijarse en el polvoriento rincón de delante de la abertura de la puerta y en la herrumbrosa cerradura, que hiciera saltar, para comprobar que su interlocutor estaba en lo cierto. Desde luego, la puerta que en otro tiempo conducía al pasadizo llevaba muchos años, seguramente, sin ser utilizada.

–Si es verdad que alguien fue asesinado sobre la calle- dijo el joven árabe-, esto pudo ser obra de cualquier transeúnte. A uno y otro lado de la calle hay escaleras, y las puertas correspondientes no se cierran, que yo sepa.

–¿Qué aplicación tiene entonces el pasadizo?

–Hasta hace seis años, mi padre, el comerciante Abdallah, era propietario también de la casa opuesta. Tras su venta, la puerta del otro extremo fue tapiada.

–¿Oíste tú algo? – preguntó Chao Tai a la mujer joven.

Esta no contestó nada. Aunque no entendía sus palabras, estaba atemorizada. Cuando el joven árabe se las hubo traducido rápidamente, movió la cabeza expresivamente. El árabe explicó a Chao Tai:

–Los muros son gruesos, y como el armario había sido instalado frente a la puerta…

Se abrió de brazos, en un elocuente gesto.

Los otros dos árabes se habían guardado las dagas en sus cintos. A continuación empezaron a hablarse en susurros, y la vieja bruja pareció volver entonces a la vida, iniciando una larga arenga en un árabe chillón y señalando los trozos de las tablas de la puerta.

–Decidle que será indemnizada -declaró Chao Tai-. ¡Tú, acompáñame!

Se agachó para pasar por la abertura de la puerta, siendo seguido por el árabe joven. Hallándose ya en el pasadizo, Chao señaló el cadáver de su compatriota, preguntándole:

–¿Quién es este hombre?

Su acompañante se agachó junto al cuerpo. Tras una mirada a la distorsionada faz soltó la bufanda de seda que fuera atada estrechamente al cuello de la víctima. Después, sus ligeros dedos rebuscaron entre los pliegues del turbante. Incorporándose manifestó, hablando con lentitud:

–No lleva encima dinero ni papeles. Nunca lo había visto antes, pero puedo decir que debe de ser del sur de Arabia, donde hay gente muy experta en el lanzamiento del venablo corto -alargando la bufanda a Chao Tai, añadió-: No fue un árabe quien lo mató, sin embargo. ¿Ve usted esta moneda de plata fijada a una de las puntas de la bufanda? Da peso a ésta, permitiendo con ello que el estrangulador la enrolle al cuello de la víctima lanzándola desde atrás. Es el arma de los cobardes. Nosotros, los árabes, sentimos más apego por nuestras lanzas, espadas y dagas… para mayor gloria de Alá y su Profeta.

–Amén -contestó Chao Tai, irónico.

Consideró pensativo los dos cadáveres. Ahora comprendía lo sucedido. El árabe no había querido matar solamente al desconocido barbudo, sino a él también. Había estado acechando el paso de los dos desde la ventana. A él le había dejado pasar por debajo de la galería cerrada, pero al seguirle su acompañante y quedarse plantado, aguardando el resultado de su llamada, el otro le había pasado el nudo por la cabeza, izándole de un fuerte tirón. Seguidamente, había atado al gancho de hierro el extremo de la cuerda, cogiendo su venablo. Pero al disponerse a abrir la ventana opuesta con el propósito de clavar el venablo en la espalda de su segunda víctima, una tercera persona le había estrangulado atacándolo por detrás con la bufanda, y emprendiendo a continuación la huida.

Chao abrió del todo la ventana, estudiando la calle, a sus pies.

–Mientras estuve ahí, llamando a esa condenada puerta, debí de ser un blanco perfecto -musitó-. Y la fina punta del venablo, desde luego, hubiera podido atravesar mi cota de malla, además. Debo la vida a un desconocido bienhechor -volviéndose hacia el joven árabe, le ordenó, ásperamente-: Dile a alguien que se acerque a la calle principal y que alquile una litera grande.

Una vez el árabe hubo dado unas voces desde la destrozada puerta, Chao procedió a inspeccionar el cuerpo del chino barbudo. Pero no encontró nada que sirviera para identificarlo. Movió la cabeza, desconsolado.

Iniciaron la espera sumidos en un embarazoso silencio, hasta que oyeron en la calle unas fuertes voces. Chao Tai se asomó a la ventana y vio a cuatro porteadores de litera que empuñaban humeantes antorchas. Echándose al hombro el cadáver del chino, ordenó al joven árabe:

–Tú no te muevas de aquí, junto al cuerpo de tu compatriota, hasta que lleguen los agentes para hacerse cargo del muerto. Si sucede algo raro con éste os haré responsables de todo a ti y a tus familiares.

Con su carga al hombro, Chao descendió cuidadosamente por la estrecha escale**ra.**

3

Tao Gan había vuelto al edificio de la aduana. Habiéndose deslizado por debajo de su alta arcada, observó durante un rato a los empleados, que se dedicaban afanosamente a clasificar montones de balas y cajas. Se percibía allí un punzante olor a especias extranjeras. Salió de allí por la puerta posterior, echó una mirada a su lúgubre hostería y luego penetró en la ciudad por la puerta del sur.

Avanzando por entre la gente, comprobó satisfecho que era capaz de identificar la mayor parte de los edificios que iba descubriendo. Evidentemente, Cantón no había cambiado mucho en el curso de los veinte años, aproximadamente, que habían transcurrido desde la última vez que estuviera allí.

Reconoció el gran templo que se elevaba a su derecha. Estaba dedicado al Dios de la Guerra. Se apartó de la multitud para subir por los anchos peldaños de mármol que conducían a la alta puerta y verja de acceso. Había dos hojas flanqueadas por un par de enormes leones de piedra, agazapados sobre sendos pedestales de forma octogonal. Como de costumbre, el macho, a la izquierda, miraba al frente con la boca apretada en un gesto huraño; la hembra, en cambio, a la derecha, tenía la cabeza levantada, mostrando sus fauces completamente abiertas.

–Claro, le resulta imposible estar con la boca cerrada -susurró Tao Gan, irónico-. Le pasa lo mismo, exactamente, que a la que fue mi mujer.

Tirándose parsimoniosamente de su raído bigote, pensó ahora, ensimismado, que por espacio de veinte años apenas se había acordado alguna vez de su adúltera esposa. Visitando de nuevo la ciudad, en la que viviera unos años en su juventud, aquel recuerdo había vuelto de repente a su memoria. La mujer que amara se había portado villanamente, engañándole, y además había intentado procurarle la ruina, por cuyo motivo huyera, a fin de salvar la vida. Había jurado entonces prescindir para siempre de las mujeres, y decidido a sacar el máximo provecho de un mundo que le disgustaba habíase convertido posteriormente en un timador itinerante. Hasta que diera con el juez Ti, quien le había reformado, tomándolo a su servicio como ayudante, haciendo en suma que la vida tuviese un nuevo interés para él. Había servido al juez Ti en diversos puestos. Al ser éste magistrado de distrito, y luego, al ascender el juez a su presente alto cargo en la capital, Tao Gan fue nombrado secretario jefe. En su alargada y seria faz se dibujó una sonrisita torcida al decir

a la leona, complacido:

–Cantón sigue igual que antes, pero ¡fíjate en mí! No solamente soy en la actualidad un funcionario de categoría, sino que además soy un hombre de medios, de considerables medios, podría asegurar.

Se ajustó el gorro con un rápido movimiento, hizo un gesto altanero dirigido a la feroz leona de piedra, y entró en el templo.

Desde el vestíbulo principal, lanzó un vistazo al interior. A la temblorosa luz de las altas velas rojas, un pequeño grupo de gente añadía nuevos bastones de incienso a los que ya había en el gran quemador de bronce del altar mayor. A través de la espesa y azulada humareda distinguió vagamente la dorada y alta estatua del barbudo dios bélico empuñando su larga espada. Tao Gan resopló despectivo, pues a él apenas le inspiraban admiración las proezas militares. Él no poseía la complexión ni la fuerza de su colega Chao Tai, y nunca era portador de armas. Sin embargo, su carencia total de temores y rápido juicio le convertían en un peligroso oponente. Echó a andar, describiendo un círculo por el vestíbulo principal, camino de la puerta posterior de aquella construcción. Recordando que el mercado más grande de la ciudad quedaba directamente al norte del templo, pensó que podía muy bien contemplarlo brevemente antes de enfilar la calle principal, la que conducía al palacio del gobernador, en la porción septentrional de la población.

El barrio situado tras el templo se componía de míseras viviendas de madera, todas ellas ruidosas, de las que salían gritos y risas constantemente. Flotaba en el aire un persistente olor a grasa frita de poca calidad. Algo más lejos, no obstante, de pronto, reinaba un profundo silencio. Aquí no había más que casas abandonadas, muchas en ruinas. Los montones de ladrillos nuevos y grandes recipientes llenos de hormigón que se veían a regulares intervalos permitían apreciar que estaba en marcha un proyecto de construcción. Tao Gan miró a su espalda varias veces, pero no vio a nadie por las inmediaciones. Caminaba con paso tranquilo, manteniendo su caftán pegado a su huesudo cuerpo, a pesar del sofocante calor.

En el momento en que doblaba la esquina de una nueva calle, oyó el rumor del mercado, emplazado más adelante. Al mismo tiempo, observó un pequeño alboroto al fondo de la vía urbana. A la luz de una linterna que colgaba del poste de una destrozada puerta, dos desgreñados rufianes estaban atacando a una mujer. Nada más echar a correr hacia ellos, Tao Gan vio que el agresor que se había situado tras ella acababa de pasarle el brazo por debajo de la

barbilla. El segundo rufián, de pie enfrente de la mujer, había conseguido desgarrar sus ropas, dedicándose a acariciar sus desnudos senos. Al empezar a desgarrar el cinturón del vestido, para soltar el mismo, la atacada, frenéticamente, comenzó a descargarle patadas. Pero el otro sujeto tiró de la cabeza de ella hacia atrás y su compañero propinó a la víctima un fuerte golpe en las costillas.

Tao Gan pasó a la acción rápidamente. Cogió un ladrillo de los que quedaban a su alcance, en tanto que con la otra mano extrajo un poco de cal viva de uno de los recipientes hallados al paso. Acercándose con cautela a los dos individuos, asestó un fuerte golpe con el canto del ladrillo al que retenía a la joven. El hombre la soltó, llevándose ambas manos a la cabeza al tiempo que profería un grito de dolor. El otro tipo se volvió hacia Tao Gan, disponiéndose a echar mano de la daga que llevaba en su cinto. Pero entonces Tao Gan le echó la cal viva a los ojos. El rufián se tapó la cara con las manos, dando angustiosos aullidos.

–¡Detened a estos bastardos, agentes! – gritó Tao Gan.

El tipo golpeado agarró en seguida a su compañero por un brazo. Tirando de él, ambos echaron a correr por la calle con la mayor rapidez posible.

La joven estaba arreglando sus ropas para cubrirse, al tiempo que abría la boca angustiada, como si le faltara aire. Tao Gan vio vagamente que era bella. Llevaba los cabellos recogidos sobre la nuca en dos trenzas. Era éste el peinado de una joven soltera. Calculó que tendría unos veinticinco años.

–Vamos al mercado inmediatamente -dijo en cantonés, presuroso-, antes de que esos dos individuos descubran que les he engañado.

Como ella parecía vacilar, Tao Gan la asió por una manga, tirando de la joven en dirección al mercado.

–¿Cómo es que se atreve a ir sola por este barrio desierto? – le preguntó en tono de reproche-. Esto es querer buscarse líos. O bien es que conocía usted a esos hombres…

–No, no los conocía. Deben de ser unos matones de los que vagan por aquí -replicó la joven, con voz suave, de persona cultivada-. Viniendo del mercado, tomé para acortar este camino que lleva al templo del Dios de la Guerra, topando entonces con esos dos tipos. Me cedieron el paso, primeramente, y luego, de pronto, me

sujetaron por detrás. ¡Gracias por su oportuna ayuda!

–Dé las gracias a su buena estrella -gruñó Tao Gan.

Después, habiéndose detenido los dos en la calle, atestada de gente, que discurre a lo largo del lado sur del brillantemente iluminado mercado, añadió:

–Será mejor que aplace su visita al templo para cuando luzca la luz del sol. Adiós.

El quería entrar en el angosto pasillo existente entre los puestos del mercado, pero la joven entonces dejó caer una mano sobre su brazo, inquiriendo tímidamente:

–Por favor, dígame el nombre de la tienda que queda enfrente de nosotros. Debe de ser una frutería, porque percibo el olor de las naranjas. Si sé dónde nos encontramos seré capaz de orientarme por mí misma.

Mientras pronunciaba estas palabras, la joven extrajo de una de sus mangas un fino tubo de bambú. Dándole unas ligeras sacudidas hizo emerger de él varias porciones sucesivamente más delgadas. Tratábase de un bastón plegable.

Tao Gan miró fijamente sus ojos. Eran de un tono gris opaco, careciendo de vida.

–La acompañaré hasta su casa, por supuesto -dijo, pesaroso.

–No es necesario, señor. Estoy muy familiarizada con este barrio. Sólo preciso conocer un punto de partida para moverme por él.

«Hubiera debido matar a los dos malditos cobardes», se dijo Tao Gan. A la muchacha le respondió:

–Cójase a mi manga. Si le sirvo de guía, llegará a su casa antes. ¿Dónde vive?

–Es usted muy atento, señor. Vivo cerca de la esquina nordeste del mercado.

Echaron a andar. Tao Gan abría paso por los dos entre la gente valiéndose de sus huesudos brazos, a fuerza de codos. Al cabo de un rato, ella inquirió:

–Usted es un funcionario agregado temporalmente a la administración de la ciudad, ¿no?

–¡Oh, no! – replicó Tao Gan rápidamente-. Yo sólo soy un comerciante de la zona oeste de la ciudad.

–Claro. Perdóneme -dijo la joven, dulcemente.

–¿Qué es lo que le ha hecho pensar que yo era un funcionario? –preguntó Tao Gan, curioso.

Ella vaciló un momento, replicando después:

–Bueno, usted habla un cantonés fluido, mas mi sentido del oído es muy preciso, y detecto el acento de la capital. En segundo lugar, cuando engañó a mis dos atacantes, en su voz noté la genuina entonación del hombre habituado a la autoridad. Por último, he de señalar que en esta ciudad cada uno atiende exclusivamente a sus propias cosas. Ningún ciudadano corriente se atrevería a habérselas solo con dos rufianes agresores de una mujer. Puedo añadir que tengo la impresión de haber tropezado con un hombre amable y considerado.

–Un buen razonamiento -comentó Tao Gan-. Esto es, si exceptuamos su última afirmación. Ahí se aparta mucho usted verdaderamente de la realidad.

Mirándola de reojo, vio que una serena sonrisa había iluminado su faz. Los ojos, muy separados entre sí, de la muchacha y la jugosa boca, dábanle una rara apariencia, que él, sin embargo, halló de un atractivo no común. Caminaron en silencio. Al llegar a la esquina nordeste del mercado, dijo ella:

–Vivo en la cuarta calle, a la derecha. A partir de aquí es mejor que le guíe yo.

La estrecha vía fue haciéndose más y más oscura a medida que avanzaban. La joven tocaba ligeramente las piedras del pavimento con su bastón. A uno y otro lado se veían deterioradas casas de madera de dos plantas. Al llegar a la cuarta calleja lateral, la oscuridad era casi total. Tao Gan hubo de adoptar precauciones para no dar un tropezón en aquel desigual y resbaladizo pavimento.

–En estas casas viven varias familias de las que se dedican a vender en el mercado -explicó ella-. Sólo a altas horas de la noche se reintegran a sus hogares. Por eso reina aquí tanta tranquilidad. Bueno, ya hemos llegado. Cuidado con la escalera. Es muy empinada.

Este era el momento oportuno para despedirse, pero Tao Gan se dijo que puesto que había llegado hasta allí procuraría enterarse, de ser posible, de más cosas acerca de aquella extraña muchacha. Por tanto, siguió sus pasos, sobre unos crujientes y oscuros peldaños. Al llegar a un descansillo, ella le encaminó a una puerta, que procedió a abrir, diciendo:

–En la mesa que queda a su derecha verá una vela.

Tao Gan procedió a encenderla valiéndose del pedernal y el trocito de hierro que llevaba encima, dentro de una cajita. Después, inspeccionó la pequeña y desnuda habitación en que se encontraban. El pavimento estaba construido por unas tablas de madera; tres de las paredes se hallaban recubiertas por una capa de agrietado yeso; la cuarta se veía abierta. Por allí, una balaustrada de bambú separaba el cuarto del tejado plano de la vivienda vecina. A distancia, los curvados tejados de los edificios más altos se destacaban sobre el firmamento nocturno. La habitación se notaba escrupulosamente limpia. Una débil brisa había acabado con el calor sofocante perceptible todavía en las calles. Junto a la vela había un cestillo con servicio de té, una taza de loza, un plato que contenía varias tajadas de pepino, y un largo y fino cuchillo. Frente a la mesa se encontraba un taburete de madera, hallándose adosado a la pared un estrecho banco. En la parte posterior, Tao Gan distinguió un alto biombo de bambú.

–No es mucho lo que puedo ofrecerle, como verá -dijo ella, gravemente-. Le he traído hasta aquí porque no hay nada que me disguste más que contraer deudas. Soy joven y no de mal ver. Si desea acostarse conmigo, hágalo. Detrás de ese biombo tengo la cama -como él se hubiera quedado silencioso, mirándola atónito, la joven añadió, plácidamente-: No tiene por qué sentir escrúpulos, ya que no soy virgen. El año pasado, ¿sabe?, fui violada por cuatro soldados que se hallaban bebidos.

Tao Gan contempló obstinadamente su tranquilo y pálido rostro, respondiendo, con lentitud:

–Una de dos: o es usted una criatura completamente depravada o bien resulta increíblemente sincera. Sea lo que fuera, no me interesa su ofrecimiento. Me interesa, en cambio, trabar relación con ciertos tipos humanos, y el que usted representa es nuevo para mí. En consecuencia, una breve charla y una taza de té saldarán la deuda que cree haber contraído conmigo.

La joven sonrió débilmente.

–Siéntese. Voy a quitarme este vestido destrozado.

Desapareció tras el biombo. Tao Gan se sirvió una taza de té valiéndose de la tetera del cestillo. Mientras sorbía el brebaje, examinó con curiosidad la hilera de pequeñas cajas que colgaban de unos ganchos de bambú sujetos a un palo colocado bajo el techo. Habría como una docena, de diferentes formas y tamaños. Volviendo la cabeza, vio en el estante existente sobre el banco cuatro grandes recipientes de verde loza, con unas ajustadas tapas de bambú entretejido. Escuchó con atención, perplejo, con el ceño fruncido. Por encima del confuso y algo lejano rumor de la ciudad, oyó un persistente zumbido que no acertaba a identificar del todo. Parecía proceder de las pequeñas cajas.

Se puso en pie, plantándose junto a la balaustrada, para escrutarlas. Todas las cajas aparecían perforadas con diminutos orificios. El ruido procedía de ellas. De pronto, comprendió. Las cajas contenían grillos. Personalmente, tales insectos no le inspiraban ningún interés, pero sabía que a muchos les agradaba escuchar sus particulares trinos, conservándolos en sus viviendas, introducidos en pequeñas jaulas, a menudo costosas, de marfil labrado o alambre de plata. Otras personas eran aficionadas a la lucha de grillos. Enfrentaban a sus campeones con otros en las tabernas y el mercado, colocando una pareja de aquellos belicosos insectos en un tubo de bambú labrado, para hostilizarles a continuación mediante unas finas pajas. Se cruzaban importantes apuestas en estas luchas. Tao Gan observó ahora que cada grillo producía un sonido peculiar, ligeramente distinto del vecino. Todos eran dominados, sin embargo, por la clara y sostenida nota proveniente de una pequeña calabaza que colgaba del extremo de la hilera. La nota en cuestión empezaba baja, elevándose gradualmente, hasta convertirse en un fuerte agudo de asombrosa claridad. Bajó la calabaza y se la acercó al oído. De pronto, la vibrante nota se transformó en un ronco zumbido.

La muchacha salió de detrás del biombo, vestida ahora con un sencillo quimono de color verde oliva, rebordeado de negro y pegado al cuerpo por un cinturón también negro. Se aproximó a él rápidamente, levantando los brazos nerviosa, tratando de localizar la pequeña jaula.

–¡Tenga cuidado con mi «Campanilla de Oro»! – chilló.

Tao Gan le colocó la calabaza en las manos.

–No hacía más que escuchar su agradable sonido -manifestó-. ¿Se dedica usted a la venta de estos insectos?

–Sí -replicó la joven, volviendo a colocar la calabaza en el palo nuevamente-. Los vendo en el mercado, o bien directamente a algunos buenos clientes. Este es mi mejor ejemplar; es de una clase muy rara, especialmente aquí, en el sur. Los expertos lo denominan «Campanilla de Oro» -sentándose en el banco, ocultando sus esbeltos brazos en el regazo, añadió-: En los botes del estante, detrás de mí, guardo unos cuantos grillos de lucha. Me dan lástima, más bien; no me gusta pensar que sus robustas patas y sus bellas y largas antenas acaban siendo quebradas durante sus luchas. Pero me veo obligada a tenerlos en existencia, pues existe una gran demanda de tales grillos.

–¿Y cómo los coge?

–Pues vagando al azar o lo largo de los muros de los jardines, por fuera, y edificios viejos. Identifico a los grillos buenos por su canto y me valgo de trocitos de fruta como cebo. Estos pequeños seres son muy inteligentes; creo, incluso, que me conocen. Cuando los dejo sueltos en esta habitación, siempre vuelven a sus cajas nada más llamarlos.

–¿Nadie cuida de usted?

–No lo necesito. Sé cuidar de mí misma perfectamente.

–Usted me ha dicho que sus vecinos aparecían por la casa a una hora avanzada de la noche…

–Y así es, realmente -replicó ella.

Tao Gan escuchó atentamente. Pero ahora sólo pudo percibir los cantos de los grillos. Debía de haberse equivocado. Inquirió, dudoso:

–¿Y a usted le parece bien esto de permanecer sola en este edificio la mayor parte del tiempo?

–¡Oh, sí! ¡Ah! Puede expresarse en su lenguaje, si quiere. Estoy familiarizada con el.

–No. Prefiero practicar mi cantonés. ¿Tiene usted familia en la ciudad?

–La tengo. Pero después del accidente que afectó a mis ojos, abandoné mi casa. A propósito, me llamo Lan-li. Y sigo pensando todavía que es usted un funcionario.

–Y está en lo cierto. Soy una especie de empleado, un miembro del séquito de un funcionario de la capital. Mi nombre es Ta. ¿Y gana


usted lo que necesita con esos grillos, lo suficiente para atender a sus cotidianas necesidades?



—¡Tenga cuidado con mi Campanilla de Oro!

–Gano para eso y para ahorrar. Sólo necesito comprarme un pastel de aceite para la mañana y otro para la noche, y un tazón de tallarines para el mediodía. Los grillos no me cuestan nada, y se venden a buenos precios. Fíjese en el llamado «Campanilla de Oro», por ejemplo. Vale muy bien una pieza de plata, ¿sabe? Pero no es que se me haya pasado por la cabeza la idea de venderlo. Nada de eso. ¡Me sentía tan feliz esta mañana, cuando me desperté y le oí cantar! – la chica sonrió, añadiendo-: Me hice con él anoche. Fue un maravilloso golpe de suerte. Caminaba a lo largo de la pared oeste del Hua-ta… ¿Conoce usted el templo budista?

–Desde luego. Es el Templo de la Pagoda Florida, en el barrio occidental.

–Exacto. Bien. De repente oí su canto por allí. Parecía estar asustado. Coloqué un trozo de pepino al pie del muro y lo llamé, así… -la joven frunció los labios, produciendo un sonido que, curiosamente, se asemejaba al canto del grillo-. Luego, me agaché, esperando. Finalmente, apareció él; le oí masticar el pepino. Cuando hubo comido hasta hartarse y se sentía a gusto, le hice entrar en la pequeña calabaza ahuecada que siempre llevo en mi manga -levantando la cabeza, Lan-li terminó diciendo-: ¡Escúchele! Ahora está cantando muy bien, ¿no le parece?

–¡Es verdad!

–Yo creo que con el tiempo usted acabará aficionándose a los grillos también. Su voz suena agradable; usted no puede ser uno de esos granujas que corretean por estas calles. ¿Qué es lo que les hizo a los dos hombres que me atacaron? Parecían sentirse muy dolidos.

–Bueno, yo no soy un luchador precisamente. Soy un hombre ya mayor, ¿sabe? Le doblo la edad, aproximadamente. Pero he corrido mucho en esta vida y aprendí a cuidar de mí mismo. Espero que a usted, Lan-li, le ocurra lo mismo a partir de ahora. El mundo está lleno de personas desagradables que no vacilarán en aprovecharse de una chica como usted a la menor oportunidad.

–¿Usted se lo figura así, realmente? He de decirle que, en suma, he dado siempre con gente más bien buena. Y cuando algunas personas resultan desagradables es porque se sienten desdichadas, principalmente, o se ven solas, o no pueden conseguir lo que necesitan, o quizá dispongan de demasiadas cosas, tal vez. De todos modos, yo apostaría lo que fuera a que mis dos agresores no disponían de dinero suficiente para procurarse una comida regular. Y siendo así, ¿cómo iban a poder hacerse de una mujer para ellos? Me

asustaron porque me figuré que acabarían pegándome hasta dejarme sin sentido después de haber abusado de mí. Si bien, ahora, comprendo que en fin de cuentas no habrían recurrido a eso, porque sabían que siendo ciega no podría denunciarles.

–La próxima vez que los vea -contestó Tao Gan, enojado-, les regalaré a cada uno una moneda de plata, a modo de recompensa, por sus buenas intenciones -apuró su taza de té, agregando después, con una sonrisa de satisfacción-: Hablando de monedas de plata: las van a necesitar en lo sucesivo, a buen seguro. Uno de ellos no podrá volver a valerse de su brazo derecho por el golpe que le propiné, y el otro, al intentar quitarse la cal de los ojos se quedará ciego para siempre.

Lan-li se puso en pie de un salto.

–¡Y qué cosas tan terribles ha hecho usted! – exclamó, irritada-. Además, parece sentirse complacido. Es usted un hombre desagradable, cruel.

–Y usted es una joven muy estúpida -replicó Tao Gan. Encaminándose a la puerta de la habitación, añadió, irónico-: ¡Muchas gracias por el té!

La muchacha buscó a tientas la vela, y acercándose al descansillo, tras él, mantuvo en alto la luz.

–Tenga cuidado -recomendó suavemente-. Estos peldaños son muy resbaladizos.

Tao Gan musitó algo, emprendiendo el descenso.

Ya en la calle, aguzó la vista para contemplar la casa. Se dijo que había hecho esto mecánicamente, sin proponérselo. «Porque, desde luego, no tengo la menor intención de volver por aquí», se dijo. «Las mujeres no me importan lo más mínimo, y menos que ninguna esa necia de los grillos.»

A continuación, echó a andar, bastante enojado.

La vía principal que cruzaba la ciudad de norte a sur, estaba brillantemente iluminada por las chillonas lámparas de los establecimientos, restaurantes y tabernas. Mientras se desplazaba por entre la abigarrada multitud, oyendo fragmentos de frases pronunciadas por gentes que reñían, o que sostenían fogosas disputas, Tao Gan fue recuperando su talante normal. Y en su rostro campeaba de nuevo su habitual sonrisa sarcástica al avistar los altos muros del palacio del gobernador.

Por aquella zona había menos tiendas y el tráfico resultaba menos intenso también. Veía principalmente altas construcciones, con sus puertas guardadas por centinelas armados. En los de su izquierda se acomodaban las diversas oficinas del tribunal de la ciudad; a la derecha estaban los alojamientos de la guarnición. Tao Gan pisó las anchas escaleras de mármol que conducían a la espléndida puerta del palacio, lacada en rojo. Siguiendo el imponente muro almenado, llamó a una mirilla emplazada en una puerta menor, en la esquina derecha del complejo. Dio a conocer al centinela su identidad. La puerta se abrió, adentrándose entonces en el largo y resonante corredor de marmóreas paredes, en dirección al separado patio del ala este, donde el juez Di se encontraba alojado.

Una vez en la antecámara, el mayordomo, elegantemente uniformado, escrutó la figura del desgreñado visitante enarcando las cejas. Calmosamente, Tao Gan se despojó de su caftán de piel de cabra. Debajo de él llevaba una túnica de color marrón oscuro, con el cuello y los puños bordados en oro, detalles que revelaban su rango de secretario. El mayordomo se dobló inmediatamente en una profunda reverencia, y adoptando una actitud respetuosa se hizo cargo de la desastrada indumentaria. Seguidamente, abrió la doble puerta.

El vasto y desierto vestíbulo se hallaba mal iluminado por una docena de candelabros de plata, emplazados entre las gruesas columnas, lacadas en rojo, que formaban dos majestuosas hileras a lo largo de los muros laterales. A la izquierda quedaba una ancha litera de madera de sándalo labrada y una mesa con un alto florero de bronce. En el centro del vestíbulo sólo se veía una amplísima alfombra azul. En un extremo, al fondo, Tao Gan distinguió un enorme escritorio situado frente a un dorado biombo. El juez Di permanecía sentado tras él, ocupando Chao Tai uno de los bajos asientos opuestos. El vestíbulo era fresco, reinando allí una gran quietud. Al avanzar, Tao Gan percibió la débil fragancia de la madera

de sándalo y de unos marchitos jazmines.

El juez Di vestía una túnica purpúrea ribeteada con bordados de oro, tocándose con un alto gorro alado con la dorada insignia que revelaba su condición de Consejero de Estado. Acomodado en un amplio sillón, se había echado hacia atrás, permaneciendo con los brazos plegados en sus amplias mangas. Chao Tai parecía hallarse sumido en profunda reflexión también; su vista se hallaba obstinadamente fija en los bronces antiguos del escritorio, y el hombre se mantenía encogido de hombros. Tao Gan pensó de nuevo que el juez había envejecido considerablemente en el curso de los últimos cuatro años. Su rostro se notaba más delgado, y había muchos y hondos pliegues en torno a los ojos y la boca. Sus enmarañadas cejas eran todavía negras como el azabache, pero en su larga barba, en su bigote, en sus patillas, se descubrían algunas zonas grisáceas.

Al plantarse Tao Gan frente al escritorio y hacer su reverencia, el juez Di levantó la vista. Se irguió, moviendo sus largas mangas, hablando con su resonante voz de bajo de siempre:

–Siéntate ahí, junto a Chao Tai. Hay malas noticias, Tao Gan. Estuve acertado al enviaros al muelle disfrazados. Las cosas se están moviendo. Y con rapidez -dirigiéndose al mayordomo, que se había quedado plantado en las inmediaciones, ordenó-: ¡Trae té recién hecho!

Cuando el mayordomo se hubo marchado, el juez apoyó sus codos en la mesa, miró a sus dos ayudantes durante unos momentos y luego les dijo, esbozando una fría sonrisa:

–Me complace mucho vernos reunidos de nuevo, amigos míos. Tras nuestra llegada a la capital, todos hemos estado tan ocupados con nuestras personales obligaciones que raras veces se nos ha ofrecido la oportunidad de sostener una informal discusión como las que antes teníamos casi a diario, cuando yo era magistrado de distrito. Fueron buenos días aquellos, cuando el viejo sargento Yung estaba todavía con nosotros, y… -el juez Di se pasó una mano por el rostro, en un gesto de cansancio. Luego, pareció recobrar su compostura, colocándose muy derecho en su sillón. Desplegando su abanico, añadió con viveza, dirigiéndose a Tao Gan-: Hace poco, Chao Tai ha sido testigo de un crimen particularmente repulsivo. Sin embargo, antes de que él te cuente lo ocurrido quisiera conocer tus impresiones sobre esta ciudad.

Indicándole con un gesto que podía ya hablar, el juez Di tornó a

recostarse en su sillón, empezando a abanicarse. Y Tao Gan, moviéndose en su asiento un poco, comenzó a decir, sin apresuramientos:

–Una vez Chao Tai y yo hubimos escoltado a Su Excelencia hasta este palacio, nos trasladamos en una litera al sur de la ciudad, buscándonos alojamientos cerca del barrio árabe, tal como nos fue ordenado por usted, señor. El hermano Chao escogió una hostería situada cerca de la mezquita musulmana; yo encontré una posada frente a la puerta meridional, en el muelle. Nos vimos de nuevo en una pequeña casa de comidas para consumir nuestro arroz del mediodía, y pasamos toda la tarde vagando a lo largo de la zona marítima.

»Vimos numerosos árabes por allí. Y oí afirmar que un millar de ellos se habían establecido en la ciudad, y que en los barcos que tienen en el puerto había otro millar de personas más. Esa gente se mantiene aparte; al parecer, no se mezcla mucho con los chinos. Algunos marineros árabes toman muy a mal que los guardias de la aduana golpeen a cualquiera de los suyos, pero suelen calmarse pronto cuando desaparecen aquéllos y uno de sus jefes les riñe -Tao Gan se acarició pensativo el bigote, agregando-: Cantón es la ciudad más rica del sur, señor, por su alegre vida nocturna, especialmente sobre las embarcaciones floridas del río Perla. La vida discurre aquí a un paso febril: los comerciantes que hoy son ricos pueden ser mendigos mañana, y en las mesas de juego se pierden y ganan fortunas todas las noches. No hay que decir que esto es un auténtico paraíso para toda clase de chantajistas y timadores, grandes y pequeños, y que en materia de finanzas se llevan a cabo auténticos juegos malabares. Ahora bien, el cantonés es, sobre todo, hombre de negocios, y se ocupa poco de la política. Cuando gruñen algo de vez en cuando, pensando en alguna medida adoptada por el gobierno central, es porque, como suele ocurrir con todos los hombres de negocios, lamentan la interferencia oficial en sus actividades. Con todo, yo no he descubierto indicios que hagan pensar en la existencia de un descontento real, y no acierto a ver cómo un puñado de árabes puedan llegar a plantear aquí verdaderos problemas.»

Como el juez Di guardaba todavía silencio, Tao Gan prosiguió diciendo:

–Antes de abandonar la zona portuaria, hallándonos en una taberna, trabamos relación con un marino, un piloto llamado Nee, un hombre bastante simpático que habla el árabe y el persa y que ha frecuentado por motivos comerciales el Golfo Pérsico. Puesto que podría ser una relación útil, Chao Tai aceptó su invitación para

visitarle mañana -Tao Gan dio al rostro del juez una difidente mirada, inquiriendo-: ¿Por qué se interesa usted tanto por esos negros bárbaros, señor?

–Pues porque ellos representan nuestra única esperanza a la hora de conseguir una pista sobre el paradero de un hombre muy importante que ha desaparecido en esta ciudad -el juez esperó a que dos de los servidores del palacio colocaran sobre la mesa una bandeja de té en la que se veían unas exquisitas piezas de porcelana, operación llevada a cabo bajo la atenta mirada del mayordomo. En cuanto éste hubo servido el té, el juez Di le indicó-: Puedes irte ya. Y espera fuera -luego, fijando la mirada alternativamente en sus ayudantes, reanudó su discurso-: Desde el día en que Su Majestad cayó enfermo han venido formándose grupos contendientes en la corte. Unos apoyan al príncipe, legítimo heredero del trono, y otros a la emperatriz, quien desea reemplazar a aquél por un miembro de su familia. Hay todavía otras personas unidas en una poderosa combinación que favorece la Regencia, tras la Gran Defunción. El hombre que mantiene el equilibrio de poderes es el Censor Imperial Liu. No creo que lo hayáis conocido, pero, por supuesto, tenéis que haber oído hablar de él. Es un tipo joven y capaz en grado sumo, que vive para los intereses de nuestro gran Imperio. Yo establecí estrecho contacto con él, pues estimo en todo lo que valen su integridad y grandes talentos. Si se presentara una crisis, le prestaría todo mi apoyo.

El juez Di sorbió su té. Reflexionó un momento antes de hablar nuevamente:

–Hace unas seis semanas, el Censor Liu se trasladó aquí, a esta ciudad, en compañía del doctor Su, su fiel consejero, y cierto número de expertos militares. El Gran Consejo le había ordenado comprobar los preparativos realizados para nuestra expedición naval a Annam. Regresó a la capital, entregando un informe favorable, en el que se ensalzaba el trabajo de Hueng Kien, el gobernador de la región meridional, de quien en la actualidad soy huésped.

»La semana pasada, el Censor regresó de pronto a Cantón, esta vez acompañado tan sólo por el doctor Su. No tenía órdenes para proceder así, y nadie conoce el objeto de esta segunda visita. No notificó al gobernador su llegada y tampoco se presentó en palacio. Evidentemente, deseaba viajar de incógnito. Pero sucedió que un agente especial del gobernador llegó a ver un día al Censor y al doctor Su cerca del barrio árabe, desplazándose a pie y pobremente vestidos. Habiendo informado el gobernador de esto a la capital, el Gran Consejo le dio instrucciones para que averiguara el paradero del

Censor e hiciera saber a éste que se le ordenaba regresar a la capital sin más dilaciones, ya que se requería urgentemente su presencia en la corte. El gobernador procedió a movilizar a sus investigadores, agentes especiales y otras personas. Fue registrada escrupulosamente toda la ciudad, pero sus esfuerzos no sirvieron de nada. El Censor y el doctor Su habían desaparecido sin dejar el menor vestigio.»

El juez suspiró. Moviendo la cabeza, continuó diciendo:

–Este asunto ha sido tratado oficialmente con extremada reserva, ya que la prolongada ausencia del Censor podría acarrear serias consecuencias de carácter político. El Consejo sospechaba que había algo muy grave en aquella historia, informando por consiguiente al gobernador que había sido dado un carpetazo a la misma, ordenándole que cancelara su investigación. Pese a ello, sin embargo, el Consejo me dio instrucciones para que me trasladara a Cantón, iniciando seguidamente una investigación secreta, con el pretexto de hacerme con informaciones sobre actividades comerciales extranjeras, para corresponder a una encuesta emanada del ministerio de Hacienda. Así pues, en efecto, nuestra tarea consiste en establecer contacto con el Censor, averiguar por qué vino a Cantón, y qué es lo que le ha retenido en esta ciudad. Al doctor Su no tenemos por qué buscarlo ya. Su cadáver se encuentra en el vestíbulo lateral. ¡Explícale lo que ha pasado, Chao Ti!

Este dio a su atónito colega cuenta brevemente del doble crimen que había tenido por escenario el barrio árabe. Cuando hubo terminado su relato, el juez Di manifestó:

–Identifiqué enseguida el cadáver traído aquí por Chao Tai como el del doctor Su. El hombre debió de descubrir a Chao Tai cuando los dos caminabais por los muelles, pero no quiso abordarlo mientras tú, Tao Gan, le acompañaras, debido a que a ti no te conocía. Por tanto, os siguió hasta la taberna, y después de haberos separado los dos habló con nuestro amigo. Pero el doctor Su había sido seguido a su vez por el árabe asesino y el misterioso enano. Los dos debieron de ver al doctor cómo abordaba a Chao Tai, y entonces actuaron rápidamente. Como el barrio árabe es una auténtica madriguera, con sus serpenteantes calles y extraños atajos, ellos y sus cómplices pudieron adelantarse corriendo en las dos o tres vías por las que Chao Tai y el doctor Su tendrían que aventurarse, sin duda. El árabe asesino se salió en parte con la suya, ya que logró matar al doctor. También había planeado eliminar a Chao Tai, pero entonces intervino allí un tercero y desconocido elemento, alguien que le estranguló. Así pues, hemos de pensar que tenemos que habérnoslas con dos grupos bien organizados, igualmente rudos en sus métodos,

que persiguen objetivos enfrentados. Todo lo cual prueba que el Censor se encuentra en un gravísimo aprieto.

–¿No existe, señor, ninguna indicación reveladora del carácter de tal aprieto? – inquirió Tao Gan.

–Solamente su evidente interés por los árabes de aquí. Tras haberos ido vosotros esta mañana, para buscar alojamientos, el gobernador me enseñó las habitaciones que yo iba a ocupar, en el ala este. Le pedí que me enviara documentación reservada relativa a la administración provincial y de la ciudad sobre el pasado año, a fin de tener una orientación general. Dediqué la mañana precisamente al estudio de esos datos. Únicamente di con problemas rutinarios. Nada había que afectara a los árabes de aquí; nada, en suma, que fuese susceptible de despertar un especial interés por parte del Censor. Encontré, sin embargo, el informe del agente que descubriera fugazmente por las calles de la población a aquél y al doctor Su.

»En él se especificaba que ambos iban pobremente vestidos, viéndoseles pálidos y preocupados. El Censor se había acercado a un árabe que pasaba, y los tres hombres acabaron perdiéndose entre la multitud. El agente, entonces, se apresuró a trasladarse a este palacio para poner en conocimiento del gobernador lo que había visto -el juez apuró el contenido de su taza, y siguió hablando-: Antes de salir de la capital, procedí a realizar un estudio de los asuntos en que el Censor había estado trabajando, mas no logré descubrir en ellos una sola referencia a Cantón, ni a sus árabes. Por lo que a su vida privada respecta, no sé mucho más allá de que es un hombre que dispone de considerables medios, pero que sigue soltero, y que aparte del doctor Su no tiene más amigos íntimos -dando a sus ayudantes, alternativamente, un expresivo vistazo, el juez Di añadió-: Tened en cuenta que el gobernador no ha de saber nada de todo esto, ¿eh? Tomando el té con él, hace un rato, le dije que el doctor Su era un hombre de raro carácter, según se juzgaba en la capital, y que había andado mezclado aquí con atracadores o pistoleros árabes. El gobernador ha de tener la impresión de que nosotros hemos venido aquí solamente para realizar una investigación sobre el comercio con el exterior.»

–¿Por qué, señor? – preguntó Chao Tai-. Puesto que es la más alta autoridad local, podría ayudarnos, quizá…

El juez hizo un movimiento expresivo, denegando.

–Tienes que recordar que el Censor no dio cuenta al gobernador de su segunda visita a Cantón -dijo aquél ahora-. Esto puede

significar que el asunto que trajo al Censor a esta población era tan reservado que optó por no revelárselo. Tal proceder puede querer decir también que no confía en el gobernador, que sospecha, a lo mejor, que éste se halla implicado en el misterioso asunto que nuestro Censor está investigando aquí.

»Sea lo que fuere, nosotros debemos secundar al mismo en su política de reserva absoluta, al menos mientras no sepamos más sobre lo que pasa. En consecuencia, no hemos de contar con las facilidades que las autoridades locales podrían aportarnos. No obstante, tras haberme sido servido el arroz del mediodía, llamé al jefe de la sección especial de la policía militar, quien ha seleccionado por encargo mío cuatro agentes secretos que nos ayudarán en las gestiones corrientes de nuestra investigación. Como vosotros sabéis, dicha sección es por completo independiente; las autoridades militares locales no tienen nada que ver con ella, y su jefe pasa sus informes directamente a la capital -el juez suspiró, agregando-: Ya veis que nos enfrentamos con una tarea particularmente difícil. Por un lado hemos de fingir que colaboramos estrechamente con el gobernador con un propósito ficticio; y por otra parte hemos de llevar adelante nuestra particular investigación con las máximas reservas.»

–Y a todo esto frente a un adversario desconocido, quien nos vigila de cerca -señaló Tao Gan.

–No está pendiente de nosotros, sino del Censor y del doctor Su -corrigió el juez Di-, ya que esa persona, o personas, no pueden conocer el propósito real de nuestra visita a esta ciudad. El nuestro es un secreto de estado conocido solamente por el Consejo Supremo. Ellos vigilan al doctor Su y presumiblemente al Censor, también, porque pretenden impedir que se pongan en comunicación con extraños. Y puesto que no reparan en recurrir al crimen, el Censor debe de hallarse en grave peligro en estos momentos.

–¿Existen datos que justifiquen alguna sospecha con respecto al gobernador, señor? – inquirió Chao Tai.

–Yo no conozco ninguno. Antes de abandonar la capital examiné su expediente, en la sección de Personal. Oficialmente, se le tiene por un funcionario capaz y diligente. Hace veinte años era considerado ya un joven brillante, cuando sólo era segundo ayudante en el tribunal de Cantón. Después ha prestado excelentes servicios como magistrado en distintos distritos, siendo ascendido a prefecto. Hace dos años fue enviado de nuevo aquí, esta vez como gobernador de toda la región meridional. Su vida familiar es ejemplar; tiene tres

hijos y una hija. El único reparo a oponer sobre esta persona es que me pareció que le domina la ambición, albergando fervientes esperanzas de alcanzar el puesto de gobernador metropolitano. Bien. Después de haberle reprendido por la cuestión del asesinato del doctor Su, le ordené que convocara una conferencia media hora antes de la cena, con participación de los mejores expertos en materia de comercio exterior. De esta manera espero hacerme con información general acerca de los asuntos árabes, con el pretexto de hallar orientaciones para mí en lo tocante a aquél -el juez se puso de pie, diciendo-: Vámonos ahora a la Sala de Consejos. Esa gente debe de estar esperándonos.

Cuando avanzaban hacia la puerta, Tao Gan inquirió:

–¿Y qué podría tener que ver todo un Censor Imperial con los mezquinos negocios de esos negros bárbaros, señor?

–Bueno, nunca se sabe… -respondió el juez Di, cautelosamente-. Al parecer, las tribus árabes se han unido bajo el mandato de un jefe a quien denominan califa. Sus hordas armadas han invadido la mayor parte de los estériles territorios occidentales. Lo que ocurre en esas tierras ignoradas situadas en la periferia de nuestro civilizado mundo no nos interesa, por supuesto. El llamado califa no ha adquirido todavía importancia suficiente como para atreverse a enviar portadores de tributos que rueguen a Su Majestad Imperial la concesión de la condición de vasallo. Sin embargo, existe la posibilidad de que en algún momento pueda llegar a establecer contacto con nuestros archienemigos, los tártaros, más allá de nuestra frontera noroeste. También podría ocurrir que los buques árabes de aquí suministraran armas a los rebeldes de Annam… No he hecho más que mencionar un par de posibilidades que acaban de venírseme a la mente. Pero no nos entreguemos a irrelevantes especulaciones. ¡Adelante!

El mayordomo, ceremoniosamente, condujo al juez y a sus dos ayudantes a lo largo de un verdadero laberinto de pasillos cubiertos. Tras haber cruzado una sala central, en la que empleados, mensajeros y guardias trabajaban afanosamente a la luz de polícromas lámparas, les hizo pasar por una puerta imponente, con lo cual se adentraron en la Sala de Consejos, un lugar suntuoso, brillantemente iluminado por docenas de candelabros de la altura de un hombre.

El gobernador, un hombre alto y barbudo, de anchos y redondeados hombros, recibió al juez con una profunda reverencia, que hizo que las mangas de su preciosa túnica, de verde y deslumbrante brocado, rozaran el mármol del pavimento. La dorada insignia sujeta a las oscilantes alas de su alto gorro, produjo un claro tintineo. Al presentarle el juez Di al coronel Chao y al secretario-jefe Tao, hizo otra reverencia, ésta más formularia. Luego, procedió a presentar él, a su vez, a un hombre delgado y ya entrado en años que se hallaba a su lado y de rodillas: Pao Kuan, prefecto de Cantón, encargado de la administración de la ciudad. El prefecto tocó el suelo con la frente.

El juez Di ordenó al prefecto que se incorporara. Después de contemplar el arrugado rostro del hombre, cuyo gesto era de preocupación, siguió al gobernador, quien lo condujo hasta un asiento semejante a un trono, al fondo. A continuación, el gobernador se plantó respetuosamente enfrente de la tarima, pues si bien era la máxima autoridad de la región del sur quedaba todavía en varios rangos por debajo del juez Di, ahora presidente de la Corte Metropolitana, y por dos años Consejero de Estado.

El juez tomó asiento, y Chao Tai y Tao Gan se situaron algo aparte, a uno y otro lado de la tarima. Tao Gan ofrecía un solemne aspecto con su larga túnica marrón y su gorro de gasa. Chao Tai se había puesto su casco picudo, habiendo cogido una espada de la armería del palacio. Su cota de malla, muy ajustada al cuerpo, ponía de relieve su amplia y fornida espalda y sus musculados brazos.

El gobernador hizo una reverencia, diciendo después, gravemente:

–De acuerdo con las instrucciones de Su Excelencia, he convocado aquí a los señores Liang Fu y Yau Tai-kai. El señor Liang es uno de los comerciantes más ricos de la ciudad. Él…

–¿Pertenece acaso al clan Liang, el que fue casi diezmado cuando se dio el infame caso de los nueve crímenes? – le interrumpió el juez-. Tuve que ocuparme de ese asunto hace catorce años, siendo yo magistrado de Puyang.

–¡Uno de los casos más famosos de Su Excelencia! – exclamó el gobernador, suavemente-. Todavía se habla de él en esta ciudad, con gratitud y admiración. No. Este señor Liang pertenece a otro clan muy distinto. Es el único hijo del fallecido almirante Liang.

–Una familia ilustre -señaló el juez Di. Desplegando su abanico, agregó-: El almirante fue un valeroso soldado y un gran estratega, siendo llamado «El Conquistador de los Mares del Sur». Sólo tuve ocasión de verde una vez, pero recuerdo perfectamente su extraordinario aspecto. Era un hombre bajo, de anchas espaldas, con un rostro chato, más bien feo, una frente aplastada y prominentes pómulos. Pero nada más ver sus penetrantes ojos uno se daba cuenta de que se hallaba en presencia de un hombre realmente grande -el juez se acarició el bigote, preguntando-: ¿Y cómo es que su hijo no continuó la tradición familiar?

–La mala salud le hizo inadecuado para la carrera militar, señor. Lo cual es una pena, ya que ha heredado el talento estratégico de su padre, como lo demuestra su eficiencia al administrar sus vastos intereses comerciales. Y, en otro aspecto de menor importancia, su rara destreza como jugador de ajedrez. El señor Liang es el campeón de ajedrez de esta provincia -el gobernador se tapó la boca para toser discretamente antes de añadir-: Desde luego, un hombre de la procedencia del señor Liang no se rebaja para entrar en directa asociación… con los comerciantes bárbaros. Sin embargo, procura mantenerse informado en cuanto a sus actividades principales. El señor Yau Tai-kai, por su parte, mantiene estrechos contactos con los comerciantes extranjeros, árabes y persas, principalmente. No le importa esto; proviene de una familia… más bien modesta, siendo hombre tolerante y bonachón. Creo que el señor Liang y el señor Yau serán capaces de presentar a Su Excelencia un cuadro razonablemente completo de la situación del comercio en mi territorio.

–Cantón es una gran ciudad -apuntó el juez, con naturalidad-. Uno suponía que albergaba en materia de comercio extranjero algunos expertos más, aparte de estos dos hombres.

El gobernador miró rápidamente al juez, replicando, en el mismo tono de voz:

–El comercio exterior constituye un sector perfectamente organizado, señor. Ha de ser así, ya que sólo en parte se halla controlado por el Estado. Son estos dos hombres quienes manejan aquí sus hilos conductores.

Chao Tai se adelantó para manifestar:

–Me he enterado de que hay un piloto llamado Nee que es considerado también un experto en este sector. Sus barcos van y vienen entre Cantón y los puertos árabes.

–¿Nee? – inquirió el gobernador.

Miró con gesto interrogante al prefecto. Pao se tiró parsimoniosamente de los escasos pelos de su perilla, diciendo después, con vaguedad:

–¡Oh, sí! El capitán es muy conocido en los círculos marítimos. Pero parece ser que lleva tres años en tierra, sin embarcar, y que vive de una forma más bien… disoluta.

–Ya -dijo el juez Di. Y mirando al gobernador, agregó-: Bien. Haga pasar a los dos caballeros que mencionó.

El gobernador dio una orden al prefecto, tras lo cual subió a la tarima, situándose a la derecha del juez Di. Pao volvió en compañía de dos hombres, uno de ellos de pequeña estatura, muy delgado; el otro era alto, de pronunciado vientre. Una vez se hubieron arrodillado enfrente de la tarima, el prefecto presentó al primero como el comerciante Liang Fu, siendo su grave acompañante el señor Yau Tai-kai.

El juez les mandó que se levantaran. Vio que Liang Fu era un hombre de pálido rostro y fría expresión, adornando su faz con un sedoso bigote y una perilla, sin canas. Sus curvadas cejas y unas pestañas desusadamente largas daban a la parte superior de su cara cierto aire femenino. Vestía una larga túnica de color verde oliva; se tocaba con un gorro de gasa negro, el cual indicaba que se encontraba en posesión de un título literario. El señor Yau, evidentemente, era un tipo distinto; su faz era redonda y alegre, destacando en ella un erizado mostacho y una bien cortada barba en forma circular. Varias diminutas arrugas bordeaban sus grandes y bovinos ojos. Resoplaba ligeramente, y el sudor perlaba su rojo rostro. Sus ropas de ceremonia, de grueso brocado marrón, le importunaban, al parecer.

Después de haber pronunciado unas cuantas frases corteses, el juez Di empezó a hacer preguntas a Liang Fu sobre la situación del comercio. Liang se expresaba en un excelente chino corriente y sus respuestas se ajustaban mucho al tema. Parecía un individuo de inteligencia nada común y adoptaba la actitud natural de un caballero de cuna. El juez Di se enteró, con disgusto, de que la colonia árabe en Cantón era mucho más numerosa de lo que él se figurara. Liang afirmó que habría unos diez mil extranjeros de tal procedencia extendidos por la ciudad y los suburbios. Añadió, sin embargo, que su número fluctuaba con la estación, ya que los árabes como los chinos, para sus navegaciones, habían de esperar en Cantón el monzón invernal. Sólo entonces podían ir con sus embarcaciones a Annam y Malaya. Luego, solían visitar Ceilán, y desde aquí cruzaban el Océano Indico, rumbo al Golfo Pérsico. El señor Liang declaró que los juncos persas y árabes podían transportar quinientos hombres, y los chinos aún más.

Después, le llegó el turno al señor Yau. El hombre daba la impresión de sentirse aterrado en aquella suntuosa compañía, y al principio tendió a fanfarronear. Pero al adentrarse en el tema de sus negocios, el juez Di comprendió en seguida que se enfrentaba con un individuo extraordinariamente hábil, dotado de excelentes aptitudes para los asuntos financieros. Cuando Yau hubo completado toda una lista de productos importados por diversos comerciantes árabes, el juez observó: -No acierto a comprender cómo puede arreglárselas usted para distinguir a unos de otros, entre esos hombres. ¡A mí todos se me antojan iguales! Debe de sentirse uno desconcertado al verse a diario asociado con tan incultos y bárbaros sujetos. Yau encogió sus redondeados hombros. – En los negocios no hay más remedio que tomar las cosas como vienen, Excelencia. Y ahora hay algunas árabes que se han procurado una capa superficial de cultura china. Fijémonos en Mansur, el jefe de la comunidad árabe, por ejemplo. Habla nuestro lenguaje con fluidez, y es un buen anfitrión cuando se hace preciso. Sin ir más lejos, esta noche, por cierto, estoy invitado a cenar en su casa.

El juez notó que el hombre se movía nerviosamente. Parecía estar deseando despedirse. Entonces, le contestó:

–Muchas gracias por su valiosa información, señor Yau. Puede irse ya. Llévese al coronel Chao con usted a la reunión con su amigo el árabe. Para él esto supondrá una experiencia de gran interés.

Haciendo una seña a Chao Tai, le dijo en voz baja:

–Entérate de cómo están distribuidos los árabes por la ciudad, ¡y

procura mantener tus oídos y tus ojos bien abiertos!

Un ordenanza se ocupó de guiar a Chao Tai y al señor Yau hasta la puerta. El juez estuvo hablando luego un rato con el señor Liang, sobre el tema de las campañas navales de su difunto padre, acabando por despedirlo también. Seguidamente, permaneció en silencio durante unos minutos, abanicándose. De pronto, se dirigió al gobernador con estas palabras:

–Aquí nos encontramos a gran distancia de la capital, y es sabido, por otro lado, que los cantoneses tienen fama de ser por naturaleza gente terca y muy independiente. Si a esto se añade el fenómeno de la presencia en la ciudad de todos esos extranjeros, hay que suponer que la conservación de la paz en su población no constituye una tarea fácil.



El prefecto Pao presenta a Yau y a Liang al juez Dee.

–No puedo quejarme, señor. El prefecto Pao, aquí presente, es un administrador capaz, que cuenta con hombres de experiencia, y nuestra guarnición se halla integrada por soldados de excelente formación, provenientes del norte. Cierto es que la población local resulta ruda, a veces, pero la gente, en suma, gusta de respetar las leyes, y con un poco de tacto…

El gobernador se encogió de hombros. El prefecto Pao fue a decir algo, si bien, al parecer, cambió de opinión sobre la marcha.

El juez Di plegó de un golpe su abanico, poniéndose en pie. El gobernador acompañó al juez y a Tao Gan hasta la puerta de la sala, y el mayordomo condujo a ambos al ala del edificio en que se alojaba el primero.

Luego, el grupo se encaminó a un pabellón situado en un pequeño jardín, iluminado por la luz de la luna, que quedaba en la parte posterior del palacio. Un estanque artificial proporcionaba un poco de frescor allí. Una vez se hubieron sentado el juez Di y Tao Gan junto a una menuda mesa de té, aquél despidió al mayordomo. Después, comentó, hablando con lentitud:

–Hemos tenido una interesante sesión. Pero nos ha servido de poco, si exceptuamos el hecho de saber ahora que aquí hay más árabes de los que nos figurábamos. ¿O es que se me escapó algo?

Tao Gan movió muy serio la cabeza, denegando. Al cabo de unos instantes respondió:

–Usted nos dijo, señor, que la vida del Censor es impecable. Sin embargo, ¿qué hay sobre sus intereses privados? En el caso de un hombre joven y todavía soltero…

–También yo he pensado en eso. Puesto que como presidente de la Corte se me ofrecen todo género de especiales facilidades, la comprobación que efectué relativa a su vida privada me resultó fácil. Si bien es un hombre de muy buen ver, nunca ha mostrado el menor interés por las mujeres. Son muchas y distinguidas las familias de la capital que han intentado hacer de él un hijo más, pero en vano. Tampoco se dedica a cultivar la amistad de las encantadoras cortesanas que asisten a las fiestas en que un hombre de su posición ha de hacer acto de presencia casi todas las noches. Tal falta de interés no arranca de una aversión innata ante la mujer…, rasgo no muy extraño en los jóvenes de buen ver, como tú sabes. La causa de su abstención radica, simplemente, en que se halla completamente absorbido por su trabajo.

–¿No recurre a ningún pasatiempo en absoluto, señor?

–Pues no, si pasamos por alto el gran interés que siente por los grillos. Posee una bonita colección de ellos, tanto de luchadores como de cantores. Este tema salió a colación durante la última entrevista que celebré con él. Habiendo percibido un zumbido que salía de una de las mangas de su túnica, correspondió a mi curiosidad extrayendo de ella una pequeña jaula hecha con hilo de plata. Me dijo que siempre la llevaba encima, y que contenía un raro especimen denominado «Campanilla de Oro», si recuerdo correctamente el nombre. Este joven… -el juez se interrumpió, observando atentamente la sobresaltada faz de Tao Gan-. ¿Qué ocurre con lo que acabo de decirte? – inquirió, atónito.

Tao Gan replicó:

–Es que cuando yo venía hacia aquí trabé relación con una muchacha ciega que se dedica a vender grillos, la cual, anoche, se encontró casualmente un ejemplar de los llamados «Campanilla de Oro». Debe de tratarse de una coincidencia, por supuesto, pero ya que me dijo también que son insectos de una gran rareza, especialmente aquí, en el sur, es posible que…

–Todo depende de cómo y dónde lo consiguiera -contestó el juez Di, rápidamente-. Dame más detalles acerca de ese encuentro.

–Di con ella accidentalmente, señor, cerca del mercado. Los grillos los busca personalmente, identificando los buenos ejemplares por su canto. Cuando caminaba junto al muro occidental de la Pagoda Florida, un famoso templo situado al oeste de la ciudad, oyó el peculiar canto de un «Campanilla de Oro». Debió de haberse refugiado en una grieta del muro; sus trinos sonaban como atemorizados, dijo la muchacha. Le puso un cebo y luego lo hizo entrar en una pequeña calabaza.

El juez Di no hizo ningún comentario. Estuvo acariciándose el bigote durante un rato. Luego, manifestó, pensativo:

–Naturalmente, se trata de una suposición muy arriesgada. Ahora bien, no debemos desechar la posibilidad de que ese ejemplar sea el «Campanilla de Oro» del Censor, que quizá se le escapó cuando él se encontraba por aquel lugar. Mientras Chao Tai se procura información en la reunión de Mansur, nosotros podríamos echar una mirada a ese templo y ver si conseguimos hacernos de una pista para averiguar el paradero del Censor. En fin de cuentas, ese es uno de los lugares históricos de la ciudad, según me han dicho. Tomaríamos

nuestro arroz de la noche en algún sitio, por el camino…

–¡No puede hacer eso, señor! – protestó Tao Gan, boquiabierto-. Antes, siendo usted magistrado local, nada se oponía a que rondara por la ciudad ocasionalmente, de incógnito. Pero ahora, por el hecho de ser uno de los más altos funcionarios del imperio, no puede, realmente…

–¡Puedo hacerlo y lo haré! – le atajó el juez, secamente-. Hallándome en la capital tengo que acomodarme a las pompas y circunstancias de mi cargo, ya que no me es posible evitarlo. Mas ahora no estamos allí, sino que nos encontramos en Cantón. Y, ciertamente, no pienso desaprovechar esta grata oportunidad que se me depara de ser, una vez más, yo mismo -levantándose bruscamente, para impedir nuevas protestas por parte de su subordinado, el juez Di añadió-: Nos veremos en la antecámara, cuando me haya cambiado de ropas.

Una vez fuera de la sala de Consejos Chao Tai y el señor Yau, el primero se encaminó a la armería para quitarse su marcial atuendo, sustituyéndolo por una túnica ligera de color gris, tocándose con un gorro de gasa negro. Luego, se unió al señor Yau junto a la casa de la guardia del palacio. Yau propuso una visita a su casa, ya que también él deseaba cambiarse de ropas antes de dirigirse al lugar en que se celebraba la reunión que anunciara. Se desplazaron hasta la mansión del comerciante en el bien acolchado palanquín de éste. La casa era grande, hallándose situada al oeste del palacio, en las proximidades del templo de Kuang-Siao.

Mientras Chao Tai esperaba a Yau en el espacioso recibidor, se entretuvo en estudiar con un gesto de duda el despliegue de vulgares lujos que observaba a su alrededor. Las mesas estaban cargadas de centelleantes vasijas de plata llenas de flores artificiales de cera, y unos pergaminos rojos en los que figuraban textos ensalzando la importancia y las riquezas de Yau adornaban las paredes. La doncella que le sirvió el té lucía un vestido serio, pero su exagerado maquillaje y la mirada de franca apreciación que le dirigió revelaban a la antigua danzarina.

Yau fue pronto en su busca. Habíase embutido en una fina túnica azul, y se había colocado en la cabeza, algo descuidadamente, un sencillo gorro negro.

–¡En marcha! – exclamó con viveza-. Esta noche estoy muy ocupado, ¿sabe? Después de la cena he de tratar un negocio muy urgente. Por fortuna, las reuniones que celebran estos árabes terminan habitualmente a muy tempranas horas.

–¿Qué es lo que servirán allí de cena? – inquirió Chao Tai, cuando el palanquín era llevado ya calle abajo.

–Algo simple y apetitoso en su estilo. Es innecesario decir que nada que pueda equipararse a nuestra cocina china. ¿Ha probado usted ya nuestro pulpo en estofado, tal como se hace en Cantón? ¿Y las anguilas?

El hombre se adentró en una prolija explicación sobre tales platos, logrando que a Chao Tai se le hiciera la boca agua. Luego, pronunció un elocuente discurso sobre los vinos y licores locales. Evidentemente, pensó Chao Tai, su acompañante se daba buena vida. Yau podía ser considerado un vulgar advenedizo, pero resultaba, no

obstante, una persona agradable.

Cuando se apeaban del palanquín, enfrente de una sencilla vivienda de enjalbegados muros, Chao Tai declaró:

–A primera hora del mediodía tomé mi arroz de costumbre, y sus palabras me hacen ahora sentirme hambriento. Creo que me atrevería a devorar todo un cerdo asado.

–¡Ssss! – se apresuró a advertirle Yau-. Aquí no mencione para nada el puerco. La religión prohíbe a los musulmanes incluso tocar este animal; la carne es considerada algo sucio. Tampoco están autorizados para beber vino, pero disponen en cambio de un licor que sabe bastante bien.

Yau llamó a la puerta de la casa mientras pronunciaba estas palabras últimas. Aquélla se hallaba adornada por clavos de hierro a los que se había dado la forma de peces.

La abrió un viejo árabe jorobado, que se tocaba con un turbante a rayas. El hombre les hizo cruzar un pequeño patio, camino de un jardín rectangular, en el que se veían unos macizos bajos de flores dispuestos de una manera nada corriente. Les salió al encuentro un hombre alto y delgado. Su turbante y amplia y larga túnica que vestía se veían blanquísimos a la luz de la luna. Chao Tai lo reconoció. Era el mismo hombre que descubriera en el muelle mirando con gesto ceñudo a los marineros árabes.

–¡La paz sea contigo, Mansur! – exclamó Yau, jovialmente-. Me he tomado la libertad de hacerme acompañar de un amigo, el coronel Chao, de nuestra capital.

El árabe fijó sus grandes y centelleantes ojos en Chao Tai. Los blancos de éstos se destacaban claramente gracias al fondo de la oscura piel que los enmarcaba. Contestó con voz sonora, en un chino vacilante, pero bueno:

–¡La paz sea con todos los verdaderos creyentes!

Chao Tai razonó que si la salutación quedaba limitada a los musulmanes, Yau y él mismo quedaban excluidos, proceder que resultaba algo rudo. Pero en el momento de elaborar tal pensamiento, el árabe y Yau se inclinaban sobre uno de los macizos, habiéndose embarcado en una acalorada discusión sobre los cuidados de las plantas.

–El noble Mansur es un gran amante de las flores, como yo -

explicó Yau, al incorporarse-. El ha criado estas fragantes plantas que trajo de su país.

Chao Tai había notado ya el delicado perfume que flotaba en el jardín, pero a causa de la insolente salutación y del vacío que sentía en el estómago no estaba en la disposición más idónea para disfrutar de las flores. Con gesto algo agrio inspeccionó la parte superior de la vivienda. Habiendo descubierto por allí el minarete de la mezquita, destacándose contra el firmamento iluminado por la luna, llegó a una conclusión: la casa de Mansur no podía estar a mucha distancia de su hostería.

Finalmente, Mansur llevó a sus dos invitados a un espacioso y bien ventilado salón emplazado en la parte trasera del jardín. La fachada principal se componía de una hilera de arcadas despejadas y altas, de extraña forma aguda. Al entrar allí, Chao Tai observó desconcertado que no contenía ningún mueble, si se exceptuaba una mesa de comedor. El piso estaba cubierto por una gruesa alfombra de fibra, de color azul, habiendo en sus esquinas unos cuantos cojines de seda con mucho relleno. Del techo colgaba una lámpara metálica con ocho mechas. En la pared del fondo se veía una cortina de una clase que Chao no había visto nunca: colgaba mediante unos anillos metálicos de un travesaño próximo al techo, en lugar de estar cosida a un palo de bambú como era lo normal.

Mansur y Yau se sentaron con las piernas cruzadas en el suelo, y tras algunas vacilaciones Chao Tai siguió su ejemplo. Al parecer, Mansur había observado su mirada de enojo, pues se apresuró a decirle, con su mesurado tono:

–Espero que mi digno huésped no tome a mal sentarse en el suelo en lugar de utilizar una silla.

–Por mi condición de soldado -repuso Chao Tai ásperamente-, estoy acostumbrado a las incomodidades.

–Nosotros consideramos nuestra manera de vivir muy confortable -contestó su anfitrión, fríamente.

Instintivamente, a Chao le disgustó aquel individuo. Sin embargo, tuvo que reconocer para sí que era una figura impresionante la suya. Tenía unas facciones regulares y bien definidas; la nariz era encorvada, y largo el bigote, rizado en los extremos, al estilo extranjero. Llevaba el torso muy erguido, notándose bajo su blanca túnica unos grandes y suaves músculos. Evidentemente, era un hombre capaz de soportar grandes pruebas de

resistencia.

A fin de romper el embarazoso silencio. Chao Tai señaló la banda de intrincadas rayitas curvas que discurría a lo largo del muro, en lo alto, preguntando:

–¿Qué significan esos trazos?

–Es escritura árabe -se apresuró a explicar Yau-. Se trata de un texto sagrado.

–¿Cuántas letras tienen ustedes? – inquirió ahora Chao Tai, dirigiéndose a Mansur.

–Veintiocho -replicó el otro, tajante.

–¡Cielo santo! – exclamó Chao Tai-. ¿Nada más que veintiocho? Ha de saber usted que nosotros disponemos de más de veinte mil.

Los labios de Mansur se curvaron en una despreciativa sonrisa. Giró en redondo, dando una palmada.

–¿Cómo diablos pueden expresar sus pensamientos disponiendo de tan sólo veintiocho letras? – inquirió Chao Tai, bajando la voz.

–Es que no son tantos los pensamientos que tienen que expresar -susurró Yau, con una leve sonrisa-. ¡Aquí viene la cena!

Entró allí un árabe joven, portador de una gran bandeja redonda, delicadamente labrada. Contenía varios pollos fritos, una jarra y tres polícromas copas esmaltadas. Una vez hubo vertido en ellas un licor incoloro, el muchacho se retiró. Mansur levantó su copa, diciendo gravemente:

–¡Bienvenidos a mi casa!

Chao Tai acercó la copa a sus labios, juzgando aquel fuerte licor, perfumado con anís, bastante bueno. Los pollos tenían buen aspecto, pero se sintió desconcertado una vez más: no sabía cómo comerlos, pues allí no veía los palillos a que él estaba acostumbrado. Tras varias rondas de licor, Mansur y Yau partieron un pollo con los dedos, y él se decidió a seguir su ejemplo. Llevose un pedazo de pata a la boca y halló la carne excelente. A continuación de los pollos les fue servido un plato colmado de arroz azafranado, frito con trozos de cordero, uvas y almendras. A Chao Tai le gustó esto también, e hizo lo que los otros para comérselo, formando pequeños montones de arroz con los dedos. Después de haberse lavado las manos en el agua

perfumada que contenía una vasija que le presentó el servidor, se recostó contra un cojín, comentando con una sonrisa de satisfacción:

–¡Todo estaba muy bueno, verdaderamente! ¡Echemos otro trago! – tras haber vaciado los tres sus copas, Chao Tai agregó, mirando a Mansur-: Somos vecinos, ¿sabe usted? Yo me hospedo en la Hostería de los Cinco Inmortales. Dígame, ¿es que en este particular barrio habitan todos sus compatriotas?

–En su mayor parte. Nos agrada estar cerca de los lugares dedicados al culto. Nuestras plegarias son anunciadas desde lo alto del minarete, y cuando uno de nuestros barcos penetra en el estuario encendemos un fuego allí y oramos para que realice una feliz atracada -Mansur hizo una profunda inspiración antes de proseguir diciendo-: Hace unos cincuenta años, un pariente de nuestro Profeta… ¡la paz de Alá sobre él!… vino a esta ciudad, falleciendo en su casa, situada en la puerta nordeste. Fueron muchos los verdaderos creyentes que se establecieron en ese santo lugar, a fin de cuidar de su tumba. Más adelante, nuestros marineros han venido hospedándose, por regla general, en las seis grandes hosterías emplazadas a no mucha distancia del edificio de la aduana.

–En esta ciudad he conocido a un piloto chino que habla su lenguaje: el capitán Nee -informó Chao Tai.

Mansur dedicó a su interlocutor una cauta mirada. Respondió, con voz monótona:

–El padre de Nee era chino, y la madre persa. Los persas no son buena gente. Nuestros valientes guerreros, al mando del gran Califa, los hicieron picadillo hace cuarenta años, en la batalla de Nehavent.

Yau propuso una nueva ronda, preguntando luego:

–¿Es cierto que al oeste del dominio del Califa viven gentes de piel blanca, con los ojos azules y los cabellos amarillos?

–¡No es posible que haya hombres así! – protestó Chao Tai-. ¡Deben de ser fantasmas o diablos!

–Pues sí que existen -manifestó Mansur, gravemente-. Y son buenos luchadores, además. Hasta saben escribir, pero lo hacen al revés, es decir, de izquierda a derecha.

–¡Esto decide la cuestión! – declaró Chao Tai, satisfecho-. ¡Se trata de fantasmas! En el Mundo Inferior todo se hace exactamente al revés que en el de los hombres.

Mansur apuró su copa.

–Algunos de ellos son de cabellos rojos -apuntó.

Chao Tai escrutó su rostro. Puesto que su anfitrión estaba diciendo tan notorias insensateces, había que pensar que se hallaba muy bebido.

–¿Y qué tal si ahora presenciáramos unas danzas árabes, Mansur? – inquirió Yau, sonriente. Mirando a Chao Tai, le preguntó-: ¿No ha visto usted nunca bailar a las danzarinas árabes, coronel?

–¡Nunca! ¿Lo hacen tan bien como las nuestras?

Mansur se incorporó.

–¡Por Alá! – exclamó-. Tal pregunta revela su ignorancia.

Dio unas palmadas, ordenando bruscamente algo en árabe al servidor.

–¡Fíjese en la cortina! – susurró Yau, muy excitado-. Si tenemos suerte veremos algo maravilloso.



Apareció una mujer desnuda excepto por un estrecho cinturón que le rodeaba las caderas.

Una mujer apareció en la abertura de la cortina. Era de mediana altura, llevando por todo atuendo una estrecha banda con flecos en torno a sus caderas. Quedaba tan baja que su vientre estaba completamente al aire, y en esta lisa y redondeada superficie brillaba con impresionante claridad la centelleante esmeralda inserta en su ombligo. Su esbelta cintura hacía sus redondos senos mayores de lo que eran en realidad; sus voluptuosos muslos resultaban, quizá, demasiado gruesos. Su piel, de un tono dorado oscuro, era bella, pero su faz, aunque muy expresiva, no se correspondía con los cánones chinos de la belleza femenina. Sus ojos, pintados en los bordes de los párpados con *kohl,* parecían demasiado grandes, sus rojos labios demasiado gruesos, y se descubrían curiosos rizos en sus luminosos cabellos, de un azul negro. Tales rasgos, nada chinos, repugnaban y al mismo tiempo fascinaban extrañamente a Chao Tai. Plantada ante ellos, la joven observaba al grupo de hombres con las cejas ligeramente enarcadas. Sus grandes y húmedos ojos hicieron de repente recordar a Chao Tai los de una gama que una vez matara por error, muchos años atrás, hallándose de caza.

La chica avanzó por la habitación; los dorados anillos que llevaba en sus tobillos produjeron un suave y tintineante sonido. Natural, completamente despreocupada con respecto a su desnudez, hizo una reverencia ante Mansur, llevándose la mano derecha brevemente al pecho; luego, inclinó la cabeza mirando a Yau y a Chao Tai. A continuación, se arrodilló enfrente de Mansur, manteniendo sus rodillas bien juntas. Al plegar sus bellas manos en el regazo, Chao Tai observó con asombro que se había tintado las palmas de las mismas y las uñas con un pigmento rojo.

Al sorprender una mirada de admiración en los ojos de Chao Tai, los labios de Mansur se curvaron en una sonrisa de satisfacción.

–Ésta es Zumurrud, la danzarina de Smaragdine -manifestó en voz baja-. Ella le permitirá ver cómo es una danza de nuestro país.

Dio otra palmada. Dos árabes embutidos en unas batas blancas salieron de detrás de la cortina, situándose en cuclillas en el rincón opuesto. Uno de ellos empezó a batir con las yemas de los dedos un gran tambor de madera; el otro hizo sonar su violín, pasando un largo y curvado arco de junquillo por las cuerdas.

Los grandes y ardientes ojos de Mansur se fijaron obstinadamente en la mujer. Después de mirarlo con naturalidad, ella giró a medias sobre sus rodillas, inspeccionando a Yau y Chao Tai con insolente atención. Cuando Mansur vio que estaba a punto de dirigirse al señor Yau, gritó una orden a los músicos.

El arco arrancó al violín un tenue gemido. Zumurrud plegó sus manos tras la cabeza, empezando a hacer oscilar su torso conforme al lento ritmo. Echose entonces hacia atrás, descendiendo poco a poco, hasta que la cabeza entró en contacto con el piso, siempre con los brazos plegados en la nuca. Sus senos apuntaban hacia arriba, mostrando unos erectos pezones, en tanto que los rizos se derramaban sobre las manos. La joven cerró los ojos; las pestañas formaron dos alargados trazos sobre sus finas mejillas.

En este momento, el violinista movió más aceleradamente el arco, señalando un ritmo más rápido; unos sordos golpes del tambor acentuaron la melodía. Chao Tai esperaba que ahora ella se incorporara, iniciando su danza; pero la joven permaneció inmóvil. De repente, notó con un sobresalto que la esmeralda, en el centro de su desnudo vientre, se movía lentamente, de un lado para otro. El resto de su arqueado cuerpo permanecía completamente inmóvil; sólo el vientre se movía, de arriba abajo, de izquierda a derecha, en una acompasada oscilación. El batir del tambor se hizo más intenso y rápido: ahora la esmeralda comenzó a describir círculos, los cuales, gradualmente, se tornaron más grandes. Los ojos de Chao Tai no se apartaban de la verde piedra, que brillaba perversamente a la luz de la lámpara. Sentía unos fuertes latidos en sus pulsos; notaba como un nudo en la garganta. El sudor regaba su rostro, pero él no se daba cuenta.

Salió de aquel trance al dejar de sonar el tambor, repentinamente. El violinista remató su melodía con unas cuantas notas estridentes. Durante el total silencio que siguió a aquello, la danzarina se fue incorporando hasta quedarse de rodillas, con la gracia flexible de un animal salvaje, poniendo sus cabellos en orden mediante unos cuantos movimientos de gran destreza. Jadeaba: su pecho subía y bajaba; una fina y húmeda película de sudor cubría su desnudo cuerpo. Chao Tai percibió en este instante el fuerte perfume de almizcle que utilizara; se notaba mezclado con un raro y ligeramente punzante olor a cuerpo humano. Si bien se dijo que era repugnante, lo cierto era que al mismo tiempo excitaba algún elemental sentimiento en lo más recóndito de su ser, haciéndole pensar en determinados olores expedidos por animales salvajes, percibidos en el curso de sus cacerías, en los sudorosos caballos, en la sangre roja y caliente que era derramada en el curso de una batalla, en su punto más culminante.

-*¡Mashallah!* -exclamó Mansur, con admiración.

Se sacó una moneda de oro extranjera de su cinturón, colocándola en el suelo, enfrente de la mujer, arrodillada. Esta la

cogió, y sin mirarla siquiera la arrojó al otro lado de la sala, en dirección a los dos músicos. Luego, giró sobre sus rodillas, y preguntó a Chao Tai, en un chino fluido:

–¿Ha venido el extranjero de muy lejos?

Chao Tai tragó saliva; sentía lo mismo que si alguien le hubiera apretado la garganta. Apresuradamente, tomó un sorbo del licor que quedaba en su copa, replicando con la mayor naturalidad posible:

–Soy de la capital. Mi nombre es Chao Tai.

Los grandes y húmedos ojos de ella le dedicaron una larga mirada. Luego, se fijaron en su vecino, murmurando la joven, con indiferencia:

–Tiene usted buen aspecto, señor Yau.

El comerciante sonrió. Y respondió, imitando la costumbre árabe:

–Gozo de buena salud, ¡loado sea Alá! – mirando su busto, añadió, observando de reojo a Mansur-: Como dijo uno de nuestros poetas chinos: «Las tres curvas que se dibujan bajo el fruto maduro.»

El rostro de Mansur se tornó grave. Clavó la vista en Zumurrud mientras ésta procedía a llenar de nuevo las copas de Yau y Chao Tai. Después de haberse inclinado ante Chao Tai, el coronel sintió que su fuerte y casi animal olor le provocaba una fuerte y penosa sensación en la boca del estómago. Apretó los puños, en un esfuerzo por controlarse. La joven acercó su cabeza a la de él, al tiempo que una sonrisa revelaba sus perfectos dientes, diciendo en voz baja:

–Vivo en la primera embarcación de la cuarta fila.

–¡Ven aquí! – ordenó Mansur.

Al volverse la danzarina hacia él, el dueño de la casa le dijo algo en árabe.

La joven enarcó lánguidamente sus cejas; después, replicó, altaneramente, en chino:

–Yo converso con quien me place, ¡oh, dueño de muchos barcos!

El rostro de Mansur se distorsionó, en un gesto de enojo. Los blancos de sus ojos centellearon al chillar:

–¡Inclínate ante mí y excúsate por tus insultantes palabras!

Ella escupió en el suelo, precisamente frente a él.

Mansur profirió un juramento, Poniéndose en pie de un salto, la asió por los cabellos con una mano, obligándola bruscamente a incorporarse. Arrancándole con la mano libre la banda orlada que rodeaba sus caderas, la obligó a volverse hacia sus dos invitados, al tiempo que gritaba con voz ronca:

–¡Echad un vistazo a los encantos de esta prostituta! ¡Se hallan a la venta!

La joven se debatió, intentando liberarse, de su mano, pero él la obligó a repetir el último movimiento con un salvaje tirón. Forzándola a ponerse de rodillas, luego, y presionando su cabeza contra el suelo, Mansur dio una orden a los músicos. El del violín se levantó rápidamente, poniendo en sus manos el largo arco de junquillo.

Chao Tai apartó los ojos de la mujer. Dirigió unas frías palabras a su anfitrión.

–Sería mejor que ventilara sus diferencias con ella en privado, Mansur. Está dando lugar a que sus invitados se sientan molestos.

Mansur le correspondió con una furiosa mirada. Abrió la boca para decir algo, mas se contuvo. Mordiéndose los labios, abatió lentamente el arco de junquillo y soltó los cabellos de la danzarina. A continuación, se sentó, musitando unas ininteligibles palabras.

La joven se incorporó. Cogió la destrozada banda y, girando hacia Chao Tai y Yau, siseó, con los ojos encendidos:

–No olvidéis lo que os dijo. ¡Estoy a la disposición de quien pague más!

Echando hacia atrás orgullosamente la cabeza, se encaminó hacia la cortina, desapareciendo. Los dos músicos se apresuraron a seguirla.

–¡Es una golfa muy fogosa! – exclamó Yau con una sonrisa, mirando a Mansur-. ¡Todo un manojo de nervios, me atrevería a decir! – llenando la copa de Mansur, agregó-: ¡Muchas gracias por este espléndido espectáculo!

El otro, silencioso, inclinó la cabeza. Yau se puso en pie, y Chao

Tai le imitó. Se proponía pronunciar unas palabras dando las gracias por su parte también, pero se lo pensó mejor al advertir que los ojos de Mansur centelleaban de odio. El hombre hizo cruzar a sus invitados el perfumado jardín, en dirección a la verja de la entrada, despidiéndose de ellos con unas cuantas frases apenas audibles.

Los porteadores del palanquín de Yau se pusieron en pie, pero Chao Tai movió la cabeza a un lado y a otro, expresivamente.

–Caminemos un poco -propuso a Yau-. Ahí dentro hacía calor, y ese licor, al que no estoy habituado, se me ha subido a la cabeza.

–Soy un hombre muy conocido -objetó el comerciante, sin saber qué hacer-. Todo el mundo supone realmente que nunca voy a pie de un sitio para otro.

–Lo mismo ocurre con este coronel de la guardia -repuso Chao Tai, secamente-. Pero las calles están desiertas. Nadie va a vernos. ¡En marcha!

Echaron a andar hacia la esquina más próxima. Los porteadores del palanquín comenzaron a seguirlos a prudente distancia.

–La cena estuvo bien -musitó Chao Tai-. Ahora bien, el tipo podía habernos ahorrado esa desgraciada escena.

–¿Y qué es lo que puede esperarse de esos bárbaros? – inquirió Yau con un encogimiento de hombros-. Fue una lástima, sin embargo, que usted le parara los pies. Ella se da aires de persona de gran importancia, y le habría hecho bien que le hubiera calentado las nalgas. La joven no es una árabe pura, ¿sabe? Su madre pertenecía a la Tanka, gente que vive sobre las aguas, y ello la hace doblemente salvaje. Sea lo que fuere, él no habría llegado a propinarle una verdadera paliza, de las que hacen derramar sangre y dejan cicatrices.

El hombre se humedeció los labios con la punta de la lengua. Chao Tai le obsequió con una mirada de desagrado. Modificó su primera impresión de él, en un principio favorable. Aquel individuo presentaba algún que otro rasgo repulsivo. Manifestó con frialdad:

–Mansur parecía estar absolutamente decidido a hacer eso. ¿Y por qué no había de atreverse a dejarla señalada?

Tales preguntas promovieron cierta inquietud en Yau. Vaciló unos momentos antes de responder:

–Bueno, es que Mansur no es su dueño… Esto es, por lo que yo sé. Me imagino que ella depende de un poderoso personaje, que habita no sé dónde. Y aunque a esta clase de tipos no les importa que sus mujeres se ganen un poco de calderilla bailando en determinadas reuniones, no les gusta que vuelvan con los huesos rotos.

–¡Pero Mansur dijo que la joven estaba a la venta!

–¡Oh! Eso lo hizo sólo para humillarla. ¡No se haga usted ilusiones, coronel! Nunca me atrevería a recomendarle una de esas mujeres negras, de todos modos. Son muy rudas de maneras, ¿sabe?; son como las bestias del campo. Bueno, me gustaría utilizar mi palanquín ya, si usted no tiene inconveniente. Estoy citado con una persona en…, ¡ejem!…, en un establecimiento de mi propiedad.

–¡Pues utilícelo! – replicó Chao Tai, ásperamente-. Yo ya me las arreglaré solo para volver.

Yau lo miró de soslayo. Parecía haber notado el cambio de actitud en su acompañante. Dejó caer una de sus gordas manos sobre el brazo de Chao Tai, declarando con una sonrisa, como si hubiese deseado congraciarse con su interlocutor:

–Otra noche, coronel, se vendrá conmigo. La dama con quien me relaciono es muy discreta, y las diversiones que ofrece son… excepcionales. Voy a su casa de vez en cuando… Para buscar alguna variedad, ¿comprende? No es que no me encuentre bien atendido en casa. Estoy muy bien atendido, diría yo. No podía ser de otro modo, dada la cantidad de dinero que me gasto en esposas y concubinas. Ese acogedor lugar está situado en un sitio estratégico, no demasiado lejos de mi residencia. Queda, en realidad, en la esquina de la segunda calle que hay al sur del Templo de Kuang-siao. Yo me lo llevaría a usted allí ahora mismo, pero resulta que la dama con quien voy a entrevistarme es más bien tímida, ¿entiende?, y… No es fácil hacerla entrar en situación. Nosotros compartimos un pasatiempo y esto siempre es una ayuda, a mi entender, pero si me ve llegar con un desconocido podría…

–Comprendido -le interrumpió Chao Tai-. No la haga esperar. ¡Podría escapársele!

Cuando ya caminaba solo, agregó para sí mismo:

«Desde luego, lo mejor que podría hacer esa mujer ahora es huir de ese tipo.»

En la calle siguiente, hizo una seña a los porteadores de una litera, ordenándoles que le llevaran al palacio. Mientras los hombres avanzaban a buen paso, se recostó en su asiento, intentando descabezar un sueño. Pero nada más cerrar los ojos vio la sinuosa figura de la danzarina árabe, recordando de nuevo el fuerte olor que desprendía su cuerpo.

7

El juez Di y Tao Gan habían salido del palacio por una puerta lateral, y caminaban por la calle principal. En aquellos instantes parecían dos viejos caballeros de las letras. El juez vestía una túnica azul de algodón, ceñida a su cuerpo con un cinturón negro. Se tocaba con un gorro de seda negra. Tao Gan llevaba una bata de un tono marrón desvanecido, y en la cabeza su inevitable y antiguo gorro de terciopelo.

Tras haber dejado a sus espaldas los edificios de la administración, entraron en el primer restaurante que vieron. El juez Di escogió una mesa situada al fondo del local, desde donde podía contemplar a su gusto a la abigarrada clientela.

–Habla tú, ya que conoces el lenguaje -indicó a Tao Gan-. Pide un tazón grande de sopa con budines de pasta. Me han dicho que esto es particularmente bueno aquí. Añade una tortilla de cangrejos, otra especialidad local.

–Pidamos también una jarra de vino de Cantón -propuso Tao Gan.

–Tú eras antes abstemio, más bien -señaló el juez con una sonrisa-. Mucho me temo que Chao Tai esté ejerciendo cierta influencia sobre ti.

–Chao Tai y yo estamos alternando mucho ahora -manifestó Tao Gan-. Sobre todo desde que su hermano de sangre Ma Yung se ha vuelto tan hogareño.

–Por algo no quise que Ma Yung nos acompañara en este viaje. Me siento feliz por el hecho de que por fin se haya decidido a llevar vida de familia. No he querido verle envuelto de nuevo en todo género de aventuras, las cuales podrían hacerle sentir la tentación de retornar a los viejos tiempos. Entre nosotros tres ya verás como somos capaces de localizar al Censor.

–¿Tiene nuestro hombre alguna marca especial, señor, algún particular rasgo, que podamos mencionar mientras efectuamos indagaciones más tarde para averiguar su paradero, en el templo?

El juez Di se acarició, pensativo, las patillas.

–Bueno, es un hombre bien parecido, desde luego, con la apostura natural de un alto funcionario, habituado a moverse en los

círculos cortesanos. Su lenguaje podría proporcionar una pista, además. Se expresa como un cortesano típico, habiendo asimilado todos los últimos amaneramientos. ¡Ah! Esta sopa huele muy bien, verdaderamente -cogiendo un budín de la taza con sus palillos, el juez añadió-: ¡Ánimo, Tao Gan! Nosotros hemos solucionado antes problemas más difíciles que el presente.

Tao Gan sonrió, saboreando cuanto le sirvieron. Una vez hubieron dado fin a la sencilla pero sustanciosa cena, tomaron una taza del fuerte té de Fukien, pagaron el servicio y abandonaron el local.

Había menos gente ya en las oscuras calles, pues era la hora del arroz de la noche. En el barrio occidental, sin embargo, vieron más transeúntes, y al entrar en la vía urbana que conducía al templo de la Pagoda Florida se encontraron en medio de una alegre multitud integrada por personas jóvenes y entradas en años, todas vestidas con sus mejores ropas, y moviéndose en la misma dirección. El juez Ti hizo unas cuentas valiéndose de sus dedos, manifestando luego:

–Hoy se celebra el nacimiento de Kuan Yin, la Diosa de la Misericordia. El templo estará atestado de visitantes.

Tan pronto como hubieron dejado atrás la verja de acceso, observaron que los alrededores del templo parecían realmente una especie de feria nocturna. El camino, pavimentado con piedras, que conducía a la empinada escalera de mármol del monumental vestíbulo frontal, se hallaba delimitado por postes provisionales con lámparas, unidos por guirnaldas policromas con otras fuentes de luz. A uno y otro lado había una serie de puestos en los que se ofrecía al público una gran variedad de mercancías: tanto libros sagrados como juguetes para los niños, lo mismo dulces que rosarios. Los vendedores ambulantes de pasteles de aceite se abrían paso enérgicamente por entre la multitud, ensalzando sus mercancías con voces estridentes.

El juez Di contempló aquel hormiguero humano.

–¡Qué mala suerte! – exclamó, de mal humor, mirando a Tao Gan-. ¿Cómo localizar a un hombre entre tal gentío? ¿Y dónde se encuentra esa famosa pagoda?

Tao Gan señaló hacia arriba. Más allá del edificio principal se elevaban los nueve pisos de la Pagoda Florida, de casi cien metros de altura. La dorada esfera que coronaba la torre brillaba a la luz de la luna. El juez Di pudo oír débilmente el tintineo de las pequeñas campanillas de plata suspendidas a lo largo de los curvados tejados,

en cada piso.

–¡Es una bella construcción! – señaló el juez, satisfecho.

Mientras caminaba, echó una mirada al pabellón de té que tenía a su derecha, bajo una agrupación de altos bambúes. El pabellón permanecía vacío; la gente andaba tan ocupada contemplando cuanto le rodeaba que no disponía de tiempo para saborear tranquilamente una taza de té. Enfrente de la verja de la entrada había dos mujeres vestidas de una manera muy llamativa, hallándose al cuidado de ellas una vieja bruja que se apoyaba en la puerta, escarbándose los dientes. El juez Di se detuvo de pronto.

–Tú sigue y echa un vistazo por las inmediaciones -ordenó a Tao Gan-. Te seguiré después.

A continuación, el juez entró en el pabellón. La chica más menuda era joven y no carecía de atractivos, pero la alta parecía tener unos treinta años. La gruesa capa de polvos y rojo en su rostro no ocultaban los estragos producidos por su profesión. La vieja bruja, inmediatamente, colocó a un lado a las jóvenes, y con una sonrisa que quería ser de agrado se dirigió al juez en cantonés.

–Me agradaría charlar un poco con tus chicas -dijo él, cortando en seco su ininteligible arenga-. ¿Entienden el lenguaje del norte?

–¿Charlar? ¡Qué tontería! Si no cerramos ningún trato, no hay nada -contestó la vieja, expresándose en un chino del norte con un acento atroz-. Son sesenta cobres. La casa se encuentra detrás del templo.

La joven mayor, que había estado mirando al juez con aire indiferente, le hizo ahora una seña, diciéndole en puro dialecto del norte:

–Por favor, señor, acépteme.

–A este adefesio se lo puedo ceder por treinta -manifestó la bruja con un gesto de desdén-. Pero ¿por qué no pagar sesenta y llevarse al mismo tiempo esta hermosa pollita?

El juez sacó de una de sus mangas un puñado de monedas, que entregó a la anciana.

–Me quedaré con la alta -dijo secamente-. Pero primeramente deseo hablar un poco con ella. Estoy aburrido.

–No sé qué quiere decir esa palabra, pero por estas monedas puede hacer con ella lo que se le antoje. Al fin y al cabo me cuesta cada día más dinero del que viene ganando.

El juez hizo un gesto para indicar a la joven que le siguiera al interior del pabellón. Sentáronse junto a una mesita, ordenando el juez al desdeñoso camarero que les sirviera té, semillas de melón secas y dulces.

–¿Y todo esto para qué? – inquirió ella, desconfiada.

–Quiero practicar mi propia lengua, aunque sea para variar. Dime: ¿cómo has llegado a venirte tan al sur?

–Esa es una historia que no creo que le interese -respondió la joven, sombría.

–Permíteme que sea yo quien determine eso. Toma, aquí tienes una taza de té.

Ella la apuró ávidamente, probando las golosinas. Luego, manifestó, áspera:

–Fui una estúpida. Y, por añadidura, tuve mala suerte. Hace diez años me enamoré de un viajante de comercio que vendía sedas y era de Kiangsu, el cual solía comer en el puesto de mi padre. Acabé fugándome con él. Todo marchó bien durante un par de años. A mí me gusta viajar, y él me trataba bien. Cuando su negocio le trajo aquí, a Cantón, di a luz una hija. Desde luego él se enfadó mucho, por no haberle dado un niño, y ahogó a la criatura. Después, se sintió interesado por una chica de la localidad y quiso deshacerse de mí. Pero es difícil vender en esta ciudad a una mujer del norte carente de habilidades. En las embarcaciones grandes sólo son contratadas las mujeres de Cantón, o aquellas del norte que saben cantar y bailar bien. Entonces procedió a venderme por casi nada la la Tanka.

–¿La Tanka? ¿Qué es esto? – preguntó el juez, curioso.

La joven se metió un dulce entero en la boca, declarando a continuación:

–Con las palabras «la gente a flote» o «la gente del agua» se alude a un grupo numeroso de personas totalmente distintas de las demás. Los cantoneses las desprecian. Afirman que ellas provienen de los salvajes que vivieron aquí hace más de mil años, antes de que los chinos llegaran al sur. Habitan en sus embarcaciones, amarradas en el río, cerca de la aduana. Allí es donde nacen, cohabitan y mueren.

A esa gente no se les permite que vivan en tierra, ni que se casen con los chinos.

El juez Di asintió. Recordó entonces que la Tanka estaba integrada por unos marginados sometidos a leyes especiales que restringen sus actividades.

–Tuve que trabajar en uno de esos burdeles flotantes -continuó diciendo la chica, ahora ya más tranquila-. Esos bastardos hablan un lenguaje muy particular, farfullando como unos monos. ¡Debiera oírlos! Y sus mujeres siempre andan de un lado para otro, utilizando toda clase de sucias drogas y venenos. Aquella gente vengaba en mí todos los resentimientos que les inspiraban los chinos. Como alimento, me daban las sobras de sus comidas; como vestido no tenía más que un trozo de tela, muy puerco. Los clientes principales eran marineros extranjeros, hombres que, desde luego, no eran admitidos en ningún burdel chino. Ya puede usted imaginarse la clase de vida que llevé allí.

La joven resopló, tomando otro dulce.



Un encuentro en la Feria del Templo.

–Los hombres de la Tanka temen a sus mujeres porque la mitad de ellas son brujas, pero a mí me trataron como si hubiese sido la peor de las esclavas. En el curso de sus alcohólicas orgías tenía que bailar obscenamente y permanecer desnuda durante horas. Cuando pretendía descansar me golpeaban el trasero con la pala de un remo. Y sus mujeres no cesaban de insultarme, diciendo que todas las muchachas chinas son unas cerdas y que todos los hombres chinos prefieren a las mujeres de la Tanka. Tenían un relato favorito: ochenta años atrás, un chino de renombre se había casado en secreto con una de ellas, llegando a ser el hijo nacido de tal matrimonio un gran guerrero, quien se dirigía al emperador como «tío». ¿Usted se cree eso? Bueno, experimenté un gran alivio al ser vendida a un burdel de la ciudad; no era precisamente un sitio de categoría, pero en fin de cuentas era chino. En él he estado trabajando estos últimos cinco años. No me quejo, sin embargo, ¿sabe? Yo pude vivir tres años felices, y esto es mucho más de lo que la mayoría de las mujeres pueden contar.

El juez Di pensó que ahora que había logrado ganarse la confianza de la joven podía proceder a exponer el asunto que tenía en la cabeza al abordarla.

–Escúchame -le dijo-. Abrigo ciertas dudas. Yo tenía que verme aquí con un amigo del norte hace un par de días. Pero me vi detenido en la parte alta del río, consiguiendo llegar a este sitio esta tarde. No sé dónde para mi amigo, mas no debe de andar muy lejos, pues fue él quien sugirió este templo como punto de nuestro encuentro. Si no se ha ido de la ciudad, ha de encontrarse por las inmediaciones. Puesto que parte de tu trabajo consiste en prestar especial atención a los hombres que pasan por aquí, es posible que lo hayas visto. Es un individuo de gran estatura, bien parecido, de unos treinta años; su aire es el de una persona altanera. Luce un pequeño bigote en la cara. No lleva barba ni patillas.

–¡Llega usted con un día de retraso! – exclamó ella-. Estuvo aquí anoche, ¿sabe?, a esta hora, más o menos. Caminaba de un lado para otro como si buscara a alguien.

–¿Hablaste con él?

–¡Ya puede usted figurárselo! Siempre me mantengo atenta a la gente, por si veo entre ella hombres del norte. Era un tipo bien parecido, como ha dicho usted. Ahora bien, vestía pobremente, a mi juicio. Me acerqué a él. Hubiera podido conseguirme por la mitad del precio. Pero no tuve tanta suerte. Entró en el templo sin dedicarme una segunda mirada. ¡Era un bastardo presumido! Usted es diferente,

usted es una persona agradable. Me di cuenta de ello tan pronto como…

–¿Lo has vuelto a ver hoy? – inquirió el juez, interrumpiéndola.

–No. Por eso le dije que ha llegado con un día de retraso. Bueno, ahora estoy con usted. ¿Nos vamos a mi casa? Podría bailar al estilo de las mujeres de la Tanka, si es que son de su agrado tales danzas.

–No, de momento. Quiero comprobar si mi amigo se encuentra en el templo. Dame tu nombre y tus señas. Quizá te visite más adelante. Lo que he pagado por ti es a modo de anticipo.

Sonriendo muy feliz, la joven le dio a conocer el nombre de la calle en que vivía. El juez Di fue al mostrador, pidió al camarero, prestado, un pincel de escribir, y anotó las señas en una tira de papel. Luego, pagó la cuenta, despidiéndose de ella y encaminándose al templo.

Cuando se disponía a ascender por las escaleras de mármol, Tao Gan le salió al encuentro, bajando.

–He mirado por todas partes, señor -dijo, abatido-. No he visto ningún hombre que respondiera a la descripción del Censor.

–Pues estuvo aquí anoche -le notificó el juez-. Disfrazado, naturalmente, como cuando el agente lo vio en compañía del doctor Su. ¡Echemos un vistazo más dentro! – al detenerse su mirada en el gran palanquín plantado al pie de las escaleras, rodeado por media docena de bien uniformados porteadores, agachados al lado, preguntó-: ¿Hay algún personaje importante visitando el templo?

–Se trata del señor Liang Fu, señor. Un monje me dijo que viene aquí con regularidad, a fin de jugar al ajedrez con el abad. Tropecé con el señor Liang en un pasillo y traté de pasar inadvertido, junto a él, pero ese individuo posee una aguda vista. Me reconoció en seguida, preguntándome si podía serme de alguna utilidad. Le contesté que andaba curioseando por aquí, simplemente.

–Ya. Bueno, tendremos que ser doblemente cuidadosos, Tao Gan. El Censor, evidentemente, está llevando a cabo por aquí una investigación secreta; por tanto, hemos de evitar delatarlo interesándonos abiertamente por él -el juez refirió lo que la prostituta le había contado-. Nos limitaremos a movernos de un sitio para otro, intentando dar con él sin ayuda de nadie.

Pronto comprendieron, sin embargo, que su tarea era más difícil

de lo que se habían imaginado. El complejo del templo se componía de numerosos edificios, separados unos de otros, y también de capillas, hallándose en comunicación las construcciones por una red de estrechos corredores y pasajes. Se veían monjes y novicios por todos lados, mezclados con seglares, sencillos hombres del campo que se quedaban boquiabiertos admirando las grandes y doradas estatuas y las espléndidas pinturas de los muros. No vieron a nadie que pudiera ser tomado por el Censor.

Una vez hubieron contemplado la estatua de la Diosa de la Misericordia, superior en tamaño al de una mujer, en el vestíbulo principal, se dedicaron a inspeccionar los edificios que quedaban en la parte posterior del complejo. Por fin fueron a parar a una gran sala en la que se hallaba en marcha una ceremonia conmemorativa. Enfrente del altar, colmado de ofrendas, seis monjes estaban sentados sobre sus redondos cojines de rezar, entonando plegarias. Cerca de la entrada permanecía arrodillado un pequeño grupo de hombres y mujeres bien vestidos, los parientes, evidentemente, del difunto. A sus espaldas, de pie, se veía un monje ya entrado en años, quien contemplaba todo aquello con aire de fastidio.

El juez Di decidió que, pese a todo, se verían obligados a preguntar por el Censor. Habían mirado en todas partes, excepto en la pagoda, que se hallaba herméticamente cerrada a causa de que alguien se había suicidado no hacía mucho allí, arrojándose al vacío desde el último piso. El juez echó a andar en dirección al monje anciano, facilitándole una descripción del Censor.

–Pues no, no lo he visto, señor. Y estoy prácticamente seguro de que ninguna persona que respondiera a tal descripción visitó el templo esta noche, ya que hasta el momento de empezar este servicio religioso permanecí en todo momento por los alrededores de la entrada, y a mí no se me hubiera escapado un hombre de tan sorprendente aspecto. Bueno, tenga la amabilidad de perdonarme, pero he de supervisar esta ceremonia. Esta gente ha traído buen dinero, ¿sabe? – el monje se apresuró a añadir-: Una gran parte de tales ingresos se dedica a sufragar los gastos de las ceremonias de cremación de mendigos o vagabundos que no cuentan con parientes ni pertenecen a ningún gremio. Y ésa es una tan sólo entre las muchas empresas caritativas de que se ocupa el templo. ¡Ah! Ahora que me acuerdo… Ayer por la noche trajeron un vagabundo muerto parecido por su aspecto a su amigo. Claro, no será él, pues vestía unos cuantos andrajos.

El juez miró sobresaltado a Tao Gan. Rápidamente, contestó al monje:

–Soy funcionario del tribunal, y el hombre con quien tenía que verme aquí es un agente especial. Es posible que se hubiera disfrazado de mendigo. Quisiera ver ese cadáver, inmediatamente.

El monje parecía estar atemorizado. Tartamudeó:

–Se encuentra en el depósito, en el ala oeste, señor. Iba a ser incinerado después de la medianoche, pasado ya el día de hoy, lleno de grandes auspicios. Es natural, ¿verdad? – el hombre hizo una seña a un novicio, ordenándole-: Lleve a estos dos caballeros al depósito de cadáveres.

El joven los condujo a un pequeño y desierto patio, al fondo del cual se veía una construcción de una sola planta, en sombras, pegada a la alta pared exterior del complejo religioso.

El novicio empujó la pesada puerta y encendió la vela que había en el antepecho de la ventana. Sobre una mesa armada con tablas desnudas montadas sobre dos caballetes se veían dos formas humanas, envueltas desde la cabeza hasta los pies en sendos lienzos de ínfima calidad.

El novicio husmeó el aire, poniendo cara de desagrado.

–¡Menos mal que van a ser quemados esta noche! – musitó-. Es que con este calor…

El juez Di no le había oído. Levantó una punta del lienzo que cubría la forma más próxima a él. Y contempló la hinchada faz de un hombre barbudo. Cubrió aquella cara rápidamente. Luego, hizo lo mismo por la cabeza del otro cadáver. Se quedó inmóvil, como petrificado. Tao Gan quitó la vela al novicio, acercándose a la mesa para que la débil luz iluminara una lisa y pálida faz. El nudo o moño superior se había soltado; unas tiras de húmedos pelos se pegaban a la despejada frente, pero incluso en la muerte aquel rostro retenía su serena y altanera expresión, que reflejara sin duda en vida. El juez Di giró en redondo en dirección al novicio, gritándole:

–¡Vaya en busca del abad y del prior! ¡En seguida! ¡Tome, deles esto!

El juez rebuscó en su manga, extrayendo, para dársela al atónito joven, una de sus grandes y rojas tarjetas de visita, en las que figuraba su nombre completo y su rango. El novicio echó a correr. El juez Di se inclinó sobre la cabeza del hombre muerto, examinándola cuidadosamente. Incorporándose, manifestó a Tao Gan:

–No acierto a localizar ninguna herida, ni siquiera una contusión. ¡Déjame la vela! ¡Echa tú un vistazo al cuerpo!

Tao Gan apartó el lienzo, desposeyendo al muerto de su raída chaqueta y de sus pantalones, torpemente remendados. No llevaba más prendas de vestir encima. Tao Gan estudió la lisa piel, el cuerpo en conjunto, bien construido. El juez permanecía en silencio, manteniendo la vela en alto. Después de haber dado la vuelta al cadáver, para examinar su espalda, Tao Gan movió la cabeza.

–Aquí no hay señales de violencia -declaró-. No se ven morados, huellas de golpes. Voy a registrar sus ropas.

Tras haber cubierto el cadáver nuevamente, procedió a registrar las mangas de la destrozada chaqueta.

–¡Hola! ¿Qué es lo que tenemos aquí?

Extrajo de aquella parte de la prenda una pequeña jaula de alambre de plata, de unos treinta milímetros cuadrados. Una de sus caras se hallaba aplastada, y la menuda puerta colgaba, estaba suelta.

–Esta es la jaula en que el Censor guardaba su grillo -explicó el juez con voz ronca-. ¿Hay algo más en sus ropas?

Tao Gan volvió a mirar.

–No, no hay nada más -respondió.

Sonaron unas voces fuera. La puerta fue abierta por un monje que hizo pasar con un gesto de respeto a una figura fornida, imponente, embutida en una larga túnica de tono azafranado. Una estola de color púrpura cubría sus hombros. Al inclinarse en una profunda reverencia, la luz de la vela brilló en su redonda y bien afeitada cabeza. El prior se arrodilló junto al abad.

Como el juez Di viera en la puerta un grupo de monjes intentando curiosear, ver lo que ocurría dentro, saltó, dirigiéndose al abad:

–Dije que usted y su prior tan sólo, ¿no? Ordene a esos otros que se vayan.

El atemorizado abad abrió la boca, pero de ella no salieron más que unos cuantos sonidos ininteligibles. Fue el prior quien se volvió para mandar a los monjes que se perdieran de vista.

–¡Cierre la puerta! – ordenó el juez Di. Y mirando al abad, añadió-: ¡Cálmese, quiere! – señalando el cadáver, inquirió-: ¿Cómo murió este hombre?

El abad se recobró de su susto. Luego, contestó, con voz temblorosa:

–Nosotros…, nosotros ignoramos por completo la causa de su muerte. Estos pobres hombres fueron traídos aquí ya muertos… Íbamos a quemarlos caritativamente…

–Supongo que usted conoce la ley -le atajó secamente el juez-. Usted no está autorizado para incinerar ningún cadáver, gratis o cobrando, si antes no se le ha mostrado un certificado de defunción en regla, teniendo que someter, además, el cadáver a una inspección por parte del tribunal.

–¡Pero si fue el tribunal el que envió el cadáver aquí, Excelencia! – gimió el prior-. Lo trajeron dos agentes, en una camilla. Dijeron que se trataba de un vagabundo de identidad desconocida. Yo mismo firmé el recibo.

–Eso cambia las cosas -dijo el juez Di, muy serio-. Ustedes dos pueden irse ya. Permanezcan en sus alojamientos. Puede ser que les interrogue de nuevo más adelante, esta noche.

El abad y el prior se pusieron en pie, abandonando el recinto. El juez dijo entonces a Tao Gan:

–Tengo que averiguar dónde y cómo lo encontraron esos agentes, y también necesito ver el informe del *coroner*. Es raro que los dos agentes dejaran esa jaula en la manga; es una pieza antigua y valiosa. Vete al tribunal, en seguida, Tao Gan, e interroga al prefecto, al *coroner* y a los hombres que encontraron el cadáver. Diles que se encarguen de trasladar el cuerpo al palacio. Limítate a explicar que el muerto era un investigador secreto de la capital, enviado aquí por orden mía. Regresaré al palacio en cuanto haya echado otro vistazo por este lugar.

En el momento de ser dejada en el suelo la litera de Chao Tai, en la puerta lateral del palacio, eran ya las once de la noche. Había ordenado a los porteadores que lo condujeran allí no sin antes dar unas cuantas vueltas, esperando que el aire nocturno acabaría por despejar su cabeza. Había sido una pretensión vana.

Encontró al juez Di sentado ante su gran mesa y solo. Con la barbilla apoyada en sus manos, estaba estudiando un mapa grande de la ciudad, que había extendido ante él. Chao Tai le saludó, y el juez le notificó con una voz que delataba su cansancio:

–¡Siéntate! Hemos encontrado al Censor. Fue asesinado.

Contó a Chao Tai la charla que Tao Gan sostuviera con la chica ciega y cómo la pista del «Campanilla de Oro» les permitiera descubrir el cadáver del Censor en el templo. Desechando sin rodeos las excitadas preguntas de Chao Tai, añadió:

–En cuanto el cadáver hubo sido traído aquí, hice que el médico del gobernador llevara a cabo una autopsia completa. Este hombre descubrió que el Censor había sido envenenado, empleándose una traidora droga que en nuestros libros de medicina no se menciona. Las únicas personas que saben cómo prepararla pertenecen a la Tanka, la gente que vive en las embarcaciones fluviales. Administrada en grandes dosis, esa sustancia produce la muerte, prácticamente en seguida; una dosis pequeña origina solamente fatiga general, sobreviniendo la muerte al cabo de un par de semanas. Solamente puede localizarse examinando a fondo la garganta de la víctima, viendo su estado. De no haber ocurrido que el médico de] gobernador, recientemente, tuvo que atender un caso entre los de la Tanka, jamás habría encontrado el veneno, y la muerte habría sido atribuida a un ataque cardíaco.

–Eso explica por qué el *coroner* del tribunal no dio con la verdadera causa -observó Chao Tai.

–El *coroner* no vio nunca el cuerpo -replicó el juez Di, fatigadamente-. Tao Gan volvió aquí hace una hora, con el prefecto. Los dos interrogaron a todos los miembros del tribunal, pero nadie sabía nada acerca del cadáver de un vagabundo enviado al templo anoche.

–¡Santo cielo! – exclamó Chao Tai-. Así pues, los dos agentes que

lo condujeron allí eran unos impostores.

–En efecto. Llamé al prior inmediatamente, pero no pudo facilitarme una buena descripción de los dos individuos. Se trataba de tipos ordinarios, que vestían el uniforme regular: chaquetas de cuero y cascos pintados de negro. Todo parecía hallarse perfectamente en orden. No podemos echar en cara al prior que no se fijara más en ellos -el juez suspiró, agregando-: El hecho de que el Censor fuese visto en el templo la noche de su muerte, a primera hora, y la pista del grillo nos revelan que la acción fue realizada en algún punto de las inmediaciones. Como los uniformes de los agentes debieron ser preparados con antelación, nos las tenemos que ver con un crimen premeditado. Y ya que el cuerpo del Censor no presenta señales de violencia, y la expresión de su rostro era serena, hemos de pensar que fue atraído hacia una trampa por una o varias personas que conocía bien. He ahí todos los datos con que hemos de trabajar.

–La chica ciega tiene que saber algo más acerca de lo ocurrido, señor. Usted dijo que le había dicho a Tao Gan que ella estuvo agachada junto al muro largo rato antes de capturar el grillo; por consiguiente, tuvo que oír algo. El sentido del oído es muy agudo en los ciegos.

–Tengo en la cabeza unas cuantas pertinentes preguntas para esa chica -manifestó el juez Di, gravemente-. Estuve inspeccionando el muro al cual se halla adosado el depósito de cadáveres. Ha sido reparado recientemente y no hay una sola grieta entre los ladrillos. Sí, ciertamente, he de entrevistarme con la muchacha. He enviado a Tao Gan a su casa, para hacerla venir. Espero su llegada en cualquier momento ahora, pues él lleva ausente ya algún tiempo. Bueno, ¿qué? ¿Cenaste a gusto en casa del árabe?

–Tanto la comida como la bebida eran buenos, señor, pero he de confesar que ese tipo, Mansur, no me gusta. Es endiabladamente orgulloso, y no muestra una disposición demasiado favorable hacia nosotros. Cuando el licor le hubo soltado un poco la lengua, le pregunté por la colonia árabe de Cantón, tal como usted me había ordenado -poniéndose en pie, Chao Tai se inclinó sobre el mapa extendido sobre la mesa, y continuó hablando al mismo tiempo que iba señalando determinados puntos con un dedo-: Aquí está la mezquita. Mansur y la mayor parte de los musulmanes viven en sus inmediaciones. La hostería en que me hospedo queda cerca. Frente a la puerta nordeste existe una colonia más reducida, no lejos de la tumba de uno de sus santos. Esos árabes llevan establecidos aquí ya cierto tiempo. Los marineros que habitan en la ciudad temporalmente, esperando a que sople el monzón, se alojan en

pensiones y otros lugares de la zona de los muelles.

Cuando Chao Tai se sentó de nuevo, el juez declaró, enojado:

–¡Esto no me gusta nada, nada en absoluto! ¿Y cómo es posible así vigilar eficazmente a todos esos extranjeros? Hablaré con el gobernador de este asunto. Todos esos árabes, persas y demás gente extraña deben ser instalados en un solo barrio rodeado por unos altos muros, con una sola puerta, cerrada desde la puesta del sol hasta el amanecer. Seguidamente, designaremos a un árabe como guardián, como responsable ante nosotros de todo lo que suceda dentro. De esta manera, podremos controlarlos perfectamente, y, por otro lado, ellos estarán en condiciones de vivir conforme a sus raras costumbres, observándolas sin ofender a sus conciudadanos chinos.

Se abrió la puerta del fondo de la sala, entrando Tao Gan. Mientras se disponía a ocupar la otra silla que quedaba libre frente a la mesa, el juez Di echó una rápida mirada a su preocupado rostro, inquiriendo:

–¿No te has hecho acompañar de la chica ciega?

–¡Nadie sabe lo que está pasando aquí, señor! – exclamó Tao Gan, limpiándose la sudorosa frente-. ¡Ha desaparecido! ¡Y con ella también todos sus grillos!

–Tómate una taza de té, Tao Gan -dijo el juez, calmosamente-. Luego, cuéntame toda la historia. Empecemos por la forma en que conociste a la muchacha.

Tao Gan sorbió el té que Chao le acababa de servir, replicando:

–Vi que dos rufianes la atacaban en una calle desierta, señor. Era cerca del mercado. Cuando hube espantado a los dos tipos y me di cuenta de que la muchacha era ciega, la acompañé hasta su casa. Esta queda al otro lado del mercado. Una vez allí me obsequió con una taza de té y me contó cómo había capturado el «Campanilla de Oro». Vive sola en aquella habitación. Al llegar allí ahora, comprobé que la docena, aproximadamente, de pequeñas jaulas con grillos que colgaban en su cuarto de un palo habían desaparecido, lo mismo que unos botes de cerámica que contenían grillos luchadores, y también su servicio de té. Miré detrás del biombo que divide la habitación en dos y únicamente vi un catre desnudo… ¡La ropa de cama ha desaparecido! – Tao Gan tomó otro sorbo de té, y continuó diciendo-: Hice unas preguntas al vendedor del mercado que habita en el mismo piso que ella. El hombre había coincidido con la muchacha en el

descansillo una o dos veces, pero nunca le había hablado. Luego, fui al mercado, e hice que el supervisor me enseñara su registro. Figuraban en él varios puestos arrendados a vendedores de grillos, pero ninguno bajo el nombre de Lan-li. Como me dijo que a algunas personas se les permite montar puestos temporalmente, gratis, abordé a un comerciante del ramo regular. Me contestó que había oído hablar de una chica ciega que vendía y compraba grillos, pero que nunca se le había deparado la ocasión de conocerla personalmente. ¡Y eso es todo!

–¡Un puro engaño! – musitó Chao Tai-. La muy zorra consiguió engañarte, hermano Tao.

–No digas tonterías -repuso Tao Gan, enfadado-. El ataque de los dos rufianes no pudo ser planeado de antemano, pensando en mí. Y aunque alguien me hubiera seguido, ¿cómo podía saber que yo iba a echar por aquella calle precisamente? Yo avanzaba al azar. Hubiera podido enfilar una docena de direcciones distintas.

–A mí me parece -opinó el juez- que tú fuiste localizado cuando acompañabas a la chica a su casa. Los dos debíais formar una pareja susceptible de llamar la atención…

–¡Eso es! ¡Claro! – exclamó Tao Gan-. Mientras hablábamos, oí unos crujidos en la escalera. Alguien debió de escuchar S nuestra conversación. Quien nos acechaba, al oírle explicar dónde había capturado el «Campanilla de Oro», decidió secuestrarla.

–Si es que no ha desaparecido por obra y gracia de su libre voluntad -apuntó el juez, secamente-. Y es que yo no creo una sola palabra de su historia sobre la captura del grillo. Lo cogió cuando el Censor estaba siendo asesinado, desde luego. Por otra parte, el hecho de que ella te diera una pista que conducía al templo parece probar que la joven pertenece a un grupo opuesto a los asesinos del Censor, al igual que el hombre que estranguló al asesino en ciernes de Chao Tai. Sea lo que fuere, nos enfrentamos con una situación ingrata. Hay algunas personas, al parecer, que saben con exactitud qué es lo que nosotros hacemos. En cambio, nosotros no tenemos la más remota idea en cuanto a su identidad, ni sabemos los objetivos que persiguen -irritado, el juez se dio un tirón de la barba. Después, ya más sereno, agregó-: La prostituta que vio al Censor en el templo me dijo que las embarcaciones de la Tanka quedan cerca de la aduana, lo cual significa que no están lejos del barrio musulmán, dentro de la puerta de Kuei-te. Es posible, por consiguiente, que no fueran asuntos árabes los que llevaran al Censor a frecuentar tal vecindad, sino algo que estuviera en marcha entre la gente de los burdeles flotantes. Hemos

de pensar también en los dos particulares agentes que condujeron el cadáver del Censor al templo, estimando que eran chinos. Una razón más para que no demos de lado el aspecto árabe de nuestros problemas.

–No hay que olvidar, señor, que el doctor Su fue asesinado por un pistolero árabe -señaló Chao Tai.

–Me han informado de que los principales clientes de las rameras de la Tanka son los árabes -manifestó el juez-. El pistolero en cuestión, por tanto, pudo haber sido reclutado en un burdel de la Tanka. Me gustaría poseer más información sobre esa gente.

–Entre las atenciones dispensadas por Mansur, esta noche, figuraba la actuación de una danzarina árabe por cuyas venas corre sangre de la Tanka -declaró Chao Tai, ansiosamente-. Parece ser que vive en una embarcación, un burdel a flote. Podría visitarla mañana, y pedirle que me contara cosas sobre los hombres y mujeres que viven a flote.

El juez dispensó a su subordinado una mirada de astucia.

–Está bien. Procede así -le dijo-. La visita a esa danzarina parece más prometedora que tu planeada entrevista con el piloto.

–Sería mejor que le viera también, señor. Lo haré, si usted no me señala otro trabajo mañana por la mañana. Tengo la impresión de que Mansur odia al capitán Nee. En consecuencia, podría valer la pena oír lo que el capitán Nee tenga que decir acerca de Mansur.

–De acuerdo. Ponte al habla conmigo una vez hayas hecho esas dos visitas. Tú, Tao Gan, te vendrás aquí directamente, después del desayuno. Hemos de redactar un informe preliminar para el Gran Consejo, sobre el asesinato del Censor. Lo enviaremos a la capital por un correo especial, ya que el Consejo debe estar enterado de la muerte de aquél con la mayor celeridad posible. Les aconsejaré que consideren secreta la noticia durante uno o dos días, con el fin de no alterar el delicado equilibrio de poder en la corte, y disponer por mi parte de un poco de tiempo para descubrir qué es lo que hay detrás de este estúpido crimen.

–¿Cómo encajó el gobernador la noticia de este segundo asesinato cometido en su territorio, señor? – preguntó Tao Gan.

–Pues no lo sé -repuso el juez Di con una débil sonrisa-. Dije a su médico, con respecto al cuerpo del Censor, que era el cadáver de uno

de mis hombres, quien había reñido con una mujer de la Tanka. Hice introducir el cuerpo en su féretro en seguida, para que sea enviado a la capital en la primera ocasión que se presente, junto con el del doctor Su. Cuando vea al gobernador mañana le referiré la misma historia que conté a su médico, tras haber realizado la autopsia. A propósito, hemos de andar con cuidado con ese doctor, pues es un hombre inteligente. Me dijo que la cara del Censor le era familiar, ¿os dais cuenta? Por fortuna, él lo había visto antes ataviado con su vestido de ceremonia, cuando visitara por vez primera Cantón, hace seis semanas.

«Nada más hayamos terminado el informe para el Consejo, Tao Gan, haremos los dos una visita al señor Liang Fu. Frecuenta ese maldito templo con regularidad para jugar al ajedrez con el prior, y así podremos procurarnos más información acerca del enorme santuario. Al mismo tiempo, preguntaré a Liang sobre las posibilidades existentes de que los árabes estén realizando alguna actividad perjudicial aquí. Son solamente un puñado en comparación con la población total de la ciudad, pero Chao Tai, tengámoslo en cuenta, acaba de enseñarme sobre el mapa los puntos estratégicos que controlan. Podrían originar fácilmente alguna confusión o alboroto, no importante en sí mismos, pero peligrosos, quizá, de poder ser utilizados como cobertura de otro proyecto más inquietante, aquí o en otro lugar. ¿Podemos confiar en ese otro experto en asuntos árabes, el señor Yau Tai-kai?»

Chao Tai frunció el ceño, contestando, reflexivo:

–El aire jovial de Yau, señor, es sólo aparente. No es, a mi juicio, una persona simpática. Ahora bien, si se piensa en términos de compromiso con el mundo del crimen o de los complots políticos…, no se me figura el tipo más indicado.

–Ya. Tenemos que pensar también en esa enigmática muchacha ciega. Debemos averiguar su paradero lo antes posible, y sin que las autoridades locales se enteren. Mañana por la mañana, Tao Gan, te detendrás en el tribunal cuando vengas hacia aquí. Entregarás al jefe de los agentes una pieza de plata, solicitando de sus hombres que la busquen, a manera de favor personal. Dile que es una sobrina tuya que viene portándose mal, y que te informen directamente a ti. De ese modo, no pondremos en peligro su seguridad -el juez Di se levantó, alisándose la túnica antes de añadir-: Bueno, procurémonos una buena noche de descanso. Os aconsejo que cerréis y atranquéis las puertas de vuestros dormitorios, pues ha quedado demostrado que los dos habéis atraído la atención de alguien. ¡Ah! Después de haber hablado con el jefe de los agentes, Tao Gan, haz una visita al

prefecto, y dale este papel. En él anoté el nombre y las señas de la prostituta con quien hablé en el patio del templo. Ordena a Pao que la llame, en unión de su propietario, cómprala y envíala a su población de nacimiento por el primer transporte militar que se dirija al norte. Dile que entregue a la mujer media barra de oro, con el fin de que pueda hacerse con un marido a su vuelta al pueblo. Todos los gastos serán cargados a mi cuenta privada. Esa pobre criatura me proporcionó una valiosa información, y se merece una recompensa. ¡Buenas noches!

9

A la mañana siguiente, Chao Tai se despertó antes de que amaneciera. Se lavó rápidamente, a la luz de la única vela proporcionada por la hostería; luego, se vistió. A punto de introducir la cabeza en su cota de malla, vaciló. Arrojó la pesada prenda sobre una silla y se puso en vez de ella un chaleco con protección metálica. «Mi medicina contra un repentino dolor de espalda», se dijo, poniéndose encima su túnica de color marrón. Tras haberse ceñido la misma con el largo cinturón negro y colocado en la cabeza el gorro, también negro, bajó las escaleras y dijo al bostezante mesonero que cuando se presentara allí una litera indicara a sus porteadores que debían esperarle. Seguidamente, salió a la calle.

En la vía pública, en sombras, compró cuatro pasteles de aceite, calientes, a un vendedor que abanicaba enérgicamente su fogón portátil. Saboreándolos, satisfecho, echó a andar hacia la puerta de Kuei-te. A su llegada al muelle, vio que los rojos rayos del sol, al amanecer, coloreaban los mástiles de las embarcaciones atracadas allí. El barco de Mansur había zarpado.

Un grupo de vendedores de verduras desfiló junto a él. Cada uno de ellos era portador de un palo colocado sobre los hombros, de cuyos extremos colgaban dos cestos cargados de repollos. Chao Tai abordó al último y, tras un complicado regateo en un lenguaje mímico, le compró todo lo que llevaba, incluido el palo para el transporte, por setenta cobres. El hombre se alejó corriendo, entonando una cantinela cantonesa, feliz por haber sacado más dinero de la cuenta a un tipo del norte y por haberse ahorrado el largo desplazamiento por las embarcaciones, en las que vendía normalmente sus mercancías.

Chao Tai se echó sobre los hombros el palo y se encaminó a la popa del primer barco atracado al muelle. De aquél pasó al siguiente y luego a un tercero. Tenía que moverse con mucho cuidado, ya que la neblina había hecho resbaladizas las estrechas tablas que ponía en comunicación una embarcación con otra, aparte de que la gente que vivía allí consideraba tales pasarelas los sitios más indicados para proceder a la limpieza del pescado. Chao Tai profirió en voz baja una maldición: en muchas embarcaciones, unas sucias mujeres lanzaban al lodoso río el contenido de sus baldes-letrinas, y el hedor era insoportable. Aquí y allí, un cocinero le daba una voz, pero Chao Tai se hacía el desentendido. Quería, en primer lugar, dar con la danzarina, y después estudiar de cerca la gente a flote. Al pensar en Zumurrud sentía como si se le estrechara la garganta.

El aire era fresco todavía y su carga no le resultaba demasiado pesada. Ahora bien, no hallándose habituado a aquel sistema de transporte, pronto comenzó a sudar abundantemente. Hallándose en la proa de una pequeña embarcación, se detuvo, echando una mirada a su alrededor. Ya no podía ver la muralla de la ciudad, pues estaba rodeado por todas partes por un bosque de mástiles y postes de los que colgaban redes y prendas de vestir recién lavadas y puestas a secar. Los hombres y las mujeres que se movían sobre las cubiertas de las embarcaciones parecían una raza aparte. Ellos eran seres de piernas cortas y de brazos largos y musculados, que acentuaban su rápida forma de andar. En sus atezados rostros se advertían unos pronunciados pómulos, y en sus achatadas narices las ventanillas de las mismas eran anchas y palpitantes. Entre las jóvenes había algunos ejemplares de bastante belleza, si bien en un rudo estilo: sus rostros eran redondos, y los ojos grandes y vivos. En cuclillas sobre las pasarelas de las embarcaciones de la Tanka, batiendo las prendas que lavaban con unos pesados palos redondos, no cesaban de hablar entre sí, utilizando un lenguaje gutural, nada familiar para los oídos de Chao Tai.

Si bien hombres y mujeres daban la impresión de ignorarlo por completo, Chao Tai experimentó la sensación nada tranquilizante de que estaba siendo observado con atención en todo momento. «Debe de ser porque son pocos los chinos que se aventuran por aquí», se dijo. «Estos feos enanos fijan la vista en mi persona tan pronto les vuelvo la espalda.» Se alegró cuando por fin divisó frente a él una estrecha tira de agua despejada de obstáculos. Un puente de bambú conducía a una larga hilera de grandes juncos chinos pintados con chillones colores, atracados borda contra borda. Tras una primera hilera venía una segunda y una tercera, hallándose todos comunicados mediante pasarelas dotadas de barandillas. La cuarta fila, la última, quedaba en el centro de la corriente. Chao Tai trepó a la popa del junco más próximo, viendo entonces la amplia extensión del río Perla. Podía contemplar los mástiles de los barcos atracados a lo largo del muelle opuesto. Hizo sus cuentas y descubrió que se encontraba en la tercera embarcación de la cuarta hilera. El buque que la encabezaba era tan grande como un junco de guerra. Sus altos mástiles aparecían adornados con banderas de seda, y a lo largo de los aleros de las cabinas colgaban desmadejadamente guirnaldas de policromos faroles, oscilando acompasadamente, impulsados por la suave brisa de la mañana. Subió a bordo avanzando por las estrechas cubiertas laterales del junco del centro, controlando con cuidado el equilibrio de sus cestos.

Tres camareros de somnolientos ojos haraganeaban cerca de una

escotilla, Lo miraron, indiferentes, prosiguiendo su conversación. El se deslizó a su lado, penetrando en un oscuro pasillo. Había a lo largo del mismo unas cuantas puertas sucias, y flotaba en el aire un nauseabundo olor a grasa frita de pésima calidad. Como por allí no había nadie, Chao Tai dejó rápidamente en el suelo sus cestos, trasladándose a la cubierta de popa. • Una chica que sólo llevaba encima una manchada falda se hallaba sentada en un banco, con las piernas cruzadas, entregada a la tarea de arreglarse las uñas. También le miró con indiferencia, no molestándose siquiera en bajarse la falda Las cosas no parecían presentársele bien, pero Chao Tai se animó algo al llegar al centro de la nave. Al otro lado de la bien fregada cubierta vio una puerta alta de dos hojas, pintada de color rojo brillante. Un tipo gordo embutido en un camisón de noche de costoso brocado estaba junto a la borda gargarizando ruidosamente. Una joven de sombría expresión, que vestía una arrugada bata blanca, mantenía para él un tazón de té. De pronto, el hombre eructó y vomitó sobre la borda y las ropas de la chica, parcialmente.

–¡Anímate, querida! – le dijo Chao Tai al pasar-. Piensa en la excelente comisión que te ha deparado la cuenta del vino consumido anoche.

Ignorando su indignada réplica, él se internó en el buque. El corredor que enfiló estaba escasamente iluminado por faroles blancos de seda, suspendidos de las curvadas vigas. Chao Tai estudió los nombres inscritos en las lacadas puertas: «Sueño de Primavera», «Rama de Sauce», «Flor de Jade»… Todos eran nombres de cortesanas, pero ninguno de ellos podía ser la traducción china de Zumurrud. La última puerta, al final del pasillo, no ostentaba nombre alguno, pero estaba complicadamente adornada con afiligranadas pinturas de pájaros y flores. Probó suerte con el pomo de la cerradura y vio que no había sido echada la llave. La abrió, penetrando rápidamente en el cuarto.



Chiao Tai visita a la bailarina.

En aquella semioscuridad, pudo apreciar que la habitación era mucho más grande que una cabina corriente, estando lujosamente dispuesta. Flotaba en el aire un fuerte olor a almizcle.

–Puesto que estás aquí, ¿por qué no te acercas más? – inquirió una voz, la de la danzarina.

Habiéndose acomodado a la luz de sus ojos, Chao Tai descubrió al fondo de la habitación una cama alta, con rojas cortinas, medio corridas. Zumurrud se encontraba allí, desnuda, reclinada en una almohada de brocado. No llevaba maquillaje alguno, luciendo como única joya un collar de cuentas azules encajadas en una filigrana de oro.

Chao Tai se aproximó a la joven. Confuso, a causa de su impresionante belleza, no acertó a articular una sola palabra. Finalmente, saltó:

–¿Dónde está la esmeralda?

–¡Sólo la uso cuando bailo, estúpido! Ahora acabo de salir del baño. Y sería mejor que tú te bañaras también, porque estás cubierto de sudor. ¡Mira ahí, detrás de esa cortina azul!

Chao Tai se deslizó por entre las sillas y mesas distribuidas sobre la gruesa alfombra de pelo. Detrás de la cortina azul había un pequeño elegante cuarto de baño decorado con sencilla aunque bellamente rugosa madera. Se desnudó rápidamente, agachándose junto a la bañera de agua caliente y rociándose el cuerpo con un menudo balde de madera. Mientras se secaba con el revés de su túnica, descubrió una caja que contenía barritas de regaliz, a mano, sobre una mesita. Tomó una, masticó uno de sus extremos hasta darle la forma requerida, y cuidadosamente se frotó los dientes. Después de haber colgado su túnica y el chaleco de una percha de bambú, regresó al cuarto, llevando solamente sus holgados pantalones, con el torso, musculado y lleno de cicatrices, al aire. Acercando una silla a la cama, manifestó, gravemente:

–Como puedes ver, he aceptado tu invitación de anoche.

–La verdad es que no se te ha hecho tarde para venir aquí -apuntó ella, secamente-. De todos modos, fuiste prudente al escoger la primera hora de la mañana, que es cuando únicamente puedo recibir a mis visitantes.

–¿Por qué?

–Porque yo no soy una cortesana corriente, amigo mío. Sí, pese a todas las insultantes observaciones que esa rata de Mansur sea capaz de formular. Yo no estoy en venta, porque tengo un patrono permanente. Es un tipo rico, como puedes apreciar por todo esto -la joven indicó cuanto les rodeaba con un expresivo gesto de uno de sus redondos brazos, y agregó-: Es una persona a la que no caen nada bien los rivales.

–Me ha traído aquí un asunto oficial -anunció Chao Tai, rígidamente-. ¿Quién ha dicho que yo sea un rival?

–Yo -ella se colocó ambas manos en la nuca, estirándose voluptuosamente. Bostezó. Sus grandes ojos dispensaron una rápida mirada a su visitante antes de preguntarle, enfadada-: Bueno, ¿qué estás esperando? ¿Eres acaso uno de esos cansados hombres que primeramente tienen que consultar el calendario para ver si el día y la hora le son propicios?

Chao Tai se levantó, rodeando su esbelto cuerpo con los brazos. En el curso de su larga y variada carrera amorosa, él había experimentado muchos y diferentes tipos de amor. Ahora, por vez primera, vivía un amor que además de ser diferente de los demás resultaba definitivo, el último. Zumurrud llenaba una indefinible necesidad que anidaba en lo más profundo de su ser, estimulaba algo de cuya presencia no había estado impuesto hasta entonces. Ahora, de repente, lo identificaba como la raíz de todo su ser. Sabía que no podía vivir sin aquella mujer… Y ni siquiera se sentía asombrado ante semejante descubrimiento.

Más tarde, los dos se bañaron juntos. Una vez se hubo echado encima una fina túnica de gasa azul, la joven ayudó a Chao Tai a vestirse. Torció el gesto al ver el chaleco metálico, pero se abstuvo de hacer comentarios. Vueltos a la habitación, la chica le hizo una seña para que tomara asiento junto a la mesita de té de palo de rosa, diciendo con naturalidad:

–Habiéndote deshecho de eso ahora, Será mejor que me cuentes algo acerca de tu persona. No disponemos de mucho tiempo ya, puesto que ha de presentarse aquí mi doncella y es una de las espías a sueldo que tiene mi dueño.

–Yo preferiría saber más cosas sobre ti. No sé nada en relación con ese pueblo árabe al que perteneces. ¿No eres…?

–El pueblo árabe no es el mío -le interrumpió ella, bruscamente-. Mi padre era árabe, pero mi madre fue una prostituta de la Tanka.

¿Te impresiona esto?

–¿A mí? ¿Por qué? Esto de trabajar en un burdel es una profesión como cualquier otra. Por otro lado, ¿qué me importa la raza o el color? Todo el mundo está destinado a acabar siendo chino, antes o después. Lo mismo da que sea marrón, blanco o azul. Si un hombre es bueno luchando, y una mujer es buena haciendo el amor, por lo que a mí respecta a estas personas no se les puede objetar nada.

–Bueno, esto ya es algo, al menos. Mi padre fue un marinero árabe. Al regresar a su país, mi madre se quedó embarazada. Era yo -la joven sirvió una taza de té a Chao Tai, añadiendo-: Empezaron a comerciar conmigo a los quince años. Yo prometía mucho, así que mi madre pudo venderme a un burdel flotante de más importancia. Tenía que atender a los clientes, y en mis horas libres servir a las cortesanas chinas. Aquellas desagradables perras se dedicaban a maltratarme, estimando esto uno de sus pasatiempos favoritos.

–Pues no debieron de tratarte muy mal -objetó Chao Tai roncamente-. En tu hermoso cuerpo no hay una sola cicatriz.

–Nunca hubo nada que fuera apalearme o azotarme con un látigo -dijo ella, con amargura-. El jefe les había prohibido que me señalaran, porque vio que había mucho dinero en perspectiva conmigo. Aquellas perras me colgaban a veces de una viga por los cabellos, o me clavaban alfileres calientes, todo para echar fuera una velada aburrida. Y cuando se aburrían de veras, me ataban después de haber introducido un ciempiés en mis pantalones. Sus mordiscos no dejan huella, sólo que… ¡ya puedes imaginarte dónde les daba por morder a esos bichos! He pasado por todo -la joven se encogió de hombros-. No importa. Todo eso ha quedado atrás. Más adelante, me hice de un protector que me compró y me procuró este bonito alojamiento. Lo único que tengo que hacer es bailar en las fiestas, y me permite que me quede con el dinero que gano. Mansur se me ofreció para llevarme a su país, prometiéndome hacer de mí su primera esposa. Pero es un hombre que no me gusta, como tampoco es de mi agrado el país de mi padre, guiándome por las cosas que he oído contar de él. ¿Tú me ves sentada en el interior de una tienda de campaña, en el ardiente desierto, con camellos y asnos por compañía? ¡No, gracias!

–¿Quieres mucho a tu protector?

–¿Que si le quiero? ¡Cielos, no! Pero es un hombre rico, y generoso también. Y tan asqueroso como muchos otros -Zumurrud

hizo una pausa, rascándose pensativa uno de sus lóbulos-. Yo sólo he querido a un hombre, que además me correspondía apasionadamente. Sin embargo, me porté como una estúpida y lo eché todo a perder.

Su mirada se perdió en el vacío, más allá de su amigo. Su rostro tomó una expresión sombría.

Chao Tai rodeó su talle con un brazo.

–Tú acabas de mostrarte muy complaciente conmigo -manifestó, esperanzado.

Ella le apartó de sí, diciendo con aspereza, impaciente:

–¡Déjame en paz! Has obtenido lo que buscabas, ¿no? He gemido, he jadeado en los momentos precisos, y me he retorcido como una anguila. Lograste lo que querías con todos sus aderezos, así que no esperes ahora que me dedique a cantarte y arrullarte. Además, tú no eres mi tipo, en absoluto. A mí me gustan los caballeros refinados, no los boxeadores corrientes y molientes como tú.

–Bueno -respondió Chao Tai, vacilante-, yo puedo parecer sólo un boxeador, pero…

–No te molestes en seguir. He aprendido a tomar a los hombres por lo que aparentan ser. ¿Qué puede importarme a mí lo que ellos creen ser? Si tú aspiras a tomar parte en una conversación llena de palabras gratas para tu persona, es mejor que te busques una niñera. En consecuencia, vayamos al grano. Yo me fijé en ti porque eres coronel de la Guardia Imperial, y, de acuerdo con Mansur, la mano derecha del presidente de la Corte Metropolitana. Esto significa que tú puedes disponer lo necesario para que a mí se me conceda la ciudadanía china. Tú te das cuenta de que yo, legalmente, soy una paria, ¿verdad? Soy una mujer de la Tanka, por lo que no se me permite casarme con un chino… ¡Ni siquiera se me permite habitar sobre suelo chino!

–Entonces, ¿es ésa la razón de que tu protector te instalara en esta embarcación?

–Ciertamente, tienes una cabeza muy despejada -manifestó ella, con desdén-. Por supuesto, no podía darme una casa en tierra. Dispone de dinero en abundancia, pero carece de posición oficial. Ahora, tú eres de la capital, y tu jefe es el juez más encumbrado de la

tierra. Llévame contigo a la capital, procúrame la ciudadanía china, y después preséntame a importantes. El resto déjamelo a mí -Zumurrud cerró a medias los ojos, y continuó diciendo, al tiempo que esbozaba una sonrisa-: Ser una auténtica dama china, llevar vestidos de brocado, tener mis doncellas chinas, mi jardín… -de pronto, añadió con una voz impersonal-: Entre tanto, a manera de recompensa, te serviré todo lo bien que yo pueda. Y tras nuestro asalto detrás de las cortinas, hace poco, reconocerás que conozco mi oficio, espero. Bien, ¿cerramos el trato?

Sus frías y francas palabras impidieron que Chao Tai reaccionara en seguida. En cambio se las arregló para contestar con voz firme:

–¡Trato hecho!

Se prometió a sí mismo lograr que aquella mujer acabara enamorándose de él. Tenía que conseguirlo…

–Muy bien. Celebraremos otra reunión pronto, para fijar los detalles. Mi protector tiene una pequeña casa donde pasa la tarde conmigo cuando anda demasiado ocupado para venir a esta embarcación. Se encuentra situada al sur del templo de Kuang-siao, en la parte occidental de la ciudad. Te enviaré un mensaje en cuanto el horizonte aparezca despejado. Es que tú no puedes abordar a mi protector. De momento. No me dejaría marchar. Y puede ejercer mucho dominio sobre mí; podría buscarme la ruina, si quisiera. Una vez me haya trasladado a la capital, sin embargo, te diré quién es él, con objeto de que puedas devolverle el dinero que pagó por mí… ¡Por si sintieras remordimientos de conciencia!

–No habrás cometido ningún crimen, ¿eh? – inquirió Chao Tai, ansiosamente.

–En cierta ocasión cometí un terrible error -ella se levantó, ajustándose la fina bata que vestía a su hermoso cuerpo, al tiempo que decía-: Ahora debes irte, para evitarnos problemas. ¿Dónde puedo localizarte?

El le dio a conocer el nombre de su hostería, la besó y abandonó el camarote.

Ya en la cubierta, vio que la popa del *buque mayor,* en la *siguiente hilera,* estaba a su alcance de un salto. Se plantó allí, iniciando el largo desplazamiento de regreso al muelle.

Volvió a entrar en la ciudad por la puerta de Kuei-te,

encaminándose a buen paso a la Hostería de los Cinco Inmortales. Frente a la entrada había una pequeña litera. Preguntó a sus porteadores si había sido enviada por el capitán Nee. Los hombres se pusieron en pie, gritando al unísono que sí. Chao Tai se metió dentro, viéndose transportado calle arriba con toda celeridad.

El juez Di había dormido mal. Después de haber dado vueltas y más vueltas en su lecho, durante largo rato, habíase quedado amodorrado, saliendo de su incierto sueño con un fuerte dolor de cabeza. Faltaba todavía una hora para que amaneciera, pero sabía que no podría volver a dormirse ya, por cuya razón optó por abandonar su amplia cama. Embutido solamente en su camisón, permaneció por espacio de unos minutos frente a la arqueada ventana, contemplando los tejados del palacio, silueteados contra un firmamento grisáceo. Inspirando una bocanada de aire fresco, decidió que un paseo antes del desayuno le iría bien.

Se embutió en una bata de algodón gris y, tocado con su gorro, bajó las escaleras. En la antecámara, el mayordomo estaba dando las instrucciones del día a media docena de servidores con caras de sueño. El juez Di le pidió que lo condujera al parque.

Avanzaron por unos corredores en sombras, ya que las luces que los iluminaban por la noche habían sido apagadas, encaminándose a la parte posterior de la extensa zona de terreno que ocupaba el complejo palaciego. Detrás del edificio principal había una gran terraza revestida de mármoles; debajo quedaba un jardín de bello trazado, lleno de senderos que serpenteaban por entre los macizos de flores.

–No tiene por qué quedarse aquí a esperar -dijo el juez al mayordomo-. Sabré dar con el camino para volver.

Descendió por unos peldaños cubiertos de rocío, y siguió andando por un sendero que conducía a un gran estanque con lotos. *Por entre la fina neblina que flotaba* sobre las tranquilas aguas, divisó en la orilla opuesta un pequeño pabellón, decidiendo acercarse allí. Se deslizó andando lentamente alrededor del estanque, admirando las graciosas flores de loto, cuyos rojos y rosados pétalos acababan de abrirse.

Al aproximarse al pabellón, descubrió tras la ventana la espalda de un hombre de elevada estatura, que se inclinaba sobre una mesa. Creyó reconocer aquellos redondos hombros. Mientras ascendía por los peldaños de la entrada, se dio cuenta de que el hombre observaba con toda atención el interior de un menudo recipiente de verde porcelana, que había colocado frente a él. Al parecer, había oído los pasos del juez Di, pues dijo, sin apartar la mirada de la vasija:

–Así, pues, es usted, por fin. Eche un vistazo a este gran sujeto.

–Buenos días -contestó el juez.

El gobernador levantó ahora la mirada, con un gesto de sobresalto. Viendo quién era realmente su visitante, se levantó de un salto, tartamudeando:

–¡Perdón, señor! Yo… De veras que yo no…

–Es ésta una hora demasiado temprana del día para perdernos en formalidades -le interrumpió el juez, cansado-. No he dormido demasiado bien, y salí a dar un paseo -tomando la otra silla que había allí, añadió-: ¡Siéntese, por favor! ¿Qué es lo que tiene en ese cacharro?

–¡Es mi mejor luchador, señor! Vea sus robustas, sus fortísimas patas. ¿Verdad que es muy bello?

El juez Di se inclinó hacia delante. Pensó que el gran grillo se parecía a una particularmente asquerosa araña negra.

–Un hermoso ejemplar -comentó, recostándose en su asiento de nuevo-. Debo confesar, sin embargo, que soy un lego en la materia. El Censor Imperial, que visitó Cantón hace unas semanas, es un auténtico entusiasta de estos insectos.

–Yo tuve el honor de mostrarle mi colección -manifestó el otro, orgullosamente. Luego, se puso serio. Dedicó al juez una difidente mirada, y continuó diciendo-: Volvió a esta ciudad de incógnito, ¿sabe usted? Informé a la capital de que había sido visto por aquí, y me ordenaron que estableciera contacto con él. Pero poco después de mandar a mis hombres que los buscaran, la orden, inesperadamente, fue cancelada -el hombre vaciló por unos momentos, tirándose nerviosamente del bigote-. Desde luego, nunca seré tan osado como para inmiscuirme en los asuntos del gobierno central, pero a mí se me antoja que siendo Cantón mi territorio, en fin de cuentas, unas cuantas palabras a modo de explicación…

El gobernador no terminó su frase, contemplando al juez con expectante mirada.

–¡Sí! – exclamó el juez Di-. ¡Eso es cierto! El Censor no tomó parte en la reunión del Gran Consejo, aquel al que yo asistí poco antes de salir de allí. Bueno, ya que a usted se le ordenó que cesara en sus esfuerzos por localizarlo, hay que pensar que el Censor, evidentemente, regresó a la capital, atendiendo nuevamente a sus

obligaciones.

Echándose aún más sobre el respaldo de la silla, el juez se acarició lentamente la barba. El gobernador cogió una tapa redonda de bambú tejido y la colocó cuidadosamente sobre la vasija verde. Luego, añadió, con una leve sonrisa:

–Mi médico me ha dicho que usted descubrió un segundo crimen ayer. ¡Y que la víctima fue uno de sus hombres! Espero que el prefecto no se haya hecho demasiado viejo para su trabajo. La ciudad es grande, y…

–Es lo mismo -replicó el juez, afablemente-. Ambos asuntos tenían sus raíces en la capital, y mis hombres cometieron torpes errores. ¡Soy yo quien debe excusarse!

–Es usted muy benévolo, señor. Supongo que estará satisfecho del desarrollo de su investigación aquí sobre el comercio con el exterior…

–¡Oh, sí! Pero se trata de un asunto complicado. Creo que debemos idear un sistema mejor para controlar a las diversas clases de extranjeros que nos visitan. A su tiempo, le someteré un plan-borrador para confinarlos en unos barrios especiales, separadamente. No he hecho más que empezar con las cuestiones de los árabes. Después, me ocuparé de otros extranjeros, como los persas, y…

–¡Eso es completamente innecesario! – le interrumpió el gobernador, de pronto. El hombre se mordió los labios, apresurándose a decir-: He querido indicar, señor, que esos persas son… Bueno, me figuro que sólo hay unas docenas. Todos ellos son personas agradables, instruidas…

El juez Di creyó observar que el gobernador se había puesto intensamente pálido. Podía ser, sin embargo, un efecto de la incierta luz. Manifestó, premioso:

–Bueno, lo que yo quiero es disponer de un cuadro completo de la situación en tal aspecto.

–¡Permítame ayudarle, señor! – pidió el gobernador, ansiosamente-. ¡Ah! ¡Aquí está Pao!

El prefecto Pao Kuan hizo una profunda reverencia al pisar los peldaños de acceso del pabellón, seguida por una todavía más expresiva al penetrar en el mismo. Con una faz que denotaba su preocupación, dijo al gobernador:

–¡Un millón de perdones, señor! ¡Qué descaro el de esa mujer! ¡No se ha presentado! No acierto a imaginar por qué ella…

–Y yo no sé por qué motivo antes de presentarme a ciertas personas no se asegura antes de que se puede confiar en ellas -le interrumpió el gobernador, glacialmente-. Bueno, puesto que ahora estoy ocupado con Su Excelencia, usted…

–No logro dar con las palabras adecuadas para expresar cuánto lo siento, señor -declaró el atribulado prefecto, deseoso, sobre todo, de justificarse-. Pero puesto que conozco hasta qué punto se interesa usted por los grillos, y ya que mi esposa señaló que la mujer tenía un extraordinario conocimiento de estas cosas…

Antes de que el gobernador lograra deshacerse del prefecto, medió el juez Di:

–Ignoraba que hubiese también aficionadas en este campo. Supongo que ella comercia con estos insectos, ¿no?

–En efecto, Excelencia -manifestó el prefecto, agradeciendo la intervención del juez-. Mi esposa me dijo que la muchacha tiene una vista especial para localizar un buen grillo, donde esté. Bueno, lo de la «vista especial» es una expresión nada apropiada en este caso particular, pues la chica es ciega, aparentemente -mirando al gobernador, continuó diciendo-: Como ya informé a usted ayer, señor, mi mujer le ordenó que hiciera acto de presencia aquí al amanecer, antes de su audiencia de la mañana, con el fin de no hacerle perder más que una ínfima parte de su valioso tiempo, y…

–Me gustaría conocer sus señas, señor Pao -le atajó el juez Di-. Quizá fuera una idea excelente la que se me ha ocurrido de llevarme a la capital unos grillos, a modo de recuerdo de Cantón.

Tal petición pareció alterar al prefecto todavía más. El hombre contestó, tartamudeando:

–Yo… Pedí a mi mujer las señas de la chica, pero la muy estúpida me dijo que no la conocía… Solamente la ha visto una vez, en el mercado. Se quedó tan impresionada por su sincera devoción por los grillos que…

Viendo que la cara del gobernador iba enrojeciendo paulatinamente, y que éste se hallaba a punto de reprender al prefecto severamente, el juez Di acudió en ayuda del último.

–La cosa no tiene mayor importancia, realmente. Bueno, me

vuelvo a mis habitaciones, ya -se puso en pie, diciendo apresuradamente al gobernador, que también se había incorporado-. ¡No! No se moleste. Señor Pao: ¿quiere mostrarme el camino?

Descendió hasta el piso del jardín, seguido por el prefecto, muy confuso.

Al llegar a la terraza, el juez dijo al otro con una sonrisa:

–No haga caso, señor Pao, de los arranques de mal genio de su jefe. Yo mismo, a esta hora tan temprana del día, no suelo encontrarme de muy buen humor -el prefecto le agradeció con una sonrisa sus palabras y él continuó hablando-: El gobernador parece demostrar una gran diligencia al atender a sus deberes. Supongo que hace rondas por la ciudad de incógnito, con el fin de lograr una impresión personal sobre la situación existente en ella.

–¡Eso no lo ha hecho nunca, señor! Es un hombre altanero; estimaría que así se rebajaba. La verdad es que resulta muy difícil comprenderlo. Y como yo soy mucho mayor que él, y poseo una gran experiencia, mi trabajo aquí no me parece muy… agradable. Llevo ya cinco años prestando servicio aquí, señor. Mi último puesto fue de magistrado de distrito en Shantung, mi provincia nativa. Trabajé bien allí, por cuya razón se me ascendió a este puesto, en Cantón. Al venir, me tomé la molestia de aprender el cantonés, y ahora poseo un amplio conocimiento de los asuntos locales, si se me permite decirlo. El gobernador, en realidad, debiera consultar conmigo antes de tomar sus decisiones, pero como es todo un ordenancista,…

–Criticar a los superiores a sus espaldas es una práctica considerada indigna para un funcionario -le interrumpió el juez Di, fríamente-. Si tiene usted quejas que formular, póngase al habla con la jefatura de Personal, valiéndose de los adecuados canales. Quiero que me acompañe cuando visite al señor Liang, luego. Deseo hacerle otra consulta. Procure estar listo para venirse conmigo una hora después del desayuno.

El prefecto guió al juez silenciosamente hasta su antecámara, donde se despidió de él con una reverencia.

El juez di consumió un sencillo desayuno en su comedor privado, atendido por el mayordomo, y después, sin prisas, tomó una taza de té. Su dolor de cabeza se había esfumado, pero todavía le costaba trabajo concentrarse. Contemplando con aire ausente la rojiza claridad del amanecer en el policromo papel de las ventanas, pensó en la muchacha ciega. ¿Sería verdad que el gobernador no la

había visto antes?

Con un suspiro, dejó encima de la mesa su taza, subiendo al dormitorio. Se puso sus ropas oficiales, tocándose con un gorro alto y alado. Después, se encaminó al vestíbulo. Al sentarse frente a su mesa de trabajo, su mirada se detuvo en un sobre grande, de los utilizados en las comunicaciones formales. Lo abrió, leyendo el breve mensaje. A continuación sacó un largo rollo de papel de uno de los cajones, humedeció su pincel y comenzó a escribir.

Andaba ocupado todavía con aquella tarea cuando entró Tao Gan, quien le dio los buenos días. El hombre tomó asiento, diciéndole:

–Acabo de visitar el tribunal, señor. El prefecto no había llegado todavía, así que se lo expliqué todo al jefe de los agentes, un tipo bastante astuto. Demasiado astuto, afirmaría yo -añadió, torciendo el gesto-. Primero le ordené que se ocupara de lograr que la prostituta fuese redimida, indicándole seguidamente que llevara a cabo discretas indagaciones acerca de una joven ciega… A partir de aquí empezó a mirarme de reojo, como quien sabe a qué atenerse, y me habló con un tono que hallé indebidamente familiar.

–¡Magnífico! – exclamó el juez Di-. Puesto que el bribón te ha tomado por un libertino más, no comentará vuestra conversación con el prefecto. Y es absolutamente necesario que ni él ni el gobernador sepan el interés que esa chica nos inspira -explicó a Tao Gan la conversación que tuviera por escenario el pabellón, añadiendo-: Saqué la impresión de que el gobernador ha tenido relación con ella antes, pero que quiere evitar que el prefecto lo sepa. Sólo suposiciones podemos formular al pensar en la razón de que no haya acudido a la cita. No puede haber sido secuestrada, pues entonces no le habría sido posible llevarse los grillos y sus cosas personales. Me inclino a pensar más bien que deseaba desaparecer. Esperemos que el jefe de los agentes sea, en efecto, todo lo astuto que tú te figuras y que dé con una pista que permita su localización. Es preciso que hablemos con ella. Bueno, ya estoy dando fin a mi informe preliminar, dirigido al Gran Consejo. Más tarde, lo repasaremos juntos.



—Esta carta acaba de llegar de la capital por correo ordinario.

El juez continuó cubriendo el documento con su enérgica caligrafía. Al cabo de un rato, se recostó en su silla, leyendo el informe en voz alta. Tao Gan asintió. Era una declaración concisa de todos los hechos y él no tenía nada que añadir. El juez firmó el papel y lo selló. Luego, tocó el sobre que se encontraba sobre la mesa, diciendo:

–Esta carta acaba de llegar de la capital por correo ordinario. Constituye un aviso anticipado de la Cancillería, por el que se nos notifica que un mensajero especial portador de una carta secreta del Gran Consejo se encuentra en camino, escoltado por la policía militar; debe llegar aquí esta noche. Esperemos que esto signifique que ellos han descubierto el propósito de la clandestina visita del Censor a esta ciudad. Si quieres que confiese la verdad te diré que para mí nada de lo que está sucediendo tiene pies ni cabeza.

Entró el mayordomo, anunciando que el palanquín del juez Di se encontraba listo en la parte delantera del palacio.

Allí les esperaba el prefecto Pao. Hizo su reverencia de costumbre mientras una docena de guardias montados presentaban armas. Junto al espléndido palanquín se mantenían atentos a las órdenes veinte porteadores uniformados. Aquél tenía un alto dosel de color púrpura, coronado por una triple aguja dorada.

–¿Podrá pasar este engorroso artefacto por la puerta del señor Liang? – inquirió el juez Di, desabridamente.

–Con extrema facilidad. Excelencia -contestó Pao, con una sonrisa-. La residencia del difunto almirante es, en efecto, un palacio, construido al estilo antiguo.

El juez emitió un gruñido. Se instaló en el palanquín, seguido por el prefecto y Tao Gan. El cortejo se puso en movimiento, precedido por los guardias montados.

A Chao Tai le sacó de sus pensamientos un sordo golpe, el producido por la litera al ser depositada en el suelo. Se apeó. Hallábase en una estrecha y tranquila calle, habitada al parecer por comerciantes retirados. Dio a los porteadores una propina y llamó a la puerta, de madera, carente de todo adorno.

Abrió la misma una vieja y encorvada mujer, quien le dio la bienvenida con una sonrisa que puso al descubierto sus encías sin dientes. Le guió por un pequeño y florido jardín, bien cuidado, hasta una construcción de dos plantas, con los muros enjalbegados. Después, lo condujo a una estrecha escalera de madera, respirando ruidosamente a cada paso y musitando extrañas palabras en voz baja. Por fin, lo introdujo en una espaciosa y bien ventilada habitación que hacía pensar en un ambiente extranjero.

A lo largo de la pared que quedaba a su izquierda colgaba una cortina de seda bordada desde el techo hasta el suelo. Era el tipo que viera en la casa de Mansur la noche anterior. A uno y otro lado de ella se veían dos grandes jarrones de flores, de alabastro, montados en unos pies bajos de ébano. En el muro de la derecha había un bastidor del que colgaban más de una docena de espadas extranjeras. Al fondo, cuatro arcadas en fila permitían una bella vista de una colección de orquídeas escogidas, en sus macetas, dispuestas sobre el amplio antepecho. A lo lejos se descubrían los tejados de las casas, en la calle inmediata. El piso se hallaba cubierto por una inmaculada y gruesa alfombra de junquillo. El mobiliario estaba integrado por dos sillones de palo de rosa embutido, y una mesa de té redonda y bajita. Allí no había nadie.

Cuando Chao Tai se disponía a examinar las espadas, la cortina se dividió en dos, apareciendo dos muchachos de unos dieciséis años. Chao Tai se quedó boquiabierto. Eran notablemente iguales: sus caras eran redondas, y de expresión descarada; de los lóbulos de sus orejas colgaban unos largos pendientes de oro; sus ondulados cabellos habían sido peinados de una manera no habitual en el país. Sus torsos al aire permitían admirar sus firmes y juveniles senos, su suave y ligeramente oscura piel. Lucían unos pantalones de florida muselina, llevando los extremos inferiores sujetos firmemente a los tobillos; mostraban unos collares idénticos de cuentas azules, con orlas de filigranas de oro.

Una de ellas dio un paso adelante, contemplando a Chao Tai con una grave mirada en los ojos. Luego, se expresó en un chino

excelente:

–Bienvenido a la casa del capitán Nee. El amo no tardará en presentarse.

–¿Quiénes sois vosotras dos? – preguntó Chao Tai, apenas recobrado de su asombro.

–Yo soy Dunyazad, y ésta es mi hermana gemela Dananir. Pertenecemos a los apartamentos interiores del capitán Nee.

–Ya.

–Tú crees comprenderlo, pero no es así -señaló Dunyazad, coqueta-. Nosotras atendemos al capitán, pero no tenemos relaciones carnales con él -la joven añadió, decorosa-: Somos vírgenes.

–¡No me digas! ¡Y el capitán es un hombre de mar!

–El capitán se halla comprometido con otra persona -dijo Dananir, muy formal-. Como es persona de una sola idea y un caballero exigente en extremo, su actitud hacia nosotras es de completo despego. Lo cual es una lástima.

–También desde el punto de vista del capitán -observó Dunyazad-. Ambas poseemos un caudal considerable de apasionada experiencia.

–Vosotras sólo sois un par de picaras que no entendéis una palabra de lo que estáis diciendo -manifestó Chao Tai, irritado.

Las curvadas cejas de Dunyazad se elevaron en su frente.

–Nosotras estamos familiarizadas con todos los aspectos prácticos -dijo, fríamente-. Cuando el capitán nos compró al comerciante Fang, hace cuatro años, fuimos designadas doncellas de su Tercera Dama, asistiendo con regularidad a sus amorosos retozos.

–Hay que admitir que todo resultaba más bien elemental -agregó Dananir-. Basta para reconocerlo con mencionar las repetidas quejas de la Tercera Dama acerca de la falta de variedad.

–¿Por qué empleáis ese lenguaje pomposo y libresco? – preguntó Chao Tai, horrorizado-. ¿Y dónde diablos aprendisteis esas largas y difíciles palabras?

–Se las enseñé yo -la agradable voz del capitán Nee había

sonado a sus espaldas-. Siento haberle hecho esperar, pero lo cierto es que se ha retrasado usted un poco.

El hombre vestía una fina túnica blanca de lana, ribeteada de rojo, ceñida con un cinturón del mismo color. Llevaba también una especie de tiara con bordados de seda.

Se instaló en el sillón más pequeño, y Dunyazad se quedó de pie a su lado. Su hermana se arrodilló en el suelo, mirando a Chao Tai con una provocativa sonrisa. Chao Tai plegó sus brazos, sosteniendo su mirada.

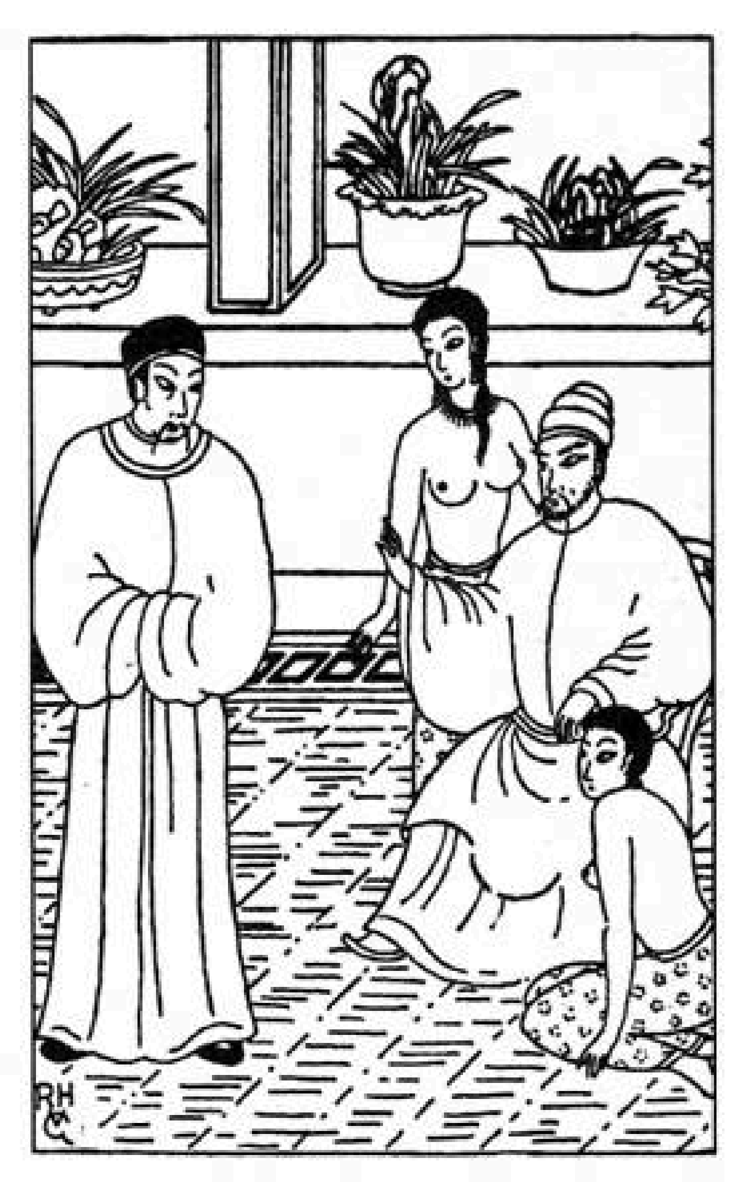
–¡Siéntese, siéntese! – dijo el capitán Nee a Chao Tai, impaciente. Dirigiéndose a las gemelas, añadió, severamente-: Las dos estáis olvidando los buenos modales. Vamos, iros a hacer cuanto antes para nosotros un buen té de la mañana. Perfumadlo con menta, ¿eh? – una vez se hubieron marchado las dos muchachas, continuó hablando-: Son bastante inteligentes: hablan chino, persa y árabe. Me divierte mucho leer toda clase de textos chinos y extranjeros en su compañía por la noche, y andan siempre rebuscando por mi biblioteca. Bueno, señor Chao, me siento muy aliviado al ver que se encuentra usted perfectamente. Evidentemente, no tuvo usted graves problemas anoche.

–¿Qué le hizo pensar que podía tenerlos? – preguntó Chao Tai, cautelosamente.

–Tengo ojos en la cara, amigo mío. Y vi que un pistolero árabe y un estrangulador de la Tanka le vigilaban desde una esquina estratégica, junto a la puerta.

–Sí, yo también vi a la pareja. Sin embargo, nada tenían que ver con nosotros. A propósito, ¿a qué se debió su riña con el camarero?

–¡Oh! Aquel tipo se negó a servir al de la Tanka. Se considera que esos marginados manchan todo lo que tocan, ¿sabe? Por tal motivo, el camarero hizo añicos la copa de aquel hombre. De todos modos, observé que un barbudo bribón estaba pendiente de usted, no perdiéndole de vista un solo momento. Cuando se decidió a seguirle desde la taberna, me dije: «Es posible que el coronel se vea ahora metido en algún lío.»



Chiao Tai charla con el capitán Nee.

–¿Por qué, de pronto, me ha ascendido a coronel?

–Porque tuve ocasión de ver fugazmente su insignia, coronel. Justamente, lo que le pasó al sujeto barbudo. Además, yo sabía que el famoso juez Di había llegado a Cantón en compañía de dos ayudantes. Uno no tiene más remedio que ponerse a pensar y a relacionar unas cosas con otras si da con dos funcionarios de categoría que se empeñan en parecer unos empleados sin importancia, ¿comprende? – como Chao Tai no formulara ningún comentario, el capitán continuó diciendo-: Se decía anoche en las casas de té que el juez Di había convocado una conferencia en palacio, para un debate sobre el tema del comercio exterior tal como se desarrollaba desde aquí. Esto me hizo ponerme a pensar de nuevo, ya que el juez Di es famoso como investigador de crímenes, y no se puede llamar criminales a los comerciantes con el extranjero, aun cuando aplican siempre unos precios atroces. Habiendo combinado todo eso con el hecho de que los dos ayudantes del juez Di vagaban por la zona portuaria disfrazados, no tuve más remedio que preguntarme-: «¿Qué misterioso asunto se está cociendo aquí, en Cantón?»

–Evidentemente, usted sabe cómo emparejar ciertos acontecimientos -manifestó Chao Tai con una mueca-. Bueno, pues la verdad es que nosotros queremos ahondar en el tema del comercio con los árabes. Sabemos de la existencia de muchas y costosas importaciones, sujetas a elevados impuestos que… -deliberadamente, Chao Tai no terminó la frase.

–Así pues, ustedes andan tras las operaciones de contrabando -el capitán se acarició el bigote-. Pues sí, claro, yo pensaría en los bribones de los árabes, en tal caso.

–¿Y qué me dice de los comerciantes chinos que comercian con ellos? El señor Yau Tai-kai, por ejemplo. Supongo que usted lo conoce…

–Ligeramente. Este astuto hombre de negocios se ha sabido abrir camino, tras haber comenzado modestamente, hasta convertirse en uno de los comerciantes más ricos de la ciudad. Pero es un tipo libertino, y la lujuria constituye un pasatiempo caro. Posee una hueste de esposas, concubinas y amantes al azar que mantiene con el mayor lujo… No hablemos de lo que tendrán que aguantarle. Esa es otra cuestión. Ahora bien, es posible que para hacer frente a tantos gastos, el hombre se vea obligado a procurarse ingresos por medios irregulares. Debo señalar, con todo, que jamás oí rumor alguno sobre el particular. Y que conste que yo estoy al tanto prácticamente de

cuanto ocurre en los círculos marítimos.

–¿Qué me dice del señor Liang Fu, ese otro experto en asuntos árabes?

–¡Ese sí que es un tiro errado, coronel! – exclamó el capitán Nee con una sonrisa-. No puede usted emparejar ese nombre con el de Yau. El señor Liang es un caballero de cuna, poseedor de una gran fortuna, y persona de frugales hábitos. ¿El señor Liang un contrabandista? ¡No se ha de pensar en ello ni por un momento!

Las gemelas volvieron, portadoras de una bandeja metálica. Mientras servían el té, el capitán Nee dijo con una sonrisa de excusa:

–Siento mucho no poder obsequiarle mejor, coronel. Yo tenía una gran residencia al sur de la ciudad. Pero hace un par de años tuve que hacer frente a unas elevadas obligaciones financieras, y la vendí. Ha acabado gustándome la vida en tierra, de otro lado, decidiendo seguir como ahora mientras mis ahorros me lo permitan. Navegando, disponía de tiempo sobrado para pensar en esto y aquello, y terminé interesándome por el tema del misticismo. En la actualidad, me paso la mayor parte del tiempo leyendo cosas sobre eso. Para hacer algo de ejercicio frecuento un club de boxeo y esgrima -el capitán se puso en pie, diciendo-: Bueno, echemos una mirada a mis espadas.

Se acercaron al bastidor, y el capitán puntualizó para Chao Tai los especiales méritos de cada espada, pasando a citar detalles al referirse a los diferentes métodos existentes de soldar las hojas. Seguidamente, explicó unas cuantas historias relacionadas con los hechos de varios famosos espadachines de Cantón. Las gemelas escuchaban ávidamente sus palabras, con los ojos, ribeteados de *kohl,* muy abiertos.

De pronto, irrumpió en la estancia la vieja que abriera la puerta a Chao Tai, entregando al capitán Nee un sobre pequeño.

–Perdóneme, ¿quiere? – dijo el dueño de la casa a su visitante.

Se aproximó a uno de los ventanales, leyendo la nota. Luego, se la guardó en una manga, despidiendo a la anciana y diciendo a Chao Tai:

–¡Tomemos otra taza de té!

–Me gusta su té con menta -apuntó Chao Tai-. Anoche probé un licor anisado en casa de Mansur. Era bastante bueno, también.

¿Conoce usted a ese hombre?

–Vosotras dos os vais a ir ahora a regar las flores -dijo Nee a las dos gemelas-. Está haciendo mucho calor ya.

Una vez se hubieron marchado las jóvenes, que se mostraron muy irritadas, el capitán continuó hablando:

–Así que usted quiere saber cosas acerca de Mansur, ¿eh? Bueno, pues voy a contarle una pequeña historia sobre él. Se remonta a cuatro años atrás, más o menos, cuando Mansur hizo su primera visita a nuestra querida ciudad. Vivía aquí cierta joven dama. Sus padres habían fallecido, y consecuentemente su hermano mayor era el jefe de la casa. Una riquísima y distinguida casa, yo agregaría. La chica estaba enamorada de un joven de la localidad; pero los dos riñeron, y él se fue de aquí. Posteriormente, su hermano la casó con un funcionario, un tipo seco, terrible, que le doblaba la edad. Poco después de haberse celebrado este desventurado matrimonio, la joven conoció a Mansur, de quien se enamoró apasionadamente. Fue una de esas breves y excitantes relaciones que a veces se dan, ¿comprende? Ella se arrepintió pronto del paso dado, diciendo a Mansur que todo había terminado entre ellos. ¿Sabe usted lo que le contestó Mansur? Que estaba conforme con su decisión, pero que ella tendría que pagarle una alta suma... por los servicios prestados... Éstas fueron las palabras escogidas por él.

–¡Sucio chantajista! ¿Usted sabe de alguna aventura peligrosa en que ande metido ahora? Le agradecería mucho que me deparara una ocasión de colgar a ese bastardo.

El capitán Nee se acarició la corta barba. Al cabo de un rato, replicó:

–Pues, no, no. Lo siento, pero la verdad es que con los árabes no soy nada imparcial. Esta gente invadió el país de mi madre, maltratando a sus habitantes. Y yo quería mucho a mi madre... Nizami era su nombre persa. Yo me llamo Nee como tributo a su memoria -el capitán hizo una pausa antes de seguir-: Esta es una ciudad grande, siempre zumbante con todo género de rumores. Ahora bien, tengo por principio negarme a repetir vagos rumores. Estos son habitualmente habladurías maliciosas.

–Entendido. ¡Ah! En casa de Mansur tuve ocasión de ver a una danzarina árabe llamada Zumurrud. ¿La conoce?

El capitán miró a su interlocutor, inquisitivo.

–¿Zumurrud? No, no la conozco. Mas he oído hablar de ella. Ha sido calificada de experta y bella danzarina.

–¿Sabe usted quién es su amo?

–No. Si tiene alguno, debe de ser un hombre rico, ya que es bastante exigente, según he oído afirmar.

Chao Tai asintió, apurando su taza.

–Hablando de bellas mujeres -dijo-, esas dos gemelas que tiene usted aquí no son de despreciar, tampoco. A propósito, se han quejado ante mí del despego con que usted las trata.

El capitán sonrió débilmente.

–Hace cuatro años que llegaron a casa, y las he visto dejar de ser niñas para convertirse en hermosas mujeres. A mí me inspiran un sentimiento paternal.

–Tengo la impresión de que son difíciles de controlar. ¿Dónde las compró?

Nee no replicó en seguida. Escrutó el rostro de Chao Tai, diciendo después:

–Son hijas ilegítimas de una joven muy agradable, una pariente lejana de mi madre, que fue seducida por un funcionario chino. Ella se las dio a un comerciante chino que conocía, ya que temía que su amante la abandonara por su causa. De todos modos, cuando aquel hombre la dejó, se quitó la vida. Hubo toda una conmoción aquí, pero su amante se las arregló para mantener su nombre en secreto, para que el escándalo no le perjudicara en su carrera.

–¡Qué sujeto tan simpático! ¿Le conoció, acaso?

–Supe de él. No me agradaba la perspectiva de trabar relación con aquella persona. Pero me mantuve informado en todo lo referente a las gemelas. En la casa del comerciante fueron tratadas muy bien. Lo malo fue que el hombre se arruinó. Las compré cuando sus posesiones fueron subastadas. Las eduqué lo mejor que pude, y ahora tengo que buscarles a cada una un esposo adecuado.

–Yo no dejaría eso para muy adelante -señaló Chao Tai juiciosamente. Púsose en pie, añadiendo-: Será mejor que me marche ya.

–Tiene usted que volver algún día, para que celebremos algún asalto de boxeo -dijo el capitán cuando bajaban las escaleras-. Es usted más fornido que yo, pero los años están de mi parte.

–¡Conforme! Necesito practicar un poco. Antes me ejercitaba con regularidad, enfrentándome con Ma, mi hermano de sangre. Pero el hombre se casó y ahora tiene hasta vientre.

En el pequeño jardín, Dunyazad y Dananir estaban refrescando las flores valiéndose de unas diminutas regaderas.

–¡Adiós, muchachas! – dijo Chao Tai, despidiéndose.

Ellas le ignoraron, intencionadamente.

–Están enfadadas porque las envié fuera -explicó el capitán con una sonrisa-. Son tan curiosas como las monas. Y les disgusta que las llamen muchachas, o niñas.

–Yo también estoy empezando a sentirme paternal -contestó Chao Tai, con ironía-. Muchas gracias por haberme enseñado sus espadas.

Cuando el capitán cerró la puerta de la vivienda, Chao Tai observó que la calle se hallaba atestada de gente ahora: hombres y mujeres regresaban apresuradamente a sus hogares después de haber hecho sus compras de la mañana. Mientras se abría paso a fuerza de codos entre los transeúntes fue a dar violentamente contra una mujer joven. El quiso excusarse, pero ella le había rebasado ya después de rozarle. Chao Tai sólo acertó a distinguir su espalda al perderse entre la multitud.

El prefecto Pao y Tao Gan ayudaron al juez Di a descender del palanquín enfrente de la residencia de Liang Fu. El juez vio que, verdaderamente, las dimensiones del complejo eran palaciales. El patio estaba pavimentado con losas de mármol cincelado, y los anchos peldaños que conducían a la doble puerta de hierro forjado, al fondo, eran del mismo material, muy costoso. El señor Liang bajó apresuradamente por la escalera, seguido de un viejo de desordenada y grisácea barba, al parecer el mayordomo de la casa.

Liang Fu se inclinó profundamente, dando al juez la bienvenida. Luego, inició un largo discurso, explicando que no merecía la distinción que se le hacía al recibir en su casa a un eminente funcionario de la capital en unión del prefecto de la ciudad. El juez Di le dejó hablar durante unos momentos, interrumpiéndole después:

–Me doy cuenta perfectamente de que mi visita va contra las normas de conducta a observar por los altos funcionarios, señor Liang. Siento interés, sin embargo, por ver la casa de un gran héroe nacional, el que fue su difunto padre. Y además es que gusto de ver a las personas en su personal ambiente. Es un hábito que no he abandonado desde los días de mi actuación como magistrado de distrito. Usted es quien ha de guiarnos.

Liang hizo otra complicada reverencia.

–Permítame que lleve a Su Excelencia a la biblioteca de mi difunto padre. La he conservado exactamente tal cual él la dejó.

Subieron por la escalera de mármol, deslizándose por un sombrío vestíbulo con dos filas de enormes columnas. Tras haber atravesado un florido jardín, entraron en un segundo edificio de dos plantas de mayores dimensiones que el primero. Estaba amueblado sobriamente, con piezas de ébano cincelado, tan antiguas como sólidas. En las paredes habían sido pintadas, a todo color, escenas de combates navales. Si se exceptuaba una vieja servidora, que se esfumó en cuanto los vio, hubiérase dicho que no había nadie en el recinto.

–¿No necesita usted todo un ejército de criados para mantener este palacio en condiciones? – preguntó el juez Di tras haber atravesado otro patio.

–No, Excelencia, debido solamente a que ocupo una sola ala. Yo

vengo aquí solamente por la noche; durante el día estoy en mi despacho, en el centro de la ciudad -el hombre hizo una pausa, añadiendo con una sonrisa-: Hasta ahora he estado tan ocupado con mis negocios que he ido aplazando mi proyecto de casarme y fundar una familia. Pero el año que viene, en que cumplo los treinta y cinco, pienso dar tan importante paso. Aquí entramos ya en el sector en que realmente vivo. La biblioteca de mi padre queda al fondo.

El viejo servidor les precedió al entrar en el amplio corredor. Liang Fu marchaba tras él, con el juez Di y el prefecto. Tao Gan caminaba detrás de todos.

Aquel corredor les condujo primeramente a un jardín de bambúes. En este lugar, las rumorosas hojas de los altos árboles proporcionaban fresca sombra. Más adelante, llegaron a otra construcción de una sola planta. A la izquierda del corredor vieron entonces amplias ventanas que daban a un jardín de rocalla; a la derecha había una fila de cerradas habitaciones, con una balaustrada lacada en negro a lo largo de la parte frontal. A las deslizantes ventanas habían sido pegados limpios papeles blancos.

De repente, Tao Gan tiró de la manga al juez Di. Se lo llevó aparte, susurrándole, muy excitado:

–¡He visto a la chica ciega! En la segunda de las habitaciones que hemos dejado atrás. ¡Está leyendo un libro!

–¡Vete en busca de ella! – le ordenó el juez, decidido. Mientras Tao Gan se alejaba a toda prisa por donde habían llegado, el juez Di dijo al señor Liang-: Mi ayudante acaba de recordarme que no he traído mi abanico. Esperémosle aquí unos momentos. ¡Qué hermosa es esa parte del jardín con las rocas!

A sus espaldas resonó una voz de mujer irritada.

–¿Qué pasa ahí? – inquirió Liang.

Retrocedió apresuradamente, seguido por el juez Di y el prefecto.

Tao Gan estaba de pie, con las manos sobre la balaustrada, frente a la segunda habitación. Contemplaba, atónito, mudo, a una bella joven situada dentro de una pequeña y elegantemente amueblada habitación. Un biombo decorado con un paisaje era visible al fondo. La mujer, enojada, se dirigió a Liang:

–¿Quién es este hombre tan insolente? No hice más que correr la

ventana para tener más luz cuando apareció inesperadamente y empezó a gritar que yo le había engañado.

–¡Fue una equivocación mía! – dijo Tao Gan rápidamente al juez, para añadir, en voz baja-: Se le parece, pero no es ella.

–¿Quién es esta dama, señor Liang? – inquirió el juez.

–Mi hermana, Excelencia. La esposa de nuestro prefecto.

–Cuando se enteró de que yo iba a acompañar a Su Excelencia en su visita a esta casa -explicó el prefecto-, mi esposa decidió venir también, para echar un vistazo a la que en otro tiempo fue su habitación.

–Comprendido -respondió el juez, quien agregó, mirando a la señora Pao -: Le presento mis excusas, señora. Mi ayudante la confundió con otra persona -echando una breve mirada al libro que ella tenía abierto sobre la mesa, manifestó-: Ya veo que está usted leyendo poesía. Un pasatiempo excelente. Con tal práctica se mejora el estilo propio.

–¿Poesía? – preguntó Pao, dedicando a su esposa una mirada de curiosidad.

La joven se apresuró a cerrar el libro, diciendo, seria:

–Es un libro que cogí al azar.

El juez observó que era una mujer realmente muy bella. Tenía un rostro atractivo, expresivo, con las mismas largas y curvadas cejas que daban a su hermano un aire ligeramente femenino. Con una tímida mirada, añadió:

–Es un gran honor para mí, realmente, conocer a Su Excelencia. Yo…

–Su esposo me dijo que usted conoce a una muchacha que vende grillos -la interrumpió el juez Di-. Me gustaría hablar con ella.



*Estaba parado ante la segunda habitación,
mirando atónito a la bella joven
que se encontraba en su interior.*

–Se lo haré saber cuando vuelva a ver la, señor -a continuación, dirigiendo una mirada de enfado al prefecto, dijo-: Mi esposo me reprendió hace poco por no haber pedido a la muchacha sus señas. Ahora bien, ella me comunicó que visita el mercado casi a diario, así que…

–Gracias, señora. Adiós.

Mientras caminaban, el juez Di preguntó al señor Liang:

–¿Tiene usted otros hermanos y hermanas, señor Liang?

–No, Excelencia. Yo soy el único hijo varón. Hubo dos hijas, pero la mayor murió hace unos años.

–El accidente ocurrió poco después de nuestro matrimonio -explicó el prefecto Pao con su seca y precisa voz-. Fue un golpe tremendo para mi joven esposa. Y también para mí, desde luego.

–¿Qué clase de accidente fue ese? – inquirió el juez Di.

–Mientras dormía -replicó Liang-, el viento impulsó una cortina sobre su lámpara de aceite y la habitación en que se encontraba se incendió. Ella debió de quedarse inconsciente a causa del humo. Lo único que encontramos fueron sus restos calcinados.

El juez expresó su simpatía. Liang abrió una pesada puerta, llevando a sus acompañantes hasta el interior de una habitación de alto cielo raso, muy fresca. A una seña de Liang, el servidor se acercó silenciosamente a las ventanas, enrollando las persianas de bambú. El juez Di miró a su alrededor, fijándose bien en todo. Los muros desaparecían tras unos estantes cargados de libros y papeles arrollados. Sobre una mesa enorme situada en el centro de una alfombra azul no había más que un par de candelabros de plata y un juego de útiles para escribir. El señor Liang llevó a sus visitantes hasta una mesita de té emplazada en un rincón. Hizo que el juez Di se acomodara en un gran sillón, ofreciendo al prefecto y a Tao Gan las sillas de respaldo recto que quedaban enfrente. El ocupó una silla más baja, un tanto apartada, ordenando al criado que preparara el té.

Acariciándose la larga barba, el juez dijo con satisfacción:

–Percibo aquí una atmósfera de discreta elegancia, la que era de esperar en el estudio de un hombre que tanto se destacó en las artes de la guerra y la paz.

Mientras sorbían su té, hablaron durante un rato de las

campañas navales del Conquistador de los Mares del Sur, y Liang mostró varios de los antiguos y valiosos mapas de la ciudad que formaban parte de la colección del almirante. Examinando los mapas, el juez, de pronto, señaló algo al tiempo que exclamaba:

–¡Aquí está el templo de la Pagoda Florida! Tuve ocasión de visitarlo anoche.

–Es uno de nuestros históricos lugares -manifestó Liang-. Yo lo visito una vez por semana, para jugar al ajedrez con el abad. ¡Es un jugador de ajedrez magnífico! Y un gran erudito, también. En la actualidad, trabaja en un nuevo libro, una descripción histórica sobre la transmisión de la escritura.

–Dada su inclinación al estudio -observó el juez-, me imagino que confía la administración del templo al prior…

–¡Oh, no, señor! El abad, en cuanto a sus obligaciones, es una persona sumamente diligente. Tiene que ser así, forzosamente, ya que un templo tan grande como el suyo, abierto al público, necesita de una supervisión rigurosa. Allí entran sujetos de todas clases, con la pretensión de despojar de sus pertenencias a los visitantes incautos. Hablo de los rateros, timadores y otros individuos por el estilo que actúan en dicho lugar.

–Debería añadir a esos tipos los criminales -manifestó el juez Di, secamente-. Ayer descubrí en el complejo del templo el cadáver de un agente del gobierno.

–Así pues, era de eso de lo que estaban hablando aquellos monjes -dijo Liang-. Cuando jugábamos nuestra partida de ajedrez, el abad fue llamado de repente por alguien. Como no regresara, pregunté a los monjes, quienes me hablaron de un crimen. ¿Quién lo cometió, señor?

El juez se encogió de hombros.

–Algún pistolero o atracador -repuso.

Liang movió la cabeza. Tomó un sorbo de té. Después, declaró, con un suspiro:

–Ésa es la otra cara de nuestra próspera ciudad, Excelencia. Donde existe una gran riqueza hay siempre una horrenda pobreza. El observador superficial no nota más que la brillante capa visible de la existencia ciudadana. No sabe que por debajo alienta un despiadado inframundo, en el seno del cual los criminales extranjeros conviven

con los pillos y golfos chinos.

–Todo ello se mantiene bajo un estricto control -manifestó el prefecto Pao, fríamente-. Quiero insistir, además, en que sus actividades criminales quedan limitadas al medio propio, al de la hez humana que uno encuentra en toda ciudad populosa.

–No lo dudo -confesó el juez Di. Apuró el contenido de su taza de té, volviéndose luego hacia Liang-. Acaba usted de aludir a los criminales extranjeros… Han llegado a mis oídos rumores nada favorables a Mansur. ¿Sería este hombre capaz de recurrir a pistoleros árabes con fines criminales?

Liang se irguió en su asiento. Tirándose de los pelos de su perilla, permaneció pensativo durante unos instantes antes de contestar:

–No conozco a Mansur personalmente, señor, pero he oído decir muchas cosas acerca de él, desde luego, principalmente de labios de mi amigo y colega el señor Yau. De un lado, Mansur es un experto marino, un individuo de recursos, valiente, y también un astuto comerciante. Por otra parte, es un árabe ambicioso, con una fanática devoción por su pueblo y su religión. En su país es una personalidad destacada, un sobrino lejano del Califa, bajo cuyas órdenes libró muchas batallas contra otros bárbaros del oeste. Debió de ser nombrado en alguna época gobernador militar de una de las regiones conquistadas, pero en cierta ocasión ofendió al Califa con alguna ligera observación, viéndose desterrado de la corte. Entonces se inició su aventurera carrera de navegante. Ahora, jamás renunció a la esperanza de volver a conquistar el favor de su señor, y no repararía en nada con tal de conseguir su propósito.

Liang hizo una pausa, reflexionó durante unos segundos, y después, escogiendo cuidadosamente sus palabras, dijo:

–Hasta ahora he aludido a hechos que he comprobado detenidamente. Lo que voy a declarar a continuación se basa en meras habladurías. Hay gente que afirma que Mansur se propone desencadenar un grave conflicto aquí, en Cantón, con el fin de saquear la ciudad, para zarpar luego con un rico botín, asegurando que el Califa consideraría este espectacular hecho un incremento del prestigio árabe, reinstalando a Mansur en la posición que ocupaba anteriormente en la corte a modo de recompensa. Repito, sin embargo, que esto es un simple rumor. Es posible que esté comportándome con Mansur de una manera gravemente injusta.

El juez Di enarcó las cejas. Seguidamente, preguntó:

–¿Y qué podría hacer un puñado de árabes contra una guarnición integrada por mil hombres bien curtidos en la lucha y perfectamente armados? Eso para no hablar de los guardias, de la policía del puerto, etcétera.

–Mansur tomó parte activa en el asedio de muchas ciudades bárbaras, señor. Por tanto, podemos suponer que posee mucha experiencia en tales cosas. Debe de estar perfectamente impuesto del hecho de que Cantón, a diferencia de las ciudades del norte, tiene un gran número de casas de dos plantas, de madera. Si un día seco, de fuerte viento, se iniciasen algunos fuegos en unos cuantos puntos bien escogidos, podría originarse una terrible catástrofe. Y en medio de la confusión general provocada por el incendio, varias bandas de hombres decididos podrían lograr lo que se les antojara.

–¡Cielos! ¡Es verdad! – exclamó el prefecto.

–Además -prosiguió diciendo Liang-, quien fuera capaz de provocar un desorden intenso en la ciudad pronto encontraría ansiosos aliados, nada más empezar el pillaje. Me refiero a los miles de miembros de la Tanka. Estos llevan centenares de años albergando resentimientos contra nosotros.

–Y no del todo sin razón -señaló el juez Di, con un suspiro-. De todas maneras, ¿qué podría hacer esa gente del río? No están organizados y carecen de armas.

–Bueno -dijo Liang, hablando lentamente-, la verdad es que tienen una especie de organización. Parece ser que se agrupan en torno a sus principales hechiceros. Y aunque no poseen pesadas armas, en la lucha callejera son unos enemigos peligrosos. Tienen las manos ligeras y hábiles cuando recurren a sus largos cuchillos, y son unos expertos en lo que atañe al procedimiento de estrangular a sus adversarios con pañuelos de seda. Es cierto que desconfían de todos los extraños y que forman círculos cerrados, pero como la clientela principal de sus mujeres está formada por marineros árabes, no le resultaría difícil a Mansur conseguir un buen arraigo entre ellos.

El juez Di no hizo ningún comentario. Estaba ponderando las palabras de Liang. Tao Gan se dirigió a éste:

–He observado, señor, que los estranguladores de la Tanka siempre dejan tras ellos la pieza de plata con que dan peso a sus pañuelos. Esas piezas poseen un valor. ¿Por qué no las conservan

después de haber logrado su propósito, o bien, por qué no utilizan en lugar de ellas un trozo de plomo?

–Son muy supersticiosos -replicó Liang con un encogimiento de hombros-. Se trata de un ofrecimiento al espíritu de su víctima. Ellos creen que procediendo así impiden que en lo sucesivo les acose el fantasma del desaparecido.

El juez Di levantó la vista.

–Enséñeme ese mapa de la ciudad de nuevo.

En cuanto Liang lo hubo desplegado sobre la mesa, el juez hizo que el prefecto Pao le señalara los barrios cuyas casas eran, principalmente, de madera. Resultaron incluidas las zonas más densamente pobladas en su casi totalidad, las partes pobres y habitadas por personas pertenecientes a la clase media, cruzadas por calles muy angostas.

–Pues sí -consideró el juez Di, gravemente-, un fuego podría destruir fácilmente la mayor parte de esta ciudad. Las pérdidas en vidas humanas y bienes serían tan elevadas que no podemos permitirnos el lujo ahora de ignorar los rumores en torno a Mansur. Hay que tomar adecuadas precauciones, enseguida. Ordenaré al gobernador que organice una reunión secreta en el palacio, esta tarde, a la que asistirán, además de ustedes dos, el señor Yau Tai-kai, el comandante de la guarnición y el jefe de la policía del puerto. Pensaremos en la adopción de medidas preventivas y hablaremos también de lo que conviene hacer con Mansur.

–Estimo mi deber insistir de nuevo, Excelencia, en que Mansur podría ser inocente por completo -declaró el señor Liang, con expresión preocupada-. Se mueve en un medio difícil, profesionalmente hablando, y entre los comerciantes de esta ciudad existe una dura competencia. Algunos de ellos no se detendrían ante nada con tal de eliminar a un rival que triunfa. Todos los rumores que circulan sobre Mansur podrían ser una sarta de maliciosas calumnias.

–Esperemos que esté usted en lo cierto -dijo el juez, secamente.

Apuró su taza de té y se levantó.

Liang Fu condujo a sus distinguidos huéspedes ceremoniosamente a lo largo de varios patios y corredores, en dirección a la entrada principal, donde se despidió de ellos con


muchas y profundas reverencias.

Chao Tai había llegado al palacio dos horas antes, poco después de que el juez Ti hubiera salido para visitar a Liang Fu. El mayordomo le condujo a la sala del juez, en el ala del edificio que éste ocupaba.

Como aquel solemne empleado del palacio había dicho a Chao Tai que el juez no era esperado allí hasta el mediodía, el recién llegado se encaminó al diván de madera de sándalo, y tras haberse quitado las botas se arrojó sobre los blandos cojines. Luego, intentó descabezar un sueño.

Pero a causa del cansancio que sentía no le fue posible conciliar el sueño. Estuvo moviéndose inquieto de un lado para otro, sintiéndose progresivamente más y más desanimado. «¡Estúpido! ¡Necio!», se dijo. «¿Es que vas a mostrarte sentimental a tu edad?», preguntose enojado. «¡Si ni siquiera llegaste a pellizcarles los traseros a aquellas gemelas tunantas! ¡Y eso que te lo estaban pidiendo prácticamente! ¿Y qué diablos me pasa en el oído izquierdo?»

Se introdujo el extremo del meñique en él, moviéndolo enérgicamente, pero el tintineante sonido persistía. Por fin, localizó el origen del mismo: provenía de su manga izquierda.

La tanteó, extrayendo de su interior un diminuto paquete de unos tres centímetros cuadrados, envuelto correctamente en papel rojo. Sobre éste alguien había escrito, con un tipo de letra de trazos muy finos: «Para el señor Tao. Personal.»

–Así que viene de las manos de ella… -musitó Chao Tai-. Esto último debe de ser obra de alguna amiga suya, quizás aquella moza que tropezó conmigo enfrente de la casa del capitán. La muy picara, valiéndose de sus ágiles dedos, deslizó esto en mi manga. Sin embargo, ¿cómo podía saber ella que iba a visitar al capitán Nee?

Chao Tai se incorporó, dirigiéndose a la entrada de la sala. Depositó el paquetito en una mesa auxiliar que había allí, lo más lejos posible de la de trabajo utilizada por el juez Di. Luego, se volvió al diván de madera de sándalo, tendiéndose de nuevo. Esta vez se quedó dormido enseguida.

Se despertó hacia el mediodía. No había hecho más que ponerse las botas y estirar los brazos perezosamente cuando la puerta de la estancia se abrió, entrando en ella el mayordomo, que precedía al

juez Di y a Tao Gan.

El primero se dirigió inmediatamente a su mesa, al fondo de la sala. Mientras Chao Tai y Tao Gan ocupaban sus asientos habituales, el juez sacó de un cajón un gran plano de la ciudad, extendiéndolo ante él. Después, dijo a Chao Tai:

–Hemos sostenido una larga conversación con Liang Fu. En fin de cuentas, nuestra primera suposición parece haber quedado confirmada. El Censor debió de regresar a Cantón por haber descubierto que los árabes de esta ciudad planeaban provocar algún conflicto.

Chao Tai escuchó atentamente el resumen que el juez Di hizo de aquella entrevista. Este concluyó:

–Liang me confirmó lo que la prostituta del templo me dijo, esto es, que los árabes frecuentan los burdeles de la Tanka. Por tanto, existen muchas oportunidades que favorezcan la asociación de ambos grupos. Eso explica por qué el Censor fue asesinado mediante un veneno peculiar, con el que se hallan familiarizadas las gentes del agua. Y el enano, a quien vosotros dos visteis en la taberna del muelle, junto con el asesino árabe, era evidentemente un tanka. Ahora bien, el desconocido personaje que estranguló al criminal en el pasaje se valió de la pieza de tela de seda empleada por los asesinos de la Tanka. En suma, parece ser que el grupo que se opone a los perturbadores árabes utiliza también gente «a flote». Todo resulta muy desconcertante. De todos modos, no estoy dispuesto a correr el riesgo de que esos árabes inicien algún alboroto aquí. He dicho al gobernador que organice una reunión, a celebrar en la Sala de Consejos a las dos, con el fin de discutir una serie de medidas preventivas. ¿Cómo se desarrolló lo tuyo, Chao Tai?

–Localicé a la danzarina, señor. Y por sus venas, verdaderamente, corre sangre tanka, de su madre. Por desgracia, su protector es un tipo celoso, así que ella no se atrevió a alargar demasiado su entrevista conmigo a bordo de la embarcación en que el hombre la ha instalado. Sin embargo, me dijo que a veces se ven los dos también en una casita de la que él es propietario, que cae al sur del templo de Kuang-siao. Quedamos en que la joven me notificará cuándo podremos celebrar una segunda entrevista allí. La muchacha visita la vivienda ocasionalmente, ya que por el hecho de ser una paria no se le permite vivir en tierra.

–Ya -contestó el juez Di, entristecido-. La clase de los parias debería ser abolida. Esto es una auténtica desgracia para una gran

nación como la nuestra. Tenemos el deber de instruir a esos infortunados seres, en tantos aspectos retrasados, para concederles luego la plena ciudadanía. ¿Visitaste también al capitán Nee?

–En efecto, señor. Me pareció una persona complaciente y bien informada. Tenía muchas cosas que contar acerca de Mansur… como yo esperaba.

Tras haber oído la historia del capitán Nee, el juez señaló:

–Será mejor que te andes con cuidado con ese capitán, Chao Tai. No puedo dar crédito a ese cuento. No encaja con lo que he oído de labios de Liang Fu. Mansur es una figura rica, principesca. Entonces, ¿por qué había de rebajarse hasta recurrir al chantaje? Además, ¿dónde se hizo el capitán Nee de tal historia? Veamos… Él te contó que había decidido quedarse en tierra por unos años, debido a que le gusta la vida tranquila y también porque desea dedicarse al estudio del misticismo. Esto tiene visos de ser mentira. Ese hombre es un marino y un marino necesita estar impulsado por razones más sólidas que esas para abandonar el mar. Yo creo que Nee estaba enamorado de la mujer, y que la familia de ella la obligó a contraer matrimonio mientras el hombre realizaba uno de sus viajes. Nee se aguanta aquí con la esperanza de que tarde o temprano, su esposo, entrado en años, muera, momento en que podrá contraer matrimonio con su antiguo amor. Por supuesto, Nee odia a Mansur, por causa de la relación amorosa del árabe con su amada, inventándose por consiguiente la historia del chantaje. ¿Qué te parece esto?

–Pues sí -repuso Chao Tai, reflexivo-, eso podría ser cierto. Es algo que coincidiría perfectamente con lo que las dos chicas esclavas me contaron, esto es, que el capitán está dedicado en cuerpo y alma a alguna mujer.

–¿Dos chicas esclavas? – inquirió el juez-. He aquí por qué el prefecto dijo ayer que el capitán Nee llevaba una vida disoluta.

–Pues no es así, señor. Las dos chicas (a propósito: son gemelas) me hicieron saber concretamente que el capitán no se les ha insinuado jamás lo más mínimo en el terreno amoroso.

–¿Y por qué las retiene en su casa entonces? ¿A modo de adorno interior? – preguntó Tao Gan.

–Procede así porque un día se compadeció de su madre, una pariente lejana suya. Se trata de una historia más bien patética -Chao Tai procedió a contar con todo detalle cuanto le dijera el capitán

Nee, añadiendo-: El chino canalla que sedujo a aquella joven dama debía de ser un auténtico degenerado. Sólo odio me inspiran esos tipos que creen tener derecho a hacer lo que se les antoje con una mujer extranjera, por el hecho de no ser china.

El juez le miró con viveza. Permaneció callado durante largo rato, acariciándose pensativo las patillas. Finalmente, habló así:

–Bueno, hemos de enfrentarnos con cosas más serias que las que puedan derivarse de la vida privada de un marino. Vosotros dos os podéis ir, para que os sirvan el arroz del mediodía. Pero volved aquí antes de las dos, para tomar parte en la conferencia.

Los dos amigos saludaron al juez, y estaban a punto de abandonar la estancia cuando Chao Tai reparó en el pequeño paquete que dejara sobre la mesa auxiliar. Entregándoselo a Tao Gan, le dijo en voz baja:

–Esto me lo deslizó una muchacha en la manga encontrándome en la calle. Tropezó conmigo intencionadamente al salir yo de casa del capitán Nee. Como, según lo escrito fuera, es algo personal, no se lo he querido enseñar a nuestro juez antes de que tú lo vieras.

Tao Gan abrió rápidamente el paquetito. Dentro había un objeto de forma ahuevada, envuelto en lo que parecía ser un viejo sobre. Tratábase de una jaula para grillos de marfil bellamente trabajado.

Tao Gan se la acercó a un oído, escuchando por un momento un suave zumbido.

–Desde luego, proviene de ella -aclaró. De repente, exclamó-: ¡Fíjate en esto! ¿Qué significa?

En la solapa del sobre había un sello cuadrado que rezaba lo siguiente: «Sello Privado de Liu, Censor Imperial.»

–¡Tenemos que enseñarle esto al juez inmediatamente! – dijo Tao Gan, muy excitado.

Dieron la vuelta, volviendo al fondo de la sala. Cuando el juez Di levantó la vista, atónito, del mapa que estaba estudiando, Tao Gan, silenciosamente, le entregó la jaula y el sobre. Chao Tai explicó brevemente cómo había llegado aquello a su poder. El juez dejó la jaula a un lado, examinó el sello, abrió el sobre y extrajo de éste una sola hoja de fino papel, cubierta por una escritura de letra cursiva. Alisando el papel sobre la mesa, lo escrutó atentamente. Finalmente, levantó la cabeza, diciendo gravemente:

–He aquí unas cuantas notas que el Censor tomó para su uso personal. Se refieren a tres árabes que le abonaron unas sumas de dinero en concepto de pago por mercancías recibidas. No especificaba qué mercancías fueron claramente. Además de Mansur, menciona los nombres de otros dos, transcritos como A-me-te y Ah-si-se.

–¡Cielo santo! – exclamó Chao Tai-. Entonces, ¡el Censor fue un traidor! ¿O bien se trata de una falsificación, quizá?

–Todo es perfectamente genuino -manifestó el juez, midiendo sus palabras-. Al sello no se le puede objetar nada; lo he visto centenares de veces en la Cancillería. En lo tocante a la escritura, estoy familiarizado con la letra regular del Censor a causa de los informes confidenciales que redactaba personalmente para el Consejo. No me ocurre lo mismo, en cambio, con la taquigrafía empleada en tales notas. Ahora bien, este recordatorio ha sido escrito con el alto estilo cursivo que solamente dominan los grandes eruditos.

El juez se recostó en su asiento, quedándose absorto en sus pensamientos durante mucho tiempo. Sus dos ayudantes lo observaban ansiosamente. Repentinamente, levantó la vista.

–Voy a deciros lo que significa esto -dijo con viveza-. Alguien está perfectamente impuesto de nuestro verdadero propósito, el que nos ha traído a Cantón. Y por el hecho de tratarse de un secreto de estado celosamente guardado, el desconocido personaje debe de ser un funcionario de categoría de la capital, alguien que participa en las deliberaciones del Gran Consejo. Debe de pertenecer, además, a una facción política opuesta al Censor. El y sus cómplices supieron atraer a éste a Cantón, con el fin de implicarlo en el complot de Mansur, acusarle de haber incurrido en un delito de alta traición y eliminarlo así de la escena política. Pero el Censor acertó a descubrir todo lo que había en aquel torpe plan. Y fingió estar colaborando con los árabes, como queda probado con esta nota. Obró así sólo para poder averiguar quién estaba concretamente tras el maquiavélico complot. Sin embargo, la otra parte descubrió, evidentemente, que el Censor se hallaba impuesto del alcance del asunto. Y entonces, fue envenenado -mirando fijamente a Tao Gan, el juez Di continuó diciendo-: El hecho de que la muchacha ciega te enviara el sobre demuestra la rectitud de sus intenciones, poniendo de relieve al mismo tiempo que ella se encontraba presente al morir el Censor. No es normal que una persona ciega coja una carta que se halla sobre una mesa, o tirada en el piso de una calle. La joven debió de localizarla al repasar con sus sensibles dedos las mangas del muerto, apoderándose del sobre sin

que el asesino se diera cuenta de ello. También sacó del cadáver del Censor su «Campanilla de Oro». La historia que te contó acerca de haber oído el canto del grillo mientras se deslizaba junto al templo fue pura fantasía.

–Más tarde, ella debió de pedir a alguien en quien confiaba que echara un vistazo al sobre -observó Tao Gan-. Cuando le dijeron que éste llevaba el sello del Censor, se decidió a conservarlo. Luego, al enterarse por la persona o personas que la visitaron, tras haber abandonado yo su habitación, que me hallaba efectuando investigaciones sobre la desaparición del Censor, la joven me envió el sobre… agregando el grillo, para que supiera que todo provenía de sus manos.

El juez apenas había prestado atención a estas palabras. Saltó, irritado:

–¡Nuestros adversarios saben con exactitud cuáles son nuestros movimientos! ¡Esta es una situación imposible! ¡Y ese marino debe de estar a partir un piñón con tal gente, Chao Tai! El hecho de que la desconocida muchacha te colocara en la manga el paquetito enfrente de su casa no puede ser sólo una coincidencia. ¡Vete a ver al capitán Nee enseguida, y acósalo a preguntas! Empieza hablándole con discreción, pero si niega conocer a la joven ciega, ¡cógelo del cuello y tráetelo aquí! Me encontrarás en mi comedor privado.

Chao Tai tomó la precaución de descender de la litera en la calle contigua a aquella en que vivía el capitán Nee, y luego echó a andar. Antes de llamar a su puerta, miró a un lado y a otro. Había por las cercanías únicamente un par de vendedores ambulantes; la mayor parte de la gente estaba comiendo su arroz del mediodía o se disponía a echar la siesta.

La vieja que ya conocía le abrió la puerta. Inmediatamente, comenzó a relatarle una larga historia en un lenguaje que Chao Tai juzgó el persa. Le prestó atención durante unos momentos para poner de relieve su buena voluntad; seguidamente, la echó a un lado y se internó en la vivienda.

En la segunda planta reinaba un profundo silencio. Abrió la puerta del recibidor. Allí no había nadie. Pensó que el capitán y sus dos encantadoras esclavas habrían terminado ya su comida del mediodía y estarían echando la siesta. «Cada uno en su lecho», habría puntualizado Dunyazad, indudablemente, un tanto entristecida, se dijo. Se propuso esperar un rato; quizá la vieja hubiera obrado sensatamente, decidiéndose a despertar al capitán. Si no aparecía nadie, tendría que explorar el resto de la casa por su cuenta.

Se aproximó al bastidor de las espadas, admirando de nuevo las hojas de acero expuestas allí. Absorto en su estudio, no oyó a los dos hombres tocados con turbantes que treparon hasta una terraza, por fuera. Penetraron sin hacer ningún ruido en la habitación, deslizándose cuidadosamente por encima de las macetas con orquídeas colocadas sobre el antepecho de la ventana. Mientras el individuo delgado empuñaba un largo y afilado puñal, el tipo rechoncho sujetaba con fuerza el palo de que era portador. Después, éste, acercándose a Chao Tai por la espalda, le asestó rápidamente un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza. Chao Tai se quedó inmóvil por un momento. Luego, se derrumbó sobre el piso con un sordo rumor.

–Entre estas buenas espadas hay donde escoger, Aziz -manifestó el árabe delgado al volverse hacia el bastidor donde se hallaban aquéllas-. Liquidaremos el trabajo de Mansur con rapidez.

–¡Alá sea ensalzado! – dijo una argentina voz en árabe-. ¡Me he librado de ese lujurioso infiel!

Los dos rufianes giraron en redondo, quedándose boquiabiertos

al contemplar a la joven que salió de detrás de la cortina. Estaba totalmente desnuda. Un collar azul adornaba su cuello; calzaba unas zapatillas blancas de raso.

–¡Una hurí que ha venido directamente del paraíso! – exclamó el sujeto gordo, reverentemente.

Complacido e incrédulo, el hombre se quedó con la vista fija en la juvenil y perfecta figura.

–Consideradme una recompensa para todos los verdaderos creyentes -dijo Dananir. Señalando a Chao Tai, añadió-: El hombre intentó atacarme. Se disponía precisamente a coger una espada para someterme a sus odiosos abrazos, por cuyo motivo huí, refugiándome detrás de esta cortina. Un asno debió de ser el amante de su madre.

–Concédenos unos instantes para rematarlo -dijo el sujeto delgado, con entusiasmo-. ¡Después nos beneficiaremos de tu compañía! A propósito, mi nombre es Ahmed. Mi amigo se llama Aziz.

–Ahmed o Aziz… Este es mi problema -expresó Dananir, mirándolos de arriba abajo, con una provocativa sonrisa-. Los dos sois jóvenes y hermosos guerreros. Dejadme veros bien…

Rápidamente, la joven se acercó a ellos, y cogiéndolos de las mangas los colocó uno al lado del otro, con sus espaldas hacia la cortina.

–¡Por Alá! – exclamó el gordo, impaciente-. ¿Por qué llenar de preocupaciones tu linda cabeza? En primer lugar…

De pronto, su voz se quebró. Llevose las manos al pecho y se derrumbó pesadamente sobre el suelo. De su distorsionada boca salía sangre.

Dananir colocó sus brazos en torno al otro individuo, con un grito de temor.

–¡Que Alá nos preserve del mal! – gimió-. ¿Qué pasa…?

Una vasija grande de alabastro se estrelló contra la cabeza del hombre. Dananir lo soltó, y aquél quedó tendido sobre la alfombra de junquillo.

Dunyazad salió de detrás de la cortina. Contempló, confusa, a los dos árabes inmóviles.

–Lo hiciste muy bien -apuntó Dananir-. Pero, ¿por qué no apuñalaste también al segundo? Ya sabes que al capitán le gustaba mucho ese jarrón.

–Observé un abultamiento en sus hombros y temí que vistiera una cota de malla…

Dunyazad se esforzó por hablar con naturalidad, pero le temblaba la voz. Estaba muy pálida. Una fina capa de sudor cubría su frente. Inesperadamente, echó a correr hacia el rincón opuesto, vomitando en el suelo. Al volver sobre sus pasos, mientras se apartaba del rostro los humedecidos cabellos, susurró:

–Debe de ser cosa del pescado que comí al mediodía. Vamos, ponte los pantalones y ayúdame a hacerlo volver en sí.

Se arrodilló junto a Chao Tai y comenzó a frotarle el cuello y los hombros. Dananir cogió una jarra, vertiéndole agua en la cabeza.

Por fin, Chao Tai recobró el conocimiento. Contempló desconcertado, sobre él, los dos rostros.

–¡Oh! ¡Las terribles gemelas! – exclamó, boquiabierto, cerrando nuevamente los ojos.

Permaneció inmóvil por unos momentos. Luego, se incorporó lentamente, hasta quedarse sentado, procediendo a tentarse el gran chichón que tenía en la parte posterior de la cabeza. Ordenó sus cabellos y se colocó el gorro, inclinado hacia la frente. Dedicando a las gemelas una mirada de tristeza, gruñó:

–¡Cielos! ¡Os voy a dejar las posaderas al rojo vivo, como castigo por vuestra travesura…!

–¿Tiene usted la amabilidad, señor, de reparar en los dos hombres que le atacaron? El delgado se llama Ahmed; el gordo es Aziz -contestó Dunyazad, relamidamente.

Chao Tai se incorporó del todo. Sucesivamente, fijó la vista en los dos árabes tendidos delante de la cortina, en el puñal y el palo caídos sobre la alfombra.

–Mientras mi hermana distraía su atención, yo apuñalé al gordo -explicó Dunyazad-. Al otro, simplemente, le golpeé, así que podrás interrogarle, si lo deseas. El fue quien dijo que los había mandado aquí Mansur.

Chao Tai se puso lentamente en pie. Sentíase mareado, dolorido, pero logró decir con una sonrisa:

–Sois unas chicas estupendas.

–La verdad es que tú debieras vomitar ahora -manifestó Dananir, con una solícita mirada al rostro de Chao Tai, blanco como el yeso-. Es la reacción normal tras haber sufrido un fuerte golpe en la cabeza.

–¿Doy yo la impresión de ser un tipo canijo? – inquirió Chao Tai, indignado.

–Con ese fin, te hará efecto imaginarte que te estás tragando un trozo de carne grasa de cordero, una carne ligeramente rancia -sugirió Dananir. Y como él comenzara a eructar, la muchacha añadió-: ¡En la alfombra, no! ¡Allí, en el rincón, por favor!

Dando traspiés, alcanzó el punto indicado, vomitando. Tuvo que admitir que esto le produjo un gran alivio. A continuación, bebió un buen trago de agua de la jarra, escupió afuera, por la ventana y se acercó a los dos hombres tendidos en el suelo. De la espalda del primero de los árabes extrajo la fina hoja de acero que le clavara Dunyazad. La secó en las ropas del cadáver, comentando admirativamente, aunque con cierta aversión:

–¡Tienes una mano muy precisa! – tras haber examinado el cráneo del otro hombre, levantó la vista-. Demasiado precisa, realmente. Este tipo está muerto, también -y como Dunyazad exteriorizara un ahogado grito de horror, Chao Tai le dijo-: Esa cosa negra con que os untáis los ojos se está corriendo. Tienes un aspecto horrible.

Dunyazad giró en redondo, perdiéndose tras la cortina.

–No le hagas caso -recomendó Dananir-. Es una mujer hipersensible.

Chao Tai registró cuidadosamente las ropas de los dos hombres muertos. Mas no llevaban un solo trozo de papel encima. Se quedó plantado junto a ellos, jugueteando pensativamente con los pelos de su bigote.

–¡Vete a saber qué era lo que esta gente se proponía! ¿Por qué no me apuñalaron en seguida, acabando conmigo de una vez? Este largo puñal era un arma muy indicada…

–¿No te lo dije? – manifestó Dunyazad, mirando a su hermana-.

Es un hombre agradable, sólo que necio.

–¡Eh! ¿Por qué me llamas necio, tunanta impúdica? – chilló Chao Tai.

–Porque eres incapaz de razonar por un momento -replicó ella, sin alterarse-. ¿Pero es que no comprendes que estos hombres abrigaban la intención de darte muerte valiéndose de una de las espadas del capitán? ¿No te das cuenta de que así todo parecería indicar que él era el autor del crimen? Si no puedes entenderme todavía te lo explicaré todo de nuevo con mucho gusto.

–¡Cielos! – exclamó Chao Tai-. ¡Es posible que estés en lo cierto! ¿Dónde se encuentra el capitán?

–Salió inmediatamente después de tomar su arroz del mediodía. Oímos hablar a nuestra vieja, tratando de explicarte eso, pero tú no comprendiste sus palabras y entraste en la casa sin reparar en nada, con mucha frescura, pensamos nosotras.

–¿Por qué, en nombre del cielo, no os dejasteis ver cuando entré aquí?

–Todos los manuales que tratan del amor coinciden en la afirmación -declaró Dunyazad, muy formalmente- de que el mejor método para juzgar el carácter de un hombre consiste en la observación del interesado cuando él se cree a solas. Puesto que nosotras nos interesamos en general por ti, estuvimos observándote desde detrás de la cortina.

–Es algo que ni se me ocurrió pensar. Gracias, de todos modos, por vuestra atención hacia mí.



Los dos rufianes se giraron, asombrados ante la muchacha que salió por la cortina.

–¿Y usted no cree, señor coronel -dijo Dunyazad ahora, metódicamente; práctica-, que este suceso constituya en verdad una razón apremiante para que se decida a comprarnos y a contraer matrimonio con nosotras dos?

–¡Cielos! ¡No! – gritó Chao Tai, horrorizado.

–¡Cielos! ¡Sí! – respondió ella, con firmeza. Poniéndose en jarras, le preguntó-: ¿Por qué cree que nosotras le salvamos la vida, eh?

Dananir había estado estudiando con firmeza a Chao Tai. Luego, manifestó, hablando con lentitud:

–No nos precipitemos, hermana. Nosotras decidimos que todo debe ocurrirnos de una manera prácticamente simultánea, ¿verdad? ¿Estás segura de que el hombre posee suficiente intensidad para lograr eso?

Dunyazad contempló a Chao Tai especulativamente.

–No sé qué decirte. He visto unos pelos canosos en su bigote. ¡Tiene cuarenta años, por lo menos!

–Sería terrible que una de nosotras sufriera una decepción -continuó diciendo la hermana-. ¿Verdad que siempre pensamos en lograr el recuerdo compartido de una rendición en éxtasis?

–¡Sois unas pícaras lujuriosas! – exclamó Chao Tai, enfadado-. ¿Es esa joven ciega amiga vuestra de la misma calaña que las dos?

Dunyazad le dispensó una mirada inexpresiva. Entonces, dijo a su hermana, disgustada:

–¡Le apetece una chica ciega! Bueno, esa es probablemente la única clase de mujer que está en condiciones de conseguir.

Chao Tai decidió que no podría con ellas, hiciera lo que hiciera. Con un gesto de cansancio, dijo a Dunyazad:

–Dile a la vieja que haga venir dos literas, para que pueda llevarme estos dos cadáveres al despacho de mi jefe. Mientras llegan, os ayudaré a limpiar todo esto un poco. Con una condición: ¡que mantengáis vuestras sonrosadas boquitas cerradas!

Entretanto, el juez Di había hecho los honores a su arroz del mediodía en su comedor privado, acompañado de Tao Gan. Después, se habían tomado sin prisas su té, aguardando la llegada de Chao Tai. Cuando eran ya cerca de las dos, como Chao Tai no hubiera aparecido, el juez se levantó, ordenando al mayordomo que los condujera a la Sala de Consejos.

El gobernador y el prefecto Pao les esperaban dentro, junto a la puerta. A su lado había un hombre barbudo embutido en una brillante armadura. El gobernador procedió a presentarlo como el comandante-jefe de la guarnición. Otro de los presentes era un funcionario, ligeramente más joven, situado a la espalda del anterior: el director de la zona portuaria. Una vez el señor Liang Fu y Yau Tai-kai hubieron saludado también al juez, el gobernador guió a éste hasta el sitio de honor, frente a la gran mesa que para aquella conferencia había sido preparada en el centro de la Sala.

Pasaron unos minutos antes de que tan distinguidas personas hubieran tomado asiento en el orden debido. Finalmente, en cuanto los escribas ocuparon sus lugares respectivos, algo aparte, ante dos mesas más bajas; una vez hubieron humedecido sus pinceles para tomar nota de lo que allí se hablara y decidiera, el juez Di declaró abierta la conferencia. Tras haber esbozado brevemente el problema con que se enfrentaban, requirió al comandante-jefe de la guarnición para que informara en líneas generales sobre la situación estratégica.

El hombre lo hizo de un modo sucinto y elogiable. En media hora efectuó una descripción completa de los dispositivos militares de la ciudad, y de la distribución de las fuerzas armadas. Se vio interrumpido en una sola ocasión, al entrar en la sala un ordenanza portador de una carta para el prefecto Pao. Este la leyó A continuación pidió al juez que le excusara por su ausencia durante un rato.

Cuando el juez Di se disponía a preguntar al comandante-jefe de la guarnición por las medidas de seguridad que él recomendaría, el gobernador se puso en pie para iniciar un discurso destinado, como especificó cuidadosamente, presentar los principales rasgos de la ciudad desde un ángulo administrativo más amplio. Estaba hablando todavía cuando regresó el prefecto Pao, quien volvió ocupar su asiento de antes. El gobernado habló durante más de media hora, adentrándose en numerosos detalles irrelevantes. Comenzaba el juez Di a moverse impaciente, en su sillón, cuando entró su ayudante. Este

preguntó en un susurro a aquél si podía hacer pasar al coronel Chao Tai, que deseaba hablar con él con toda urgencia. El juez Di, queriendo aprovechar esta oportunidad que se lee deparaba de estirar las piernas, decidió dejar a un lado el protocolo oficial abandonando la sala para ver a su subordinado. Ya de pie, rogó a los presentes que excusaran por unos instantes.

En la antecámara, Chao Tai le explicó rápidamente lo sucedido en casa del capitán Nee.

–¡Vete al barrio árabe y arresta a Ma sur en seguida! – ordenó el juez, enfadado-. He aquí la primera prueba directa que tenemos contra este bribón. Ahmed y Aziz eran los dos personajes mencionados por el Censor. Llévate a mis cuatro agentes contigo - cuando Chao Tai volvía con una sonrisa de satisfacción ya para irse, el juez añadió-: Trata también de localizar al capitán Nee. De no haber vuelto, pide al tribunal que expida una orden de arresto válida para todos los guardias de la ciudad. Quiero tener una charla con ese marino. ¡Un místico, ciertamente!

El juez ocupó nuevamente su sitio en la cabecera de la mesa de conferencias, diciendo entonces, gravemente:

–Una de las cuestiones de nuestra agenda es ésta: ¿qué medidas deben ser adoptadas en relación con Mansur, el líder de la comunidad árabe de Cantón? Acabo de recibir cierta información que me ha obligado a dictar órdenes para lograr que sea arrestado inmediatamente.

Mientras se expresaba en tales términos, el juez inspeccionó los rostros de las personas situadas en torno a la mesa.

Todos asintieron, aprobadores, con la excepción del señor Yau, que parecía dudar.

–Yo también he oído rumores sobre una inminente revuelta árabe -dijo-. Pero los deseché inmediatamente, considerándolos basados en habladurías irresponsables. Por lo que a Mansur respecta, creo poder afirmar que lo conozco bien. Es un individuo altanero, de mucho genio, si bien estoy convencido de que nunca soñó con comprometerse en tan traidora empresa.

El juez correspondió al que así habíase expresado con una fría mirada.

–Admito -respondió sin alterarse- que no poseo pruebas

concretas contra Mansur… todavía. Pero como está a la cabeza de la comunidad árabe, ante nosotros resulta personalmente responsable de cuanto ocurra entre sus compatriotas. Ahora dispondrá de cuantas oportunidades quiera para demostrar su inocencia. Desde luego, hemos de contar con la posibilidad de que Mansur no sea el cabecilla en definitiva. Ahora bien, su arresto, inminente, no hace que las medidas preventivas resulten superficiales. Solicito del comandante de la guarnición que formule las mismas.

No bien el comandante-jefe hubo atendido la petición, con su habitual sequedad y concisión, el director del puerto añadió unas cuantas sugerencias referentes a restricciones de movimiento de los buques árabes en su sector. Tras haberse puesto todos de acuerdo sobre tales proposiciones, el juez Di ordenó al prefecto Pao que redactara los textos de las necesarias órdenes y proclamas. Fue preciso bastante tiempo para terminar y aprobar aquéllos, pero finalmente el juez pudo firmar y sellar los documentos. A punto de clausurar la conferencia, el gobernador hizo entrega de un voluminoso paquete de notas al que la presidía, las cuales colocó sobre la mesa, diciendo:

–Lamento muchísimo que el repentino planteamiento de esta cuestión árabe haya requerido la mayor parte del valioso tiempo de Su Excelencia. Como no he olvidado que el propósito principal de la visita de Su Excelencia a Cantón era la revisión de las actividades comerciales con el exterior, he conseguido de las autoridades del puerto un informe en el cual se citan con todo detalle las cifras de importación y exportación de los artículos principales. Si Su Excelencia me lo permite, yo, basándome en estos documentos, voy a describir brevemente cuál es nuestra posición en general.

El juez Di estuvo a punto de replicar bruscamente que tenía cosas más interesantes que hacer, pero se contuvo a tiempo. En fin de cuentas, había de guardar las apariencias. Y el gobernador había demostrado un encomiable celo. Asintió, pues, recostándose resignadamente en su sillón.

Mientras la voz del gobernador resonaba en sus oídos, el juez estuvo pensando en lo que Chao Tai le había referido acerca del capitán Nee. El hecho de que Mansur hubiera esbozado un plan para que el capitán fuera acusado de la muerte de Chao Tai parecía probar que el marino no se hallaba implicado en el malvado complot. ¿Estaba trabajando, quizá, de acuerdo con la muchacha ciega? Durante la visita de Chao Tai, el capitán había recibido un mensaje, y a la salida del primero de su casa, el paquetito de la muchacha ciega le había sido colocado en una de sus mangas. El juez deseaba

susurrarle al oído algo a Tao Gan, pero vio que su ayudante estaba escuchando con arrebatada atención el discurso del gobernador. Suspiró. Sabía que, de siempre, Tao Gan se mostraba muy interesado por las cuestiones de tipo financiero.

El discurso del gobernador duró más de una hora. Cuando por fin terminó de hablar, entraron los servidores del palacio para encender las velas de los candelabros de plata. Ahora, Liang Fu se levantó comenzando a comentar las cifras citadas por el gobernador. El juez Di se alegró al ver entrar de nuevo en la estancia a su ayudante. Con un gesto de preocupación, dijo éste al juez:

–El guardián del barrio del noroeste se encuentra aquí, Excelencia, siendo portador de un importante mensaje para el prefecto.

Pao miró inquisitivamente al juez. Al hacer éste un movimiento de cabeza para evidenciar su aprobación, el prefecto se levantó apresuradamente, siguiendo al ayudante afuera.

No había hecho el juez Di más que empezar a felicitar al gobernador y al señor Liang por sus magistrales discursos cuando, de pronto, entró en la sala corriendo el prefecto. Su faz estaba intensamente pálida.

–¡Mi esposa ha sido asesinada! – gritó con voz ahogada-. Tengo que…

Se interrumpió al ver entrar allí a Chao Tai. Rápidamente, éste se acercó al juez, diciéndole, contrito:

–Mansur ha desaparecido, señor. Y también el capitán Nee. No logro comprender qué…

El juez Di le hizo callar bruscamente levantando una mano. Inmediatamente, ordenó al gobernador:

–Haga salir a sus hombres para que procedan a arrestar a Mansur. Y también al capitán Nee. ¡Enseguida! – a continuación comunicó a Chao Tai que había sido encontrado el cadáver de la señora Pao, asesinada. Se volvió luego hacia el prefecto-: Acepte mi sincero pésame, señor Pao. Le acompañaré hasta su casa, en compañía de mis dos ayudantes. Este nuevo ultraje…

–¡No ha sido en mi casa, señor! – exclamó el prefecto-. Fue asesinada en una vivienda situada al sur del templo de Kuang-siao. Jamás había oído mencionar unas señas semejantes. Está en la

esquina sur de la segunda calle.

El señor Yau dio a su pesar un grito. Se quedó mirando al prefecto con la boca abierta. Sus bovinos ojos se veían ahora dilatados por el temor.

–¿Conoce usted ese lugar, señor Yau? – inquirió el juez Di, con viveza.

–Sí, en realidad. Yo… La casa me pertenece, verdaderamente. La utilizo para obsequiar a personas con las que hago negocios.

–Le ordeno a usted que explique cómo… -empezó a decir el prefecto.

Pero el juez Di le hizo callar.

–El señor Yau nos acompañará hasta la escena del crimen. Una vez allí, ampliará sus explicaciones.

Púsose en pie, ordenando al gobernador que procediese a cumplimentar las medidas acordadas. Después, abandonó la Sala de Consejos, seguido por sus dos ayudantes, el prefecto Pao y Yau Tai-kai. En la zona frontal del palacio, los guardias comenzaban ya a encender las lámparas. Mientras el juez esperaba la llegada del palanquín, preguntó a Pao:

–¿Cómo fue hecho eso?

–Mi esposa fue estrangulada con un pañuelo de seda, señor, que alguien le echó por detrás -contestó Pao con una voz carente de tono.

El juez Di dirigió a sus dos ayudantes una significativa mirada, pero se abstuvo de formular comentarios. Cuando la escalerilla del palanquín estaba siendo abatida, dijo al prefecto:

–Usted se desplazará conmigo, señor Pao. Hay sitio de sobra aquí dentro. Guardia: usted se llevará al señor Yau en su litera.

Hizo sentar al prefecto Pao a su lado, ocupando Chao Tai y Tao Gan el asiento opuesto. Cuando los porteadores colocaban los largos palos sobre sus encallecidos hombros, Chao Tai manifestó ansiosamente:

–Yau me habló de esas señas anoche, señor. Parece ser que tiene allí un par de bonitas muchachas. Designó a una mujer para que se encargara de la casa…

–¡Ahora ya sé a qué iba allí mi indigna esposa! – saltó el prefecto-. Iba allí para verse con ese libertino, el capitán Nee. Eran amantes antes de que se casara conmigo. ¡Qué estúpido he sido! Sospechaba a menudo que ellos proseguían con su vergonzosa aventura. ¡Un adulterio de lo más bajo! Y Yau colaboró en eso. Solicito, señor, que Yau y Nee sean arrestados. Yo…

El juez Di levantó una mano.

–Cálmese, señor Pao. Es posible que su esposa fuera allí para entrevistarse con el capitán Nee, pero esto no prueba que sea él quien la asesinó.

–Voy a explicarle a usted, señor, qué fue lo que sucedió exactamente. Mi esposa sabía que yo iba a estar en el palacio toda la tarde, con motivo de la conferencia, y por consiguiente concertó una entrevista con su amante. Pero mi esposa, si bien caprichosa, voluble y a veces, a menudo bastante necia, era fundamentalmente una mujer decente… Tengo que reprochármelo, señor: apenas reparaba en ella. Tenía que ser así. El gobernador me ha estado manteniendo siempre muy ocupado, tanto que no disponía nunca de tiempo… -la voz del prefecto se fue apagando. El hombre movió la cabeza, pasándose una mano por la cara. Luego, se dominó, tornando a hablar, en voz baja, como si monologara-: En esta ocasión, mi esposa debió de decir al capitán Nee que quería acabar para siempre con su sórdida relación. Nee montó en cólera, entonces, matándola. Esto fue, seguramente, lo sucedido.

–El hecho de que Nee parezca haberse escondido revela verdaderamente su culpabilidad -concluyó el juez Di-. Ahora bien, no formulemos deducciones prematuras, señor Pao.

Enfrente de la casa, de dos plantas, había cuatro agentes, dos de los cuales hacían oscilar unos faroles de papel en los que aparecían cuatro letras rojas que significaban: «Tribunal de Cantón.» Todos se pusieron firmes cuando los porteadores bajaron el gran palanquín. Descendió del mismo el juez Di seguido por el prefecto Pao y sus dos ayudantes. El primero esperó a que el guardián del barrio y el señor Yau se apearan de su litera, preguntando entonces a aquél:

–¿En qué habitación fue cometido el crimen?

–La sala de té queda a la izquierda del vestíbulo, Excelencia -replicó el guardián-. Permítame mostrarle el camino.

El hombre los condujo hasta el interior de un vestíbulo de regulares dimensiones, iluminado por faroles de seda blanca, que colgaban de unos soportes bellamente cincelados. Había un agente en la puerta, a la izquierda; a la derecha se veía una mesita auxiliar y un gran sillón. Al fondo del vestíbulo había una puerta redonda con una cortina medio echada de cuentas azules. Estas produjeron una especie de repiqueteo cuando una blanca mano, rápidamente, corrió del todo aquélla.

–Usted va a sentarse aquí y esperar -ordenó el juez Di al señor Yau, señalando el sillón que estaba situado a la derecha. Seguidamente, preguntó al guardián-: ¿No tocarían ustedes nada de lo que hay en la escena del crimen, eh?

–No, señor. Entré en la habitación una sola vez, para colocar un par de velas encendidas sobre la mesa. También comprobé si la víctima estaba muerta, verdaderamente. La mujer que tenía esta casa a su cargo la conocía por el nombre de señorita Wang. Pero encontré en una de sus mangas un bolsillo de brocado con tarjetas de visita, en las que se especificaba claramente que ella era la esposa de nuestro prefecto. Lo dejé todo como estaba, exactamente, señor.

El agente había abierto la puerta. Vieron ahora una salita de té. En el centro se hallaba una mesa de palo de rosa y tres sillas; a la izquierda, una mesita de pared, ocupada por un jarrón con flores ajadas. Las paredes habían sido enyesadas, siendo de una blancura inmaculada. Estaban adornadas por unas cuantas escogidas pinturas sobre papel de pájaros y flores. Enfrente de la única ventana yacía una mujer vestida con una sencilla bata de color marrón, con el rostro vuelto hacia el suelo. A su lado, tumbada, había una cuarta

silla. Evidentemente, había estado antes junto a la mesa más próxima a la ventana.

El juez Di cogió una de las velas de la mesa, formulando una seña a Tao Gan. Su ayudante se arrodilló, haciendo girar la cara de la mujer muerta. El prefecto miró rápidamente hacia otro lado. Chao Tai se movió para situarse entre él y el cadáver. Los rasgos faciales de la víctima se hallaban horriblemente distorsionados; su hinchada lengua asomaba por entre unos ensangrentados labios. Con alguna dificultad, Tao Gan aflojó el pañuelo de seda que le había sido ceñido al cuello con una fuerza salvaje. Silenciosamente, mostró al juez la moneda de plata atada a una de las puntas de aquél.

El juez Di hizo un movimiento para que Chao Tai procediera a tapar la cara de la muerta. Después se volvió hacia el guardián del barrio, que se había quedado por fuera de la puerta, preguntándole:

–¿Cómo se cometió el crimen?

–Media hora después de haber llegado ella aquí, señor, la doncella más joven entró para servir el té, suponiendo que el hombre con quien la mujer iba a entrevistarse habría llegado también. Al ver el cadáver, empezó a dar fuertes gritos. Fue oída por la gente que pasaba por la calle. La ventana estaba abierta, igual que ahora. Da a una estrecha calle que queda entre esta casa y la próxima. Dos hombres pasaban por la entrada de la calleja en el momento de dar sus gritos la chica, los cuales se dirigieron enseguida a mi despacho, informándome de lo que pasaba. Entonces, me apresuré a venir aquí para enterarme de lo ocurrido.

–Entendido -dijo el juez Di.

Este ordenó a Chao Tai y Tao Gan que inspeccionaran la habitación, por si había en ella alguna pista utilizable, dedicándose luego a disponer lo necesario para que el cadáver fuese conducido al tribunal.

Al prefecto Pao, le dijo:

–Voy a interrogar a la mujer que está al frente de la casa. Usted se quedará conmigo, señor Pao. Guardián, ¿dónde instaló a las ocupantes del inmueble?

–A la mujer mayor, una especie de encargada de esto, la dejé en el recibidor que hay al fondo del vestíbulo, señor. Y ordené que las cuatro chicas jóvenes que viven aquí permanecieran en sus

habitaciones, en el segundo piso. A las sirvientes les dije que debían esperar en la cocina.

–¡Bien hecho! ¡En marcha, señor Pao!

Al ir a cruzar el vestíbulo, en dirección a la puerta circular, el señor Yau saltó de su sillón, pero el juez Di le ignoró claramente. El prefecto le miró con ojos centelleantes al deslizarse junto a él, y el acosado señor Yau se apresuró a volver a su sitio.

El menudo recibidor contenía solamente una mesita de té, de madera ennegrecida y cincelada, dos sillas del mismo material y un alto armario. La mujer de mediana edad, corrientemente vestida, que se hallaba de pie junto al armario, hizo una gran reverencia. El juez Di se sentó junto a la mesita de té, haciendo un gesto al prefecto para que ocupara la otra silla. El guardián empujó a la mujer, forzándola para que se pusiera de rodillas; luego, se colocó tras ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

El juez Di empezó a interrogarla, empezando por dejar constancia de su nombre y edad. Ella hablaba la lengua del norte torpemente, pero por medio de hábiles preguntas el juez pudo poner en claro que el señor Yau había comprado la casa cinco años atrás, designándola como encargada de cuatro chicas. Dos eran ex cortesanas compradas por el señor Yau; las otras eran antiguas actrices. A todas se les abonaba un generoso salario. El señor Yau solía ir por allí unas dos veces por semana, solo o con dos o tres amigos.

–¿Cómo conociste a la señora Pao? – le preguntó el juez Di.

–¡Le juro que nunca supe que era la esposa de Su Excelencia el prefecto! – gimió la mujer-. De no ser así, jamás hubiera permitido que el capitán Nee la trajera aquí. El…

–¿Qué fue lo que le dije? – chilló el prefecto Pao-. Ese libertino…

–Deje usted esto en mis manos -le interrumpió el juez. Luego, miró a la encargada-: Continúa.

–Bueno, el capitán vino a esta casa hace un par de años, como dije, presentándola como la señorita Wang. «¿Le podríamos ceder una habitación de vez en cuando, por la tarde, para charlar con ella?», preguntó. Como el capitán es un hombre muy conocido, señor, y se ofreció a pagarme bien el té y los dulces, yo…

–¿Se hallaba el señor Yau al tanto de ese arreglo? – inquirió el juez.

El rostro de la mujer enrojeció. Contestó, tartamudeando:

–Como el capitán, si venía, era siempre por la tarde, señor… y solamente para tomar una taza de té, yo… Bien. No creí que fuera necesario consultar aquello con el señor Yau, y…

–Y tú te embolsaste el dinero del capitán, ¿no? – concluyó el juez Di, acabando su frase-. Tú sabías, por supuesto, que el capitán se acostaba con la mujer. Esto significa que serás azotada, por haber regentado un burdel sin disponer de la adecuada licencia.

La mujer golpeó su frente contra el suelo varias veces, chillando luego:

–¡Juro que el capitán jamás tocó a esa mujer una de sus manos, señor! Y en la habitación en que se veían no hay siquiera una simple litera o banco. ¡Por favor, señor, pregunte a las chicas! Entraban y salían de allí libremente, llevando el té, los dulces. Ellas le confirmarán que no hacían más que permanecer allí sentados, hablando tranquilamente. En ocasiones, jugaban una partida de ajedrez… ¡Eso era todo!

La mujer se echó a llorar.

–¡Basta ya de gimoteos y ponte en pie! Guardián: proceda a comprobar la veracidad de su declaración con las doncellas -a continuación, preguntó a la encargada-: ¿Te avisaba siempre con tiempo el capitán cuando venía aquí con la señora Pao?

–No, señor, no lo hacía -ella se secó el humedecido rostro con las puntas de sus mangas-. ¿Por qué había de hacerlo? El capitán sabía que el señor Yau nunca venía por la tarde. Los dos aparecían por separado. A veces, el capitán era el primero en llegar; en otras ocasiones era ella la primera. Como hoy. La criada la hizo pasar a la habitación que siempre ocupaban, figurándose que el capitán aparecería después, a no mucho tardar. Sin embargo, esta vez no se dejó ver, no se presentó…

–¡Desde luego que se presentó! – gritó el prefecto, enojado-. ¡Pero tú no lo viste, estúpida! Entró por la ventana y…

El juez Di levantó su mano. Manifestó, dirigiéndose a la mujer:

–Quedamos en que no viste al capitán… ¿Hubo otros visitantes,

antes o después de la llegada de la señora Pao?

–No, señor. Es decir, sí… Vino, por supuesto, aquella pobre chica. Llegó un poco antes que la señora Pao. Por ser ciega, yo…

–¿Una chica ciega, has dicho? – inquirió el juez, con viveza.

–Sí, señor. Vestía unas ropas oscuras muy sencillas, y más bien viejas, pero se expresaba cortésmente. Dijo que deseaba excusarse por no haber acudido a la cita concertada con el señor Yau la otra noche. Le pregunté si era la muchacha que solía venderle grillos al señor Yau, y me contestó que sí.

La mujer se detuvo bruscamente, y volviendo la cabeza miró, atemorizada, en dirección a la puerta circular.

–¡Sigue! ¡Cuéntame todo lo que sepas acerca de esa chica! – le ordenó el juez.

–Bueno, pues entonces me acordé, señor, de que el señor Yau había estado esperándola. El me había dicho que la muchacha solía visitar su residencia siempre que tenía algún grillo para vender, pero que en lo sucesivo vendría aquí. El señor Yau me ordenó también que preparara una habitación arriba. Aunque ciega, la chica es muy bonita, señor, y además instruida. Y como al señor Yau le agrada variar… -la encargada se encogió de hombros-. De todos modos, ella no apareció por aquí aquella noche, y el señor Yau pasó la misma con una de las otras jóvenes.

–Ya. ¿Se fue la muchacha ciega en seguida, una vez le dijiste que el señor Yau no se encontraba en casa?

–No, señor. Estuvimos las dos hablando un rato, junto a la puerta. Ella me dijo que además de querer ver al señor Yau pretendía buscar en esta vecindad a una amiga suya que recientemente había ingresado en una especie de establecimiento privado. Cerca de aquí, detrás de la Pagoda Florida, pensaba ella que estaba. Le contesté que debía de estar equivocada, ya que yo no conocía la existencia de una casa así por las inmediaciones. «Pregunta en el burdel que hay detrás de nuestra casa», le aconsejé. Y es que cuando las chicas se inician en la profesión, dicen a menudo a sus amigas que se han incorporado a un establecimiento privado. Esto suena mejor, ¿comprende? Entonces, la llevé hasta la puerta trasera de nuestra vivienda, explicándole cómo podía llegar al burdel.

Inesperadamente, la cortina de cuentas fue echada a un lado, y

entró el guardián del barrio seguido por el capitán Nee, entre dos agentes. El prefecto Pao fue a levantarse, mas el juez se lo impidió dejando caer una de sus manos sobre su brazo más próximo.

–¿Dónde fue arrestado el capitán, guardián? – preguntó aquél.

–Se ha presentado aquí en una litera, señor, ¡en compañía de dos amigos! ¡Entró en la casa como si nada! ¡Y existe una orden de arresto contra él!

–¿Con qué fin se ha presentado usted aquí, señor Nee? – inquirió el juez, simplemente.

–Tenía que entrevistarme con una persona conocida mía, señor. Hubiera debido presentarme antes, pero es que por el camino entré en casa de un amigo mío, coincidiendo allí con un marino a quien yo había tratado antes. Tomamos unas cuantas rondas, hablamos de los viejos tiempos, y finalmente se me hizo tarde antes de que me diera cuenta de ello. Por consiguiente, tomé una litera, acompañándome mis dos amigos hasta esta casa, con la esperanza de que el fresco de la calle despejara sus cabezas. Luego, vi unos agentes a la puerta. ¿Ha ocurrido algún accidente, señor?

Antes de responder a la pregunta de Nee, el juez ordenó al guardián:

–¡Compruebe esa declaración con los otros dos caballeros! – a continuación preguntó a su vez al capitán-: ¿Quién era la persona con quien había usted de verse aquí?

–Bueno, señor, yo preferiría no decirlo. En realidad, es una de las chicas de Yau, ¿comprende? La conocía muy bien ya antes de que Yau…

–Estas mentiras son completamente innecesarias, capitán -dijo el juez, cortando de raíz sus explicaciones-. Ella fue asesinada. En la salita de té donde ustedes se reunían siempre.

Ni empalideció. Quiso preguntar algo. Miró al prefecto y se contuvo. Hubo un largo y embarazoso silencio. El prefecto había acogido a Nee con una furiosa mirada, sin apartar un momento los ojos de él. Ahora deseaba hablar… Pero entró el guardián, diciendo al juez Di:

–Los dos caballeros han confirmado la declaración del capitán, señor. Y las chicas me han informado de que cuanto declaró esta mujer sobre las reuniones en la sala de té es correcto.

–Perfectamente, guardián. Lleve al capitán al coronel Chao. Puede explicárselo todo a él. Ustedes regresen a sus puestos de guardia fuera, agentes.

Una vez se hubieron marchado ellos, el prefecto Pao descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa, formulando unas cuantas incoherentes protestas. Pero el juez Di le atajó:

–Su esposa fue asesinada por equivocación, señor Pao.

–¿Por equivocación? – inquirió Pao, perplejo.

–Sí. Poco antes de su llegada, se presentó la chica ciega. Había sido seguida hasta aquí por una o más personas que deseaban matarla. Tan pronto como la hubieron visto entrar en esta casa, sus perseguidores buscaron una vía de acceso al interior. Entre tanto, la muchacha había salido por la puerta trasera, y su esposa había sido introducida en la vivienda por la doncella. Su esposa vestía de una manera muy similar a la ciega. Cuando los asesinos miraron por la ventana de la sala de té, desde fuera, y vieron a su esposa sentada, dándoles la espalda, la confundieron con aquella chica, penetraron en el cuarto y la estrangularon atacándola por detrás.

El prefecto había estado escuchando al juez con una mirada de desconcierto en sus ojos. Ahora asintió lentamente.

–¡Mi esposa conocía a la vendedora de grillos! – exclamó, de repente-. La muchacha ciega debió de ponerse de acuerdo con los asesinos. Ella se presentó aquí para entretener a la encargada, logrando que los incalificables canallas se movieran con entera libertad.

–He aquí una hipótesis alternativa que debo retener en la memoria -manifestó el juez-. Será mejor que se vaya a casa, señor Pao. Habrá comprendido ya que su esposa nunca le engañó. Su prolongada relación con el capitán Nee, el amigo de su juventud, era imprudente, pero no llegaba a manchar su nombre…¡Adiós!

–Ella ha muerto, se ha ido -dijo el prefecto, inmóvil-. Y era una mujer joven todavía. Ella…

Su voz sonó ahogada. Se levantó precipitadamente, abandonando la habitación.

Contemplando su encorvada figura, el juez Di decidió ocuparse personalmente de que Pao nunca estuviera al tanto del breve interludio árabe de su esposa. Se preguntó vagamente cómo una

dama china de cuna podía enamorarse de un árabe. Después, saliendo de su ensimismamiento, se volvió hacia la mujer que todavía continuaba plantada frente a él:

–¡Habla! ¿Qué otras mujeres de fuera solían venir aquí? ¡Incluyendo las árabes!

–¡Ninguna más, Excelencia! ¡Lo juro! El señor Yau hacía algunos cambios en el personal fijo de vez en cuando, pero…

–Está bien. Comprobaré tal extremo con él. Y con respecto a los hombres con quienes se presentaba aquí, ¿viste alguna vez entre ellos a uno del norte, un individuo alto y bien parecido?

Efectuó una descripción del Censor. No obstante, la mujer hizo movimientos denegatorios de cabeza, manifestando que todos los amigos del señor Yau eran cantoneses.

El juez se puso en pie. Cuando el señor Yau le vio salir por la puerta circular, se incorporó de un salto, abandonando su sillón.

–Espéreme fuera, en mi palanquín -le ordenó el juez secamente.

A continuación, penetró en la sala de té.

El capitán Nee estaba hablando con Chao Tai y Tao Gan. El cadáver había sido sacado de allí. Tao Gan dijo, excitado:

–El asesino entró por el tejado, señor. Junto a esta ventana hay un árbol alto, que llega hasta los aleros del segundo piso. Observé que muy recientemente han sido quebradas algunas ramas.

–Esto cierra el caso -manifestó el juez Di. Mirando a Nee, añadió-: La señora Pao fue asesinada por unos ladrones. Su relación con ella ha desembocado en un trágico final… Tenía que ser así, tarde o temprano. No hay ninguna ventaja en el intento de mantener vivo el sentimiento de la amistad con una mujer casada, capitán.

–Ésta era una situación distinta, señor -repuso el capitán, serenamente-. Su esposo no se ocupaba de ella para nada, y el matrimonio no tenía hijos. Ella, en realidad, no tenía a su alcance una persona con la que pudiera comunicarse.

–Si exceptuamos a su amiga, la chica ciega -contestó el juez, severamente.

El capitán le correspondió con una mirada de incomprensión.

Después, movió la cabeza.

–No, ella no habló nunca de tal chica ciega, señor. Pero está usted en lo cierto al considerarme responsable de todo esto. Me había apartado de ella hace algunos años, por causa de una estúpida riña. Me fui de viaje, esperando estar de vuelta a los dos meses. Pero tuvimos mal tiempo y naufragamos junto a una isla de los Mares del Sur y regresé un año después o más. Ella había renunciado ya a mí, contrayendo matrimonio con Pao. Más tarde, su hermana murió, y tal circunstancia, unida al fracaso de su matrimonio, la convirtió en una fácil presa para Mansur. Quiso consultar el caso conmigo, y yo pensé que la casa privada de Yau era el más seguro de los sitios como punto de reunión. Mansur la hacía objeto de un chantaje, y…

–¿Por qué un hombre rico como Mansur recurría al chantaje? –le interrumpió el juez Di.

–Porque en aquellos momentos estaba necesitado de dinero, señor. El califa había confiscado todas sus propiedades. Cuando Mansur descubrió que era yo quien pagaba, pidió más, porque sabe que por mis venas corre sangre persa y él odia a todo lo persa.

–Hablando de los persas, ¿quién es el padre de sus dos gemelas esclavas?

–No lo sé, señor. Hubiera podido averiguarlo, anteriormente, pero con esto no habría conseguido volver a la vida a su madre, ni hubiera dado a las gemelas un auténtico padre -Nee, que después de haber dedicado al juez una mirada apreciativa habíase encogido de hombros, fijó la vista ahora en el suelo, ante la ventana, reanudando su discurso con gesto pensativo-: Ella fue una extraña mujer. Era un ser bien templado, y muy afectiva. Sabía que nuestras conversaciones suponían mucho para ella…

El hombre se interrumpió, intentando desesperadamente controlarse, dominar el temblor de sus labios.

El juez Di se volvió hacia sus dos ayudantes.

–Me vuelvo al palacio ahora -les informó-. Una vez allí, charlaré con el señor Yau; luego, cenaré. Vosotros, una vez hayáis dado buena cuenta del arroz de la noche, os trasladaréis directamente al palacio. Hay muchas cosas de que hablar.

Cuando Chao Tai y Tao Gan hubieron visto al juez acomodado en su palanquín, entraron de nuevo en la casa.

–Yo desayuné al amanecer, comiéndome un par de pasteles de aceite -notificó Chao Tai al capitán, ásperamente-. Luego, en lugar de mi arroz del mediodía, conseguí que me dieran una tunda, sacando en limpio un chichón. Siento ahora la urgente necesidad de procurarme una cena redonda, reconfortante, rociada con una jarra del mejor vino. Le invito a unirse a nosotros, capitán, con la condición de que nos conduzca al restaurante más próximo y por la ruta más corta.

El capitán asintió, agradecido.

17

El juez Di permaneció absorto en sus pensamientos durante todo el desplazamiento hasta el palacio. Su silencio pareció poner más nervioso todavía al señor Yau. Le lanzaba de vez en cuando una mirada de inquietud, pero no lograba hacer acopio de la necesaria energía para hablarle.

Nada más llegar al palacio, el juez le llevó directamente a la sala que utilizaba a modo de estudio privado. Yau quedó visiblemente impresionado por sus grandes dimensiones. El juez Di tomó asiento tras su gran mesa de trabajo, haciendo una seña a Yau para que ocupara la silla que quedaba enfrente de él. Cuando el mayordomo hubo servido el té, desapareciendo de nuevo, el juez, parsimoniosamente, vació su taza, fijando en el rostro de Yau durante aquellos momentos una sombría mirada. Al dejar la taza en su platillo, inquirió, repentinamente:

–¿Cómo llegó usted a trabar relación con la chica ciega vendedora de grillos?

Yau miró a su interlocutor, sobresaltado.

–Pues… de la manera más corriente, señor: la conocí en el mercado. He de decirle que la lucha de grillos es uno de mis pasatiempos favoritos. Me di cuenta en seguida de que la muchacha conocía a la perfección el tema. Solía visitar mi residencia cada vez que daba con un grillo luchador particularmente bueno. Pero recientemente decidí que era más…, ¡ejem!…, conveniente hacerla venir a…, ¡ejem!…, a esta dirección privada.

–Ya. ¿Dónde vive la chica?

–Nunca le pregunté sus señas, señor. No necesitaba conocerlas, tampoco. Como ya he dicho, ella se presentaba cada vez que…

–Ya lo sé. ¿Cuál es su nombre?

–Su nombre es Lan-li. Es el que ella daba, señor. Desconozco el apellido familiar.

–¿Pretende usted sostener -inquirió el juez Di, fríamente- que no sabe nada acerca de sus amantes, excepción hecha de los nombres?

–¡Ella no es mi amante, señor! – exclamó Yau, indignado. Se quedó silencioso por unos instantes, y siguió diciendo, en tono ya de

excusa-: Admito haber calibrado esa idea, en una o dos ocasiones. Ella es una joven muy cultivada, señor. Es bien parecida, además, y como su ceguera la hace distinta de las otras, yo…, ¡ejem!…

–Ya -repuso el juez, secamente-. Ocurre que la chica está relacionada con un crimen que fue cometido aquí recientemente -salió al paso, tajante, de las excitadas preguntas de Yau sólo con levantar una mano-. Deseo su localización porque también está implicada en el asesinato de la señora Pao. Tan pronto como sea arrestada, comprobaré la veracidad de su declaración, señor Yau. Ahora va usted a facilitarme una relación por escrito con los nombres y datos particulares de las jóvenes de su establecimiento privado. Esto es, siempre que sepa algo más que sus simples nombres personales, claro.

–¡Ciertamente, señor! – contestó Yau, obsequioso, pasando a seleccionar un pincel de escribir.

–Muy bien. Volveré en seguida.

El juez Di se puso en pie, abandonando la estancia. Una vez en la antecámara, ordenó al mayordomo:

–Dígales a mis cuatro agentes que sigan al señor Yau en cuanto abandone el palacio. Si él se dirigiera a una vivienda particular de las cercanías de la Pagoda Florida, deberán volver sobre sus pasos y notificármelo. Si se encuentra con una chica ciega, mis agentes habrán de arrestar a los dos, trayéndomelos aquí. El ha de ser vigilado adondequiera que vaya. Estos hombres deberán regresar para informarme tan pronto se hagan de noticias.

El juez tornó a entrar en su sala-estudio, examinando lo que Yau escribiera. Seguidamente, le dijo que podía marcharse. El comerciante, muy serio, se fue, dando la impresión de que experimentaba un gran alivio.

El juez Di suspiró. Llamó al mayordomo, diciéndole que podía servirle ya el arroz de la noche.

Cuando Chao Tai y Tao Gan entraron allí, vieron al juez plantado delante de la ventana, donde soplaba una liviana brisa. Después de haber correspondido a los saludos de sus dos ayudantes, aquél se sentó tras su mesa, explicando en un tono de voz normal:

–Como ya expliqué al prefecto Pao, su esposa fue asesinada por error. La persona que se trataba de eliminar era la chica ciega -

ignorando la exclamación de asombro de Tao Gan, el juez les notificó lo que había averiguado en el nido de amor de Yau-. La joven ciega -continuó diciendo-, al parecer, está efectuando una investigación por su cuenta. Como ya dije antes, debió de estar presente al producirse la muerte del Censor. Pero ella no sabe con exactitud dónde ocurrió el hecho. Sospecha que fue en la casa de citas de las inmediaciones de la Pagoda Florida. He aquí el motivo de que interrogara a la celestina de Yau. Los otros descubrieron que seguía su rastro y decidieron hacerla enmudecer para siempre. El asesino de que se valieron debió de ser un tanka, ya que aquí fue utilizado también un pañuelo al que se le dio peso con una moneda de plata. En cuanto al señor Yau Tai-kai, pronto sabremos si dijo la verdad acerca de sus relaciones con la chica ciega, pues he ordenado que le sigan cuando salió de aquí antes de la cena. Es un sujeto sumamente astuto, mas creo que lo asusté bastante, como para no atreverse a ponerse en contacto con algún cómplice en seguida. Yau sabe que nosotros deseamos localizar a la ciega, así que si él es culpable puede que lleve a cabo un segundo intento para matarla. Yo comprendo que ella intenta ayudarnos, pero hay en juego cosas demasiado graves para permitir que nuestro interés por la joven (acerca de la cual nada sabemos, casi) interfiera las investigaciones que estamos realizando -el juez hizo una pausa, acariciándose pensativamente el bigote-. Con respecto al criminal ataque contra ti, Chao Tai, no acierto a comprender cómo Mansur pudo saber que regresarías a la casa del capitán Nee. Yo te ordené que procedieras así bajo los apremios del momento. Aun suponiendo que aquellos dos árabes te siguieran al salir de aquí, ¿cómo pudieron disponer de tiempo para informar a Mansur, recibir sus instrucciones y después volver a la casa del capitán Nee? ¿Y cuál fue el móvil? Sabemos que Mansur odia a Nee, pero el ataque fue, evidentemente, dirigido a ti, en primer lugar. Y el crimen parece ser un método más bien drástico para saldar cuestiones privadas. Temo que detrás de todo esto haya bastantes más cosas que las que vemos -la mirada del juez escrutó el rostro de Chao Tai-. Yo diría que las dos gemelas han demostrado ser muy valientes. Puesto que les debes la vida, Chao Tai, será mejor que las visites para darles las gracias y recompensarlas con un regalo adecuado al caso.

Chao Tai parecía sentirse un tanto embarazado. Musitó algo sobre la conveniencia de consultar con el capitán Nee primeramente, diciendo luego, a toda prisa:

–Si usted, señor, no tiene nada que ordenarnos para esta noche, Tao Gan y yo podríamos ir por ahí, a echar un vistazo, por si dábamos con Mansur. Tengo en la cabeza un chichón del tamaño de

un huevo... ¡Me gustaría mucho poder poner mis manos sobre ese bastardo ruin! Al mismo tiempo, haríamos lo posible para localizar a la chica ciega. Es cierto que los agentes buscan a ambas personas, pero sucede que yo tengo razones personales para querer encontrar a Mansur, y que el hermano Tao está al tanto con exactitud del aspecto físico de la muchacha.

–De acuerdo. Pero tanto si conseguís algo como si no, los dos volveréis aquí antes de retiraros a descansar. Todavía abrigo la esperanza de que la carta secreta del Gran Consejo llegue esta noche, y su contenido podría obligarnos a emprender una acción inmediata.

Los dos amigos se inclinaron en una reverencia, abandonando la sala.

Hallándose ya en la calle, aguardando a que pasara una litera libre, Chao Tai dijo:

–En lo referente a nuestra búsqueda de Mansur, tendremos que confiar en la suerte. No lograremos nada efectuando una segunda indagación en el barrio árabe: esa gente me conoce ya, nosotros no hablamos su maldito lenguaje, y, de todos modos, no creo que se haya escondido allí. ¿Tienes tú alguna idea sobre los pasos que podríamos dar para localizar a la chica?

–Veamos... Ella no sólo ha de procurar evitar a los agentes, sino también a los suyos, que tratan de matarla. Esto significa que no podemos pensar en las hosterías ni otros alojamientos semejantes.

Yo creo que debe de haberse escondido en alguna casa deshabitada. Puesto que me dijo que se halla muy familiarizada con el barrio del mercado, podríamos empezar por allí. Lograríamos llegar a algo más concreto averiguando en qué puntos suelen encontrarse grillos, ya que estos lugares, claro está, son los que ella mejor conoce.

–Bueno -dijo Chao Tai-, pues vamos al mercado primeramente -hizo señas a una litera que pasaba, pero resultó estar ocupada. Mientras se hurgaba en su bigotito, continuó diciendo-: Tú sostuviste una larga conversación con esa joven, hermano Tao. Tú no sabes una palabra acerca de las mujeres, pero al menos podrías facilitarme una idea general sobre el tipo de chica a que pertenece, supongo.

–Pertenece al grupo de las que originan conflictos -replicó Tao Gan, enfadado-, conflictos que afectan a todo el mundo, incluida ella. Es un grupo de lo más estúpido, ¡demasiado estúpido para que a sus

integrantes se les permita caminar sobre dos piernas! Esta clase de personas cree que todos los seres humanos son buenos y amables, que sus intenciones son rectas… En consecuencia, ¡que el cielo me valga! Y que, si puede ser, me preserve de gente así. Fíjate en lo que hace ahora… Se está metiendo en Dios sabe qué líos al alternar con los asesinos del Censor. Probablemente piensa que éstos lo mataron a modo de decisión de última hora, como si tal acción hubiera venido a significar el remedio para su resaca. ¡Cielo santo! Envíame un cantarino y pequeño grillo en vez de hacer que me la tropiece dándome explicaciones sobre todo. Si la localizamos, sin embargo -añadió Tao Gan, perversamente-, haré que la encierren en la cárcel inmediatamente, sólo para impedir que se vea metida en más conflictos.

–¡Vaya discurso, hermano Tao! – dijo Chao Tai, por todo comentario-. ¡Ah! ¡Aquí viene una litera!

Se apearon enfrente de la adornada puerta que señalaba la entrada occidental al mercado. En el interior, la multitud congregada seguía siendo numerosa, y todos los pasillos estaban brillantemente iluminados por lámparas de aceite y faroles de diversos colores.

Empinándose sobre las puntas de los pies y mirando por encima de las cabezas de la gente, Chao Tai localizó un poste del cual colgaban unas cuantas jaulas diminutas. Se detuvo, comentando:

–Ahí hay un vendedor de grillos. Preguntémosle por un buen sitio de las cercanías donde sea posible cazar estos insectos.

–Bueno, no esperarás que vaya a darte a conocer las tretas de su negocio, ¿eh? El te contestará que los caza en las montañas, a cincuenta kilómetros de aquí, río arriba, y sólo durante el tercer día de la luna menguante. Será mejor que crucemos el mercado, saliendo de él por la puerta del sur, para echar un vistazo a esa zona abandonada en la que están derribando las casas viejas. Fue allí donde la conocí.

Una vez hubieron rebasado el puesto de los grillos, oyeron una serie de violentas maldiciones seguidas por gritos de angustia. Se abrieron paso con los codos entre los espectadores curiosos y entonces vieron que el de los grillos estaba sujetando a un muchacho de unos quince años por las orejas. Finalmente, le dio unos bofetones, chillando:

–¡Ahora vete en busca de esas jaulas que se te olvidaron, gandul!

El hombre alejó al chiquillo de un eficaz puntapié, perfectamente propinado. – ¡Sigámosle! – siseó Tao Gan. En la calle siguiente, Tao Gan abordó al chico, quien avanzaba dando traspiés, con las manos en las orejas, seguramente ardientes. Colocó un brazo sobre sus hombros, diciéndole:

–Tu jefe es un granuja de primera clase. La semana pasada me engañó, sacándome una moneda de plata -el muchacho lloriqueaba; tenía la cara manchada a causa de las lágrimas. Tao Gan continuó hablándole-: Mi amigo y yo hemos pensado en dar caza a unos cuantos buenos grillos luchadores esta noche. Tú, que eres un experto en estas cosas, ¿qué sitio nos recomendarías con tal fin?

–Esto de cazar un buen grillo luchador no es trabajo de aficionados -declaró el muchacho, dándose importancia-. Cambian de

sitio con frecuencia, ¿comprende usted? Hasta hace un par de años, se encontraban de los buenos en las cercanías del Templo del Dios de la Guerra. Es mucha la gente que todavía va por allí. ¡Pero no hay nada que hacer! Los que estamos en el secreto del asunto sabemos a qué atenernos. Ustedes tienen que ir ahora a la Casa de los Exámenes.

–¡Muchísimas gracias, buen mozo! Mañana por la mañana, coloca un ciempiés en uno de los zapatos de tu jefe. Esto siempre constituye una grata sorpresa, ya verás.

Mientras guiaba a Chao Tai hacia la puerta oriental del mercado, Tao Gan declaró, pesaroso:

–¡Hubiera debido pensar en ese sitio! La Casa de los Exámenes queda a dos calles de aquí, por el este, y ocupa toda una manzana. Consta de varios centenares de celdas, en las que se concentran los candidatos de los Exámenes Literarios de Otoño. Vienen a Cantón aspirantes de toda la provincia. En esta época del año, la Casa está vacía… ¡Es un lugar ideal como escondite! ¡Y para cazar unos cuantos grillos de los buenos, por añadidura!

–¿ Es que el recinto no está vigilado por nadie?

–Habrá un celador, pero no tendrá que desplegar mucho celo… No hay vagabundos ni mendigos que se atrevan a buscar cobijo allí. ¿Es que no sabes que la Casa de los Exámenes está encantada de siempre?

–¡Cielos! ¡Es verdad! – exclamó Chao Tai.

Se acordó de que todos los años, durante los exámenes literarios públicos que se celebraban en todo el Imperio, muchos estudiantes pobres recurrían al suicidio. Tenían que trabajar con los Clásicos día y noche, viéndose obligados a menudo a empeñar sus pertenencias o a contraer deudas, para saldar las cuales habían de pagar terribles intereses, con objeto de poder continuar sus estudios. Si aprobaban, conseguían un puesto oficial en seguida, y sus preocupaciones se habían terminado. El fracaso, sin embargo, representaba, en el mejor de los casos, otro año más de agotadores trabajos, la ruina económica a menudo, y a veces la desgracia total. Por consiguiente, cuando un estudiante quedaba encerrado en su celda para todo el día, al ver que las papeletas de examen que le habían correspondido eran demasiado difíciles para él, solía dar fin a su vida allí mismo, impulsado por la desesperación.

Inconscientemente, Chao Tai aflojó el paso. Se detuvo frente a un puesto y compró una pequeña linterna.

–Allí dentro la oscuridad será absoluta -comunicó a Tao Gan.

Salieron del mercado por la puerta oriental. Un breve paseo les permitió llegar a la Casa de los Exámenes.

La pared sin aberturas del cercado se extendía en toda la longitud de la oscura y desierta calle. Al doblar la esquina había una alta verja roja, la única entrada existente. Las dos hojas permanecían cerradas; en cambio, la estrecha puerta lateral se encontraba abierta. Una vez Chao Tai y Tao Gan en el interior, vieron una luz en la ventana del alojamiento del vigilante. Dejaron atrás éste, enfilando apresuradamente el camino pavimentado que cruzaba el recinto de norte a sur.

Iluminado por la luz de la luna, aquel camino, hasta donde pudieron ver, se deslizaba recto como una flecha. A uno y otro lado, se veían dos filas interminables de celdas de puertas iguales. Cada celda contenía tan sólo una pequeña mesa y una silla. En la mañana del día del examen, cada una albergaba un estudiante, que era portador de su comida. Después de haber sido cuidadosamente registrados, por si llevaban encima diccionarios miniatura u otras ayudas, se procedía a la entrega a los examinandos de las papeletas correspondientes, y las puertas eran selladas. Se abrían de nuevo al atardecer, cuando ya la documentación cumplimentada era recogida. En el otoño, cuando se estaban efectuando los exámenes, aquel lugar era como una colmena a causa de su actividad. Sin embargo, ahora aparecía silencioso el paraje, como un cementerio.

–¿Cuántas de estas malditas celdas nos veremos obligados a inspeccionar? – inquirió Chao Tai, disgustado.

No le agradaba la fantasmal atmósfera en que se veía inmerso.

–¡Un par de centenares! – exclamó Tao Gan, animoso-. Pero antes llevemos a cabo una especie de inspección general para ver la disposición de todo esto.

Avanzando a lo largo de desolados pasillos y estudiando los números que marcaban las puertas de las celdas, pronto vieron que las filas de éstas habían sido construidas en forma de cuadriláteros, en torno a un patio enlosado. Allí se elevaba un imponente edificio de dos plantas, la Casa de los Exámenes, donde se congregaban los examinadores para marcar y estudiar las documentaciones

entregadas.

Tao Gan hizo un alto. Señalando el edificio, manifestó:

–Hay un sitio para esconderse mejor todavía que esas angustiosas celdas. Ahí dentro hay toda clase de mesas, bancos, sillas y armarios.

Chao Tai no contestó. Había estado con la vista fija en una galería que se destacaba de la construcción en la esquina oriental de la segunda planta. Ahora susurró.

–¡Ssss! He visto que se movía algo por allí.

Los dos hombres permanecieron durante un rato quietos, observando atentamente aquel punto. Estaba disimulado por una celosía de complicado dibujo, en la que solamente se veía una pequeña ventana. El curvado extremo del tejado se perfilaba claramente contra el estrellado firmamento. Pero no sorprendieron ningún movimiento…

Cruzaron rápidamente el patio, subiendo por los peldaños de mármol del edificio, quedándose plantados junto a la puerta, de manera que los salientes aleros, en lo alto, los hacían invisibles desde arriba. Finalmente, Tao Gan localizó a tientas la puerta, comprobando que no estaba cerrada con llave. La abrió cuidadosamente, adentrándose en el vestíbulo, en sombras.

–Encenderé la linterna -susurró Chao Tai-. La luz no cambiará las cosas. Es su agudo oído lo que debemos tener en cuenta.

La luz de la linterna les permitió apreciar que el espacioso vestíbulo era de forma octogonal. En la pared del fondo estaba la elevada plataforma, al estilo de un trono, desde el cual el Jefe de los Examinadores proclamaba los resultados. Arriba había una enorme tabla pintada de rojo, en la que se habían grabado unas palabras: «Haciendo frente a la corriente se alcanza la Puerta Jade»… Se aludía así a que el estudiante triunfaba cuando emulaba la fuerza y perseverancia de la carpa, nadando en contra de la corriente cada año. Había escaleras a uno y otro lado del vestíbulo. Los dos amigos se dirigieron a la situada a su derecha, calculando que ésta les conduciría a la esquina oriental de la segunda planta.

El vestíbulo circular de arriba no se correspondía con la disposición simétrica de la primera planta. Vieron no menos de ocho estrechas aberturas como puertas. Tao Gan se orientó, penetrando en

la segunda a su derecha, haciendo que Chao Tai le siguiera. Pero al final sólo dieron con dos habitaciones, de corte oficinesco, vacías y polvorientas. Salieron de allí procurando no hacer ningún ruido, aventurándose por el siguiente pasaje. Una vez Tao Gan hubo abierto, poco a poco, la puerta existente al fondo, se encontró en una pequeña galería abierta por tres partes. A su derecha quedaba la porción de celosía que divisaran desde abajo. Entonces, a unos cinco metros de distancia, distinguió vagamente a una muchacha sentada, inclinada sobre una mesa. Parecía estar leyendo.

–¡Es ella! – susurró Tao Gan, junto al oído de Chao Tai-. ¡Reconocí su perfil!

Chao Tai musitó algo. Señaló las largas hileras de celdas que quedaban abajo, cruzadas por los blancos pavimentos de los pasajes que las dividían.

–Algo pequeño y negro se desliza por las celdas a la izquierda -murmuró, roncamente-. Ahí hay otra de esas cosas. Carecen de piernas; sólo tienen unos largos brazos, como de araña -asiendo a Tao Gan por un brazo, fuertemente, Chao Tai agregó-: ¡De repente, se han perdido en las sombras! ¡No son figuras humanas! ¡Te digo que no!

–Debe de ser un efecto causado por la luz de la luna -contestó Tao Gan a su amigo-. Concentremos nuestra atención en la muchacha. ¡Ella es humana y muy humana!

El hombre giró en redondo. Al mismo tiempo, oyose un fuerte golpe. La tela de su túnica se había quedado enganchada en el tronco de un rosal plantado en una maceta, la cual había sido colocada sobre un frágil soporte.

Corrieron hacia el interior de nuevo, deteniéndose por un momento en el vestíbulo circular. No oyeron ni vieron nada. Entonces, se deslizaron por el siguiente pasaje. Acababa en una menuda sala de lectura. Profiriendo maldiciones, descuidadamente, volvieron sobre sus pasos a toda prisa, entrando en el tercer pasillo. Este los condujo, por fin, a la galería cubierta. Pero allí no había nadie.

Chao Tai echó a correr hacia el vestíbulo, bajando las escaleras, con la esperanza de alcanzar a la fugitiva. Rápidamente, Tao Gan inspeccionó la pequeña habitación. Había allí una estrecha cama de bambú, con la acolchada cubierta cuidadosamente plegada. Sobre la mesa se encontraba una diminuta jaula en filigrana de plata. Tan pronto como Tao Gan la levantó, el grillo que había dentro comenzó

a cantar. La dejó de nuevo en su sitio y cogió ahora dos papeles doblados. Acercándose a la ventana, pudo apreciar que eran mapas. Uno de ellos representaba el estuario del río Perla; el otro contenía el barrio árabe, en torno a la mezquita. La Hostería de los Cinco Inmortales, en la que se alojaba Chao Tai, había sido marcada con un punto rojo.

Tao Gan se guardó los mapas y la jaula en una manga, tornando al vestíbulo. Chao Tai subía las escaleras, jadeante:

–¡Ha conseguido burlarnos, hermano! – exclamó, disgustado-La puerta trasera está abierta de par en par. ¿Y cómo puede arreglárselas una persona ciega para huir con esa rapidez?

Sin decir una palabra, Tao Gan le enseñó los mapas.

–¿Cómo va a poder estudiar unos mapas una persona ciega, además? – inquirió Chao Tai, disgustado-. Bueno, inspeccionemos rápidamente todo el recinto.

–Conforme. No daremos con la muchacha, pero quisiera echar otra mirada a esas raras cosas oscuras que estuve viendo trepar. ¡Aunque no sea más que para asegurarme de que no estoy empezando a tener problemas con mis ojos!

Bajaron las escaleras, plantándose en el patio enlosado. Luego, caminaron a lo largo de las filas de celdas, en la sección oriental del recinto, abriendo de vez en cuando alguna que otra puerta, al azar. Pero en las pequeñas habitaciones, en sombras, sólo se encontraba, invariablemente, la mesa y la silla habituales. De pronto, oyeron un grito ahogado.

–¡En la hilera siguiente! – siseó Chao Tai.

Se deslizaron por el pasaje con la máxima celeridad. Chao Tai llegó a la esquina con mucha ventaja sobre Tao Gan, doblándola en un cerrar y abrir de ojos. La puerta de una celda se veía entreabierta, a medio camino. Oyó el ruido de una silla derribada, y a continuación un agudo grito femenino. Cuando Chao Tai alcanzó la puerta, los gritos cesaron bruscamente. En el momento en que se disponía a abrir del todo aquélla, una tira de suave tela de seda se ciñó en torno a su cuello.

Su instinto de luchador le hizo presionar la barbilla contra el pecho, poniendo en tensión los fuertes músculos del mismo. Simultáneamente, se arrojó al suelo, avanzando las manos, girando

para saltar con toda rapidez. Su atacante continuó aferrado a su espalda. He aquí la reacción eficaz ante un intento de estrangulación iniciado por detrás. Mientras su cuerpo se aplastaba con todo su peso sobre el hombre situado debajo, notó un fuerte dolor en la garganta. Pero en aquel momento percibió también un amedrentador sonido de huesos que se quebraban, y la tira de seda alrededor del cuello se aflojó.

Púsose en pie instantáneamente, liberándose por completo del pañuelo. Otro hombre menudo, gordo, salió de la celda opuesta. Chao Tai intentó asirlo, pero se le escapó. Al echar a correr tras él, se vio de repente detenido por un tremendo tirón del brazo derecho. Se le había quedado aprisionado en una especie de lazo corredizo, una trampa. Mientras se esforzaba desesperadamente por desasirse, la pequeña y oscura forma desapareció por el extremo más alejado del pasaje.

–¡Lo siento! – exclamó Tao Gan, jadeante, tras él-. ¡Había querido detener al hombre arrojándole mi lazo a la cabeza!

–Andas falto de un poco de entrenamiento, hermano Tao -saltó Chao Tai-. Ese perro se ha escapado.

Miró irritado el pañuelo de seda, tentando la tela por una de las puntas, en busca de la moneda de plata clásica. Seguidamente, se guardó el pañuelo en una manga.

Una esbelta figura salió de la celda y Chao Tai sintió que dos suaves brazos desnudos le rodeaban el cuello, y también que una rizada cabecita descansaba en su pecho. Después, abandonó la celda situada a su espalda una segunda chica, quien sujetaba cuidadosamente sus destrozados pantalones.

–¡Cielo santo! – exclamó Chao Tai-. ¡Las terribles gemelas!

Dunyazad se apartó de él. Tao Gan levantó su linterna. La luz de ésta brilló en los pálidos rostros y desnudos torsos de las dos muchachas, alterados por feos morados y ensangrentados arañazos.

–Esos diablos intentaron violarnos -sollozó Dunyazad.

–Una tras otra, además -comentó Chao Tai, con una mueca-. No habría podido ser nunca, ciertamente, una experiencia compartida. ¡Hablad! ¿Cómo llegasteis aquí vosotras dos?

Dananir se secó el rostro.

–¡Todo fue culpa de ésta! – exclamó-. ¡Me desafió! – la chica dedicó a su hermana una mirada cargada de rencor, añadiendo, apresuradamente-: El capitán no se presentó a la hora de la cena, y entonces decidimos ir al mercado para comprarnos un tazón de tallarines. Luego, ella me dijo que en este recinto había fantasmas, lo cual yo negué; mi hermana insistió en que sí y yo seguí sosteniendo que no. Finalmente, ella me retó, diciéndome que nunca me atrevería a entrar aquí. Así pues, vinimos, deslizándonos junto a la casa del vigilante, echando una mirada al primer pasaje. En el primer momento en que pensábamos abandonar este inquietante lugar, aparecieron los dos horribles tipos, salidos de no sabemos dónde, empezando a perseguirnos. Corriendo como unas liebres, nos metimos en esta celda, pero ellos lograron forzar la puerta. Uno arrastró a mi hermana hasta la celda opuesta; el otro me obligó a tumbarme boca arriba sobre la mesa, comenzando a desgarrarme los pantalones -oprimiendo la destrozada prenda contra su piel, la muchacha añadió, muy satisfecha-: Al intentar besarme, le clavé el dedo pulgar en el ojo izquierdo.

–Gruñían, pronunciaban frases incesantemente, en un horrible lenguaje que no entendíamos -gimió Dunyazad-. ¡No es posible que sean seres humanos!

–Éste de aquí fue suficientemente humano, como para no resistir la rotura de su columna vertebral -señaló Tao Gan.

Había estado examinando la figura tendida sobre el pavimento. Chao Tai identificó la marchita faz, con sus pronunciados pómulos, la aplastada nariz, la hundida y arrugada frente.

–Uno de los tipos de la Tanka -le dijo a Tao Gan-. Andaban tras la muchacha ciega de nuevo. Ahí arriba, en la galería, habrían logrado acabar con ella, seguramente. Pero este lujurioso interludio lo echó a perder todo. Bueno, llevemos a estas dos emprendedoras jóvenes a su casa.

Las dos chicas entraron en la celda. Al salir estaban ya más presentables, una vez embutidas en sus floreados pantalones y chaquetas. Dócilmente, siguieron a Chao Tai y Tao Gan, en dirección a la casa del vigilante del recinto.

Tras unas cuantas insistentes llamadas, el hombre asomó su somnoliento rostro en el marco de la puerta. Chao Tai explicó quiénes eran ellos, ordenándole que cerrara la entrada auxiliar en cuanto hubieran salido, anunciándole que debía esperar luego la llegada de unos agentes, que se presentarían allí con objeto de

hacerse cargo de un muerto.

–¡Y que conste que no me refiero a usted! – añadió Chao Tai, descortésmente.

Enfilaron la calle que conducía al sur. Dando un breve paseo, llegaron a la casa del capitán Nee.

Fue éste, en persona, quien les abrió la puerta. Al ver a las gemelas, manifestó, aliviado:

–¡Alabado sea el cielo! ¿En qué os habéis metido últimamente?

Las dos chicas se arrojaron a sus brazos, empezando a hablar muy excitadas, en un lenguaje que Chao Tai supuso que era persa.

–¡Mándelas a la cama, capitán! – dijo este último, interrumpiéndolas-. Han estado a punto de perder algo a lo cual presumiblemente se refieren denominándolo la flor de su doncellez. Será mejor que compruebe personalmente que esta noche ese peligro ha sido eliminado para siempre.

–¡Podría ser una excelente idea! – exclamó Nee, dedicando a las muchachas una sonrisa afectuosa.

–¡Buena suerte! Pero, por lo que más quiera, capitán, no les permita que abusen de su nuevo estado. El más antiguo de mis amigos, mi hermano de sangre, en efecto, se casó con dos gemelas. Antes de su matrimonio era un buen boxeador, un espléndido luchador y un estupendo bebedor de vino. Y ahora, ¿eh, Tao Gan? Dile al capitán qué fue de él…

Tao Gan apretó los labios, moviendo entristecido la cabeza.

–¿Qué le pasó? – inquirió el capitán, curioso.

–Que el hombre ha empezado a declinar -replicó Chao Tai, con el rostro ensombrecido-. Adiós.

Encontraron al juez Di sentado tras su mesa de trabajo, tomando notas a la luz de dos enormes candelabros de plata. Dejando a un lado su pincel de escribir y fijándose en sus desordenadas ropas, preguntó, atónito:

–¿Qué es lo que habéis estado haciendo?

Chao Tai y Tao Gan se sentaron, haciendo un relato de lo sucedido en el recinto de la Casa de los Exámenes. Cuando hubieron terminado de hablar, el juez descargó su puño sobre la mesa.

–Estranguladores de la Tanka, pistoleros árabes… Estos siniestros asesinos parecen estar vagando a su antojo por toda la ciudad. ¿Qué diablos están haciendo los hombres del gobernador, en nombre del cielo? – procurando dominarse, agregó, más serenamente-: ¡Enséñame esos mapas, Tao Gan!

Tao Gan se sacó de la manga la jaulita del grillo, depositándola cuidadosamente sobre un extremo de la mesa. Después, extrajo los mapas, desplegándolos. El grillo inició su canto, un penetrante zumbido.

El juez Di dedicó a la jaula una mirada de recelo, aplicándose a continuación a la tarea de estudiar los mapas mientras se tiraba lentamente de las patillas. Levantó la vista y dijo:

–Estos mapas son antiguos. Este del barrio árabe data de treinta años atrás, de cuando comenzaron a llegar aquí los barcos árabes con regularidad. Y es bastante preciso, por lo que puedo apreciar. Ese punto rojo, mediante el cual se señala la hostería de Chao Tai, ha sido puesto recientemente. La muchacha tiene de ciego lo que vosotros o yo, amigos míos. ¿No puedes hacer que ese ruidoso insecto se calle, Tao Gan?

Tao Gan procedió a guardarse la jaula en su manga. Luego, inquirió:

–¿Han vuelto ya, señor, los hombres que se dedicaron a seguir a Yau Tai-kai?

–No -repuso el juez-. ¡Ah! Y la carta de la capital no ha llegado todavía, tampoco. ¡Y nos estamos acercando a la medianoche ya!

Quedose sumido en un malhumorado silencio. Tao Gan se

levantó, llenando de té las tazas nuevamente. A continuación entró en la estancia el mayordomo, acompañado de un hombre delgado que vestía una sencilla túnica azul, tocándose con un pequeño gorro ajustado a la cabeza. Su bigote era canoso, pero su ancha espalda se mantenía erguida, como la de un soldado. Una vez hubo salido de allí el mayordomo, informó con voz monótona:

–El señor Yau se encaminó directamente a su casa, y tomó su arroz de la noche solo, en el pabellón de su jardín. Luego, se retiró a sus habitaciones interiores. El interrogatorio a que sometimos posteriormente a las criadas reveló que más tarde llamó a sus cuatro esposas, reprendiéndolas por su pereza, por no servir para nada. Habiendo acusado a su primera dama de su falta de responsabilidad, hizo que las criadas le bajaran los pantalones y la sujetaran mientras le daba personalmente una azotaina. Seguidamente, llamó a sus seis concubinas, informándoles de que sus pertenencias serían reducidas a la mitad. Finalmente, se metió en su biblioteca, donde se embriagó. No bien nos hubo notificado el mayordomo de la casa que el señor Yau se había quedado profundamente dormido, regresé aquí para informar a Su Excelencia.

–¿Hay noticias sobre Mansur? – preguntó el juez.

–No, señor. Debe de haberse escondido en algún sitio, fuera de las murallas de la ciudad, pues hemos registrado el barrio árabe, y los agentes efectuaron comprobaciones en las casas de hospedaje más bajas.

–Está bien. Puede usted irse.

Cuando el agente se hubo marchado, Chao Tai saltó:

–¡Ese Yau es un degenerado!

–No es una persona agradable precisamente -convino el juez Di-. Y ha sido suficientemente astuto, como para prever que yo iba a ordenar que lo siguieran, al parecer -acariciándose el bigote, inquirió, de pronto, dirigiéndose a Chao Tai-: ¿Se encuentran bien las dos chicas esclavas de Nee?

–¡Oh, sí! Escaparon de su aventura con un pequeño vapuleo -añadió el aludido, con una sonrisa-: Ahora ya no son esclavas, seguramente, ni tampoco doncellas… Es decir, si he calibrado la situación correctamente. Tuve la clara impresión, señor, de que el capitán, una vez recobrado en parte de la fuerte conmoción que le ocasionara el asesinato de su antigua amada, empezó a darse cuenta

de que el amor puro, casto, que le inspiraban las gemelas había ido evolucionando con el curso de los años… Sí, pese a ser él un místico. Y pienso que ahora, al ser un hombre libre de nuevo, para expresarlo de tal manera, ha reconsiderado su paternal actitud hacia las dos pupilas. Especialmente desde que esas dos descaradas empezaron a imaginar que no podía sucederles nada mejor.

Tao Gan había estado escrutando el rostro del juez con curiosidad al oír su pregunta sobre las dos gemelas. Ahora quiso saber, a su vez:

–¿Están relacionadas las gemelas con el caso del Censor, señor?

–Directamente, no -repuso el juez Di.

–¿Y qué podrían tener que ver esas dos, aun indirectamente…? –comenzó a decir Chao Tai, asombrado.

El juez Di acababa de levantar una mano, señalándole la puerta. El mayordomo estaba introduciendo en la estancia a dos oficiales en uniforme de campaña.

Vestían cotas de malla con rebordes metálicos, tocándose con cascos picudos: eran capitanes de la Policía militar montada. Tras haber saludado rígidamente al juez, el de más edad extrajo de una de sus altas botas un sobre grande y perfectamente sellado. Dejándolo sobre la mesa, dijo respetuosamente:

–Por orden del Gran Consejo, hemos traído esta carta hasta aquí, por medio de un convoy especial montado.

El juez Di firmó y selló el recibo. Dio las gracias a los capitanes por el servicio, ordenando al mayordomo que se ocupara de que todos los miembros del convoy dispusieran de buena comida y alojamientos adecuados.

Rasgó el sobre y procedió a leer lentamente la larga carta. Sus dos ayudantes observaban ansiosamente su preocupado rostro. Finalmente, levantó la vista, diciendo, calmoso:

–Malas noticias. Muy malas. La enfermedad de Su Majestad presenta un cambio hacia lo peor. Los médicos que lo atienden temen que sea inminente la Gran Defunción. La emperatriz está formando una poderosa alianza política que promulgará la Regencia, concentrándose todo el poder ejecutivo entonces en sus manos, como emperatriz-viuda. El Consejo insiste en que debe ser ahora oficialmente anunciada la desaparición del Censor, con objeto de que

inmediatamente se proceda a designar a alguien para reemplazarlo, ya que de lo contrario el grupo leal no dispondrá de nadie que lo dirija. Puesto que una nueva dilación tendría desastrosas consecuencias, el Consejo me ordena que abandone las investigaciones sobre el desaparecido Censor, regresando a la capital lo antes posible.

El juez arrojó la carta sobre la mesa, púsose en pie y empezó a pasear de un sitio para otro, sacudiendo, irritado, sus largas mangas.

Chao Tai y Tao Gan intercambiaron una mirada de apuro. No sabían qué decir.

De pronto, el juez Di se detuvo ante ellos.

–Sólo podemos hacer una cosa -manifestó con firmeza-. Se trata de una desesperada medida, justificada, sin embargo, por nuestra lamentable falta de tiempo -volvió a sentarse. Apoyándose de codos en la mesa, prosiguió diciendo-: Tú, Tao Gan, te presentarás en el estudio de un escultor budista, al que le comprarás una cabeza de hombre esculpida en madera. La cabeza ha de ser clavada en la puerta del tribunal, a buena altura, para que desde abajo no se pueda descubrir su falsedad. En la parte inferior, en una placa, figurará un aviso oficial, que ahora procederé a redactar.

Haciendo caso omiso de las atónitas preguntas de sus dos ayudantes, el juez humedeció su pincel de escribir, componiendo rápidamente un breve texto. Después, se recostó en su asiento, leyendo en voz alta lo siguiente:

El Presidente Di del Tribunal Metropolitano, actualmente en visita de inspección en Cantón, ha descubierto aquí el cadáver de un funcionario prominente, quien, culpable de alta traición, había huido de la capital, tras haber sido puesto precio a su cabeza. Habiéndose probado mediante la autopsia que el mencionado criminal había sido envenenado, su cuerpo fue descuartizado, exhibiéndose la cabeza durante tres días seguidos, tal como prescribe la ley. Se ordena al causante de la muerte de este despreciable traidor, quienquiera que sea, que se presente ante el arriba mencionado Presidente, con objeto de que pueda recibir una recompensa de quinientas piezas de oro. Todos los delitos o faltas que haya cometido anteriormente, con la excepción de los crímenes de sangre, le serán perdonados.

Dejando el papel sobre la mesa, el juez manifestó:

–Desde luego, el cabecilla, el criminal principal, no caerá en esta

trampa. Pero es que yo confío en sus paniaguados chinos; por ejemplo: los dos hombres disfrazados de agentes que condujeron el cuerpo sin vida del Censor al templo de la Pagoda Florida. Si la cabeza es exhibida esta noche, al tiempo que se procede a la divulgación por la ciudad del aviso, existen muchas probabilidades de que alguien, al ver ambas cosas en las primeras horas de la mañana, venga corriendo aquí antes de que su jefe haya tenido tiempo de advertirle de que se trata tan sólo de un engaño.

Chao Tai parecía dudar, pero Tao asintió, entusiasmado, comentando:

–¡Es la única forma de conseguir resultados inmediatos! El cabecilla buscado debe de tener algo así como una docena de cómplices, por lo menos, y quinientas piezas de oro es un dinero que ni en quinientos años podrían reunir. ¡Vendrán corriendo aquí, procurando arrebatarse unos a otros la recompensa!

–Esperemos que sea eso lo que ocurra -dijo el juez Di, fatigadamente-. No se me ocurre nada mejor. Entonces, ¡manos a la obra!

Chao Tai fue despertado al amanecer por la retumbante voz del sacerdote musulmán. Desde lo alto del minarete llamaba a los fieles, para la plegaria de la mañana. Chao Tai se frotó los ojos. Había dormido mal, y le dolía la espalda. Pasándose un dedo cuidadosamente por la hinchada garganta, se dijo:

–Esto de acostarse tarde una noche y de participar en una refriega no debería significar nada para un tipo fornido de sólo cuarenta y cinco años, hermano…

Se levantó y, tal como estaba, desnudo, se encaminó a la ventana, para abrir los postigos.

Vertió una buena cantidad de té en una taza, gargarizando un poco antes de arrojar el último sorbo en la escupidera de porcelana. Con un gruñido, tendiose de nuevo en el camastro de tablas. Se proponía descabezar un sueño antes de levantarse y ponerse en condiciones de dirigirse al palacio.

Justamente cuando los ojos se le cerraban, se sintió alarmado por una llamada a la puerta.

–¡Largo de aquí! – gritó, irritado.

–¡Soy yo! ¡Ábreme! ¡En seguida!

Chao Tai reconoció la voz de Zumurrud. Con una sonrisa de complacencia, se puse de píe de un salto, embutiéndose en sus pantalones. Corrió luego el cerrojo.

Ella entró corriendo en el cuarto, cerrando con aquél de nuevo la puerta. Es taba envuelta en una larga capa, con capucha, de algodón, de color azul. Brillaban sus ojos. El pensó que estaba más bella que nunca. Adelantó la única silla existente allí hacia la joven, sentándose a su vez en el borde de la cama.

–¿Quieres una taza de té? – preguntó desorientado.

Ella denegó con un movimiento de cabeza, apartó la silla que acababa de acercarle Chao Tai, y dijo impacientemente:

–¡Escúchame! ¡Todos mis problemas se han esfumado! Ya no es necesario que me lleves a la capital. Lo único que necesito es que me conduzcas ante tu jefe. ¡Ahora mismo!

–¿Ante mi jefe? ¿Por qué?

–Tu jefe prometió una recompensa, una buena suma de dinero… He ahí el porqué. Oí las palabras de los pescadores, dando a conocer la noticia a la gente de mi embarcación. Habían visto la placa colocada en la puerta del edificio de la aduana. Yo no sabía que el Censor había andado metido en conflictos políticos…, figuré que había venido a Cantón sólo por mí. Pero, bueno, esto ya no importa. Lo que sí importa es que puedo reclamar la recompensa. A causa de que fui yo quien lo envenenó.

–¿Tú? – exclamó Chao Tai, boquiabierto-. ¿Cómo pudiste tú…?

–¡Lo explicaré todo! – le interrumpió la joven, bruscamente-. Sólo para que sepas por qué debes conducirme a la presencia de tu jefe en seguida. Y para quedar yo en buen lugar, también -Zumurrud se despojó de la capa azul, que arrojó descuidadamente al suelo. Debajo de ella llevaba únicamente una túnica transparente de seda, que permitía ver todos los detalles de su cuerpo perfecto-. Hace unas seis semanas -continuó diciendo-, pasé la noche con mi protector en la casa situada cerca del templo. Al salir de allí por la mañana, me dijo que se celebraba un festival en la Pagoda Florida, y que sería bueno que entrara en la misma, al encaminarme al muelle, para rezar por él… ¡El muy bastardo!

«Obediente a sus indicaciones, quemé incienso ante la gran imagen de Nuestra Señora de la Merced existente en el templo. De pronto, observé que un hombre que se hallaba cerca de mí no me perdía de vista. Era alto y bien parecido, y si bien vestía corrientemente, poseía un marcado aire de autoridad. Me preguntó por qué razón yo, una mujer árabe, rezaba a una diosa china. Le respondí que una chica nunca tiene demasiadas diosas que cuiden de ella. Se echó a reír, y así fue cómo iniciamos una larga conversación. Me di cuenta inmediatamente de que aquél era el hombre que yo había estado esperando conocer a lo largo de toda mi vida. Además, ¡me trató como si yo hubiera sido una auténtica dama! Me enamoré de él, en el acto, ¡como si hubiese sido una estúpida chiquilla de dieciséis años! Puesto que advertí que yo tampoco le había caído mal, le pregunté si sería de su agrado tomar una taza de té en la casa. Esta queda cerca de la entrada posterior del templo, y yo sabía que mi protector se había marchado. Ya puedes imaginarte lo que sucedió después. Posteriormente, me dijo que no estaba casado y que no había dormido jamás con una mujer antes de conocerme. Esto no importaba, manifestó, porque ahora me había conocido a mí. Me dijo muchas otras cosas bonitas, confesándome luego que era Censor Imperial… Una vez le hube explicado mis problemas, me prometió

que conseguiría que me fuese concedida la ciudadanía china, pagando a mi protector todos los gastos. Agregó que se vería obligado a salir de Cantón al cabo de unos días, pero que regresaría para recogerme y llevarme a la capital en su compañía.»

Acariciándose los cabellos, Zumurrud continuó hablando al tiempo que al evocar aquellos recuerdos sus labios se dilataban en una sonrisa:

–Los días y las noches que pasamos juntos fueron los más felices de mi vida, puedes creerme. Cuesta imaginárselo en una mujer como yo, que se ha acostado con sólo el cielo sabe cuántos centenares de hombres, y que ahora se sentía igual que una joven presa en las delicias de su primer amor. Me aficioné a él tan fuertemente que sufrí un arrebato de celos al disponerse a regresar a la capital. Y luego me comporté como una maldita estúpida, echándolo a perder todo, con mis propias manos -Zumurrud hizo una pausa, secándose la sudorosa frente con el borde de una de sus mangas. Asiendo la tetera, se llevó el pitorro a la boca, tomando unas bocanadas de líquido. Seguidamente, reanudó su discurso-: Tú debes de saber ya que nosotros, la gente del agua, preparamos toda clase de raras drogas y filtros de amor, y también medicinas que curan y mortales venenos. Las recetas para su composición van transmitiéndose de unas generaciones a otras, por las mujeres de la Tanka. Disponemos de un veneno especial que nuestras mujeres administran a sus amantes cuando sospechan que ellos van a abandonarlas para siempre con el pretexto de emprender un viaje. Si el afectado vuelve, entonces le dan un antídoto, y el hombre nunca sabe qué es lo que se le ha hecho. Pregunté al Censor cuándo regresaría a Cantón para recogerme, y él me contestó que en el plazo de dos semanas, con toda exactitud. En el curso de nuestra última entrevista, puse el veneno en su té, esto es, una dosis que resultaría inofensiva si ingería el antídoto al cabo de tres semanas. En cambio, si me engañaba y no volvía jamás por aquí, yo le haría pagar su falta de palabra con la vida.

«Transcurrieron dos semanas… Y luego, otra más. La tercera semana fue terrible… Yo apenas podía comer, y pasaba unas noches… Pasadas las tres semanas, yo vivía como en trance, contando mecánicamente los días… Se presentó al quinto día. Fue a verme a mi embarcación, en la primera hora de la mañana. Me dijo que se había visto retenido en la capital con motivo de un asunto urgente. Había llegado a Cantón dos días antes, de riguroso incógnito, acompañado tan sólo por el doctor Su, un amigo. Había aplazado nuestra entrevista por haberse visto obligado a ver a ciertos

conocidos árabes, y asimismo por no sentirse bien, deseando por ello disfrutar de un breve descanso. Pero había ido empeorando. Por consiguiente, se presentaba ante mí tal como estaba, enfermo, esperando que mi compañía lo curara. Yo estaba fuera de mí, pues no disponía del antídoto en aquel lugar… Lo Había ocultado en la casa situada cerca del templo. Le hablé de ir los dos allí, inmediatamente. Se desmayó cuando no habíamos hecho más que entrar en la vivienda. Vertí el antídoto sobre su garganta, pero era ya demasiado tarde. Media hora después, moría.»

Zumurrud se mordió los labios, quedándose por unos instantes con la mirada fija en los tejados de las casas vecinas. Chao Tai, muy confuso, la observó atentamente. Su rostro estaba ahora mortalmente pálido. La joven continuó hablando lentamente:

–No había nadie en la casa a quien yo pudiera recurrir, ya que mi protector no tiene allí ni una criada siquiera. Fui en busca de él, finalmente, explicándole lo que había ocurrido. Se limitó a sonreír, contestándome que se ocuparía de todo. El bastardo sabía que ahora estaba a su merced, pues yo, una desventurada paria, había asesinado a un Censor Imperial. Si me denunciaba, ¡sería descuartizada viva! Le indiqué que el doctor Su empezaría a sentirse preocupado si el Censor no regresaba a su hostería aquella noche. Mi protector me preguntó si el doctor Su estaba al tanto de las relaciones del Censor conmigo. Al hacerle saber que no, me dijo que él se ocuparía de que el doctor no planteara ningún problema.

La joven hizo una profunda inspiración.

Mirando a Chao Tai de reojo, prosiguió así:

–Si tú me hubieses llevado a la capital, a mí se me habría ofrecido la posibilidad de que mi protector optara por cerrar el pico. El no es nada allí y tú en cambio eres coronel de la guardia. Y de haber hablado, tú podías haberme escondido donde no me encontrarían nunca. Mas ahora todo ha cambiado para mejorar la cosa. Tu jefe anunció que el Censor era un traidor, lo cual significa que en vez de haber cometido un crimen he prestado un gran servicio al estado. Le diré que puede quedarse con la mitad del oro si me consigue la ciudadanía, y una casita en la capital. ¡Vamos, vístete y llévame ante él!

Chao Tai contempló horrorizado a aquella mujer, quien acababa de pronunciar su sentencia de muerte. Observándola de pie, con la espalda vuelta hacia la ventana, su espléndido cuerpo perfilado contra el fondo rojizo del firmamento mañanero, vio con los ojos de

la imaginación, con espantosa claridad, la escena del patíbulo al amanecer… Aquel cuerpo esbelto, perfecto, sería mutilado por la espada del verdugo, quedando luego separadas del tronco las extremidades… Un fuerte escalofrío sacudió su poderoso corpachón. Incorporase lentamente. Plantado delante de la exultante mujer, trataba de dar frenéticamente con algún medio de salvarla, con alguna forma de…

De pronto, la joven profirió un grito, cayendo en sus brazos, tan violentamente que Chao Tai estuvo a punto de perder el equilibrio. Asiéndola por el flexible talle, él se inclinó para besar sus gruesos y rojos labios. Pero entonces advirtió que los ojos de la mujer se vidriaban, que su boca se torcía, que la sangre empapaba su barbilla. Al mismo tiempo, Chao Tai notó que unas cálidas gotas de sangre manchaban sus manos, apretadas contra la cintura de Zumurrud. Desconcertado por completo, tentó sus hombros. Y entonces sus dedos quedaron ceñidos a un venablo de madera.

Quedose inmóvil. El pecho de la moribunda estaba firmemente oprimido contra el suyo; sus tibios muslos se apretaban contra las piernas de él. Notó los fuertes latidos de su corazón, como cuando la tuviera entre sus brazos, en la embarcación. Por último, aquél dejó de latir.

La tendió en la cama, extrayendo el venablo de su espalda. Después, suavemente, cerró sus ojos, secando su rostro. Chao Tai no sabía qué pensar, no podía pensar. Enormemente confuso, fijó la vista en los planos tejados de las casas árabes que podían contemplarse desde allí. Pegada y de espalda a la ventana, la joven había constituido un fácil blanco para un lanzador de venablos experto.

Súbitamente, comprendió que se encontraba plantado junto al cadáver de la única mujer que había amado, amado con la mayor pasión. Se hincó de rodillas frente al camastro, enterrando su rostro entre los largos y rizados mechones de pelo de Zumurrud, estallando en extraños y silenciosos sollozos.

Transcurrió un largo rato antes de que se pusiera en pie. Despojó de su capa azul a la joven, cubriendo con ella su cuerpo.

–Para nosotros dos, el amor significó la muerte -susurró-. Lo supe tan pronto como te vi, aquella primera vez. Vi entonces un campo de batalla, y percibí el violento olor de la sangre fresca, vi fluir el rojo caudal…

Dedicó una prolongada mirada a la inmóvil figura. Después,

cerró la habitación, trasladándose a la planta baja. Se encaminó andando al palacio, enfilando calles iluminadas por una luz grisácea, donde se veían muy pocas personas a hora tan temprana del día.

El mayordomo le notificó que el juez Di se encontraba todavía en su dormitorio. Chao Tai se dirigió al piso superior, sentándose en uno de los sillones de la antecámara. El juez le había oído llegar. Destocado, ataviado todavía con su camisón, echó la cortina de la puerta a un lado. Llevaba un peine en las manos. Acababa de pasárselo por la barba y las patillas. Viendo la macilenta faz de Chao Tai, se aproximó rápidamente a él, inquiriendo, atónito:

–¡En nombre del cielo, Chao Tai! ¿Qué ha pasado? ¡No, no te levantes, hombre! ¡Al parecer, estás enfermo!

Se sentó en el otro sillón, dedicando a su ayudante una mirada que traslucía su preocupación.

Con la vista perdida en el vacío, Chao Tai procedió a referirle toda la historia de Zumurrud. Cuando hubo terminado su relato, mirando ya fijamente al juez Di a los ojos, añadió con voz carente de tono:

–Lo he estado pensando durante todo el camino, mientras venía hacia aquí, señor. Ella y yo estábamos perdidos de todos modos. Si su asesino no hubiese terminado con ella, yo habría ocupado su lugar, inmediatamente. Su vida por la del Censor; una vida por otra... Zumurrud lo habría comprendido. Es algo que estaba en su sangre, como está en la mía. Seguidamente, yo me habría suicidado. Ahora todavía estoy vivo. Pero tan pronto este caso haya quedado cerrado, le ruego que me releve de mi juramento de servirle, señor. Deseo incorporarme a nuestro ejército del norte, en la actualidad combatiendo contra los tártaros, más allá de la frontera.

Hubo un prolongado silencio. Por último, el juez Di habló serenamente:

–No llegué a conocer a Zumurrud, mas te comprendo. Ella murió feliz, feliz porque pensó que su único sueño se haría ahora realidad. Pero había muerto ya antes de ser asesinada, Chao Tai, pues sólo contaba con ese sueño, y una persona necesita de muchos sueños para seguir viviendo -el juez Di se alisó las ropas, levantando la vista antes de decir, pensativo-: Sé con exactitud lo que sientes, Chao Tai. Hace cuatro años, en Peichow, cuando me hallaba resolviendo los crímenes de la garra, me sucedió lo mismo que a ti. Y me vi obligado tomar la decisión que el asesino de Zumurrud te arrebató. Además,

ella fue la salvadora de mi vida y mi carrera.

–¿Fue la mujer ejecutada, señor? – preguntó Chao Tai, gravemente.

–No. Quiso ahorrarme eso. Optó por el suicidio -acariciándose la larga barba, el juez agregó-: Quise renunciar a todo. Deseaba apartarme de un mundo que de repente se me antojaba grisáceo, sin vida, muerto -hizo una pausa. De repente, dejó caer una de sus manos sobre el brazo de Chao Tai-. Nadie puede ayudarte ni aconsejarte. Tienes que ser tú mismo quien decida el camino a seguir. Pero cualquiera que sea tu decisión, Chao Tai, siempre me sentiré tu amigo, siempre sentiré una alta estimación por ti -poniéndose en pie, añadió con una desmayada sonrisa-: He de terminar mi aseo personal ahora. Así tengo el aspecto de un fantasma, probablemente. En cuanto a ti, será mejor que ordenes a mis cuatro agentes que se trasladen a la embarcación de la joven para detener a la criada que era la espía del protector, debiendo proceder también al interrogatorio de la tripulación. Hemos de averiguar la identidad de ese hombre. Luego, volverás a tu hostería en compañía de una docena de agentes, para que se hagan cargo del cadáver. Igualmente, habrá que dar los pasos de costumbre para tratar de descubrir al asesino.

El juez Di giró en redondo, desapareciendo tras la cortina de la puerta.

Chao Tai se levantó, bajando las escaleras.

Tao Gan entró poco después de que el juez Di hubiese tomado asiento frente a la mesita del desayuno. Tras haber dado a su jefe los buenos días, preguntó ansiosamente si se había presentado alguien solicitando la recompensa anunciada. El juez le contestó que no con un movimiento de cabeza, haciéndole una seña para que se sentara. Dio fin a su plato de gachas de arroz en silencio. Luego, habiendo dejado los palillos, se recostó en la silla, hundiendo los brazos en sus amplias mangas. Seguidamente, puso a Tao Gan al corriente de todo, con el inesperado resultado de la falsa proclama.

–Así que la causa de la vuelta del Censor a Cantón fue un asunto amoroso -comentó Tao Gan, sorprendido.

–En parte. Al mismo tiempo, deseaba investigar el sedicioso complot de Mansur. En efecto, a Zumurrud le dijo con toda claridad que había tenido que entrevistarse con algunos de los árabes de aquí.

–Pero ¿por qué se mostró tan absolutamente reservado, señor? ¿Por qué no expuso el problema al Gran Consejo al regresar a la capital, a raíz de su primera visita, y…?

–El Censor entendía poco de mujeres, Tao Gan, pero era hombre verdaderamente versado en las cuestiones de estado. Sospechaba que eran sus enemigos de la corte quienes respaldaban el complot. Por tanto, no podía poner su confianza en nadie; necesitaba disponer de pruebas concretas. Sus enemigos eran funcionarios que ocupaban altos cargos, que podían muy bien disponer de espías en la Cancillería, capaces de hacerse con informes sobre las deliberaciones secretas del Consejo. A fin de procurarse dichas pruebas, el Censor vino a Cantón. Y fue asesinado por la mujer que amaba, a causa del erróneo proceder de ella…

–¿Y cómo es posible que un refinado caballero como era el Censor llegase a perder la cabeza por una vulgar danzarina árabe, señor?

–Bueno, he de decirte, en primer lugar, que ella era una mujer completamente distinta de las elegantes y cultas damas chinas que el Censor trataba habitualmente en la capital. Por otro lado, Zumurrud debió de ser la primera árabe que conocía. A diferencia de lo que ocurre en Cantón, en la capital apenas se ven árabes, y menos aún mujeres de esta raza. Me imagino que fue la novedad de la experiencia lo que inicialmente le cautivó. Por añadidura, el fuerte

atractivo sensual de ella debió de incrementar unos deseos que el Censor llevaba largo tiempo reprimiendo. Tan ardiente presión lo llevó a dejar a un lado todos los inconvenientes en cuanto a la raza, a la posición social y a la educación. Chao Tai estaba muy encariñado con esa mujer también, Tao Gan. Será mejor que no la menciones hallándose él presente; la tragedia le ha impresionado de un modo terrible.

Tao Gan asintió, prudente.

–El hermano Chao Tai tiene siempre mala suerte con las mujeres -señaló-. ¿Quién puede haberla asesinado, señor?

–Chao Tai piensa que fue Mansur. Dice que Mansur también estaba enamorado de ella, y que cuando le fue presentada, durante la cena en casa de aquél, el árabe encajó muy mal el interés que Zumurrud demostró por su invitado. Es posible que Mansur la siguiera al dirigirse ella a la hostería de Chao Tai, trepando hasta el tejado de la casa vecina para observarlos. Al verlos juntos, escasamente vestidos, creyó presenciar una entrevista amorosa, y la mató en un arrebato de celos. Todo esto es plausible, pero no convincente.

El juez Di tomó un sorbo de té, y continuó hablando:

–Sea lo que fuere, esta tragedia ha quedado reducida a una cuestión secundaria. La principal se centra en el descubrimiento de la identidad del protector. Me refiero al hombre que intentó implicar al Censor en el complot árabe, que quiso ocultar el hecho de su muerte, el individuo responsable de los asesinatos del doctor Su y la señora Pao. Debemos terminar la tarea que el Censor ha dejado a medias, esto es, hemos de obtener la prueba concreta que nos permita desenmascarar a sus enemigos, los traidores cobardes que actúan en la corte. Puesto que fueron ellos quienes contrataron los servicios del protector de Zumurrud, él será quien nos revele su identidad. No hemos podido evitar que el Censor fuera asesinado, pero ahora es nuestra obligación impedir que sus enemigos se hagan con los frutos de sus repugnantes crímenes. Y que conste que ya han empezado a recogerlos, como se pone de relieve por las malas noticias que contiene la carta secreta expedida por el Gran Consejo. He de localizar, por consiguiente, a ese hombre, antes de emprender hoy mi regreso a la capital. Mis agentes están interrogando a la doncella de Zumurrud, así como a la tripulación de la embarcación en que vivía, pero no espero mucho de tan corriente medida. Puede ser que nuestro hombre haya dado los pasos necesarios para que nadie conociera en ningún momento su identidad.

–¿Qué vamos a hacer entonces, señor? – inquirió Tao Gan, preocupado.

–Después de haberse marchado Chao Tai -repuso el juez Di-, revisé de nuevo todos los acontecimientos de los dos últimos días. He intentado disponer los hechos conocidos en una forma más o menos lógica, habiendo elaborado luego una hipótesis. Basándome en la misma, esta misma mañana emprenderé una acción.

El juez vació su taza y prosiguió hablando mientras se acariciaba lentamente las patillas:

–Disponemos de algunas pistas que apuntan a la identidad del protector de la danzarina. Plantean algunas posibilidades muy interesantes -empujó una hoja de papel en dirección a Tao Gan-. Vale más que anotes mi lista de pistas, pues a ellas me referiré al explicar mi hipótesis.

«Veamos… *En primer lugar,* nuestro hombre debe de ocupar una posición bastante importante aquí, en Cantón, ya que de no ser así los enemigos del Censor en la corte no lo habrían designado su agente en esta parte del país. Esos traidores no son tontos; ellos nunca hubieran escogido un granuja corriente, capaz de venderlos en cualquier momento a quien le pagara mejor. *En segundo término,* se deduce de ello que el hombre debe de sentirse impulsado por una tremenda ambición, ya que arriesga su posición y su vida. Debe de habérsele prometido, como recompensa, un alto cargo oficial, tal vez un puesto en el gobierno central. *Tercer dato:* debe de tener amigos o parientes en la capital, pues la corte apenas se ocupa de esta región, tan al sur, y alguien allí ha debido de recomendarlo. *Cuarto:* tiene que vivir en el palacio, o estar muy estrechamente relacionado con los asuntos de aquí, ya que conoce cada uno de los movimientos que hemos hecho. Este punto implica que podemos limitar nuestras sospechas a las personas con quienes nos hemos mantenido en contacto regularmente. *Quinto:* debe de tener buenas conexiones con el hampa, cosa que demuestra el hecho de haberse valido de rufianes árabes y estranguladores de la Tanka. Fíjate, Tao Gan, en que tales contactos se mantienen a través de cómplices: Mansur, por ejemplo. Volveré sobre esto más adelante. *Sexto:* el hombre debe de tener una razón especial para querer eliminar a Chao Tai; y debe de odiar al capitán Nee, porque quería que éste fuese acusado de la muerte del primero. *Séptimo:* se interesa por los grillos. *Octavo:* debe de estar estrechamente relacionado con la chica ciega. Con todo, eso no impide que lleve a cabo dos esfuerzos concretos para matarla, tan pronto como se entera de que se está volviendo contra él. La muchacha, por su parte, intenta ayudarnos indirectamente. No puede

decidirse a denunciarlo abiertamente ante nosotros. Anota esto como un interrogante: ¿se trata de su hija? ¿Es su amante, quizá? *Noveno:* nuestro hombre debe quedar calificado, por supuesto, como amante y protector de Zumurrud. ¿Lo has cogido todo?»

–Sí, señor.

Tao Gan procedió a efectuar una lectura de sus notas, manifestando a continuación:

–¿No cree usted, señor, que debiéramos consignar aquí que ese individuo no posee un cargo oficial? Es que Zumurrud dijo a Chao Tai, claramente, que su protector, aunque muy rico, carecía de posición de tal tipo, siéndole imposible, por tanto, procurar a la joven la ciudadanía china.

–No, Tao Gan. Considera mi primer punto, el que alude a que le supongo un hombre destacado aquí, lo cual implica que se ha relacionado con ella conservando el incógnito. Desde luego, las danzarinas árabes no son invitadas nunca a las fiestas chinas. Seguramente, la conoció mientras visitaba el burdel a flote en que ella trabajaba, ocultándole en todo momento su verdadera identidad. No existía el peligro de que la joven la descubriera, ya que la vería siempre a solas -como Tao Gan asintiera, el juez Di agregó-: El gobernador encabeza nuestra lista. De acuerdo con todas las apariencias, es un funcionario leal, trabajador y también ligeramente remilgado; pero es posible, asimismo, que sea a un tiempo un actor consumado. Tiene, desde luego, muchos amigos en la capital, quienes pudieron haberlo recomendado a los adversarios del Censor, cuando trataban de ver la posibilidad de comprometer al Censor en algún lugar apartado. No hay ni que dudar de que él responde a lo especificado en mi cuarto punto. Por lo que respecta al móvil, le devora la ambición, y puede ser que le hayan prometido el puesto de gobernador metropolitano, el que ansia. Para los contactos con los árabes, el intermediario es Mansur, a quien él da trabajo como sub-agente o algo por el estilo.

Tao Gan levantó la vista, preguntando:

–¿Y cómo podría perdonar el gobernador a Mansur, señor, con su plan de saquear Cantón? Un caos tan grande aquí acabaría con su carrera, fuesen quienes fuesen los que le apoyaran en la corte.

–Por supuesto, él no permite que tal plan sea llevado a cabo. Necesitaba del mismo solamente para provocar la ruina del Censor. Logrado semejante objetivo, eliminará, indudablemente, a Mansur. El

procedimiento más sencillo serio el de acusar a Mansur, haciéndolo ejecutar como rebelde. ¿Quién daría crédito a un miserable criminal árabe si declaraba ante los jueces que un hombre como el gobernador había estimulado un plan para incendiar y saquear su propia ciudad? Si el gobernador es nuestro hombre, él fue entonces quien provocó la divulgación de los rumores sobre el plan árabe, probablemente por medio de un segundo sub-agente suyo, un chino, quien mantiene contacto con el hampa china por su cuenta.

«Por lo que se refiere al intento de eliminación de Chao Tai, eso es fácilmente explicado por la cita de éste con Zumurrud. Chao Tai cruzó las embarcaciones de la Tanka, en dirección a su junco, y los espías de la Tanka debieron dar a conocer esta visita. El gobernador odia a Chao Tai como rival enamorado, y al mismo tiempo teme que Zumurrud falte a la regla de hierro del «mundo de las flores y los sauces», que prohíbe a una muchacha que hable de sus clientes, comunicando a Chao Tai algo acerca de su personalidad que suponga para nosotros una pista para descubrir su identidad.

»En lo tocante al odio que inspira al gobernador el capitán Nee, me he planteado cierta hipótesis que nos ofrecería una explicación plausible. Puedo comprobarla fácilmente, pero prefiero no ahondar más en este aspecto, de momento.

»Con respecto al punto séptimo, nosotros sabemos que el gobernador se interesa por los grillos. Y en lo concerniente al octavo, ya te he dicho que tengo razones para creer que conoce a la chica ciega. Añade una pregunta ahí, Tao Gan: ¿Es ella, quizá, hija ilegítima del gobernador? Bien. Ahora llegamos al último punto: ¿tiene cualificaciones para ser considerado el amante de Zumurrud? Hemos de considerar que, aparentemente, disfruta de una feliz vida familiar, pero es posible que la novedad de la experiencia pueda haberle atraído (como pasó en el caso del Censor), y tengo razones para pensar que no es opuesto a la relación con otras mujeres. ¡Ah! Y a él le da igual que la joven sea una paria, por el hecho de ser un hombre del norte. Es necesario nacer y criarse uno en Cantón para sentir ese absoluto y clásico desprecio por la clase de los parias. Finalmente, parece ser que el Censor desconfiaba de él.»

Tao Gan dejó sobre la mesa su pincel de escribir.

–Sí -manifestó, pensativo-. Disponemos de unos sustanciosos supuestos que apuntan al gobernador. Sin embargo, ¿cómo vamos a probar que son atinados?

–¡No vayamos tan deprisa! En nuestra lista figuran otras

personas, además del gobernador. ¿Qué hay sobre el prefecto Pao? El hombre se siente emocionalmente alterado, pues el gobernador es un jefe exigente, y por otro lado se imaginó que su joven y bella esposa le estaba engañando con el capitán Nee. Por la frustración sufrida, pudo haberse prendado de Zumurrud: las burlonas alusiones de ésta a su protector sugieren a un hombre entrado en años. Habiendo nacido en Shantung, él no albergaría prejuicios con motivo de su raza y condición social. Y puede haberse sentido seducido por las propuestas formuladas por los enemigos del Censor en la corte, con la promesa de un alto cargo en la capital como recompensa. Esto facilitaría a Pao la oportunidad de quedar en paz con el gobernador, y al mismo tiempo le permitiría dar cumplida satisfacción a Zumurrud en cuanto a la obtención de la ciudadanía ansiada. Por su carrera de funcionario civil, el prefecto, desde luego, conoce a mucha gente en la capital, gente que hubiera podido recomendarlo a la camarilla de la corte. Además, el hombre se mantiene en continuo y estrecho contacto con nosotros. No es aficionado a los grillos, pero su esposa conocía a la muchacha ciega, probablemente más de lo que daba a entender. La ciega sospecha de Pao, pero por atención a su esposa no quiere abrirse del todo y decirlo. El prefecto odia a Nee, desde luego, y también a Chao Tai, por las mismas razones especificadas en nuestros hipotéticos cargos contra el gobernador.

El juez hizo una pausa, vaciando su taza. Después de haberla llenado de nuevo Tao Gan, reanudó su discurso:

–Si, realmente, el prefecto Pao es nuestro hombre, habré de renunciar, claro, a mi hipótesis de que la señora Pao fue asesinada por equivocación. Disgustado por el fracaso de los dos árabes enviados a la casa de Nee para dar muerte a Chao Tai, el prefecto hace que en la misma tarde unos estranguladores de la Tanka visiten el local de Yau Tai-kai, para asesinar a su adúltera esposa en compañía del capitán Nee. La señora Pao es, efectivamente, estrangulada, y Nee no se presenta. ¿No recuerdas que Pao recibió un mensaje escrito durante la conferencia ayer? Esta pudo ser la notificación de que el ataque contra la casa de Nee había fracasado.

Tao Gan parecía dudar. Al cabo de un rato, comentó:

–En ese caso, señor, Pao debe, en verdad, hallarse al frente de una eficaz organización secreta de notable amplitud…

–¿Y por qué no ha de ser así? Es el jefe de la administración civil, por cuyo motivo goza de facilidades para mantenerse en secreto contacto con Mansur, así como con los rufianes chinos. Finalmente, tanto él como el gobernador poseen la instrucción, experiencia y

capacidad mental necesarias para organizar un complot laborioso y supervisar su ejecución por medio de subordinados como Mansur, en tanto que ellos permanecen en la sombra, tirando de los hilos de sus marionetas.

«Instrucción, experiencia y capacidad mental son cualidades que también se dan en el caso de nuestro tercer sospechoso, esto es, Liang Fu. A propósito: Liang responde exactamente a la descripción que Zumurrud hizo de su protector: un hombre rico sin posición oficial. Y su costumbre de frecuentar la Pagoda Florida, con objeto de jugar al ajedrez con el abad, pudo haber sido la excusa para visitar a Zumurrud en la casa situada detrás del templo. Estos puntos no son importantes, sin embargo, como ya explicaré después.

»En cuanto al móvil de Liang, he de señalar que es verdad que figura como un ciudadano destacado en la población, y que posee una gran fortuna, pero puede ser que se sienta a disgusto con su condición de comerciante, ansiando por tanto alcanzar un cargo oficial en la capital, como el que ocupara el difunto almirante, su ilustre padre. Nacido y criado en esta ciudad, enterado a fondo de las cuestiones árabes, sería para él algo fácil el establecimiento de una relación secreta con Mansur. El hecho de que se apartara de su camino para atraer nuestra atención sobre los sediciosos planes de Mansur, indicaría que se propone hacer de éste la víctima propiciatoria, como ya apunté al revisar el supuesto contra el gobernador. El hombre no se interesa por los grillos, y no está relacionado con la joven ciega, pero de estas dos objeciones ya me ocuparé luego. Porque hay un tercero y mucho más serio reparo. Éste: que resulta totalmente inimaginable que Liang Fu, un caballero cantonés de excelente cuna, desde su juventud atento a los prejuicios locales, llegue a rebajarse hasta el extremo de unirse a una danzarina árabe de la casta de los parias. A fin de solucionar este problema, hemos de suponer, como en el caso de la hipótesis contra el gobernador, que Liang contaba con dos cómplices. Uno es Mansur; el otro es un chino. Este segundo sub-agente debe de ser el otro experto en cuestiones árabes: el señor Yau Tai-kai. Todos los indicios no aplicables a Liang pueden ser aplicables a él.

»Es posible que Yau no sea el criminal principal. Es un hombre que se ha hecho a sí mismo, muy conocido en la población, pero carente de relaciones en la capital que pudieran recomendarlo a los traidores que operan en la corte. Por otro lado, si bien es un astuto hombre de negocios, resulta totalmente incapaz de desarrollar un complicado complot político. No obstante, es un vulgar libertino, y su ansia de variedad en sus aventuras amorosas podría muy bien

haberle hecho prescindir de sus prejuicios contra los parias.

«También Yau responde exactamente a la descripción que Zumurrud hizo de su protector. Odia a Chao Tai por su entrevista con la danzarina árabe, y a Nee porque el capitán se ve con la señora Pao en la propia casa de Yau, quien no puede abrigar la menor esperanza de hacer de la atractiva dama que es la esposa del prefecto su amante. También desea a la chica ciega, pero al descubrir que le sigue el rastro y que puede denunciarlo, a él y a su jefe Liang Yu, decide que muera asesinada. Tras el fracaso que tuvo por escenario su casa, envía a sus estranguladores de la Tanka tras ella, dentro de la Casa de los Exámenes. Sólo un hombre que la conociera bien podía estar impuesto del hecho de que la joven solía esconderse en tal recinto.»

Parsimoniosamente, Tao Gan enrolló los tres largos pelos que brotaban de su mejilla izquierda alrededor de su fino y huesudo dedo índice.

–Yau podría pasar perfectamente por el protector de Zumurrud -manifestó.

El juez Di asintió antes de añadir:

–Para terminar, vuelvo sobre el grave suceso de esta mañana. Mansur, se escondió; no se atrevió a seguir a Zumurrud para espiarla. Creo que fue el protector de la joven o el cómplice de él quien envió al tirador de los venablos, para matarla. Y es que temía que la danzarina revelara su identidad; tuvo que sacrificarla para poder seguir sintiéndose seguro.

«Voy a revelarte ahora las consecuencias prácticas de toda esta serie de hipótesis. Basándome en los hechos que se encuentran a nuestra disposición ahora, no podemos adoptar ninguna medida en contra del gobernador, del prefecto o del señor Liang, pues según todas las apariencias ninguno de ellos se encuentra en forma alguna relacionado con los crímenes aquí perpetrados. Debemos, por tanto, atacar al criminal, quienquiera que sea, a través de sus cómplices. Mansur ha desaparecido, pero todavía tenemos a Yau. Procederé a arrestarlo en seguida, bajo la acusación de hallarse implicado en el asesinato de la señora Pao. La detención se efectuará con el mayor secreto, por mis cuatro agentes. A vosotros dos os enviaré a alguna parte con cualquier falsa misión, para que se diversifique la atención del criminal que está pendiente de cada uno de nuestros movimientos. Una vez Yau se encuentre a buen recaudo, encerrado, haré registrar su casa, y…»

La puerta de la estancia se abrió bruscamente, y entró Chao Tai corriendo, jadeando.

–¡El cuerpo de la joven ha desaparecido! – gritó.

El juez Di se irguió en su asiento.

–¿Ha desaparecido? – inquirió, perplejo.

–Sí, señor. Nada más abrir la puerta vimos la cama vacía. Había unas cuantas gotas de sangre en el piso, entre el lecho y la ventana, y una mancha grande en el antepecho de la misma. Se llevaron el cuerpo por los tejados, hacia el barrio árabe. Realizamos indagaciones allí casa por casa, pero nadie había visto ni oído nada. Esto es…

–¿Y qué hay acerca de su doncella, y de la restante gente de su embarcación? – le interrumpió el juez Di-. ¿Sabían quién era el protector de la joven?

–El cuerpo de la doncella fue encontrado flotando en el río, señor. Fue estrangulada. Y los de la embarcación apenas habían acertado a distinguir alguna que otra vez al protector de Zumurrud, debido a que se presentaba habitualmente allí de noche, cubriéndose además el rostro con un pañuelo. El muy cerdo…

Chao Tai pronunció las últimas palabras con voz ahogada.

El juez se recostó en su sillón.

–¡Totalmente absurdo! – musitó.

Chao Tai se dejó caer pesadamente sobre un asiento, procediendo a frotarse vigorosamente su húmedo rostro con el extremo de una manga. Tao Gan le dedicó una pensativa mirada. Fue a decir algo, mas de pronto cambió de opinión, fijando los ojos en el juez Di. Este no formuló ningún comentario, y Tao Gan procedió a servir a su amigo una taza de té. Chao Tai sorbió su contenido, quedándose después inmóvil, mirando sin ver lo que tenía delante, con la vista perdida en el vacío. Hubo un embarazoso silencio.

Por fin, el juez se puso en pie, rodeó su mesa de trabajo y comenzó a pasear de un lado para otro. Sus enmarañadas cejas se habían contraído, haciendo su faz profundamente ceñuda.

Tao Gan observaba con atención, ansiosamente, el rostro del juez Di cada vez que éste se deslizaba junto a él, pero el jefe parecía

haberse olvidado por completo de sus dos ayudantes. Por último, se detuvo ante la ventana más próxima, quedándose inmóvil allí, con las manos a la espalda, contemplando el patio del palacio, bañado en una claridad sofocante a causa del fuerte sol de la mañana. Tao Gan tiró de una manga de Chao Tai. Le habló en susurros de la detención inminente de Yau Tai-kai. Chao Tai asintió con un gesto ausente.

De repente, el juez Ti giró en redondo. Acercándose a los dos, les dijo unas cortantes y apresuradas frases:

–El robo del cadáver constituye el primer error del criminal. Fatal, además. Ahora me hago cargo del retorcido carácter de su personalidad. Yo tenía en parte razón, pero se me había escapado el principal punto. Ahora ya entiendo todo lo que ha sucedido aquí, claramente. He de enfrentarme con ese hombre y sus cobardes crímenes, para obligarle a que me diga quiénes son las personas que lo respaldan -hizo una pausa, procediendo a añadir, con un gesto de enojo-: No puedo arrestarlo sin más, ya que es un hombre muy determinado y de grandes recursos, y quizá prefiriera suicidarse antes de facilitarme la información que yo tan desesperadamente necesito. Por otro lado, es posible que se halle acompañado de sus cómplices, y debo tomar ciertas precauciones. Tú, Tao Gan, me acompañarás. Y tú, Chao Tai, llama ahora mismo a mis cuatro agentes, y al capitán de los guardias del palacio…

El jefe de los porteadores del palanquín del juez Di tuvo que insistir en sus llamadas un rato antes de que la doble puerta fuera abierta. Apareció en el umbral la encorvada figura del viejo mayordomo. Sus legañosos ojos se fijaron atónitos en los dos visitantes.

–Haga el favor de anunciarnos a su amo -dijo el juez, afablemente-. Dígale que ésta no es una visita oficial. Deseo verle por unos instantes tan solo.

El mayordomo condujo al juez y a Tao Gan al segundo vestíbulo, rogándoles que se sentaran en uno de los enormes bancos de ébano cincelado. Luego, desapareció silenciosamente.

El juez Di, sin decir nada, estudió las enormes pinturas murales en color, acariciándose lentamente la barba. Tao Gan miraba inquieto hacia la puerta y al juez, alternativamente.

El mayordomo regresó antes de lo que el juez Di había esperado.

–Por aquí, por favor -jadeó el hombre.

Los llevó a lo largo de un pasillo de la sección occidental del complejo hasta un ala que parecía hallarse completamente desierta. No vieron a nadie en los patios que hallaron al paso, cuyas blancas losas centelleaban bajo el sol. Al fondo del tercero, el viejo se adentró en un fresco corredor casi en sombras. Este conducía a una escalinata de anchos peldaños de madera, ennegrecidos por el paso de los años.

En lo alto de la escalinata, el mayordomo se detuvo un instante para recobrar el aliento, haciéndoles subir por otras dos escaleras, sucesivamente más estrechas. Arribaron así a un espacioso descansillo. Una débil brisa se colaba por entre los complicados dibujos de las celosías en las altas ventanas. Al parecer, se encontraban en la parte superior de una especie de torre. Ninguna alfombra cubría las tablas del pavimento; allí sólo había una mesa de té y dos sillas de altos respaldos. Encima de la puerta doble de la pared del fondo colgaba una enorme tabla de madera en la que habían sido grabadas las palabras siguientes: «Salón Ancestral de la Familia Liang», en la impresionante caligrafía del anterior emperador.

–Mi señor espera a Su Excelencia aquí dentro -dijo el mayordomo al tiempo que abría la puerta.

El juez Di hizo una seña a Tao Gan, quien ocupó una de las sillas pegadas a la mesa de té. Seguidamente, el juez penetró en la estancia.

Lo primero que le salió al encuentro fue un intenso olor a incienso indio. Procedía del gran quemador de bronce emplazado en un elevado altar, al fondo del salón, iluminado a medias por dos candelabros. Bajo el altar había una espléndida mesa de sacrificios antigua, dispuesta para un servicio conmemorativo. Liang Fu se había sentado frente a una mesa más baja, ataviado con una túnica de ceremonia, de brocado, color verde oscuro, tocándose con un alto gorro que indicaba su grado literario.

Levantose en seguida, acogiendo al juez.

–Espero, señor, que no le haya importado subir tantos peldaños -suplicó con una sonrisa cortés.

–¡En absoluto! – le aseguró el juez Di, rápidamente. Tras una mirada al retrato de tamaño natural del almirante Liang, vestido de armadura, que colgaba de la pared opuesta, añadió-: Lamento profundamente interrumpirle en sus ritos conmemorativos, en honor de su difunto padre.

–Su Excelencia llega a esta casa siempre muy oportunamente -dijo Liang, sereno-. Y a mi difunto padre no le molestará la interrupción, ya que él siempre antepuso a los intereses familiares los asuntos de carácter oficial, cosa que sus hijos sabían demasiado bien. Siéntese, por favor.

Liang condujo a su visitante hasta una silla situada a la derecha de la mesa. Sobre ésta había un gran tablero de ajedrez. Varias piezas blancas y negras estaban distribuidas sobre el mismo, sugiriendo la fase final de una partida. A un lado se veían dos recipientes: uno de ellos contenía las piezas blancas desechadas, el otro las negras. Evidentemente, Liang había estado estudiando un problema ajedrecístico. Una vez sentado, el juez se alisó la túnica antes de decir:

–Quisiera exponer a usted unos cuantos hechos nuevos puestos en claro, señor Liang -esperó a que su anfitrión se hubiera sentado al otro lado de la mesa, agregando-: Particularmente, deseaba hablarle del robo del cadáver de una mujer.

Las curvadas cejas de Liang se elevaron en su frente.

–¡Qué curioso que se robe una cosa así! Tiene que referirme

todo lo que haya sobre el caso. Pero, bueno, en primer lugar tomaremos una taza de té.

Ya en pie, se encaminó a la mesa que había en un rincón de la estancia.

El juez echó un rápido vistazo a su alrededor. La temblorosa luz de las velas brilló en las ofrendas colocadas sobre la mesa de los sacrificios, cubierta con una pieza de tela de brocado profusamente bordada. Había allí dorados recipientes colmados de pasteles de arroz y frutas, colocados entre dos finos y antiguos jarrones llenos de flores recién cortadas. El amplio nicho existente sobre la mesa de los sacrificios, donde las tabletas que representan las almas de los difuntos están siempre expuestas, quedaba oculto por una cortina escarlata. La intensa fragancia del incienso no llegaba a anular la curiosa mezcla de especias extrañas, que parecía provenir de detrás de dicha cortina. Levantando la cabeza, el juez se dio cuenta de que la sala tenía el cielo raso a mucha altura, y que unos vapores o nubes grisáceas flotaban entre las ennegrecidas vigas. El piso, desnudo, estaba formado por anchos tablones de madera, pulidos, hasta presentar un acabado en negro con brillos de vidrio. Púsose en pie, bruscamente. Llevando su silla al lado izquierdo de la mesa, apuntó con toda naturalidad a Liang, que se le acercaba:

–Prefiero situarme aquí, si me lo permite. La luz de las velas me molesta.

–¡No faltaba más! – Liang hizo girar su silla para enfrentarse con el juez. En cuanto se hubo sentado, manifestó-: Desde aquí podemos contemplar mejor el retrato ancestral.

El juez observó sus movimientos mientras vertía el té en dos pequeñas tazas de porcelana azul. Colocó una ante el juez Di, asiendo la otra con ambas manos. El juez descubrió entre los finos y largos dedos una grieta en la delicada porcelana. Liang, pensativamente, fijó la mirada en el cuadro.

–El parecido es excelente -comentó-. Esto es lo que salió de los pinceles de un gran artista. ¿Se ha dado cuenta usted del cuidado con que pintó hasta los menores detalles?

Dejando en la mesa su taza, Liang se levantó, aproximándose al cuadro. Dando la espalda a su visitante, señaló los detalles de la gran espada que reposaba sobre las rodillas del almirante.

El juez Di cambió una taza de té por otra. Rápidamente, vació el

contenido de la de Liang en el recipiente de las piezas de ajedrez más cercano a él, se levantó y avanzó hacia su anfitrión, llevando la taza vacía en la mano.

–¿Posee usted todavía esta espada? – inquirió. Como Liang asintiera, añadió-: Yo soy también poseedor de una famosa espada, heredada de mis antecesores. Su nombre es «Dragón de la Lluvia».

–¿«Dragón de la Lluvia»? ¡Qué nombre tan curioso!

–Ya le contaré su historia en otra ocasión. ¿Podría servirme otra taza de té, señor Liang?

–¡No faltaba más!

Una vez se hubieron sentado de nuevo, Liang procedió a llenar la taza del juez Di. Después, aquél vació la suya. Hundiendo sus finas manos en las mangas de su túnica, dijo con una sonrisa:

–Vayamos a la historia del cadáver robado ahora.

–Antes de hablar de eso -manifestó el juez Di vivamente- me gustaría facilitarle una breve idea sobre el fondo de la cuestión, por así decirlo.

Liang asintió, interesado. El juez se sacó de una manga su abanico, recostándose en el asiento. Haciéndose lentamente aire, comenzó a hablar así:

–A mi llegada a Cantón, anteayer, con el propósito de averiguar el paradero del Censor, a quien se echaba de menos, únicamente sabía que su tarea, de un modo u otro, estaba relacionada con los árabes de aquí. En el curso de mis investigaciones descubrí que me enfrentaba con un oponente que conocía perfectamente bien el objeto de mi visita, y que vigilaba cada uno de nuestros movimientos. Después de descubrir el cuerpo del Censor, asesinado mediante un veneno de la Tanka, supuse que uno de sus enemigos de la corte se había valido de un agente local para atraerlo hasta Cantón, con el fin de que los conspiradores árabes le dieran muerte.

«Pero me di cuenta también de que otras fuerzas parecían intentar desbaratar el maligno plan. A medida que progresaba en mis indagaciones, las cosas se fueron complicando. Surgían aquí y allí rufianes árabes y estranguladores de la Tanka, apareciendo y desapareciendo en la escena una misteriosa muchacha ciega. Fue esta mañana cuando, por último, logré hacerme de una pista concreta. Sucedió tal cosa cuando la danzarina llamada Zumurrud dijo al

coronel Chao que ella había envenenado al Censor, y que Su protector estaba perfectamente enterado del hecho. Se mantuvo fiel a la regla del «mundo de las flores y sauces», por la cual una chica no debe divulgar nunca el nombre de un cliente. Sospeché del gobernador, del prefecto, y pensé transitoriamente en usted. Pero así no llegaba a ninguna parte.»

El juez cerró de un seco golpe el abanico, guardándoselo en la manga. Liang había estado escuchando a su huésped con un aire blando de cortés interés. El juez Di, ahora, se irguió en su asiento, tornando a hablar:

–En consecuencia, traté de dar con otro modo de abordar el asunto, esto es, intenté componer una imagen mental de mi oponente. Luego, comprendí que éste se hallaba en posesión de la clásica mente del jugador de ajedrez. Hablo de un hombre siempre situado al fondo, que hace que otros actúen por él, que mueve a los demás como si fuesen piezas de ajedrez sobre el tablero. Yo y mis ayudantes éramos también piezas suyas; formábamos parte integral de su juego. La constatación de tal extremo supuso un importante paso adelante. Y es que cualquier crimen queda ya medio resuelto en el momento en que uno ha comprendido la mentalidad del criminal.

–¡Qué verdad es eso!



Sobre la mesa había un gran tablero de ajedrez.

–Volví a considerar su figura, la de un experto jugador de ajedrez -añadió el juez-. Usted, ciertamente, posee la sutil inteligencia que requiere el desarrollo de un difícil plan, y también capacidad para supervisar su ejecución. También podía imaginar un buen móvil; por ejemplo: su frustración al no poder seguir los pasos de su ilustre padre. De otro lado, sin embargo, usted no era concretamente el tipo de persona susceptible de enamorarse de una danzarina árabe rebajada por su sangre de paria. Decidí que si usted era nuestro hombre uno de sus cómplices sería el amante de la bailarina. Como el señor Yau Tai-kai encajaba admirablemente en ese papel, resolví arrestarlo. En ese preciso momento, no obstante, me notificaron el robo del cadáver de la joven árabe. Y esto me encaminó directamente a usted.

–¿Por qué a mí? – preguntó Liang, calmosamente.

–Porque pensando en la danzarina asesinada y en la gente de la Tanka y sus salvajes pasiones, me acordé de repente de una casual observación formulada por una pobre prostituta china en otro tiempo esclava entre la gente «del agua». En el curso de las orgías, bajo los efectos del alcohol, la mujer tanka solía alardear de que hace unos ochenta años un chino de gran relieve se había casado en secreto con una de sus pupilas, llegando a ser con el tiempo el hijo nacido de tal unión un guerrero famoso. Entonces, pensé en los peculiares rasgos faciales del Conquistador de los Mares del Sur -el juez señaló el cuadro de la pared-. Fíjese en esos pómulos, en la aplastada nariz, en la estrecha frente. «El Viejo Cara de Mono» fue el apodo cariñoso que aplicaron al almirante sus marineros.

Liang asintió lentamente.

–Así pues, usted ha desvelado nuestro secreto de familia, tan celosamente guardado por todos nosotros. Sí, en efecto, mi abuela fue una tanka. Mi abuelo cometió un crimen al casarse con ella -el hombre sonrió. Había un maligno centelleo en sus ojos al volver a hablar-. ¡Piense en el caso! ¡El famoso almirante mancillado por la sangre de una mujer paria! Ya no era el refinado caballero que todo el mundo había visto siempre en él, ¿comprende?

Ignorando la irónica observación, el juez Di continuó diciendo:

–Seguidamente, comprendí que había estado interpretando el juego del ajedrez erróneamente. No se trataba del nuestro literario, en el que figuran piezas todas ellas del mismo valor; no cabía pensar tampoco en el militar, que representa una batalla entre dos generales adversarios. Comprendí de pronto que debía referirme al juego tal

como, según se dice, se juega en la India. Allí, el rey y la reina son las dos piezas más importantes. Y en la partida que usted estaba desarrollando particularmente no se vislumbraba de un modo primario la conquista de una alta posición en la capital, sino la posesión de la reina.

–¡Qué inteligentemente lo ha expuesto! – exclamó Liang, con una débil sonrisa-. ¿Puedo preguntarle en qué etapa se encuentra ahora el juego?

–En la última. El rey está perdido, pues la reina ha muerto.

–Sí, ella ha muerto -dijo Liang, serenamente-. Pero rige el estado de él, como cuadra a una reina. La reina del juego de la vida. Ahora, su espíritu preside estos solemnes ritos funerarios, complaciéndose en las ricas ofrendas, en las flores frescas. Mire… Ella esboza su atractiva sonrisa…

Liang se levantó, echando rápidamente a un lado la cortina de la parte superior del altar.

El juez Di abrió la boca, asombrado, impresionado por aquel execrable ultraje. Allí, en la sagrada sala ancestral de la familia Liang, frente al retrato del almirante fallecido, y en el nicho destinado a recoger las almas-tabletas de los ausentes, se hallaba, tendido, el cuerpo desnudo de Zumurrud, sobre una base elevada y lacada en oro. Estaba colocada boca arriba, con las manos plegadas tras su cabeza, con los gruesos labios dilatados en una burlona sonrisa.

–Ha sido objeto solamente de un tratamiento preliminar -señaló Liang, con naturalidad, al tiempo que corría la cortina de nuevo-. Esta noche proseguirá la tarea. Ha de ser así, a causa del calor que hace.

Tornó a sentarse. El juez había logrado dominarse ya. Inquirió, fríamente:

–¿Debemos reconstruir la partida entre los dos, movimiento por movimiento?

–Me agradaría muchísimo -repuso Liang, gravemente-. Esta clase de análisis me ha proporcionado siempre el mayor placer.

–La prenda, pues, era Zumurrud. Usted la había comprado, así que poseía su cuerpo. Esto era todo. Usted creyó llegar a granjearse su amor de poder satisfacer el único deseo que la dominaba, es decir,

el de abandonar su condición de paria para llegar a ostentar el rango de una gran dama china. Como tal cosa sólo podía ser realizada por uno de los más altos funcionarios metropolitanos, usted decidió convertirse en uno de ellos. Había que actuar en seguida, sobre la marcha, ya que se hallaba obsesionado por el temor de perderla: podía enamorarse de algún hombre, o bien dar con cualquiera capaz de satisfacer sus ambiciones. Mansur se enamoró de ella. Al parecer, la joven no sentía nada especial por él, pero usted temía, con todo, que antes o después su sangre árabe determinara su actitud, que contara… Consecuentemente, se propuso eliminar a Mansur. Más adelante, supo usted de labios de uno de sus amigos de la capital que una poderosa personalidad de la corte, allegada a la emperatriz y a su camarilla, trataba de dar con un medio de provocar la ruina del Censor Imperial Liu, estando dispuesto a recompensar generosamente a quienquiera que le ayudara a cumplimentar tal aspiración. ¡Ésta era su oportunidad! Entonces, inmediatamente, usted comenzó a elaborar un plan, decidiendo cuidadosamente los movimientos que le permitirían conquistar a la reina. Dirigió una ingeniosa proposición a esa persona de la corte. Usted…

–Especifiquémoslo todo con claridad y en el debido orden -interrumpió Liang, impertinentemente-. Esa persona es Huang, el jefe de los eunucos del serrallo imperial. Establecimos contacto gracias a un amigo común, un rico comerciante en vinos que es el proveedor de la corte.

El juez Di empalideció. El emperador, mortalmente enfermo; la emperatriz, atormentada por sus perversas pasiones; la siniestra, la híbrida figura del jefe de los eunucos… de repente, vio toda la trama de la conjura.

–Adivine ahora qué cargo me prometió él… ¡El suyo! Y con el respaldo de la emperatriz me elevaría todavía más. Mi padre fue el Conquistador de los Mares del Sur. ¡Yo sería el Conquistador del Imperio!

–Ya -contestó el juez Di, con un gesto de cansancio-. Bueno… Usted se propuso atraer al Censor a Cantón dándole a entender que los árabes planeaban una revuelta, con la complicidad de una personalidad de la corte que no se mencionaba. Alentó a Mansur en sus necias ambiciones, con objeto de que cuando el Censor se presentara aquí para efectuar sus investigaciones descubriera que, efectivamente, en Cantón se estaba urdiendo algo. Luego, hizo que fuera asesinado, acusando a Mansur. Interrogado y torturado cruelmente, éste se avendría a confesar que el Censor había apoyado su plan. Eliminado Mansur y muerto el Censor, además de haber sido

manchada su reputación, usted se trasladaría a la capital en compañía de Zumurrud.

»La partida se inició tal como había usted planeado, exactamente. El Censor se presentó aquí de incógnito, para comprobar los rumores existentes sobre cierta inquietud reinante entre los árabes. No se atrevió a informar a las autoridades de su visita porque le habían sugerido que una personalidad de la corte se hallaba implicada en el plan, y deseaba, desde luego, descubrir su identidad. Sin embargo, él vino aquí por otra razón también, entonces desconocida para usted. En el curso de su primera visita a Cantón, el Censor había conocido a Zumurrud, enamorándose los dos.»

–¿Y cómo podía yo haber previsto su encuentro en aquel maldito templo? – musitó Liang-. Ella…

–En estas cosas se diferencia la vida del juego del ajedrez, señor Liang -le atajó el juez Di-. En la vida real hay que contar con factores desconocidos. Bien… Después de haber estudiado el Censor, en compañía del doctor Su, la situación aquí planteada, sospechó que iba a serle tendida una trampa. Abordó a Mansur y pretendió simpatizar con sus sediciosos proyectos. Es probable que ayudara incluso a Mansur y a dos de sus cómplices en la tarea de introducir ocultamente armas en la ciudad. Cuando Mansur le dio cuenta a usted de esto, comprendió que el plan iba saliendo mejor de lo que se esperaba, incluso: si Mansur comparecía ante la justicia, ¡no tendría más que confesar la verdad! Pero a partir del momento en que usted comprendió que el Censor estaba engañando a aquél decidió apresurar su asesinato.

«Luego, Zumurrud envenenó al Censor. La joven tenía que decírselo todo, y…»

-¿*Tenía* que decírmelo? – gritó Liang, de pronto-. ¡Insistía siempre en contármelo todo! Procedía así cada vez que se acostaba con uno de sus vulgares amantes. Le gustaba atormentarme contándome los más sórdidos y depravados detalles… Y después se reía de mí -ocultando el rostro en sus manos, Liang sollozó-. Esta era su venganza, y yo… yo no podía hacer nada. Era más fuerte que yo. Su sangre orgullosa pulsaba en sus venas, en tanto que la mía era más débil, estaba debilitada por dos generaciones… -el hombre levantó el rostro, macilento ahora, ojeroso. Procurando dominarse, añadió, con voz ronca-: Conforme. Ella no me había hablado antes del Censor porque éste iba a llevársela consigo. ¡Continúe! Cada vez disponemos de menos tiempo.

–Precisamente en ese momento de los hechos -siguió diciendo el juez Di, sin alterarse-, me presenté aquí yo, en compañía de mis dos ayudantes. Aparentemente, con la misión de inspeccionar el comercio con el exterior. Usted sospechó que yo había venido aquí para investigar la desaparición del Censor. Hizo que mis dos ayudantes fuesen vigilados de cerca, y vio sus sospechas confirmadas por el interés que a ellos inspiraron los árabes de Cantón. Decidió que nosotros encajábamos perfectamente en su juego. Efectivamente, ¿quién mejor que el Presidente de la Corte Metropolitana podía denunciar los traidores planes de Mansur? Su único problema era el doctor Su. Zumurrud había dicho que el hombre ignoraba su relación amorosa con el Censor, pero usted tenía que asegurarse de ello.

»El doctor Su debió de sentirse preocupado al ver que no regresaba el Censor al alojamiento aquella noche. A la mañana siguiente, es decir, anteayer, vagó de un lado para otro de la zona marítima, buscándolo. Usted hizo que lo siguiera uno de los árabes asesinos de Mansur, y uno de sus estranguladores de la Tanka. Estos informaron por la tarde que el doctor Su, al parecer, conocía al coronel Chao, y que el mismo había seguido a mi ayudante cuando abandonó la taberna. Usted ordenó al tanka que ayudara al árabe matando al doctor Su, pero que procediera a estrangularlo antes de que fuera a asesinar a Chao Tai. Salvaba al coronel Chao para que pudiera investigar la muerte del doctor Su, hecho que en el momento debido fortalecería los cargos contra Mansur.

«Posteriormente, sin embargo, tuvo usted una racha de mala suerte. Tao Gan, mi ayudante, trabó relación casualmente con la muchacha ciega. Ella debe de ser su hermana, aquella que, según contó, había muerto accidentalmente. Tao Gan confundió a la señora Pao con la joven, y esto es lo que les pasó a sus asesinos de la Tanka cuando los envió a la casa de Yau. Evidentemente, la joven deseaba impedir su ruina, y…»

–¡Esa estúpida mojigata! – interrumpió Liang, irritado-. Ella es la causa de todos mis problemas, ya que tercamente rechazó un porvenir espléndido junto a mí. Ambos heredamos el talento de mi padre… Nuestra hermana menor era sólo una estúpida mujer, que se movía al compás de sus ridículas y mezquinas pasiones. ¡En cambio, Lan-li! Cuando con nuestro viejo preceptor leíamos los clásicos, ella entendía inmediatamente los pasajes más difíciles. ¡Y era preciosa, además! ¡Era el ideal que me había forjado en la juventud al pensar en la mujer perfecta! A menudo la espiaba, cuando se bañaba, cuando… -de pronto, Liang guardó silencio. Tragó saliva unas cuantas veces antes de continuar-: Éramos mayores ya, y nuestros

padres habían muerto. Le hablé de nuestros antiguos mitos, de los Santos Fundadores de nuestro Imperio, que tomaban a sus hermanas por esposas. Pero ella, ella se negaba, me decía cosas terribles, me decía que me dejaría, que no volvería a mi lado jamás. Por eso decidí verter aceite hirviendo en sus ojos mientras dormía. ¿Cómo podía permitir que una mujer que me había despreciado fijara sus ojos en otro hombre? En vez de maldecirme, se compadeció de mí, la muy hipócrita. En un arrebato de furia, incendié su habitación… Quería, quería… -la voz de Liang sonaba ahogada; su rostro se distorsionó en un ataque de impotente ira. Al cabo de un rato, agregó, más sereno-: Había dicho que no volvería jamás, pero últimamente esa untuosa perra se dejaba ver por mi casa. Me enteré de que había conocido a dos de mis hombres, los que trajeron el cadáver del Censor aquí antes de llevarlo al templo, y que había robado aquel condenado grillo. Aunque no sabía nada acerca de mi plan, era suficientemente lista como para relacionar unas cosas con otras y sacar consecuencias. Por fortuna, mis hombres la localizaron cuando ese ayudante suyo la condujo a su casa, y ellos escucharon la conversación que sostenían. La muy perra situaba a ustedes sobre mi rastro manifestando que había cogido el grillo cerca del templo en que se hallaba el cadáver del Censor. Por tal motivo la traje aquí, encerrándola bajo llave. Pero se escapó a la mañana siguiente, poco después del desayuno. ¿Cómo se las arregló para lograr su propósito? Todavía me pregunto…

–Verdaderamente, fue la pista del grillo la que me llevó al templo -declaró el juez Di-. Al descubrir el cadáver del Censor le procuré una inesperada contrariedad; usted había querido que el cuerpo desapareciera, para que el veneno tanka no fuera identificado. Más tarde, haría confesar a Mansur que lo había arrojado al mar, me figuro. Sin embargo, triunfó en su propósito de transformar aquella contrariedad en un factor favorable. En el curso de mi visita a la ciudad, sugirió inteligentemente que los árabes mantenían estrechos contactos con la Tanka, apuntando que Mansur disponía de amplias ocasiones para obtener el veneno. Por tanto, todo marchaba muy bien, realmente.

«Luego, por segunda vez, el elemento humano se cruza en su bello juego. El coronel Chao conoce a Zumurrud y se enamora de ella. Sus espías informan que él la visitó en su embarcación ayer, por la mañana, acostándose, evidentemente, con la joven. ¿Y si ella lo había convencido para llevársela a la capital? ¿Y si ella, inadvertidamente, le había facilitado una pista que le sirviera para averiguar su identidad, señor Liang? Chao Tai tenía que desaparecer. Sería asesinado en la casa de Nee -el juez escrutó pensativamente el rostro de su anfitrión, preguntando-: A propósito: ¿cómo supo que

Chao Tai se presentaría allí una segunda vez?»

Liang Fu alzó sus estrechos hombros.

–Dos de mis hombres habían establecido un puesto regular de vigilancia en la casa situada detrás de la de Nee, a raíz de la primera visita de su ayudante Chao al capitán. Además, allí se escondía Mansur. Al ver que su ayudante se encaminaba al lugar, éste ordenó a sus dos hombres que, deslizándose por los tejados, inmediatamente, lo mataran valiéndose de una de las espadas del capitán. Juzgué tal idea de Mansur excelente, pues Nee merecía morir en el patíbulo, como un criminal. Este libertino había violado a mi hermana.

–Él no hizo tal cosa. Pero no divaguemos; volvamos a la partida de ajedrez, a su última y concluyente fase. Sus piezas-hombres se le han ido completamente de las manos. Mi plan, con la exhibición de la falsa cabeza del Censor, dio resultado. Esta mañana, muy temprano, Zumurrud se dirigió a la hostería del coronel Chao, pidiéndole que la guiara hasta mí, para poder reclamar su recompensa. Fue asesinada allí. Habiendo caído ya la reina, usted ha perdido la partida.

–Tenía que decidir su muerte -musitó Liang-. Se disponía a dejarme, iba a traicionarme. Me valí del mejor, entre cuantos conozco, de los tiradores de venablos. Ella no sufrió -se quedó con la mirada fija en el vacío, acariciándose los largos bigotes. De pronto, levantó la vista-. Nunca mida la riqueza de un hombre por lo que posea, Di. Mídala por lo que no ha logrado adquirir. Ella me despreciaba a causa de que conocía mi real modo de ser: yo soy un cobarde, verdaderamente, que teme a los demás, que se teme a sí mismo. Y por eso quería dejarme. Pero ahora, embalsamada, su belleza permanecerá conmigo para siempre. Le hablaré, hablaré con ella todas las noches, le confesaré mi amor. Ya nadie podrá interponerse entre nosotros -irguiéndose, Liang añadió, fieramente-: ¡Y usted, Di, menos que ninguna otra persona! ¡Porque está a punto de morir!

–¡Como si mi muerte fuera a servirle de algo! – exclamó el juez con desdén-. ¿Me cree tan necio como para venir aquí y enfrentarme con usted y con sus crímenes sin antes haber puesto al corriente al gobernador y a mis ayudantes de todos los hechos que he descubierto y van en contra suya?

–¡Sí! ¡Ciertamente que pienso así! – contestó Liang, afectadamente-. Tan pronto supe que iba usted a ser mi oponente, hice un cuidado análisis de su personalidad, ¿sabe? Es usted un

hombre famoso, Di. Los casos criminales, asombrosos y en gran número, que ha resuelto en el curso de los últimos veinte años, son considerados de propiedad pública, siendo referidos una y otra vez en las casas de té y tabernas de todo el imperio. ¡Sé exactamente cómo trabaja! Usted se halla en posesión de una mente lógica, de una rara potencia intuitiva, y de un misterioso don para relacionar hechos aparentemente desconectados. Usted localiza a su sospechoso de turno gracias, principalmente, a sus astutos atisbos sobre la naturaleza humana, y apoyándose sólidamente en su intuición. Luego, salta sobre él, obligándole a soportar todo el peso de su personalidad…, más bien abrumadora, he de admitirlo. Logra que su hombre confiese en un movimiento brillante, espectacular…, explicándose más tarde. He aquí su típica manera de proceder. Usted nunca se molesta en montar por completo un caso, laborando pacientemente hasta reunir unas pruebas concluyentes, compartiendo sus descubrimientos con sus ayudantes, como hacen otros investigadores de asuntos criminales, ya que esto chocaría con su carácter. Por consiguiente, sé con toda seguridad que usted no ha dicho una sola palabra al gobernador. Y que ha confiado a sus ayudantes muy poco de esta historia. Así que va usted a morir aquí, mi querido consejero -Liang Fu dedicó al juez una mirada condescendiente. Después, dijo con aire de complacencia-. Mi querida hermana morirá aquí también. Mis estranguladores de la Tanka fracasaron en dos ocasiones al intentar matarla, primero en la casa de Yau y después en la Casa de los Exámenes, pero sé que ahora se encuentra en esta vivienda, y acabaré por cogerla. Con ella desaparecerá la única persona que puede testimoniar contra mí. Y es que los estúpidos hombres de la Tanka, de que me valgo a veces, no saben nada, aparte de que viven en un mundo aparte, dentro del cual jamás pueden ser localizados.

»Mansur abriga sospechas, pero este inteligente bribón se encuentra en alta mar en estos momentos, a bordo de un buque árabe, rumbo a su país. El caso del Censor será recordado por lo que ha sido en su esencia: un crimen pasional, cometido por una descarriada mujer paria, asesinada a su vez por un celoso amante árabe, quien robó su cadáver. ¡Un caso claro! – Liang suspiró, agregando-: Será universalmente lamentado que en su celo por resolver el caso se excediese usted en sus esfuerzos, falleciendo a consecuencia de un ataque cardíaco en el curso de una visita de consulta. Todo el mundo sabe que usted ha estado trabajando excesivamente durante muchos años, y que la fuerza humana tiene sus naturales límites. El veneno que utilicé origina los mismos síntomas que el fallo cardíaco, y no puede ser localizado. Fue Zumurrud, realmente, quien me proporcionó la receta. Bueno… Lo

cierto es que considero un señalado honor que un hombre tan famoso como usted exhale su último suspiro en mi humilde casa. Luego, requeriré la ayuda de Tao Gan para que colabore en los preparativos para transportar su cuerpo al palacio. Espero que el gobernador se ocupará de todas las otras medidas de costumbre. Sus dos ayudantes son hombres capaces e inteligentes (nunca subestimo a mis enemigos) e, indudablemente, concebirán sospechas. Pero hacia la hora en que hayan convencido al gobernador de que debe considerar más de cerca mis asuntos, todos los rastros de lo sucedido realmente aquí habrán desaparecido. ¡Y no olvide que pronto seré designado su sucesor! Por lo que respecta a los hombres que reflexivamente apostó en mi patio de la entrada principal, y los guardias que rodean mi casa, explicaré su presencia diciendo que usted esperaba que unos delincuentes árabes efectuaran un ataque contra mi casa. Permitiré que sus hombres descubran la presencia de un rufián árabe aquí dentro, y el hombre será ejecutado. Bien… Eso es todo.»

–Bien -contestó el juez Di-. Debo confesarle que había esperado una forma de ataque más ingeniosa. Pensé en una trampa secreta, o en algo que se desprendiera sobre mí desde el techo, por ejemplo. Ya habrá observado que tomé mis precauciones contra tal riesgo variando la posición de mi silla.

–Pero tampoco se había olvidado de la vieja treta del té envenenado -manifestó Liang Fu con una indulgente sonrisa-. Intercambió las tazas, como yo había esperado que hiciera, mientras le daba la espalda: simple rutina para un experimentado investigador como usted, desde luego. El veneno fue untado en el interior de mi taza, ¿sabe? Su taza contenía té completamente inofensivo. En consecuencia, usted se bebió el veneno, que ahora comenzará a surtir efecto, pues la dosis fue cuidadosamente estudiada. ¡No, no se mueva! Si se pone en pie, el veneno actuará inmediatamente. ¿No siente ya un vago dolor por la parte del corazón?

–Pues no -repuso el juez Di, secamente-. Y no llegaré a sentirlo, además. ¿No le dije que sabía que tenía usted la mentalidad del jugador de ajedrez? El jugador clásico piensa en secuencias de movimientos conectados. Sabía que de elegir el veneno como arma nunca recurriría al burdo método de depositar el mismo en mi taza. Esto quedó confirmado cuando noté que su taza tenía una grieta, lo cual quería decir que deseaba estar seguro de que yo, realmente, había efectuado el movimiento previsto del cambio de las tazas. Bueno… Hice un segundo movimiento. Además de cambiar las tazas, cambié su contenido. Vertí el té envenenado en este recipiente de piezas desechadas, ¿comprende?, y el té inofensivo en la taza

agrietada. Seguidamente, pasé el té envenenado desde el recipiente mencionado a mi taza, ahora la suya. Puede comprobarlo fácilmente.

El juez mostró el recipiente a Liang, con objeto de que viera dentro las piezas de ajedrez humedecidas por el líquido.

Liang se puso en pie de un salto. Encaminose a la mesa de los sacrificios, pero se detuvo a medio camino. Vacilando sobre sus piernas, llevose las manos al pecho.

—¡La reina! Quiero verla. Yo…

Su voz sonó ahogada.

Avanzando con un traspiés logró aferrarse al borde de la mesa de los sacrificios. Después, abrió la boca angustiado, como si le faltara aire; un movimiento convulsivo sacudió su débil cuerpo. Y entonces se derrumbó sobre el suelo, arrastrando consigo la tela que cubría el altar. Los vasos rituales dieron contra el pavimento, produciendo un fuerte estruendo.

La puerta se abrió bruscamente, entrando Tao Gan. Hizo un alto de pronto, al ver al juez Di inclinado sobre la tendida figura de Liang. El juez tentó el corazón de Liang. El hombre estaba muerto. Mientras el primero procedía a registrar las ropas del cadáver, Tao Gan inquirió, en un susurro:

–¿Cómo murió, señor? – Me creyó al decirle que había ingerido el veneno que preparara para mí, y tal impresión le produjo un ataque cardíaco. Ha sucedido lo mejor, pues conocía secretos de estado que no deben ser jamás divulgados -con pocas palabras, puso al corriente el juez a Tao Gan sobre la operación del cambio de las tazas-. Vertí el veneno en ese recipiente de piezas desechadas de la partida; está lleno a medias de ellas. Liang las vio humedecidas, pero no pudo apreciar que ahí estaba, efectivamente, todo el contenido de la taza agrietada. Llévate el recipiente -sacando un puñal de hoja larga y afilada como una navaja de afeitar de la funda de cuero que localizara en una de las mangas de Liang el juez Di añadió-: Llévate esto también. Ten cuidado porque el filo está impregnado de una sustancia de color oscuro.

Tao Gan extrajo de su manga un trozo de papel aceitado. Mientras procedía a envolver con éste ambos objetos dijo:

–Usted, señor, debiera haber permitido que ingiriera su infernal veneno. Supongamos que no hubiese dado crédito a sus palabras… ¡Habría intentado matarlo con este puñal envenenado! Con un arañazo solamente habría podido lograr su objetivo.

El juez Di se encogió de hombros. – Tuve buen cuidado en mantenerme en todo instante fuera de su alcance en tanto no lo vi convencido de que yo me había bebido el té -a continuación, dijo-: Conforme va uno acumulando años sobre sí mismo, Tao Gan, nos progresivamente menos seguros. Y tendemos más y más a confiar ciertas decisiones sobre materias que entrañan vida y muerte a un Tribunal Superior.

El juez Di giró en redondo y abandonó la estancia, seguido por su ayudante.

*** En el descansillo vieron a una esbelta joven, ataviada con una sencilla túnica de color marrón. Sus opacos ojos miraban con fijeza al frente.

–Acaba de llegar, señor -explicó Tao Gan apresuradamente-. Para ponernos en guardia contra Liang.

–Su hermano ha muerto, señorita Liang -manifestó el juez, simplemente-. Sufrió un ataque cardíaco.

La joven ciega asintió lentamente.

–Estos últimos años ha venido sufriendo una dolencia cardiaca -explicó. Tras una pausa, preguntó de repente-: ¿Fue él quien mató al Censor?

–No. Fue Zumurrud.

–Era una mujer peligrosa -declaró la joven, pensativa-. Siempre temí que la devoción que mi hermano sentía por ella provocase su ruina. Cuando me enteré de que sus hombres habían traído aquí el cadáver de un alto funcionario que había sido amante de Zumurrud, me figuré que mi hermano lo había asesinado. Localicé la habitación en que fuera depositado el cuerpo, y mientras los dos hombres andaban ocupados, disfrazándose de agentes, registré sus mangas sin pérdida de tiempo y saqué al «Campanilla de Oro» de su aplastada jaula. También extraje algo que por el tacto me figuré que era un sobre. Era el único papel que el hombre muerto llevaba encima y debía de ser, por tanto, un documento de importancia.

–Presumo que fue su hermana, la señora Pao, quien deslizó ese sobre en la manga del coronel Chao ayer por la mañana, a primera hora…

–En efecto, señor. Era desde hacía mucho tiempo amiga del capitán Nee y acababa de entregarle una nota pidiéndole que fuera a verla aquella tarde a la casa del señor Yau. Ella había planeado dejar mi paquete en el tribunal, dirigido al señor Tao, pero al ver al amigo de éste, estimó más seguro dárselo a él -la joven hizo una pausa, echándose hacia atrás los cabellos que le caían sobre su tersa frente. Luego, continuó hablando-: Las dos nos veíamos con regularidad, en secreto, por supuesto. Tanto mi hermano como yo preferíamos que todos me dieran por muerta. Pero no podía soportan que mi hermana estuviera apenada por aquello, así que al cabo de un año fui a verla para que supiera que vivía. Siempre andaba preocupada por mí, aunque yo le aseguraba a cada paso que tenía cuanto necesitaba. Sin embargo, insistía en presentarme a toda clase de personas que pudieran convertirse en potenciales compradores de grillos. Ayer por la mañana, tras haber huido yo de aquí, le confesé mi temor de que nuestro hermano estuviera metiéndose en algún grave conflicto. A

petición mía, ella registró la mesa de su dormitorio cuando usted, en compañía de su esposo, le visitó. Sacó de allí dos mapas, explicándome más tarde que en uno de ellos aparecía señalada la hostería del señor Chao. Había esperado verla de nuevo en la casa del señor Yau aquella misma tarde, pero no lo conseguí. ¿Quién la asesinó, señor? Ella no tenía enemigos, y aunque mi hermano la despreciaba no la odiaba como a mí.

–Su muerte se produjo a consecuencia de un error -contestó el juez Di, para añadir rápidamente-: Le estoy muy agradecido por la ayuda que nos prestó, señorita Liang.

La joven levantó ambas manos en un expresivo gesto, como queriendo restar importancia a su comportamiento.

–Abrigaba la esperanza de que usted pudiera dar con el asesino del Censor antes de que mi hermano anduviera demasiado complicado en el asunto.

–¿Cómo consiguió ocultarse de una manera tan efectiva? –preguntó ahora el juez, curioso.

–Moviéndome siempre por los sitios que conocía bien -replicó la chica con una leve sonrisa-. Esta vieja casa, por ejemplo, la conozco como si fuera la palma de mi mano. Conozco sus habitaciones ocultas, así como muchos pasajes secretos y salidas de emergencia cuya existencia ignoraba mi hermano. Y también estoy muy familiarizada con la Casa de los Exámenes, que era mi escondite favorito. Cuando me vieron el señor Tao y su amigo, me deslicé por la puerta trasera, ocultándome en el almacén en que se guardan los palanquines. Más tarde, oí un grito de mujer. ¿Qué pasó allí, señor?

–Mis dos ayudantes tropezaron con un vagabundo que estaba molestando a una mujer -replicó el juez Di-. Bien… Su hermano, señorita Liang, hizo traer el cadáver de Zumurrud a esta casa. Haré que sea llevado enseguida al tribunal. ¿En qué puedo servirla? Tendrá que hacerse cargo de esta vivienda y ocuparse de todos los asuntos de su hermano, ¿comprende?

–Recurriré a un anciano tío de mi madre. Será él quien se ocupe de todo lo concerniente al entierro de mi hermano, y… -la muchacha movió la cabeza, con un gesto de desconsuelo. Al cabo de unos momentos, con voz apenas audible, continuó hablando-: Todo ha sido culpa mía. Yo no hubiera debido dejarlo, dejarlo solo, con todos los terribles pensamientos que lo atormentaban. ¡Y por entonces era nada más que un muchacho! Solía jugar a diario en un rincón del

jardín con sus soldaditos, imaginándose que de mayor podría librar y ganar grandes batallas… Pero más adelante supo que carecía de condiciones para la carrera militar. Y después de haberlo dejado yo, comprendió que era incapaz de poseer a una mujer. El segundo golpe lo quebrantó; quiso suicidarse. Mas conoció a Zumurrud, y ella… resultó ser la primera y única mujer que podría amar. Vivió solamente para ella, pero a Zumurrud le tenía él sin cuidado; se lo dijo así, con crueles y humillantes palabras… Yo soy la culpable de todo… Hubiera debido rechazarlo más suavemente, hubiera debido intentar que se interesara por otra mujer, una clase de mujer que hubiese sido capaz de… Pero yo era demasiado joven. No comprendía nada… No lo entendía…

La muchacha se cubrió la cara con ambas manos. El juez Di hizo una seña a Tao Gan. Los dos echaron a andar escaleras abajo.

Chao Tai esperaba en la gran sala, en compañía de cuatro agentes y una docena de policías. El juez Di les explicó que habiéndose escondido unos ladrones en la casa, el señor Liang había fallecido a consecuencia de un ataque al corazón al tropezar allí inesperadamente con uno de ellos. Deberían llevar a cabo un registro concienzudo de la vivienda, bajo la dirección de Chao, deteniendo a cuantas personas encontraran en el edificio. Después, se llevó al agente de más edad aparte, diciéndole que Mansur se hallaba a bordo de uno de los buques que estuvieran anclados en el estuario del río Perla. El agente habría de recurrir inmediatamente al jefe de la zona marítima, en el puerto, para que zarparan sobre la marcha cuatro rápidos juncos militares con la misión de alcanzar al barco en que viajaba Mansur y detener a éste. Cuando el hombre partió, a buen paso, el juez Di ordenó al viejo mayordomo que los guiara hasta el dormitorio del señor Liang.

Tao Gan descubrió una caja de caudales secreta en la pared, tras la cabecera del lecho. Logró violentar la cerradura, si bien en su interior solamente encontró contratos y otros documentos importantes relativos a los negocios normales de Liang. Ciertamente, el juez no había esperado hallar allí papeles acusadores, pues Liang había sido siempre demasiado inteligente para conservar tales pruebas. Estaba seguro de poder dar con todas las pruebas escritas que precisara en la capital, cuando la residencia del jefe de los eunucos fuese objeto de un registro por sus hombres. Ordenó después a Tao Gan que dictase las necesarias medidas para que el cuerpo de Zumurrud fuese llevado secretamente al tribunal. Seguidamente, subió a su palanquín, siendo conducido al palacio.

Un ayudante le guió hasta el estudio privado del gobernador, en

el segundo piso del edificio principal.

Tratábase de una estancia pequeña, pero elegantemente amueblada. Las ventanas, en ojiva, daban al jardín del palacio y al estanque de los lotos. Sobre una mesita situada a la izquierda había un juego de té de porcelana tan fina como la cáscara de un huevo, así como un jarrón de jade lleno de rosas blancas. La pared de la derecha quedaba enteramente oculta tras una sólida estantería de madera de ébano. El gobernador estaba sentado en su sillón, tras una alta mesa de trabajo colocada al fondo. En aquel momento daba instrucciones a un anciano funcionario que tenía a su lado, de pie.

El gobernador se levantó nada más ver al juez Di, dando la vuelta apresuradamente a la mesa para saludarlo. Invitó a su visitante a tomar asiento en el cómodo sillón colocado junto a la mesita de té, ocupando él la silla opuesta. Una vez el viejo funcionario les hubo servido el té, el gobernador le ordenó que se fuera. Inclinándose hacia adelante, con las manos apoyadas en las rodillas, preguntó gravemente:

–¿Qué es lo que ocurre, Excelencia? Vi su proclama. ¿Quién es el alto funcionario?

El juez Di apuró afanosamente su taza. De pronto, advirtió que se sentía muy cansado. Dejó su taza sobre la mesa, se aflojó el cuello de la túnica y dijo, plácidamente:

–Ha sido una terrible tragedia. El Censor Liu fue asesinado aquí, ¿sabe? El cuerpo que localicé en el templo de la Pagoda Florida era el suyo, en efecto. Le facilitaré ahora la versión oficial de lo sucedido. El Censor se presentó en Cantón a causa de un idilio vivido con una joven de la localidad. Ella tenía un amante, y el bribón lo envenenó. Mi proclama fue una treta. Gracias a ella, un amigo del asesino dio un paso adelante para denunciarlo. Ha sido arrestado, y en estos momentos lo conducen a la capital para ser juzgado secretamente. Usted se hará cargo ya de que esta versión oficial, tan concisa, no debe ser divulgada. Al gobierno central no le agrada que las indiscreciones de los altos funcionarios sean del dominio público.

–Comprendido -contestó el gobernador, muy serio.

–Me doy cuenta perfectamente de cuán delicada es su posición -manifestó el juez, amablemente-. Recuerdo muy bien este tipo de situaciones, provocadas por la visita de funcionarios de alto rango a mi territorio, siendo yo todavía un magistrado de distrito. Pero es imposible evitar tales cosas; son inherentes a nuestro sistema

administrativo.

El gobernador correspondió a las palabras del juez Di con una mirada de agradecimiento. Luego, inquirió:

–¿Podría decirme, Excelencia, por qué razón ha sido rodeada por guardias militares la residencia del señor Liang?

–Recibí una información por la que se me comunicaba que unos ladrones de la Tanka habían entrado en su casa. Fui allí para ponerle al corriente de ello, pero me enteré entonces de que había tropezado con uno, falleciendo a consecuencia de la impresión, de un ataque cardíaco. Mis ayudantes andan ahora tras los ladrones. Este asunto debe ser tratado con la máxima discreción. El señor Liang era un ciudadano distinguido, y si la gente de Cantón supiese que fueron hombres de la Tanka quienes lo mataron podría producirse alguna fuerte revuelta. Tendrá usted que dejar esta cuestión en manos de mis dos ayudantes -el juez tomó un sorbo de té-. En lo tocante al problema árabe, he tomado medidas para que sea detenido Mansur, el cabecilla. Cuando haya sido puesto a buen recaudo, entre rejas, las disposiciones de emergencia dictadas para mantener el orden público podrán ser canceladas. Someteré al Gran Consejo la proposición que esbocé para usted ayer, relativa a la segregación de bárbaros. De esta manera, en el futuro no habrá que temer que nos planteen dificultades.

–Comprendido -dijo el gobernador de nuevo. Permaneció silencioso por unos instantes, agregando, tímidamente-: Espero que todas las… ¡ejem!… irregularidades que se han dado aquí no serán atribuidas a una administración deficiente, señor. Si las autoridades de la capital tuvieran la impresión de que he sido… ¡ejem!… remiso en mis deberes, yo…

El hombre dirigió al juez una mirada que delataba su preocupación.

Pero éste soslayó aquella cuestión, limitándose a comentar, calmosamente:

–En el curso de mis investigaciones han salido a la luz unos cuantos hechos sin relación con el principal, pero no por ello carentes de importancia. Consideremos, en primer lugar, las circunstancias que rodean la muerte de la señora Pao. El prefecto se está ocupando de ellas, y prefiero que usted le confíe la aclaración del trágico caso. En segundo término, diré que me he enterado de que hace muchos años sucedió aquí otra tragedia. Esta se refiere a una dama persa que

se suicidó -el juez echó una rápida mirada al gobernador, quien había empalidecido de repente. Luego, continuó diciendo-: Cuando coincidimos en el pabellón del jardín ayer por la mañana, usted se mostró muy interesado en que yo apartara mis manos de la investigación sobre la comunidad persa. Puesto que, al parecer, ha realizado un estudio especial sobre sus asuntos, me imagino que está en condiciones de proporcionarme más detalles acerca de dicha tragedia.

El gobernador miró hacia otra parte, fijando la vista en los verdes tejados del palacio, más allá de la ventana. El juez Di cogió una gran rosa blanca del jarrón, aspirando su delicada fragancia. El gobernador empezó a hablar forzando un poco la voz:

–Esto sucedió hace muchos años, cuando fui enviado aquí, para prestar mis servicios en el tribunal local, como ayudante de menor edad. Se trataba de mi primer puesto oficial, en realidad. Yo era joven e impresionable, y los rasgos exóticos de las comunidades extranjeras captaron mi fantasía. Frecuenté la casa de un comerciante persa, y conocí a su hija. Nos enamoramos uno del otro. Era una bella y refinada muchacha. No reparé en que era muy obstinada y de naturaleza extremadamente nerviosa -el gobernador giró la cabeza de nuevo para mirar al juez a los ojos-. La amaba tanto que decidí renunciar a mi carrera y casarme con ella. Un día me hizo saber que no podía seguir viéndose conmigo. Era un estúpido y un inexperto, por mi juventud, y no sospeché nada. Me figuré, simplemente, que deseaba dar fin a nuestra relación. Desesperado, comencé a verme a menudo con una cortesana china. Transcurridos unos meses, me envió un mensaje. Me dijo que tenía que reunirme con ella el mismo día en que recibí aquél, al oscurecer, en el templo de la Pagoda Florida. Me la encontré sentada en el pabellón de té, sola -el hombre bajó los ojos, fijándolos en los entrelazados dedos de sus manos-. Vestía una larga túnica color azafrán; había envuelto su menuda cabeza en un fino chal de seda. Quise hablar, pero ella me atajó, pidiéndome que la llevara a la pagoda. Subimos en silencio las empinadas escaleras, arriba y arriba, hasta que nos encontramos en la estrecha plataforma de la planta más elevada, la novena. Mi acompañante se situó junto a la balaustrada. Los rayos del sol, en el ocaso, proyectaban un destello rojizo sobre el océano de tejados, a nuestros pies. Sin mirarme, me dijo, en un extraño e impersonal tono de voz, que había tenido dos gemelas de las que yo era el padre. Y que como yo la abandonara, había terminado ahogándolas. Me quedé petrificado. Y luego, de repente, saltó sobre la balaustrada. Yo… yo…

Había estado controlando su voz, teniendo que hacer para ello

un gran esfuerzo. Finalmente, se le quebró, hundiendo el rostro en sus manos. El juez Di percibió algo de lo que estaba musitando:

–Mis intenciones eran rectas… ¡Pongo a Dios por testigo! Y ella… Todo fue debido a… Éramos demasiado jóvenes… demasiado jóvenes…

El juez esperó pacientemente a que el gobernador pudiera dominarse. Lentamente, hizo girar la rosa que tenía en la mano, observando cómo los blancos pétalos iban cayendo uno tras otro sobre la negra y brillante superficie de la mesa. Cuando el gobernador levantó la cabeza, el juez devolvió el tallo al jarrón, diciendo:

–Ella debió de amarle apasionadamente, ya que de lo contrario no se habría sentido poseída con tanta fiereza por el deseo de causarle daño. Por eso se suicidó, y le refirió una mentira: la muerte de las dos gemelas -como el gobernador, al oír estas palabras, se movió como impulsado por un resorte, el juez Di levantó una mano-. Sí, eso fue una mentira. Ella entregó las gemelas a un amigo chino. Al arruinarse éste, un chino con sangre persa en sus venas, que conociera a su madre, se las llevó consigo, cuidando bien de las hermanas, que con el tiempo se han convertido en unas preciosas jóvenes, según me han informado.

–¿Dónde están? ¿Quién es ese hombre? – preguntó el gobernador, atropelladamente.

–Se llama Nee. Se trata del capitán piloto de que le hablé en una ocasión. Es un místico, un individuo algo especial, aunque de buenos principios, he de admitir. Si bien le habían hecho saber que usted engañó villanamente a la joven dama persa, prefirió guardar silencio, porque pensaba que nadie saldría beneficiado al airear el viejo episodio, y menos que nadie las dos chicas. Podría ir a verle un día; de incógnito, quizá. El capitán se ha convertido, realmente, en su yerno, si la información que poseo es correcta -el juez se puso en pie. Ordenando los pliegues de su túnica, agregó-: Olvidaré por completo todo lo que acaba de contarme.

Mientras el gobernador, demasiado conmovido para poder hablar, le acompañaba hasta la puerta, el juez Di manifestó:

–Antes de darme a conocer la historia de la dama persa, usted me dio a entender que andaba preocupado por la idea que acerca de su reputación pudiera tenerse en la capital. Quiero decirle ahora que considero mi deber informar al Gran Consejo que he encontrado en

usted un administrador excelente, que se distingue por su celo ejemplar -atajando enérgicamente las protestas de gratitud del gobernador, el juez concluyó-: Se me ha ordenado que regrese a la capital sin más dilaciones, y pienso abandonar Cantón esta tarde. Tenga la amabilidad de ocuparse de que sea puesto a mi disposición un convoy montado. ¡Muchas gracias por su hospitalidad! ¡Adiós!

El juez Di hizo los honores a una comida del mediodía servida con retraso en su comedor privado, en compañía de Chao Tai y Tao Gan. En la mansión de Liang, sus dos ayudantes habían arrestado a dos miembros de la Tanka, tres rufianes chinos y también un asesino árabe. Los seis hombres habían quedado encerrados en la prisión del tribunal.

En el curso de la comida, el juez Di hizo para sus dos ayudantes un relato completo de lo ocurrido. Únicamente omitió del mismo su conversación con el gobernador. Tras haber esbozado también su versión oficial del caso del Censor, continuó diciendo:

–Así pues, la tarea que el Censor se impuso, la que le costó la vida, ha quedado ahora cumplimentada. El jefe de los eunucos se llevará su merecido, y su partido político se derrumbará. El Príncipe de la Corona no será apartado del puesto que le corresponde ostentar, y la camarilla de la emperatriz retrocederá para moverse en un segundo plano, de momento.

El juez se quedó silencioso. Estaba pensando en la emperatriz, hermosa, enérgica, capaz en extremo, pero absolutamente ruda, impulsada por extrañas pasiones y devorada por la ambición, en nombre propio y en el de los suyos. En este primero e indirecto choque había logrado imponerse. Pero, repentinamente, tuvo una premonición de otros choques más directos en el futuro, de derramamientos de sangre, de desenfrenadas matanzas. Sintió la escalofriante presencia del Espíritu de la Muerte.

Chao Tai observó preocupado la faz desmejorada del juez Di. Vio unas gruesas y negras bolsas bajo sus ojos, unas profundas arrugas que marcaban sus hundidas mejillas. Haciendo un esfuerzo, el juez recompuso su gesto. Y dijo, lentamente:

–Es posible que el asesinato del Censor sea el último caso criminal en que intervenga. A partir de ahora, probablemente, dedicaré mi atención exclusivamente a los asuntos de carácter político. Si alguno de ellos, como en el caso del Censor, presenta aspectos criminales, ordenaré a otras personas que se ocupen de él. Las observaciones de Liang Fu sobre mis métodos de detección criminal fueron muy atinadas. Me hicieron comprender que había llegado para mí el momento de considerar terminada mi carrera como investigador. Mis métodos se han divulgado enormemente, y los delincuentes dotados de buenos cerebros podrían obtener ventajas

de tales conocimientos. Mis métodos son parte de mi personalidad, y ya soy demasiado viejo para cambiarla. Hombres más jóvenes y competentes que yo proseguirán la labor en el punto en que yo la he dejado. Un convoy especial me devolverá a la capital a última hora de esta tarde, cuando aprieta menos el calor. Vosotros dos me seguiréis cuando hayáis cerrado definitivamente el caso del Censor. Os atendréis estrictamente a la versión oficial, procurando que no se filtre nada de lo realmente sucedido aquí, en Cantón. En cuanto a Mansur, no tenéis por qué preocuparos por él; se ha escapado en un barco árabe, pero unos rápidos juncos militares han sido enviados al estuario para darle alcance. Será ejecutado en secreto, pues conoce asuntos de estado que no deben llegar, por ningún concepto, a conocimiento del Califa -el juez púsose en pie, añadiendo-: ¡Todos andamos necesitados de una o dos horas de descanso reparador! No es necesario que os trasladéis a vuestros pésimos alojamientos del centro de la ciudad. Echad la siesta arriba; dispondréis de dos literas. Espero que estéis en condiciones de salir de Cantón mañana.

Cuando los tres hombres se encaminaban a la puerta, Tao Gan comentó, con un gesto de cansancio:

–Es cierto que llevamos aquí sólo dos días, pero la verdad es que he visto cuanto quería ver de Cantón.

–¡A mí me pasa igual! – exclamó Chao Tai, convencido. Luego, añadió, realista, con naturalidad-: Estoy deseando reanudar mi trabajo en la capital, señor.

El juez Di echó una rápida mirada a la pálida, macilenta faz de su ayudante. Pensó, entristecido, que uno vive y aprende… siempre a costa de algo. Dedicando a sus dos colaboradores una cordial sonrisa, manifestó:

–Me alegro mucho de oírte decir eso, Chao.

Ascendieron por la amplia escalera que conducía a las habitaciones del juez Di, en la segunda planta. Cuando Chao Tai hubo inspeccionado los dos lujosos y endoselados lechos de la antecámara, dijo a Tao Gan, con una irónica mueca:

–Puedes quedarte con el que más te guste… ¡O con los dos! – y mirando al juez, agregó-: Yo prefiero echar la siesta en esa alfombra de junquillo colocada frente a la puerta de su dormitorio, señor.

El juez asintió. Corrió la cortina de la puerta a un lado y entró en su dormitorio. Hacía un calor sofocante allí. Se dirigió a la gran

ventana en ojiva para subir la persiana de bambú. Pero la dejó caer enseguida, ya que la claridad del sol, que se reflejaba en las vidriadas tejas de los edificios del complejo palaciego, lo deslumbraba.

Fue hacia el fondo de la habitación, colocando su gorro encima de la mesita situada junto a su cama. Estaba allí su daga, detrás de la tetera. Mientras tentaba la misma, para comprobar si seguí caliente, sus ojos se detuvieron en su espada «Dragón de la Lluvia», que colgaba del muro. La visión de su amada espada, le llevó a recordar repentinamente la del Conquistador de los Mares de Sur, en el cuadro emplazado en una de las paredes de la sala ancestral de Liang. Sí, por las venas del almirante había corrido sangre tanka. Pero en él, sus primitivos y salvajes impulsos habían sido refrenados por una mente noble; sus pasiones elementales habíanse sublimado por un valor casi sobrehumano. Conteniendo un hondo suspiro, se despojó de su pesada túnica de brocado. Vistiendo sola mente su ropa interior de blanca seda, se tendió en el lecho.

Con la vista fija en el alto cielo ras‹de la estancia, pensó en sus ayudantes. E era responsable en parte de la trágica experiencia de Chao Tai, realmente. Sentí; que debía haberse ocupado ya mucho tiempo atrás de que Chao Tai pudiera disfrutar de la vida familiar. Ma Yung se había casado ya con las dos guapas hijas del fabricante de muñecos. Pensando en Chao Tai hubiera debido dar lo: pasos necesarios para concertar un enlace matrimonial adecuado… Tratábase de uno de los deberes propios para con los subordinados. Se ocuparía de tal asunto a su regreso a la capital. No resultaría fácil, sin embargo, resolver aquella cuestión. Chao Tai pertenecía a una distinguida familia de guerreros establecida desde hacía siglos en el noroeste. Estaba integrada por hombres duros, de mentalidad simple, aunque obstinados, quienes vivían para luchar, cazar y beber mucho, gustando de mujeres del mismo tipo, fuertes e independientes. En este aspecto, Tao Gan no presentaba ningún problema, afortunadamente, ya que era un inveterado misógino.

A continuación, pensó en las trascendentales decisiones que habría de tomar en la capital. Sabía que el partido leal lo abordaría con la petición de que desarrollara las actividades políticas del desaparecido Censor. Pero, ¿no sería mejor, antes de dar tal paso, esperar a que se produjera la Gran Defunción? Intentó imaginarse todas las consecuencias posibles, pero halló difícil dar con un razonamiento coherente. Las débiles voces de Chao Tai y Tao Gan, que percibía vagamente, apagadas por el obstáculo de la cortina, le hicieron amodorrarse. Al cesar el murmullo, el juez se quedó dormido.

Reinaba una absoluta quietud en aquella apartada ala del palacio. Con la excepción de los centinelas apostados en las puertas exteriores, todo el mundo allí dentro dormía la siesta.

La persiana de bambú fue echada a un lado con un leve sonido de roce. Sin hacer el menor ruido, Mansur se plantó en el antepecho de la ventana. Vestía tan sólo un blanco taparrabos, entre cuyos pliegues, por la cintura, había sido introducida una daga curva. En vez de su gran turbante, llevaba arrollada a la cabeza, muy firme, una tira de tela. Su oscuro y musculoso cuerpo brillaba a causa del sudor, ya que había estado trepando por los tejados para alcanzar su objetivo. De pie ante la ventana, se detuvo unos momentos para recobrar el aliento. Notó, satisfecho, que el juez Di se hallaba profundamente dormido. Su prenda interior de seda se había abierto por delante, dejando al descubierto su amplio torso.

Mansur avanzó hacia la cama con la gracia flexible de una pantera acechando a su presa. Llevó la mano a la empuñadura de su daga; luego, se contuvo al fijar la vista en el arma que colgaba de la pared. Sería maravilloso poder informar al Califa que había dado muerte al infiel con su propia espada.

Cogiendo ésta, desenvainó la hoja de un rápido movimiento. Mas no estaba familiarizado con las espadas chinas. La suelta guarda se estrelló ruidosamente contra las losas de piedra del pavimento.

El juez Di se agitó, inquieto; seguidamente, abrió los ojos. Mansur profirió un juramento. Levantó la espada para abatirla contra el pecho del juez, pero giró en redondo al oír un grito a su espalda. Chao Tai había entrado corriendo, vestido solamente con sus holgados pantalones. Saltó sobre Mansur, empero el árabe le embistió con la espada, hundiendo la hoja de acero en el pecho de Chao Tai. En el instante de retroceder éste, vacilando, y arrastrar al mismo tiempo a Mansur, el juez saltó al suelo desde la cama, empuñando su daga, colocada sobre la mesita de té. Mansur lo miró rápidamente, por encima de su hombro, no sabiendo si defenderse con la espada o desentenderse de ella y luchar con su arma, la curvada daga, con la que se hallaba más familiarizado. Este momento de vacilación decidió su suerte. El juez se abalanzó sobre él, clavándole su arma en el cuello, con tan salvaje fuerza que la sangre brotó de allí como un surtidor, al aire. Después, desentendiéndose del cadáver del árabe, se arrodilló junto a Chao Tai.



La muerte de un guerrero.

La hoja de la espada «Dragón de la Lluvia», afilada como una navaja de afeitar, había penetrado profundamente en el pecho de Chao Tai. Su faz se había tornado blanca, sus ojos estaban cerrados. Un fino hilo de sangre fluía desde una de las comisuras de sus labios.

Tao Gan entró en la estancia a la carrera.

–¡Vete en busca del médico del gobernador y alerta a los guardias! – chilló el juez Di.

Introdujo su brazo por debajo de la cabeza de Chao Tai. No se atrevió a extraer la espada. Una avalancha de confusos recuerdos desfilaron ante su mente: su primer encuentro en un bosque, cuando luchara contra Chao Tai con aquella misma espada; los muchos peligros a que habían hecho frente los dos, hombro contra hombro; las numerosas ocasiones en que uno había salvado la vida al otro…

No había de saber nunca durante cuánto tiempo estuvo arrodillado allí, contemplando la inmóvil faz. De pronto, se dio cuenta de que a su alrededor se congregaban muchas personas. El médico del gobernador examinó al hombre herido. Cuidadosamente, extrajo la espada, procediendo a contener la hemorragia. Entonces, el juez Di le preguntó con voz ronca:

–¿Podemos instalarlo en la cama?

El médico asintió. Mirando gravemente al juez, susurró:

–Continúa con vida sólo gracias a su notable vitalidad.

Los dos hombres, ayudados por Tao Gan y el capitán de la guardia, levantaron a Chao Tai, depositándole suavemente en el lecho del juez Di. Al coger éste la espada, ordenó al capitán:

–Diga a sus hombres que se lleven de aquí el cadáver de este árabe.

Chao Tai abrió los ojos. Viendo la espada en manos del juez Di, manifestó con una desmayada sonrisa:

–Por causa de esta espada nos conocimos, y por causa de ella también nos separamos.

Rápidamente, el juez la envainó. Colocándola sobre el pecho de Chao Tai, manchado de sangre ahora, y cubierto de cicatrices, declaró, en voz baja:

–La espada «Dragón de la Lluvia» permanecerá ya siempre contigo, Chao Tai. Nunca podría ser portador de una espada manchada con la sangre de mi mejor amigo.

Con una sonrisa de felicidad, Chao Tai plegó sus manazas sobre la espada. Dedicó al juez Di una larga mirada. Después, pareció extenderse sobre sus ojos una especie de película.

Tao Gan acomodó la cabeza de Chao Tai en su brazo izquierdo. Unas lágrimas se deslizaron poco a poco por su alargada cara.

–¿Debo ordenar al centinela, señor, que empiece a batir la Marcha de Difuntos? – inquirió el capitán de la guardia en un susurro.

El juez Di movió la cabeza, denegando.

–No. Ordéneles a todos que hagan sonar la del Retorno Triunfal. ¡Inmediatamente!

Hizo una seña al médico y a los guardias para que los dejaran solos. Inclinándose mucho sobre el lecho, él y Tao Gan contemplaron atentamente el rostro de su amigo, inmóvil ahora. Sus ojos se habían cerrado. Después de haber estado largo rato observándole, notaron que sus mejillas enrojecían. Pronto, aquella cara fue coloreándose más a consecuencia de la fiebre; brotaba el sudor de la frente del moribundo. Su respiración se hizo entrecortada, y de su distorsionada boca brotó más sangre.

–¡Columna de la izquierda! ¡Adelante! – gritó Chao Tai.

Súbitamente, el silencio reinante fuera fue alterado por el sordo rumor del batir de grandes tambores, en las torres de vigilancia del palacio. Una vez se aceleró el ritmo, oyose el taladrante sonido de las largas trompetas, anunciando el retorno de los guerreros victoriosos.

Chao Tai abrió los ojos, ahora parcialmente vidriados. Escuchó atentamente… Luego, sus labios, manchados de sangre, se dilataron en una sonrisa de satisfacción.

A continuación, percibiose un estertor en su garganta; un prolongado estremecimiento sacudió el poderoso armazón de aquel cuerpo. La sonrisa quedó como petrificada.

La noche había caído ya cuando Tao Gan, trabajando con los cuatro agentes, dio por terminado el caso de la muerte del Censor. Laborando eficientemente, había sabido mantener ocultas las pruebas de lo que realmente sucediera. El cadáver de la danzarina árabe había sido llevado secretamente al tribunal, desde donde fue trasladado, ya de un modo abierto, al templo de la Pagoda Florida, para ser incinerado. Los cómplices de Liang habían sido conducidos a mucha distancia de allí, sin ser interrogados siquiera, por la policía militar, quien se desharía de ellos tan pronto el convoy llegara a las montañas, río arriba. Tao Gan se hallaba muerto de cansancio cuando por fin firmó y selló los indispensables documentos, en nombre del juez Di. Este había abandonado Cantón tan pronto como hubo dado, personalmente, los pasos necesarios para la conducción del cadáver de Chao Tai a la capital. Había salido de allí en un convoy montado especial. Un pelotón de la policía militar avanzaba en cabeza para despejar de obstáculos el camino. Llevaban una bandera rebordeada en rojo, lo cual significaba que sus portadores estaban autorizados para proceder a la requisa de nuevos caballos en todos los puestos por que pasaran. Sería aquel un penoso desplazamiento, pero no había otro medio más rápido de llegar a la capital.

Tao Gan salió del tribunal, ordenando a los porteadores de la litera que lo condujeran a la mansión de Liang. La sala principal se hallaba brillantemente iluminada mediante antorchas y lámparas de aceite. El cadáver del señor Liang yacía, ataviado con todas sus galas, en un espléndido féretro endoselado. Por delante de él desfilaban sin interrupción muchas personas, quienes quemaban incienso y presentaban sus últimos respetos al difunto. Un anciano caballero, de aspecto muy digno, a quien Tao Gan tomó por el tío del fallecido, recibía a los visitantes, ayudado por el viejo mayordomo.

Cuando Tao Gan contemplaba con gesto serio la solemne ceremonia, notó de pronto que el señor Yau Tai-kai se encontraba de pie a su lado.

–¡Un día triste, muy triste para Cantón! – exclamó aquél. Pero el tono melancólico de su voz quedaba desmentido por la mirada de astucia perceptible en sus ojos. Evidentemente, calculaba alegremente de qué sector de negocios del desaparecido comerciante podría apoderarse ya-. He oído decir que su jefe se ha marchado -añadió Yau-. Pareció desconfiar de mí en algo, ¿sabe?, ya que en una ocasión me sometió a un estrecho interrogatorio. Pero ahora,

habiendo vuelto a la capital sin convocarme para nada he de suponer que esto significa que no soy una persona sospechosa.

Tao Gan lo miró, muy serio.

–Le diré -manifestó- que no estoy autorizado para hablar de asuntos oficiales con extraños, realmente. Sin embargo, por serme usted simpático, le facilitaré una información tipo reservado que quizá le resulte útil. Cuando una persona sube al patíbulo, ha de procurar no olvidarse de pedir al ayudante del verdugo que le coloque una mordaza de madera entre los dientes. Sucede con bastante frecuencia, ¿sabe usted?, que la gente, en su agonía, da rienda suelta a la lengua. Pero yo, en su lugar, señor Yau, no me preocuparía mucho… Esto de andar preocupado no ha servido nunca para salvar a nadie. ¡Buena suerte!

Tao Gan giró en redondo, alejándose. El señor Yau se quedó como helado, con una mirada de terror en sus bovinos ojos.

Un tanto reanimado por este encuentro, Tao Gan despidió a los porteadores de su litera, encaminándose al mercado a pie. Le dolía la espalda, y también los pies, pero pensaba que necesitaba disponer de cierto tiempo para ordenar sus pensamientos. El mercado era un hormiguero, poblado por una ruidosa humanidad, y la oscura calle en que entró se le figuró, por contraste, más lúgubre de lo que se le antojara antes.

Habiendo subido por una estrecha escalera, se plantó frente a una puerta, quedándose inmóvil por unos momentos, escuchando… Oyó un blando y zumbante sonido. No se había equivocado en su suposición.

Llamó, entrando en la vivienda. Las pequeñas jaulas que colgaban de los aleros se perfilaban contra el firmamento nocturno, y en la semioscuridad del recinto divisó vagamente el servicio de té sobre la mesa.

–Soy yo -dijo, al salir ella de detrás del biombo de bambú.

La asió de una manga para guiarla hasta el banco. Se sentaron, uno al lado del otro.

–Sabía que te encontraría aquí -agregó él-. Mañana por la mañana regreso a la capital, y no quería irme sin decirte adiós. El destino nos ha castigado a los dos con saña, tanto a ti como a mí. Tú perdiste a tu hermano y hermana; yo, a mi mejor amigo -contó

brevemente a la joven el episodio de la muerte de Chao Tai. Después, le preguntó ansiosamente-: ¿Cómo te las vas a arreglar ahora tú sola aquí?

–Has sido muy amable al acordarte de mí en medio de tus tribulaciones, tan graves -repuso la muchacha, serenamente-. Sin embargo, no te preocupes por mí. Antes de abandonar la mansión de mi hermano, hice que mi tío redactara un documento por el cual renuncio a todos los derechos sobre los bienes del difunto. No necesito nada. Tengo mis grillos, y con ellos marcharé bien. Gracias a ellos, no me sentiré nunca sola.

Tao Gan escuchó durante unos instantes el característico zumbido de los insectos.

–Conservo con el mayor cuidado tus dos grillos, ¿sabes? – dijo por último-. Me refiero al que me enviaste y al que encontré en tu habitación, en la Casa de los Exámenes. También yo estoy empezando a apreciar su canto. Es un canto de paz. Y yo me siento viejo y cansado, Lan-li. La paz es lo único que ansío alcanzar.

Miró fugazmente la tranquila faz de la muchacha. Apoyando delicadamente una mano en su brazo, agregó, inseguro:

–Te estaría muy agradecido si te decidieras algún día a venir a la capital para estar conmigo. Acompañada de tus grillos.

Ella no apartó su brazo.

–Si tu Primera Dama no se opone -manifestó, con su inalterable tono de voz-, pensaré en ello con agrado.

–Yo soy solo. No hay ninguna Primera Dama -seguidamente, Tao Gan añadió, en voz baja-: Pero la habrá. En cuanto tú quieras.

Ella irguió el rostro, escuchando con atención. Un sonido anulaba el producido conjuntamente por los otros grillos: era una nota sostenida y clara.

–¡Es el «Campanilla de Oro»! – exclamó la joven con una sonrisa de satisfacción-. Si tú prestas atención, verás que su canto significa algo más que paz. Significa felicidad.

FIN